

LINA GALÁN



SÓLO TENÍAS QUE
ENAMORARTE TÚ

zafiro

D.J.57

ÍNDICE

PORTADA

SINOPSIS

PORTADILLA

DEDICATORIA

PRÓLOGO

CASO 126/27-016...

CAPÍTULO 1

CAPÍTULO 2

CAPÍTULO 3

CAPÍTULO 4

CAPÍTULO 5

CAPÍTULO 6

CAPÍTULO 7

CAPÍTULO 8

CAPÍTULO 9

CAPÍTULO 10

CAPÍTULO 11

CAPÍTULO 12

CAPÍTULO 13

CAPÍTULO 14
CAPÍTULO 15
CAPÍTULO 16
CAPÍTULO 17
CAPÍTULO 18
CAPÍTULO 19
CAPÍTULO 20
CAPÍTULO 21
CAPÍTULO 22
CAPÍTULO 23
CAPÍTULO 24

EPÍLOGO

REFERENCIAS DE LAS CANCIONES

BIOGRAFÍA

NOTAS

CRÉDITOS

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y
descubre una
nueva forma de disfrutar de la lectura

**¡Regístrate y accede a contenidos
exclusivos!**

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

SINOPSIS

Quienquiera que escuche mis palabras puede juzgarme, y no se lo reprocharé. No pretendo justificarme, pero sólo pediría que se pusiese en mi lugar, que comprendiese que el dinero era mi única salida.

De todos modos, siento todo el daño que haya podido causar.

¿Que si maté a Christian?

Todas las pruebas parecen demostrarlo, pero sólo yo sé que eso no es posible, que el mero hecho de imaginar que él está muerto me parte el alma en dos.

Intentaré contarle todo desde el principio, para que usted, incluso yo misma, podamos averiguar qué fue lo que ocurrió.

Así comienza mi historia: me llamo Gabriela y llevo una doble vida.

**SÓLO TENÍAS
QUE ENAMORARTE TÚ**

Lina Galán

*A mi niña, que ya no lo es tanto.
Aunque lo siga siendo para mí*

PRÓLOGO

Me encuentro en una sala gris y fría, los mismos adjetivos que podrían emplearse para describir mi ánimo, aunque, en realidad, no acabo de tener muy claro ni lo que siento. Tal vez vacío, oscuridad o, simplemente, la nada. ¡Eso es!; ahora he dado con la palabra adecuada. Si alguna vez en mi vida me he planteado el significado del término «nada», ahora mismo lo acabo de hallar, porque es exactamente lo que siento y lo que tengo en mi cabeza.

Frente a mí, hay una mujer que no deja de parlotear y de exponer un montón de quejas a dos tipos que juraría que son polis. Dice ser abogada y me suelta todas aquellas frases que solemos oír en las películas, sobre mis derechos a no hablar si no está ella presente y cosas parecidas.

¿Abogada? Yo creía que éstos llevaban trajes impecables e iban peinados pulcramente. Eso es lo que ha pretendido esta mujer, pero el resultado ha sido bastante nefasto, porque su intento de moño se ha quedado en eso, en intento, ya que la mitad del pelo, castaño, se le ha escapado de las horquillas, y la ropa... bueno, sí, lleva un traje y una camisa, pero sin duda hace tiempo que se pelearon con la plancha, y la pobre da la impresión de haber dormido vestida y haberse levantado a toda prisa.

Los polis no tienen más remedio que largarse ante la palabrería de la letrada, quien parece tener muy claro lo que debe decir. A regañadientes, nos dejan a solas y es cuando ella se dirige a mí de forma más personal.

—Hola —me saluda mientras se enciende un cigarrillo y me ofrece otro. Yo niego con la cabeza y ella deja el paquete y el mechero encima de la mesa—. Soy Teresa y soy tu abogada. Vamos a pasar muchas horas juntas, así que debemos procurar que entre nosotras fluya el entendimiento.

Da varias caladas al pitillo y espera a que yo diga algo, pero me limito a soltar sólo un par de palabras.

—De acuerdo.

—Bien —contesta mientras expulsa el humo—. Explícame cómo llevabas a cabo tu transformación, cómo lograbas que creyeran en ti... sin dejarte ni un mísero detalle y, sobre todo, sin mentirme, por favor. Como en algún momento descubra que me estás engañando, cojo esa puerta, me largo y te habrás quedado sin abogada.

Tiene algo que me inspira confianza. No sé si es su aspecto desaliñado, su franqueza o que no aparenta ser la típica letrada que viene a cumplir con un expediente. Parece realmente interesada en sacarme del tremendo lío en el que estoy metida.

—Quiero que me cuentes, paso a paso y desde el primer momento, lo que te llevó a dedicarte a algo tan... digamos, extraño e inmoral. Y para que no haya malentendidos, voy a grabarte mientras lo haces. Es mucho más cómodo eso que repasar infinidad de papeles que siempre acabo perdiendo. Y, por cierto —añade con seguridad—, no voy a pedirte permiso. Si no aceptas, también me largaré.

—Acepto —me limito a responder.

Coloca el móvil sobre la mesa y conecta la grabadora.

—Pues ya puedes empezar.

Tomo aire y obedezco a su petición.

CASO 126/27-016
NOMBRE: GABRIELA VARGAS
EDAD: 25
DELITO: HOMICIDIO
SE DECLARA A SÍ MISMA: NO
RECUERDA
GRABACIONES REALIZADAS
ENTRE EL 2 Y EL 4 DE AGOSTO
TOTAL GRABACIONES: 22

CAPÍTULO 1

Grabación n.º 1, realizada el 2 de agosto de 2016 a las 08.50 horas

Miré la pantalla de mi móvil. Tenía un mensaje de Daniel, en el que me recordaba que esa misma noche debíamos acabar el trabajo. Me pillaba abriendo ya el portal, pero, aun así, aceleré el ritmo y subí los escalones de dos en dos hasta la tercera planta, ya que el ascensor de nuestro antiguo edificio todavía permanecía clausurado, con una llamativa placa amarilla que nos indicaba que no funcionaba.

Aquel día había salido del trabajo más tarde de la cuenta y llegaba a casa corriendo, así que abrí con rapidez la puerta de la vivienda, solté el bolso sobre una silla y me dirigí a la ducha. Salí con una toalla sobre el cuerpo y otra rodeando mi pelo y, sin olvidarme de cerrar por dentro la puerta de mi habitación, accioné el dispositivo que hacía girar una estantería, dejando a la vista una segunda estancia.

Sí, era mi propia casa, pero no podía arriesgarme a que alguna visita inoportuna llegase a sospechar nada, y mucho menos que tuviera acceso a mi secreto. Por eso cerraba mi puerta con llave cada vez que debía transformarme. Bastaba, después, con accionar una pequeña palanquita camuflada tras unos libros para que toda la pared girara, como si se tratase del pasadizo secreto de alguna antigua mansión; aunque en un pequeño apartamento de sesenta metros cuadrados pocos pasadizos podía haber. Lo que sí había era un pequeño espacio oculto que yo podía utilizar con tranquilidad.

Accioné el interruptor de la luz y toda una hilera de focos situada sobre un gran espejo se iluminó. A pesar de que odiaba aquel «trabajo», disfrutaba

aquellos instantes en los que me sentía la diva que iba a arreglarse para salir a escena, puesto que aquel angosto espacio simulaba perfectamente el camerino de una actriz. A un lado, un largo perchero donde esperaban colgados los más variados vestidos, de todos los colores, largos y cortos, llamativos la mayoría de ellos, de telas brillantes y grandes escotes. Y al frente, el gran espejo, cuyas luces iluminaban todo lo dispuesto ante mí: maquillajes, polvos, cremas, brochas de todas las medidas, todos los tonos posibles de carmín y sombras de ojos, pestañas postizas, lentillas de colores... Y lo más divertido para mí, lo que acababa de esconder mi físico, hasta mi personalidad: varios bustos que sostenían sobre sus pulidos cráneos una profusión de pelucas de los más variados tonos y medidas, rubias y morenas, largas y medias melenas, lisas y rizadas.

Lo primero de todo, para no cometer errores fatales, fue consultar mi agenda personal de «proyectos». Tomé una pequeña llave que escondía sobre el borde del espejo y abrí un diminuto cajón, donde guardaba mis preciadas y secretas anotaciones. Miré la fecha. Efectivamente, tocaba el acaudalado señor Ruiz, y el punto de encuentro acordado era el Gran Hotel Calderón.

—A ver... señor Ruiz... Sí, efectivamente, cita decisiva. Peluca morena, ojos oscuros.

A continuación, como si se tratase de un ritual, y para sentirme todavía menos yo, busqué en mi móvil la música que ya tenía descargada para la ocasión y que otorgaba a aquellos momentos una dosis extra de magia y de irrealidad. Solía ponerme a Tchaikovsky, puesto que siempre me ha encantado la música clásica, pero evitaba una melodía que pudiese resultarme demasiado triste o melancólica. *El lago de los cisnes* siempre ha sido mi favorita, tal vez porque la historia de Odette se parecía demasiado a mi propia historia: un aspecto de día y otro diferente durante la noche...

Ya con la ambientación perfecta, lo más importante era elegir vestido. La última cita había consistido en una cena algo más informal, pero esa velada debía ser más especial. Debía ser «la noche», por lo que escogí un bonito e insinuante vestido en color rojo, con escote palabra de honor y que se ajustaba a mi cuerpo como si el tejido brillante se hubiese humedecido previamente. Los altos zapatos a juego complementaron un conjunto espectacular.

Después, comencé a maquillarme o, mejor dicho, a transformarme. Tenía ya tanta maña en ese asunto que era capaz de obtener un resultado perfecto en

tiempo récord. Hidraté y maquillé mi piel, apliqué iluminador y polvos, coloreé mis párpados y mis labios, me coloqué las pestañas postizas y un par de lentillas de color oscuro que, sobre el azul claro original de mis ojos, acababa otorgando un color algo extraño, muy poco natural, pero era la mejor forma de disimular mis propios rasgos. Como colofón final, elegí la peluca más negra y brillante, con el cabello liso hasta los hombros y con un recto flequillo que acababa radicalmente con mi fisonomía real.

Satisfecha con el resultado, me rocié de perfume, cogí el bolso y salí de la habitación. Daniel ya me esperaba en mitad del salón, con su inseparable mochila al hombro.

—¿Lo tienes todo preparado? —le pregunté mientras rodeaba mis hombros con un fular en tono marfil.

—¿Te he decepcionado alguna vez? —dijo burlón—. Por cierto, estás preciosa —añadió antes de obsequiarme con un beso en la mejilla.

—Gracias —contesté—. Con traje y pajarita, tú tampoco estás nada mal, aunque no tengo muy claro que esa mochila y las deportivas que calzas armonicen con el conjunto.

—Sabes que esos detalles son los más necesarios —me dijo Daniel con una sonrisa y un guiño, mirándome después con sus vivos y claros ojos azules, muy parecidos a los míos.

Me tomó del brazo y salimos del apartamento y del edificio para subirnos al taxi que ya nos esperaba en la puerta y que se encargó de sacarnos de aquel humilde barrio para llevarnos a una parte mucho más próspera y dejarnos en la entrada del elegante establecimiento, aunque yo sería la única en acceder al interior por la puerta principal.

—Hasta luego, preciosa —se despidió Daniel con otro beso. Él tendría, como siempre, su propio acceso.

Me encantaba aquel hotel recién reformado, tan moderno, luminoso e ideal. Tanto el curvado mostrador de recepción como el resto de los muebles, paredes, mesas y sofás eran de color blanco, siempre alternando cojines o detalles en brillante color rojo. Por eso yo había escogido aquel vestido, porque sabía que armonizaría a la perfección con aquel sofisticado ambiente.

Por fin, localicé a Alfonso Ruiz, el rico empresario dueño de una de las más aclamadas marcas de ropa que se estaba imponiendo gracias a ofrecer cierta

categoría a un precio muy asequible. Nada más verme, se dirigió hacia mí con una afable sonrisa.

En realidad, todo él parecía afable, con rostro bonachón, una buena curva de la felicidad en su cintura y un cráneo brillante y totalmente desprovisto de pelo. Estaba «felizmente» casado y tenía dos hijos mayores que un día heredarían su imperio. Toda la familia vivía en una gran casa y sólo se dejaban ver en recepciones muy importantes. Vamos, lo que se dice una familia y una vida perfectas.

Sin embargo, todo el mundo conocía la debilidad del señor Ruiz por las mujeres jóvenes y bonitas. Y eso era algo que yo debía aprovechar.

—Mi querida Casandra. —Me saludó con uno de los nombres de guerra que yo solía utilizar—. Es un placer volver a verte.

Me dio un beso en la mejilla, aunque yo me mantuve distante, como siempre hacía. Era algo que todavía me proporcionaba un mayor misterio y que a los hombres les solía encantar.

—El placer es mutuo —le contesté.

Nos dirigimos a una sala privada y me presentó a algunos hombres que no dejaron de babear por mí durante toda la velada, pero ni Alfonso ni sus amigos dieron muestra alguna de querer algo íntimo conmigo. Sencillamente, él les había dejado claro previamente que yo era de su total exclusividad aquella noche.

¿Y cómo había conseguido yo eso? Pues no echándome en sus brazos en el primer momento para que no sospechara nada extraño, haciéndome la mujer misteriosa, de la que nadie sabe nada y a la que nadie ha visto nunca. A veces he pensado que, tal vez, aquellos hombres no veían lo que no querían ver, puesto que no sabían absolutamente nada de mí. Arriesgaban su perfecta vida y su imagen y, aun así, caían en la trampa.

Una de las veces que me ausenté de la sala para ir al baño, me topé con Alfonso en uno de los corredores que distribuían los diversos salones y estancias de los que disponía el hotel.

—El otro día te marchaste muy rápido —me susurró, acorralándome contra una de las columnas—. Y hoy no hemos tenido ocasión de charlar a solas.

—La verdad —le dije, haciendo una mueca con los labios que me salía condenadamente natural, una mezcla entre interesante y tonta—, pensaba que tus

miradas del otro día no darían como fruto una simple reunión social hoy. Creía que nos veríamos tú y yo solos.

—Debo andarme con mucho cuidado, tomar precauciones —replicó, mirando a su espalda; la brillante piel de su cráneo apareció de pronto sembrada de docenas de diminutas gotas de sudor—. ¿Dónde podríamos vernos?

—Tengo una reserva en el hotel —le anuncié. Abrí mi bolso, saqué un pañuelo y lo fui posando de forma amorosa sobre su cabeza para enjugar su transpiración—. Si subimos en el ascensor de servicio, nadie nos verá.

Alfonso dudó. Volvió a mirar a su alrededor y después centró su mirada en mis labios rojos. A continuación, la fijó en mi escote.

—¿Podríamos subir ahora mismo? —me preguntó.

—Cuando tú quieras —le susurré de la forma más sensual posible.

Ya no volvió a dudar. Me cogió de la mano y tiró de mí hacia el ascensor. Una vez dentro, no se echó sobre mí como yo esperaba, porque tampoco era tan necio o ingenuo como parecía proyectar su imagen. En lugar de intentar besarme o meterme mano, como hacían todos, cogió mi bolso y lo registró a conciencia. Después, pasó sus manos por mis costados, de arriba abajo, palpando con rapidez y pericia.

—¿Qué buscas? —le pregunté, con todo el candor del mundo.

—Un móvil —contestó—, una grabadora, un micro... Cualquier cosa que pudiese aprovechar la zorra de mi mujer para destruirme.

—¿Eso es lo que piensas de mí? —le espeté indignada—. ¿Que soy un cebo puesto por tu esposa? Creo que será mejor que me vaya. No me gusta nada que me insulten.

Y muy digna yo, en cuanto se abrieron las puertas, me dirigí hacia el ascensor principal para demostrar que me había sentido insultada y que prefería marcharme.

—No, por favor —me suplicó—, no te vayas. Perdona —suspiró—, pero, cuando se tiene tanto dinero y tan poco atractivo como yo, ya no sabes de quién fiarte.

—Claro, lo entiendo —acepté. Hice ver que lo perdonaba con una sutil caricia en su brazo e introduje la llave magnética en la puerta de la habitación—. Tal vez tu dinero me excite, pero voy a demostrarte que sólo me mueve el deseo de estar contigo.

Sí, lo sé, una frase un tanto teatral, pero una vez metida en mi papel, ya sólo quería hacerlo bien. Caracterizada de Casandra, me invadía una especie de energía que hacía que me sintiera en lo alto de una montaña. Ya nada podía pararme.

Una vez dentro de la estancia, Alfonso pareció deshacerse de cualquier resquicio de sospecha y se abalanzó sobre mí para besar mi cuello y mi escote. Y, como siempre, yo volví a pensar en cosas banales, haciendo que mi mente se evadiera a kilómetros de distancia de allí y mi piel se volviera insensible, como si recubriera mi cuerpo toda una capa de porexpán.

—Dios, me volviste loco nada más conocerte —me confesó enfebrecido. Sus labios buscaban mis pechos y sus manos sujetaron mi culo para acercarme a él y que pudiese notar la dureza del bulto de su erección.

—Tú a mí también —le dije—, pero no me gustaría que nuestro primer encuentro fuese un polvo rápido.

—Tienes razón —suspiró.

A regañadientes, se separó de mí y sacó una botella de champán que había preparada en una cubitera. Sirvió dos copas y bebimos un trago sin dejar de mirarnos a los ojos. Entonces me giré para ofrecerle la espalda y eché hacia un lado mi brillante melena negra. Él entendió el mensaje y me bajó la cremallera. El vestido se abrió en canal y cayó al suelo en un suave murmullo de tela.

Fue cuando aproveché para girarme de nuevo para que pudiese contemplar mi cuerpo únicamente cubierto por un sensacional conjunto de lencería negra. Alfonso abrió tanto los ojos que temí que se abalanzase sobre mí antes de lo esperado. Por fortuna, mi aura misteriosa proporcionaba a los hombres el deseo de complacerme.

—Yo ya me he puesto cómoda —le dije con un mohín—. Ahora te toca a ti. ¿Por qué no te pones más cómodo y te refrescas un poco? —le propuse, pasando con suavidad la palma de mi mano sobre su bragueta—. Yo seguiré aquí, esperándote.

—No tardo nada, ya lo verás —me respondió antes de dejar su copa sobre la mesa y desaparecer tras la puerta del baño.

Y entonces ya no tuve tiempo que perder. Con seguridad y buen pulso, abrí la esfera de mi fino reloj dorado y saqué de su interior una pequeña cápsula, cuyo contenido vacié en la copa del empresario. Diluí el líquido burbujeante con

el dedo, justo a tiempo de que él volviera a aparecer. Se había deshecho del traje y sólo llevaba puestos los calzoncillos.

—Brindemos —le propuse, ofreciéndole su copa—. Por que nuestro primer encuentro no sea el último.

Chocamos nuestras copas y nos bebimos de un trago el interior de cada una. Las depositamos, vacías, sobre la mesa de nuevo y dejé que volviera a enredarme entre sus brazos como un pegajoso pulpo. Su lengua excesivamente mojada se paseó por mis hombros y mis orejas y, justo cuando bajaba hasta mi boca, sentí que su cuerpo se volvía lánguido bajo mis manos.

Sin el mayor remordimiento, abrí mis brazos y lo dejé caer sobre la cama como a un molesto saco de patatas.

—Habéis tardado mucho, ¿no? —se quejó Daniel, una vez hubo accedido a la habitación desde su escondite tras las cortinas.

—No es tan tonto como parece —le conté mientras observaba la figura exangüe tirada sobre la cama—. No se acababa de fiar. ¿Tienes todas las fotos o necesitas alguna más?

—Tal vez irían bien un par de ellas más.

—Joder —bufé—. Colócale la cabeza hacia la cámara.

Daniel lo hizo con cuidado. De esa forma no cabría duda acerca de su identidad y sus ojos semiabiertos únicamente darían a entender un sublime éxtasis sexual. Después, todavía vestida con mi sensual conjunto, me coloqué a horcajadas sobre la fofa barriga y simulé estar cabalgándolo mientras mis manos tapaban mi rostro supuestamente de placer.

—Recuerda no captar ningún detalle que pueda delatarme —le advertí.

—Ya sabes que luego destruyo las fotos que no nos convienen —me tranquilizó—. Fantástico —concluyó tras accionar varias veces su cámara profesional—. Cuando estas fotografías le lleguen a su mujer, sólo podrá ver a su marido follando con una chica morena sin rostro. Ya podemos irnos.

—Exacto —le dije mientras bajaba de la cama—. Y ya podrá sacarle la pasta que le dé la gana al cerdo este.

En perfecta sincronización, mientras yo hacía una bola con el vestido y los zapatos, Daniel extraía de su mochila una falda negra, una blusa blanca, unos zapatos y unas gafas. Me los coloqué en segundos y me recogí el pelo en un moño, mientras él limpiaba con un pañuelo las copas y el pomo de la puerta.

—Listo —anunció al acabar. Un último y rápido escaneado con la mirada nos permitió asegurarnos, como siempre, de que no se nos escapaba ningún detalle.

Para salir de la habitación utilizábamos el camino que él empleaba para entrar. Desde el balcón de la *suite*, saltábamos al siguiente, y después al siguiente, hasta que, al llegar a la escalera de incendios, él bajaba por ella hasta la cocina mientras que yo accedía al pasillo de la primera planta, donde nuestro enlace ya había colocado un carrito con un menú listo para servir. Con mi uniforme y mi moño, semejaba una profesional camarera que, empujando el carrito, se dirigía también a la cocina, pero por el acceso principal, para darle tiempo a Daniel a salir unos minutos antes que yo y evitar así en todo momento que se nos pudiera ver juntos.

Tras salir del hotel, coger el taxi y llegar a casa, volví a colocar el vestuario y todo lo demás en su lugar, antes de lanzarme bajo el chorro de agua de la ducha, donde me pasaba largos minutos siempre que volvía de uno de esos «trabajos», frotando y frotando sin parar hasta dejarme la piel roja e irritada, intentando despojarme de algo que, en realidad, no se encontraba físicamente sobre mi cuerpo: los remordimientos y el asco.

Después, cogí un cepillo y me entretuve unos minutos peinando la peluca que ya había colocado sobre su busto sin rostro.

—¿Todo bien? —me preguntó Daniel. Se dejaba caer sobre el marco de la puerta de mi cuarto y me miraba algo preocupado.

—Todo está perfecto —le contesté.

—Sabes que esta mierda sólo será necesaria hasta que...

—Lo sé —lo interrumpí—. Hasta que ella muera.

—Lo siento, preciosa —me dijo, abrazándome. Yo me dejé envolver unos instantes por el calor de sus brazos, por la tibieza y el olor familiar de su fuerte cuerpo. Pero tras esos segundos, me deshice de su consuelo. Como siempre, necesitaba estar sola y él lo sabía...

* * *

La mujer baja la vista, pulsa sobre la pantalla del móvil y apunta algo en su libreta de notas. En el silencio sólo se oye el rasgar del bolígrafo sobre el papel.

—¿Mataste a Christian Márquez?

Supongo que me ha soltado la pregunta a bocajarro para ver mi reacción. Le contesto a la primera, a pesar de lo que digan todas las pruebas y evidencias que me han restregado por la cara.

—No lo sé.

Su expresión no delata que mi respuesta la haya sorprendido.

—Pero ¿admites la trampa, el fraude y la extorsión que llevabais a cabo Daniel y tú?

—Sí, lo admito.

—Eso no te ayudará mucho —suspira—. Tendrás que ser muy convincente para que un juez te crea inocente de homicidio si tiene en cuenta tus pocos escrúpulos. Así que —dice, volviendo a accionar el móvil—, tendrás que continuar con la historia hasta el final. Puedes contármelo todo ahora, con todo detalle, comenzando por decir tu nombre.

—Está bien. —Pellizco el puente de mi nariz e intento retroceder con mi mente al pasado—. Me llamo Gabriela Vargas y llevo una doble vida.

CAPÍTULO 2

Grabación n.º 2, realizada el 2 de agosto de 2016 a las 10.10 horas

Una de mis dos vidas era absolutamente normal, la que podría llevar cualquier chica común y corriente de veinticinco años que tuviese un trabajo de becaria mal pagado y a la que no le llegase ni para el alquiler. Había logrado estudiar ADE y marketing mientras nuestra economía todavía se podía tildar de saneada, pero aquellos tiempos habían quedado atrás. Paradójicamente, al ponerme a currar, necesitaba mucho más el dinero que antes si quería hacer frente a los recibos que ya nadie nos pagaba.

Daniel, después de estudiar audiovisuales y de trabajar en un par de empresas, decidió que lo suyo era ser fotógrafo *freelance*, cuando en ambas ocasiones lo echaron del curro por insultar al jefe. Según él, se considera un espíritu libre, pero a mí me parece que no sirve para recibir órdenes de nadie. Lo mismo realiza un reportaje de boda que de restauración (lo que viene a ser fotos de paellas y calamares a la romana para los restaurantes), pues es la mejor forma de cobrar y despedirse del jefe para no volverlo a ver en mucho tiempo.

Hay personas que no sirven para atarse a nada ni a nadie. Mi hermano era una de ellas. Por eso, ni tenía novia ni trabajo estable. Hasta que conocimos a Julián y su propuesta «para hacernos con un montón de pasta fácil...».

Pero ya llegaremos a la parte de Julián y al «trabajo» que realizamos para él.

Un día de mi vida normal consistía en despertarme temprano, cosa que no es lo mismo que levantarse temprano, pues mi manía de parar el despertador y darme la vuelta en busca de esos ansiados cinco minutos era y sigue siendo mi perdición.

¡Y como para fiarme de Daniel! Él todavía se levantaba más tarde que yo. Directamente, pasaba de ponerse ningún tipo de despertador y se levantaba cuando le daba la gana.

Al final, siempre me tocaba correr: correr para ducharme y vestirme, correr para tomarme un café con leche instantáneo y correr para pillar el autobús.

Aquella mañana de noviembre en concreto, se me había hecho más tarde que nunca. Casi me mato al bajar la escalera del edificio, cada día más desgastada, y casi me atropellan cuando me lancé en pos del autobús que, inevitablemente, se largaba ante mis narices.

—¡Mierda! —grité sin aliento y sin esperanza. El próximo bus pasaba al cabo de media hora y ya me sería imposible llegar a tiempo al trabajo. No me quedaba más remedio que coger un taxi, si es que a aquella hora y en aquella zona podía tener la gran fortuna de encontrar uno libre.

Tuve suerte, porque vi venir a lo lejos uno de ellos y corrí de nuevo hacia la calzada. Agité las manos, al mismo tiempo que la velocidad hizo oscilar mi larga coleta pelirroja.

—¡Eh! ¡Aquí! —grité para asegurarme de que parara.

Emití un soplido de alivio al verlo frenar y parar a unos metros de mí. Satisfecha, aceleré mis pasos en su dirección, pero cuál fue mi sorpresa y mi indignación cuando observé a un tipo que se me adelantaba y levantaba su brazo antes de proceder a abrir la puerta trasera del coche.

—¡Eh! —chillé—. ¿Qué haces? ¡Ese taxi es mío!

Ésa fue la primera vez que lo vi.

Ahora, cuando recuerdo ese momento y lo veo en retrospectiva, pienso que, muchas veces, la casualidad y el azar son los que hacen posible que algunas cosas sucedan, como cuando el crupier lanza los dados sobre el tapete, la bola sobre la ruleta o eliges una carta de la baraja.

A pesar de mi ofuscación al ver que un tipo me robaba el taxi, tuve tiempo de captar su porte, su seguridad, su clase, aun sin poder ver su rostro. Vestía un impecable traje oscuro, a juego con el maletín que aferraba entre sus dedos. Hablaba por el móvil y, con el movimiento del brazo, dejó entrever un carísimo reloj que yo no podría pagar jamás, a conjunto con el gemelo, que emitió un destello cuando un rayo de sol matutino impactó en él. El mismo destello que surgió de los mechones claros que salpicaban su cabello castaño. Lo vi surgir de

la nada para apostarse ante el coche, como alguien que está acostumbrado a que no le nieguen nada.

De repente, mi indignación pareció evaporarse en el fresco aire de la mañana, exactamente cuando él se giró. No tengo muy claro si me miró a mí, pues, algo incómoda al verme en el radio de su mirada, disimulé como pude desviando la vista hacia el suelo. Pero de reojo pude contemplar su rostro, su boca, sus ojos. ¡Dios! Esos ojos, tan azules... Por poco me atraganto con las mismas babas que mi boca había acumulado al verlo. Era tan atractivo y perfecto que quitaba el aliento.

Por suerte, el fuerte sonido del claxon de un coche me despertó de mi ensoñación y recordé que, por culpa del tío bueno con pinta de ejecutivo estresado, me iba a llevar la bronca del siglo en el trabajo.

¡Y ya se estaba metiendo en el taxi!

—¡Joder! —grité. Con rapidez, me saqué la mochila de los hombros y la coloqué de forma que no pudiera cerrar la puerta del coche a pesar de haberse acomodado ya en su interior—. ¡Oye, capullo! ¡Yo estaba antes!

Él seguía con el teléfono pegado a su oreja y no se molestó ni en mirarme.

—Por favor, señorita, tengo prisa. —Tiró de la manija de la puerta para intentar cerrarla, pero mi mochila se lo seguía impidiendo.

—¡Yo también! —grité—. ¡Porque me pueden echar del trabajo mientras que dudo de que usted tenga el mismo problema!

—Te llamo más tarde —le indicó a su interlocutor antes de colgar la llamada. Y después me miró directamente a los ojos.

Quizá, si digo que la inseguridad y la vulnerabilidad me invadían cada vez que un hombre me miraba o me hablaba, la mayoría de la gente no me creería, pero seguro que me comprenderían cuando explicara mi motivo, que no era otro que la falta de mi disfraz, de cualquiera de ellos. Cuando me transformaba en Casandra, por ejemplo, dejaba de ser yo, Gabriela, por unas horas y pasaba a ser una mujer fuerte, segura, decidida, dueña de su destino. Sin embargo, cuando me encontraba viviendo mi vida normal, me sentía desprotegida, vulnerable e insegura.

¿Resultado? Me convertía en la tía más borde del planeta.

En aquel momento concreto supe lo que aquel atractivo hombre estaba viendo en mí: a una chica pelirroja con coleta, con la cara lavada, mostrando las

infantiles pecas que aún invadían su rostro. Yo no era tan atractiva como mis personajes, y eso me ponía de muy mala hostia, a pesar de que Daniel siempre insistiera en lo contrario, que al natural era más guapa que con capas y capas de maquillaje.

El desconocido, al mirarme, abrió al máximo sus ojos azules y frunció el ceño. Me dio la extraña sensación de que creyó ver en mí a alguien que ya conocía. Por supuesto, se confundió, porque yo no lo habría olvidado en la vida.

—¿Quiere algo, guapa?

¡Y encima me habló con toda la confianza del mundo! ¿Qué pensaría?, ¿que iba a pedirle un autógrafo?

—¡Sí! ¡Mi taxi!

Con mi cara de mala leche, supongo que comprendió que no estaba para tonterías.

—A ver, señorita, ¿cuál es su problema? Soy un hombre muy ocupado y no puedo perder el tiempo en nimiedades...

—¡Me importa una mierda! ¡Como si es usted el presidente del Banco Mundial! ¡Ahora mismo me devuelve mi taxi o no me muevo de aquí!

Ni que decir tiene que estaba colocada entre él y la puerta abierta del coche y no le permitía cerrarla ni que el taxista se pusiese en marcha, a no ser que quisiese llevarme a rastras por toda la avenida Meridiana. Además, mi postura de brazos cruzados dejaba muy claro que no iba a consentirle que se sintiera más importante e imprescindible que yo.

—Está bien —claudicó—, lleguemos a un acuerdo. Llego tarde a un asunto de extrema importancia y no me puedo permitir perder más tiempo. ¿Qué le parece si lo compartimos? ¿A dónde va usted?

Alucinada me quedé cuando vi cómo se echaba hacia un lado y me dejaba parte del asiento libre.

—Al paseo de Gracia.

—Perfecto —contestó—. Se encuentra en mi trayecto.

Y el tío comenzó de nuevo a teclear en su móvil.

—¿A qué espera? ¡Suba! —me ordenó.

Tenía razón, ya habíamos perdido demasiado el tiempo y no era plan de darle más vueltas.

Me pasé el camino mirando por la ventanilla para evitar mirarlo a él,

limitándome a percibir su presencia con un deje de incomodidad. El suave murmullo de su voz hablando por teléfono, el leve roce de la tela de su traje cada vez que se movía, el olor que desprendía... Incluso sentí su penetrante mirada a mi espalda y noté erizarse el vello de mi nuca. Me cabreeé conmigo misma por sentir que me afectara tanto tenerlo tan cerca. Hacía siglos que mi corazón no latía tan aprisa por la presencia de ningún hombre y lo estaba haciendo por un completo desconocido.

—Su destino, señorita.

En cuanto oí la voz del taxista, le di el dinero que me pedía y abrí la puerta del coche para irme pitando de allí. No me molesté ni en volver la vista atrás. Ni siquiera contesté cuando él pareció llamarme...

* * *

—¿Ésa fue la primera vez que lo viste?

—Sí.

—¿Estás segura de que era él?

—Claro que estoy segura. Además, él mismo me lo confirmó tiempo después.

—¿Crees que te reconoció o tal vez dijiste algo que le hizo saberlo?

—Creo que al principio no, pero, pasado un tiempo, me recordó. Ahora mismo no estoy segura.

Mi cabeza comienza a saturarse de pensamientos y ya no estoy segura de nada. Demasiadas preguntas, demasiados recuerdos, demasiadas dudas... Estoy cansada, apenas he dormido y sólo me apetece tumbarme y cerrar los ojos.

—Creo que será mejor que continúes. Sigue hablándome de tu vida normal. ¿Qué tal te llevabas con tus compañeros de trabajo? ¿Tenías amigos? ¿Salías de fiesta? Cuéntame lo que se te ocurra.

Dicho esto, vuelve a poner en marcha la grabadora del teléfono...

CAPÍTULO 3

Grabación n.º 3, realizada el 2 de agosto de 2016 a las 11.05 horas

Al final, me libré de una bronca por los pelos.

—Señorita Vargas —me advirtió el jefe del departamento de Administración nada más llegar—, cada día se come usted varios minutos de su horario laboral. Si sigue llegando tarde, tendremos que descontarle parte de su sueldo. Buenos días.

—Buenos días, señor Murillo. Entendido.

Esperé a que se fuera antes de volver a respirar.

—Ya de paso, ni me paguen —mascullé—. Puto Murillo *el Pardillo*...

—Parece mentira —comentó Susana, mi compañera y amiga; la única— que tengamos que andar con este miedo... ¡cuando nos pagan una puta mierda pinchada en un palo! ¡Menudo chollo contratar becarios!

—Se escudan en la máxima de que nos están haciendo un favor —contesté mientras me sentaba en mi silla— al permitirnos trabajar en sus pedazo de superempresas. No sé ni cómo no nos exigen pagarles a ellos.

—Me dan unas ganas de mandarlos al carajo...

—Tranquila, Susana, deja de indignarte, no vayan a echarte por mi culpa.

—No nos echarán —replicó muy tranquila y sonriente—. Les resultamos una ganga.

—Pues entonces ten cuidado, o son capaces de hacerte la vida muy difícil.

—Aguanté toda una infancia de *bullying* —dijo con naturalidad—, así que estoy hecha a prueba de bombas.

Eso era cierto. Me había explicado muchas veces que tuvo que soportar el

rechazo de sus compañeros por ser gorda y cómo lo fue superando con los años, queriéndose más a sí misma y pasando mucho de los demás. Cuando la conocí en la oficina, me pareció una chica muy guapa, con curvas y con todo en su sitio, aunque se seguía sintiendo bastante acomplejada e insegura cuando se trataba de relacionarse con hombres.

Y creo que fue eso lo que nos unió, nuestras inseguridades y nuestra visión del mundo, a pesar de la diferencia de nuestras reacciones ante los intentos de ligue por parte de los tíos: ella aprovechaba lo que se le ofrecía, mientras que yo llevaba demasiado tiempo rechazando cualquier tipo de relación.

Desde que me dejó mi novio...

Volviendo al tema laboral, creo que las becarias realizábamos más trabajo y ofrecíamos más ideas que los que cobraban buenos sueldos, pero, por supuesto, nadie nos lo reconocía.

—Estoy hasta el higo de tanto informe contable y análisis de mercado —bufó Susana—. Dime que esta noche saldrás un rato por ahí conmigo o me pego un tiro ahora mismo.

—Susana... —me quejé—, ya sabes que la noche no es lo mío, estoy cansada...

No podía decirle a lo que me dedicaba los fines de semana, el motivo por el cual yo siempre arrastraba sueño y cansancio.

—Te lo digo muy en serio, Gaby. Hace siglos que no nos divertimos ni un rato, y mi mente comienza a desestabilizarse. Necesito beber y reírme un poco, encontrarme con algún tipo a quien le gusten las rellenitas...

—¿Y para todo eso me necesitas a mí?

Sabía perfectamente la respuesta.

—Claro que sí. Sólo te tengo a ti, Gaby. Bueno, y a *Calabaza*, aunque no creo que cuenten las conversaciones que mantengo con mi gata.

—Está bien —suspiré—, pero poco rato. Mañana tengo que salir temprano a ayudar a Daniel con un reportaje de boda.

Era la única y pobre excusa que se me había ocurrido tiempo atrás para justificarle a mi amiga mi escasísima vida social de los fines de semana.

A pesar de mis pocos ánimos, accedí esa noche a salir con Susana. Era verdad que ella sólo me tenía a mí y no era justo que se divirtiera tan poco por mi culpa.

Aunque tantas cosas eran injustas...

Quedamos, como otras veces, en el Manhattan, un local perfecto donde beber, reír, pasar un buen rato y hasta ligar, aunque esto último no solía entrar en mis planes. Incluso pasaba totalmente de maquillarme y arreglarme, harta como estaba ya de hacerlo para mi «trabajo extra».

—Joder, Gaby —me dijo Susana, como siempre hacía cuando me veía aparecer—, cualquier día de éstos te piden el DNI al entrar. Ya pareces una niña cada día, podrías envejecer un poco para salir, que pareces una adolescente, hija.

Ella siempre iba muy guapa. Su melena negra y ondulada y su piel blanca contrastaban perfectamente con sus labios pintados de rojo y el *eyeliner* que perfilaba sus ojos negros.

—No me apetece —me limité a decirle antes de pedirle al camarero un vodka con limón.

—Pues menudo ánimo traes ya —bufó—. A ver si, por lo menos, no espantas a los tíos que se te acerquen, como haces cada maldita vez que uno osa hacerlo.

—No se me acercan casi nunca.

—No me extraña, si ya te ven esa cara de borde que pones sólo con que te miren. Por cierto —me señaló con la cabeza—, hablando de tíos... ¿Has visto a ése que te observa como si fueses comestible?

Desganada, miré hacia el otro lado de la barra. Era verdad, un tipo me miraba y me hizo un gesto con su copa que no supe cómo interpretar. Era bastante atractivo, si te gustan los tipos de complexión ancha, fuertes y con músculos. ¿Que cuál era mi tipo? En realidad, no tenía ni idea.

Me vino de pronto la imagen del hombre del taxi a la mente. ¡Qué tontería! Entonces no lo entendí todavía.

De repente, ante mi asombro, el musculitos se levantó y se aproximó a nosotras. No dejaba de mirarme y sonreía con la seguridad del que está acostumbrado a que le repliques con otra risita. Pues, conmigo, lo llevaba claro.

—¿Qué te he dicho? —me susurró Susana—. Creo que necesito retocarme el maquillaje. Voy un momento al servicio.

—¡Ni se te ocurra! —mascullé.

Pero sí se fue, la muy traidora.

—Hola, guapa —me saludó mi inesperado admirador—. No recuerdo haberte visto por aquí.

—Ni falta que hace.

El tipo sonrió. Debían de gustarle los retos difíciles.

—¿Quieres que te invite a una copa y charlamos?

—Ya tengo copa y compañía.

—Tal vez quieras dar una vuelta...

—Mira, guapo. —Me giré por fin para mirarlo por primera vez a la cara—: Si quisiese charlar o dar una vuelta, te aseguro que no habría venido a este patético lugar.

—Vaya —sonrió—, una pelirroja peligrosa. Se ve que eres de esas que cuestan más esfuerzo de la cuenta.

—¿Esfuerzo? —le planteé indignada—. ¿Otro que se cree que las mujeres son el premio de una competición? Vete otro rato al gimnasio, anda, a ver si ejercitas más tus músculos y así dejas descansar un rato tus neuronas, que ya las has hecho trabajar bastante esta noche.

—Pero ¿a ti qué te pasa, niñata? ¿No te das cuenta de que acercándome te he hecho un favor? Estarás buena, pero con esa cara de amargada no se te arrimará nadie en la vida.

—Que te jodan, gilipollas. —Sin pensármelo un segundo, le lancé sobre la bragueta el contenido de mi vaso—. Enfríate un poco, cerdo.

—¡Joder! —gritó—. ¡Vete a la mierda, zorra!

Antes de que pudiera volver a replicarle, mi amiga tiró de mí con fuerza y me arrastró hasta la otra punta del local.

—¡¿Otra vez?! —Me zarandeó—. ¡Gaby, por Dios, deja de maltratar a los hombres! ¡Cuántas veces tengo que decirte que no todos son iguales! ¡Que no todos son como...!

De repente, se calló. La vi mirar por encima de mi hombro y palidecer. Estaba segurísima de lo que estaba viendo.

—¿Estás segura de lo que acabas de decir? —le pregunté cuando vi a mi hermano dándose el lote con una chica—. ¿Seguro que no son todos unos putos cerdos?

—Maldito cabrón —refunfuñó.

Me sabía fatal por mi amiga, porque mi hermano se tiraba a las tías como el que se cambia de calcetines y ella lo sabía. Incluso lo había comprobado varias veces que había venido a mi casa y se había encontrado a Daniel saliendo de su

cuarto con una chica, y nunca la misma dos veces.

Daniel dejó de morrearse con su acompañante, supongo que para poder coger un poco de aire, y nos vio allí plantadas. La tomó a ella de la mano y se acercó a nosotras.

—¿Qué haces aquí? —me preguntó; a Susana ni la miró—. Sabes que mañana tenemos trabajo.

—Yo podría hacerte la misma pregunta. —Me crucé de brazos y lo miré a los ojos; a su acompañante, ni caso.

Observándolo con ojos de mujer, que no de hermana, la verdad era que Daniel estaba bueno de narices. Alto, delgado pero fuerte y de ancha espalda, había sido el más afortunado de los dos, a pesar de haberse gestado al mismo tiempo que yo. Tenemos los mismos ojos azules, aunque él se llevó unos rasgos marcados y masculinos y tuvo la «amabilidad» de concederme a mí el color rojizo de mi pelo a juego con mis pecas, pues su cabello es castaño oscuro y su piel sólo presenta un bonito tono atezado y en ese momento una barba de tres días que aún lo hace más guapo.

—Yo ya estoy descansado, pero tú madrugas cada día. Además, en cuanto acabe con...

—Lucy —contestó la rubia de bote.

—Eso, Lucy. Ella me ayudará a dormir lo que queda de noche. —Y la miró con ojos de lujuria.

En fin, menos mal que las gruesas paredes de mi cuarto me ahorraban tener que oír cada polvo de mi hermano.

Cuando se marchó la parejita, Susana se dejó caer sobre uno de los sillones de los reservados y suspiró, antes de zamparse de un trago todo el contenido de su copa.

—Lo siento —le dije al sentarme a su lado—. Es un capullo, pero poco puedo hacer yo para cambiarlo.

—Tranquila, la cosa está clara. Jamás voy a competir con todas esas maniquíes de calendario.

—Pues él se lo pierde —le respondí—. Tú vales mil veces más que todas ellas. Olvídalo y que le den por saco.

—No puedo olvidarlo —suspiró—. Lo quiero, Gaby, desde nuestro primer día de trabajo, aquél en el que él vino a acompañarte. Hablamos y me miraba

como si fuese realmente hermosa. Creí que le gustaba, que no sería uno de esos guapos superficiales que sólo valoran el envoltorio. Me equivoqué...

—Él es así —lo justifiqué—. Aunque es cierto que yo también creí que habría algo entre vosotros. ¡Incluso os llegasteis a acostar!

—Sí —contestó con un rictus amargo en la boca—, nos acostamos, y fue genial, maravilloso, alucinante, pero ¿sabes para qué sirvió? Para que yo me enamorara locamente de él, mientras que él decidiera que no volvería a tocar a una gorda.

—Susana...

—Déjalo —me cortó—. Creo que esta noche voy a ser de tu equipo. Beberé un par de copas más y nos iremos para casa. ¡A la mierda Daniel, los tíos guapos y todas esas zorras perfectas que se los llevan!

—¡A la mierda los hombres en general!

Le correspondí con otra copa...

* * *

Esta vez soy yo la que alarga el brazo y detiene la grabación. La abogada no parece molestarse por mi súbito movimiento y se limita a seguir inhalando el humo de su enésimo cigarrillo.

—¿Dónde está mi hermano? —le pregunto—. Hace demasiadas horas que no sé nada de él.

—Imagino que en un lugar parecido a éste, prestando declaración frente a otro abogado.

—Quiero verlo.

—De momento no va a poder ser. Me gustaría que continuaras con tu historia. Creo que se aproxima el momento crucial, en el que me hablarás de Julián y su... excéntrica agencia de detectives.

—Estoy cansada —le digo. Creo que apenas me he movido desde que comencé a contar mi historia y mis músculos comienzan a quejarse—. Tengo sueño y tampoco he comido ni bebido nada desde ayer.

—Está bien —suspira—. Pediré que te traigan algo de comer y después podrás continuar con tu relato.

—No, Teresa —replico firme—. Más que comer, necesito dormir un rato.

Temo que mi cabeza no pueda funcionar bien si no la dejo descansar, aunque sea un par de horas.

—De acuerdo. —Se levanta, llama al guardia, habla con él y después se gira hacia mí—. Volveré en un par de horas. Hasta luego, Gabriela.

El guardia vuelve a colocarme las esposas y me traslada a mi celda. Allí me las quita nuevamente y me señala una bandeja con comida sobre una mesita con ruedas antes de marcharse.

Me siento en el camastro y tiro de la mesa. Abro la botella de agua y me bebo la mitad de su contenido. Después levanto la servilleta de papel y contemplo un bocadillo que tiene una pinta bastante apetecible, pero me sobreviene una arcada y vuelvo a taparlo. Decido apartar la bandeja a un lado y echarme sobre la cama.

Cierro los ojos. Tras la oscuridad, como no podía ser de otra forma, contemplo la imagen de Christian. Viene caminando hacia mí. No puedo distinguir su ropa ni la expresión de su rostro. Se aproxima cada vez más aprisa. Mi corazón salta en mi pecho y levanto los brazos para abrazarlo en cuanto llegue. Frunzo el ceño cuando puedo distinguir ciertos detalles, como su vestimenta, su camisa rasgada y manchada de sangre, lo mismo que su rostro, pálido, como si estuviera muerto...

«¡No!», grito en mi estado de inconsciencia. ¡No puede ser, Christian no puede estar muerto!

De pronto, sus facciones se transforman. Ya no es su cara, sino la de Daniel. Me está mirando, preocupado. Y me llama. Me llama cada vez más fuerte. Grita mi nombre una y otra vez...

—¡Gabriela! ¡Gabriela!

Me incorporo de un salto en el camastro. Es Teresa quien me llama desde el otro lado de la puerta de barrotes metálicos.

—Perdona, pero llevas dormida más de cuatro horas —me dice—. Y el tiempo, en tu caso, es más valioso que el oro. Lávate un poco la cara, te espero en la sala de antes. Y cómete ese bocadillo o acabarás pareciendo tú la muerta.

Me levanto, me acerco al lavamanos y me echo un par de manotazos de agua a la cara. Echo de menos algún espejo donde poder observar mi rostro. Seguro que, como comenta la abogada, sólo contemplaría pecas y unos ojos azules grandes pero hundidos y apagados. Tras un bufido, me paso las manos mojadas

por el pelo y me vuelvo a hacer la coleta.

Antes de salir de la celda, miro de reojo la bandeja. Decido coger el bocadillo y comérmelo, pues, aun sin hambre, siento que mi estómago comienza a desfallecer. Cuando el guardia me traslada de nuevo a la sala junto a Teresa, me quita las esposas, permite que me siente y vuelve a dejarnos solas.

—¿Has descansado? —me pregunta.

—Un poco.

—Bien. —Se enciende un cigarrillo y coloca su teléfono sobre la mesa—. ¿Preparada para hablarme de Julián y su agencia?

Cojo aire, cierro los ojos y trato de cubrirme con un manto invisible de fuerza para paliar el daño que puedan hacerme los recuerdos.

—Preparada.

CAPÍTULO 4

Grabación n.º 4, realizada el 2 de agosto de 2016 a las 17.06 horas

Conocimos a Julián en una oficina bancaria. Estaba claro que era uno de sus métodos para captar posibles candidatos para trabajar en su agencia. Aquel día, nos volvían a denegar un préstamo, por lo que nuestro ánimo estaba por los suelos.

¡Qué listo era el tío!

Apostado en uno de los sillones de la sala de clientes, haciendo ver que leía un periódico, dejó que pasáramos por su lado y nos abordó a la salida del banco.

—Perdonad —nos dijo a Daniel y a mí—, ¿necesitáis dinero?

—No nos interesa —contestó mi hermano—. No queremos préstamos de esos al cincuenta por ciento de interés que, si no pagas, desapareces para siempre en el fondo de un pantano.

—No soy un prestamista —nos aclaró—. Sólo soy un humilde y pequeño empresario que necesita trabajadores jóvenes y dispuestos que quieran ganar pasta.

Daniel y yo nos miramos. No teníamos nada que perder si lo escuchábamos. Además, su apariencia no era extraña ni peligrosa, sólo la de un tipo normal y corriente, de unos cincuenta y tantos, poco pelo, delgado y con ropa de bastante calidad.

—Me presentaré —dijo tendiendo su mano—. Me llamo Julián y tengo una agencia de detectives.

Daniel y yo le correspondimos con un saludo y nos invitó a tomar un café en un bar cercano.

En un principio, cuando nos explicó en qué consistía el trabajo que llevaban a cabo en su agencia, no nos pareció demasiado fuera de lugar. Se trataba, simplemente, de que Daniel fotografiara infidelidades para poder presentarlas como pruebas en demandas de divorcio. Yo empecé haciendo de señuelo, apareciendo sin mostrar mi rostro en algunas fotografías al lado de hombres, junto a entradas de hoteles o restaurantes, para que sus mujeres los pudiesen tachar de puteros.

Pero, como otros ámbitos de la vida, la cosa se fue complicando y, sin darnos cuenta, y porque necesitábamos la pasta, nos convertimos en dos expertos timadores, pues ya no se trataba simplemente de encuentros casuales, sino de introducirme en la vida de esos tipos, conocerlos, provocarlos, hacer que me desearan. Tal fue mi éxito que, en sólo un par de años, tenía toda una agenda repleta de nombres de tipos importantes, muy importantes, cuyas esposas estaban hasta las narices de cuernos y dispuestas a pagar una buena suma de dinero a quien pudiera ofrecerles pruebas tangibles de sus infidelidades. Daniel y su cámara se encargaban de ello.

Y ahí entraba en juego la agencia de Julián.

Esa mañana de sábado, tras hacer de paño de lágrimas de Susana la noche anterior, Daniel y yo nos presentamos en la agencia. Julián se había puesto en contacto con él, como siempre, por correo electrónico y le había hablado de un nuevo trabajo que parecía bastante especial. Como otras veces, creímos que se trataría de un cliente muy importante.

A mí tanto me daba ya que fuesen banqueros, empresarios o mecánicos. Me adaptaba perfectamente a cualquier situación. Sólo tenía que transformarme en otra mujer, una que no existía.

—Hola, chicos —nos saludó al llegar a su despacho. Como de costumbre, estaba sentado tras su mesa, con aquella pose con la que te ofrecía su confianza pero dejando claro que era quien mandaba. Cruzaba las manos sobre su regazo y se reclinaba en el respaldo de su sillón como si fuese el rey que espera la petición de sus súbditos.

Tenía instalada su oficina muy alejada de la ciudad, en medio de un polígono industrial donde la mitad de las naves estaban en venta, en alquiler o abandonadas y, por tanto, no te encontrabas ni un alma por allí. No había letrero, ni se anunciaba a través de ningún medio o red social, pero no le faltaban los

clientes. Era el boca a boca más efectivo que había visto en mi vida, aunque luego nadie admitiera conocerlo de nada. Los propios clientes eran nuestros mejores aliados.

A pesar del entorno tan decadente, el despacho resultaba acogedor y ofrecía ese aire próspero que su dueño pretendía mostrar: un gran y robusto escritorio, estanterías de madera de roble, techo forrado en madera, suelo del mismo material, docenas de libros y un par de cuadros impresionistas que parecían auténticos o, en su defecto, copias perfectas.

—¿Algo nuevo, Julián? —le preguntó Daniel mientras no dejaba de mirar de reojo a una mujer que se hallaba sentada en una butaca frente a la mesa de trabajo de nuestro jefe.

Yo también la miré, algo mosqueada, pues daba la sensación de ir disfrazada, como si escondiera de alguna manera su físico real. Y yo era una experta en eso.

Su pelo oscuro y ondulado era una peluca, estaba claro. Unas gafas de sol tapaban sus ojos, y el abrigo largo y cruzado que llevaba puesto pese al calor de la estancia cubría cualquier rastro de su silueta. Sólo podía detectarse que era bastante joven. Le calculé unos treinta años.

—Sí, algo nuevo y, posiblemente, lo más importante en mucho tiempo. Os presento a María —dijo señalando a la chica, quien, por supuesto, no se llamaría así—. Nos trae un encargo y quiere que seáis vosotros en concreto quienes lo llevéis a cabo. Ella misma os lo explicará.

—Hola —se limitó a decir como saludo—. Quiero que jodáis a un tipo, que le jodáis la vida.

—No se preocupe —soltó Julián—. De eso nos encargamos nosotros. Sólo necesitamos unos cuantos detalles.

—Un momento —intervine—. Has dicho que ella nos quería específicamente a nosotros, pero hay más gente en esta agencia que puede hacer el mismo trabajo. ¿Por qué?

—Porque me han asegurado que sois los mejores —contestó ella. Aproveché para quitarse las gafas de sol, levantarse del sillón y mirarnos a los dos, supongo que para ofrecernos confianza—. Una fuente cercana me ha hablado de vuestros «métodos» y el alto porcentaje de éxito. Esa misma fuente fue cliente de la agencia y no puede estar más satisfecha con vosotros.

Tuve que dar por buena su explicación.

—De todos modos, mi petición puede resultaros algo fuera de lo común. — La mujer se dejó caer en la butaca frente a la mesa de Julián y se metió las manos en los bolsillos del abrigo—. Como ya os he dicho, quiero que le jodáis la vida a un hombre. Es un reputado magistrado, muy célebre en su círculo. Estuvimos prometidos, y mis padres, ya muy mayores, estaban muy felices con el futuro enlace; pero el muy cabrón terminó conmigo horas antes de la boda, echando por tierra meses de trabajo, mucho dinero e ilusiones. A mi padre le dio un infarto que no pudo superar. Mi madre ya sólo espera que la muerte se la lleve a ella también. Yo llevo un año en tratamiento psicológico, por no hablar de las pérdidas económicas sufridas por la empresa familiar, que, al verse privada de nuestras atenciones, apenas se mantiene en pie.

—Sentimos mucho toda esa historia —terció Daniel—, pero no nos parece fuera de lo común. Aquí se presentan muchas mujeres que han sufrido por culpa de sus maridos o novios y todas ellas quieren lo mismo, que les jodamos la vida a éstos, sobre todo económicamente hablando.

—Ésa es la diferencia —continuó la chica—, pues yo no me voy a conformar con eso.

En ese momento, nuestra posible clienta se acercó a mí. Estaba claro que era a mí en concreto a quien quería dirigirse, a quien quería hablar, a quien quería convencer.

—Quiero que destruyáis a mi exprometido. Y cuando hablo de «destruir», me refiero en todos los ámbitos, tanto en el económico como en el emocional.

—Explíquese mejor —le pedí, todavía quieta, impasible ante ella.

—Quiero que acabéis con su carrera y con su alma negra. Quiero unas fotografías que demuestren que, a pesar de volver a estar prometido con la hija de un magnate de la construcción, tiene una amante. Eso destruirá su ascendente carrera en la magistratura. Su futuro suegro se encargará de eso, puesto que es el gran Florencio Santamaría, dueño de las principales constructoras del país.

—Pero nos ha dicho que no se conforma con eso —le dije escamada.

—Exacto. —Cogió aire y, al hablar, su voz sonó ominosa, cargada de ira y de la mayor ansia de venganza que he visto en mi vida—. Quiero que sufra, que le rompas el corazón, que se enamore perdidamente de ti y luego se entere de que no eras más que una farsante pagada por mí, que los pedazos de su corazón no vuelvan jamás a unirse, que su vida quede igual de destrozada que la mía y la de

mi familia.

—No puedo hacer eso, lo lamento.

Eso era algo que siempre habíamos hablado Daniel y yo con Julián. Nada de implicación emocional.

—Tengo mucho dinero para pagaros —continuó—. Os ofrezco todo lo que me queda. Lo he vendido todo, pero merecerá la pena.

—Le digo que no, que no es posible —recalqué.

—Lo suficiente para pagar algo que necesitáis pagar. —Desde el principio me escamó que supiera tantas cosas. Desconfié de ella por completo, pero supo jugar bien sus cartas—. Con este dinero —nos dijo mostrándonos un sobre— y el que os entregaré al acabar el trabajo, podréis saldar vuestras deudas y no preocuparos más de pagar la residencia de vuestra madre.

—¿Cómo cojones sabe usted eso? —saltó Daniel.

—Porque, si quería estar segura de que aceptaríais, debía saber algún punto débil vuestro. En este caso, sé que es el dinero. No es más que un trueque: vosotros me solucionáis un problema a mí y yo os lo soluciono a vosotros.

—La respuesta sigue siendo no.

A pesar de afirmar eso, yo ya había empezado a flaquear. Aquella maldita desconocida había metido el dedo en la llaga hasta el fondo.

—El pago total son dos millones —siguió ella como si nada—. En este sobre tengo una cuarta parte. —Sacó un sobre blanco de su bolsillo y lo lanzó sobre la mesa de Julián—. Por los cálculos que he hecho, con esto tenéis para las mensualidades de varios años. El resto, al acabar el trabajo. Aparte de los honorarios de la agencia, por supuesto —dijo mirando al dueño.

—Joder. —Julián lanzó un silbido—. Nunca nos habían ofrecido tanta pasta, chicos. Yo me lo pensaría.

—Tiene razón, cariño, piénsatelo. —Para mi desgracia, Daniel se dejó impresionar por el dinero—. ¡Ya no tendríamos que preocuparnos por los pagos mensuales!

—¿Estás loco? —repliqué—. ¡No voy a enredarme con un tío por dinero!

—¡Sólo tienes que hacer lo mismo que las otras veces! ¡No vas a enredarte con nadie!

—¿Ah, no? —grité—. Me acaba de decir que tendría que hacer que se enamorara de mí... ¡Y dudo mucho que un tío se deje engatusar por una mujer

sin sexo de por medio!

—Dos millones, Gaby... —me susurró al oído. Nunca pronunciábamos nuestros nombres en alto—. Dos millones...

—No me lo puedo creer —le dije muy cabreada a mi hermano—. ¿De verdad estás considerando la idea de que me líe con un tío a cambio de dinero?

—No es sólo a cambio de dinero —contestó, agarrando mis manos para hacerlo más teatral—. Sería a cambio de nuestra libertad, de nuestro futuro, ése que ahora tenemos hipotecado de por vida. Sin preocuparte de las facturas, podrías dejar este trabajo al acabar este encargo. Por favor, preciosa, sabes perfectamente que esto que llevamos no es vida, sobre todo para ti...

—Basta. Cállate ya.

Y volví a flaquear. Y nadie debería juzgarme por aquellas dudas, porque, para ello, tendría que estar en mi situación. Trabajaba en algo que odiaba y a la vez me odiaba a mí misma por hacerlo. Pero, sin dinero, no nos podíamos permitir pagar lo que tanto necesitábamos.

Algo tan sencillo y primario como obtener grandes sumas de dinero de forma rápida y *fácil*. Eso era lo que necesitábamos.

—De momento —intervino la desconocida de nuevo—, os dejo aquí esta carpeta. Contiene fotografías de Christian, direcciones de su casa y trabajo, datos de su día a día, horarios, próximos eventos... De todos modos, si aceptáis, iré actualizando la información a través del correo de la agencia.

Depositó sobre la mesa dicha carpeta junto al sobre del dinero.

—Gracias por atenderme, Julián —le dijo a nuestro jefe con un apretón de manos—. Espero que convenzas a tus ayudantes. —Se colocó las gafas de sol y se marchó. Un silencio casi absoluto invadió la estancia hasta que habló Julián.

—Tal vez sea pedirte demasiado, Gabriela —suspiró, mientras se dejaba caer de nuevo en el respaldo de la silla y no perdía de vista el sobre de su mesa—, pero recuerda que las cosas no siempre han de ser blancas o negras.

—Cállate tú también, Julián —solté cabreada—. Todos sabemos aquí cuál es el doble rasero de tu moral.

—No te enfades, mi pelirroja preferida. También sabemos que eres la mejor y estoy seguro de que sabrías distinguir perfectamente entre trabajo y moralidad.

—Gaby, cariño —volvió Daniel al ataque—, no podemos convencerte si tú no quieres, pero recuerda: hay mucho en juego.

—Sí, mi dignidad, por ejemplo.

—Vamos, hermanita, no le des tanta importancia al sexo. Tampoco hay que hacer un drama por acostarse con un desconocido. La gente lo hace constantemente. Yo mismo me tiro a chicas que no sé ni cómo se llaman. Seguro que no te vendría mal, después de tanto tiempo, desde Toni...

—Si sigues por ahí, te mando a la mierda. —Cabreada, cogí la carpeta que contenía los datos del magistrado, nuestro posible próximo objetivo—. Me lo pensaré esta noche, pero no os prometo nada. Guarda tú el dinero, Julián, no me fio un pelo de mi hermano y hasta mañana no pienso daros una respuesta.

—Recuerda, Gaby —volvió a agujionearme—... Podrías dejarlo, volver a una vida normal, tu trabajo, una relación...

Metí la carpeta en el bolso y salí del destartado edificio hasta la calle. Respiré hondo varias veces y comencé a caminar hasta acercarme un poco más a la civilización y poder llamar a un taxi. Sin embargo, no me fui directamente a casa. Sabía perfectamente dónde tenía que ir para acabar de convencerme.

El taxi hasta el pueblo de la costa que era mi destino me costó una pasta, pero supongo que mi subconsciente ya sabía que aquel sobre repleto de billetes iba a ser para mí, para nosotros. Ni tuve entonces una respuesta aceptable ni la tengo ahora al preguntarme por qué lo sabía. Pero sí, lo reconozco: lo sabía, y lo aceptaba.

Cuando accedí a aquel lugar, volvió a invadirme la misma doble sensación de siempre, pues, por un lado, me parecía un emplazamiento perfecto, rodeado de jardines, en primera línea de mar, la sensación de paz que ofrecía... Pero, por otro, me hacía recordar que mi madre debía estar allí para siempre y no con nosotros, porque ya no podíamos cuidarla tan bien como podían hacerlo los profesionales.

—Buenos días, señorita Gabriela, no la esperábamos hasta mañana —me saludó uno de los enfermeros.

—Lo siento, ha sido una idea repentina. ¿Puedo verla?

—Por supuesto. Está en el jardín. Hoy hace un día espléndido para tomar el sol. Acompañeme. Hoy tiene uno de esos días apagados y está tristonía.

Seguí al chico a través de un sendero de gravilla hasta la parte trasera del edificio. Se oía el rumor de las olas y se percibía el olor a salitre. Cuando llegamos al jardín trasero, el joven enfermero saludó a su compañera, que estaba

sentada junto a mi madre, creo que leyéndole algo. Al vernos, se levantó y se aproximó.

—Hola, Gabriela —me saludó—. Hoy no podemos perderla de vista, está demasiado alicaída.

—Oh, no —suspiré. Ese decaimiento había sido otras veces el prelude de un nuevo intento de suicidio por parte de mi madre. Lo que me tranquilizaba era saber que nunca la dejaban sola y estaba bien atendida. Claro que miles de euros al mes bien daban para eso y más.

Los cuidadores se apartaron y yo me senté en el banco junto a ella. En un principio no pareció consciente de mi presencia, hasta que le hablé. Como siempre, llevaba su pelo castaño corto bien peinado. Iba vestida con un pantalón negro y un suéter rosa claro, y olía a limpio, a colonia y a talco.

—¿Qué tal, mamá? ¿Cómo estás?

Silencio. No me quedaba más alternativa que hablarle durante un buen rato hasta que a ella le diese por contestar. A veces, incoherencias; otras, algo más comprensible.

—Hola, hija —respondió, por fin—. Estoy bien, perfectamente bien. No entiendo que tu hermano y tú os preocupéis tanto.

Por supuesto, no iba a recordarle en ese momento la lista de motivos, porque era bien extensa.

—¿Has visto, Gabriela? —me comentó, abriendo sus manos—. Me han hecho la manicura y me han teñido el pelo. ¿Estoy guapa?

—Guapísima, mamá. Para que luego te quejes de cómo te cuidan.

—Pero también son unos cabrones —comenzó a susurrarme—. El otro día entraron en mi cuarto y se llevaron mis cosas. Las tiraron todas a la basura. Me enfadé muchísimo con ellos.

Seguro que ya comenzaba de nuevo a acumular mierda en su habitación. Continuaba con su manía de recoger todo lo que veía en el suelo, incluso en las papeleras, y llevárselo de incógnito para esconderlo bajo su cama. Me la imaginé con uno de aquellos ataques en los que se llegaba a poner tan agresiva que acababa reducida por un grupo de enfermeros hasta que le podían administrar un calmante.

Tuve que volver a comerme mis lágrimas, como siempre, como cada maldita vez que visitaba a mi madre en aquel lugar tan hermoso y tan horrible a la vez.

Con poco más de cincuenta años, su vida había quedado destrozada.

Es cierto que ella ya arrastraba episodios de depresión desde muy joven, pero se casó con un hombre comprensivo y paciente que la supo hacer feliz. Luego llegamos nosotros, los mellizos, quienes, a pesar del trabajo que le dimos, éramos su mayor alegría. Económicamente nos iba bien, pasaron los años, mi hermano y yo fuimos a la universidad... Todo perfecto.

Hasta que mi padre decidió que ya había vivido suficiente para los demás y había llegado su turno. Como el mayor de los tópicos, se largó con su secretaria, una chica de mi edad, para volver a vivir una segunda juventud, con todo el dinero y las escrituras de las propiedades bajo el brazo, sumiendo a mi madre en la miseria y en la mayor de las tristezas. Su primera reacción fue quedarse en la cama durante días, después nos hablaron de posible trastorno bipolar grado II por sus delirios maníaco-depresivos. Más tarde, de la posibilidad de esquizofrenia al comenzarle las alucinaciones. El resultado fue que mi hermano y yo no podíamos hacernos cargo de ella como merecía, con sus tratamientos y sus fármacos, pero un lugar donde la cuidasen costaba demasiado dinero.

Fue justo cuando conocimos a Julián, cuando ya lo habíamos vendido todo, cuando ya no había más préstamos para nosotros. Fue como agua caída del cielo después de una larga sequía.

Quienquiera que lea mis palabras puede juzgarme, y no se lo reprocharé. No pretendo justificarme, pero todo vino rodado, poco a poco y sin darnos apenas cuenta. Al principio se trató únicamente de hacer cuatro fotos para la agencia. Aquellas mujeres estaban siendo engañadas por sus maridos y necesitaban una prueba para que no las dejaran sin nada... como le pasó a mi madre.

Después, entiendo que me fui implicando cada vez más, adoptando otras personalidades para hacer caer a esos tipos con más facilidad. Pero no fue más que a cambio de más ingresos. Mi madre podría estar perfectamente atendida en aquel lugar, ya no correría el riesgo de volver a tomarse un tubo de pastillas. Pero, claro, había que apoquinar mucha pasta. Y con Julián fue posible.

Le di un beso a mamá y la dejé bastante tranquila. La que empezó a ponerse nerviosa fui yo, cuando llegué a casa y solté sobre la mesa la carpeta que me había entregado la mujer de la peluca. Me senté en una silla y todavía la miraba sin abrirla cuando llegó Daniel.

—¿Aún te lo estás pensando?

—He ido a ver a mamá.

—¿Cómo está?

—¿Por qué no lo compruebas tú mismo?

—Gaby, no empieces. Me voy pasando de vez en cuando.

No lo presioné más. El día que vi a Daniel llorar más desconsoladamente fue la última vez que fuimos a ver a mi madre. No soportaba verla allí, era superior a sus fuerzas. Y por eso no le tenía en cuenta que yo fuera varias veces a la semana mientras que él se pasaba por allí de higos a brevas.

—No pasa nada —suspiré. Y continué mirando la carpeta.

—¿Vas a abrirla?

—Sabes que sí, que lo haré. No entiendo esa cara de fingido pánico.

—Sí, Gaby, lo harás, pero ¿sabes una cosa?, no intentes convencer a nadie de que lo haces por mamá, ni siquiera por que yo te haya coaccionado. Te da miedo admitir que disfrutas haciendo lo que haces, jodiéndoles la vida a esos hombres.

—Cállate, Daniel.

—Crees que al disfrazarte ya no eres tú, pero sí lo eres...

—No es el momento...

—Ves en esos hombres a papá, y es como si lo jodieras a él...

—¡Basta ya! —grité. Me puse en pie de un salto y todo se me volvió borroso. Las lágrimas pugnaban por salir de mis ojos, pero yo no se lo permitiría —. Eres un cabrón, Daniel.

—Lo siento, lo siento. —Se acercó a mí y me estrechó entre sus brazos—. Perdona, yo también estoy nervioso, pensando en que con este trabajo podríamos solucionar el tema de los pagos del tratamiento y la estancia de mamá. Porque quiero verte fuera de esto, Gaby. Ya no más tipos que engañar, ya no más disfraces, ya no más chantajes. Deseo que tengas la vida de cualquier chica de tu edad, la vida que te mereces.

—¿Y tú? ¿Qué pasa contigo? ¿No crees que yo deseo lo mismo para ti?

—Yo también volveré a la vida que quiero, hermanita. —Me acunó el rostro y me besó en el pelo—. Pero mi vida no será tan tradicional como la tuya. Tal vez me vaya a ver mundo y sólo me lleve mi cámara bajo el brazo y fotografíe cada rincón de la Tierra.

—No quiero que te vayas —solté alicaída. Era algo que él había dicho muchas veces que haría, pero nunca me había planteado la posibilidad de que se

alejara de mí si no teníamos dinero. Siempre habíamos estado muy unidos.

—Me parece que primero tenemos que realizar un trabajo. —Hizo un gesto con la cabeza hacia la carpeta—. No vayamos a montarnos el cuento de la lechera.

—Tienes razón —suspiré mientras me deshacía de su abrazo—. Pero déjame que investigue los datos de ese tío a solas. Entraré en mi cuarto y en un rato saldré a comunicarte mi decisión final. ¿De acuerdo?

—Por supuesto, cariño. No te agobies. Si ves algo que no te parece bien, no pasa nada.

A pesar de lo que dijo, él sabía que eso no ocurriría, porque nunca me había importado. Todos los hombres que debía investigar siempre me habían parecido iguales: ricos, mujeriegos, viejos, babosos por las jovencitas...

Al advertir el asco que me invadió, pensé que tal vez Daniel tuviera razón. ¿Veía en ellos a mi padre? ¿Disfrutaba castigándolos?

Puede que fuera algo más que asco.

Una vez en mi cuarto, me senté en la cama y dejé la carpeta sobre la colcha floreada. La abrí y contemplé una serie de papeles con datos que fui colocando en orden sobre la cama. Como había dicho la clienta, había horarios, rutinas, lugares... Y sabía que a continuación venía lo que siempre más odiaba: las fotografías. Era la primera toma de contacto con ellos y la realidad.

Pero esa vez algo cambió. Mi reacción ese día no fue de desinterés, desidia o desgana. Cuando vi la primera foto de mi próxima *víctima*, me entró un pánico como nunca jamás había sentido.

Nombre: Christian Márquez.

Profesión: magistrado.

Edad: 32.

Y varias fotografías... de un hombre que yo ya había visto. Y él me había visto a mí.

El hombre del taxi.

Una hora más tarde salí de mi cuarto. Daniel tomaba una cerveza en el sofá mientras veía la televisión. No me preguntó, sólo me miró.

—El sábado hay una especie de homenaje a un magistrado retirado en el salón de un hotel —le comenté—, donde habrá un montón de jueces y abogados; entre ellos, nuestro magistrado. Ese día comenzamos.

Me miró, sonrió y alzó su botellín con satisfacción...

* * *

Teresa detiene la grabación. Me mira con una cara que yo definiría como de lástima.

—¿No te pareció que todo resultaba demasiado extraño?

—No —respondo—. Se trataba del mismo patrón de siempre. Una persona contactaba con Julián, nos llamaban, nos daban unas cuantas explicaciones, datos del hombre en cuestión y llegábamos a un acuerdo económico. Punto. Esa vez se había seguido la misma pauta.

—Pero sigo pensando que algo no te acababa de convencer.

—Tienes razón —acepto tras unos segundos de vacilación—, pero no puedo explicar por qué. Supongo que el que la mujer supiese lo de nuestra madre o nos quisiese a nosotros en concreto ya me alertó. Y la cosa empeoró cuando nos ofreció semejante cantidad de pasta. Por si fuera poco, al estudiar los datos del hombre no resultó ser un viejo calvo y regordete como las otras veces, sino un tipo joven y atractivo y, para colmo, ya me había tropezado con él.

—Entonces, no entiendo que no intentaras averiguar algo de esa potencial clienta, al menos a través de Julián. Sabías que, si os pillaban, os podían acusar de varios delitos.

—No sé —suspiro—. En ocasiones he pensado en ello, pero sigo sin verlo claro. Unas veces he creído que no quise ver lo que tendría que haberme parecido obvio, pues mi propia curiosidad por conocer a ese hombre atractivo e interesante venció mis posibles dudas. Otras veces he considerado que, simplemente, me lo tomé como uno más de los casos que pasaban por nosotros, que no debía ver fantasmas donde no los había. Incluso —me frotó el rostro— me marqué a Christian como un reto. Nuestra clienta me exigía que hiciera que se enamorase de mí, y pensé que, si conseguía eso, muchos de mis problemas de autoestima desaparecerían. Al final —concluyo—, tras darle muchas vueltas, llego a la conclusión de que, sencillamente, lo hice por el dinero... por mi madre, por mi hermano, por mí misma. Nos merecíamos algo mejor que lo que teníamos.

—La verdad —comenta la abogada mientras continúa con sus notas en su

bloc—, no es una cuestión nada fácil. El bien y el mal se separan por una línea demasiado fina. Lo moral o inmoral, lo ético o lo deshonesto... Ni un tribunal celestial estaría capacitado para decidirlo.

Nunca había pensado en ello. Para mí, lo que hacíamos era, decididamente, lo más inmoral del mundo, sólo que limpiaba mi conciencia diciéndome que era por mamá.

—¿Vas a contarme ya tu primer encuentro con Christian? Me refiero sabiendo a lo que ibas.

—¿Cuándo voy a poder ver a mi hermano?

—Te prometo que haré todo lo posible para que sea pronto.

La creo... o es que no tengo más remedio.

—Está bien. Lo explicaré.

Pulsa el «Rec» y vuelvo a tomar aire.

CAPÍTULO 5

Grabación n.º 5, realizada el día 2 de agosto de 2016 a las 18.00 horas

De nuevo, los acordes de *El lago de los cisnes* flotaban en el ambiente y, sentada frente al espejo, bajo la hilera de focos de lo que semejaba mi camerino, me dispuse a comenzar mi transformación. Maquillaje, polvos, iluminador, *eyeliner*, rímel, carmín... Me estaba empleando más de la cuenta, pero no era totalmente consciente de ello. Mis facciones debían quedar ocultas, por lo que traté de camuflar en la medida de lo posible mis rasgos.

En los muchos momentos que he tenido para pensar, me he preguntado por qué. Por qué aquella noche me atreví a mostrarme más Gabriela que nunca. Y la respuesta que obtengo es que quería gustarle al magistrado. Yo, Gabriela, no una de aquellas mujeres que no existían. Aunque entonces ni supe ni quise verlo así.

Una vez me hube maquillado, tocaba ponerme un vestido de cóctel. Lo elegí de corte sencillo, por las rodillas y sin mangas, en color azul cobalto. Antes de calzarme los tacones, eché un vistazo a las pelucas.

Fruncí el ceño. ¿Rubia? No, demasiado llamativa. ¿Morena? Demasiado utilizada. Me miré al espejo. ¿Por qué no? El azul le sentaba de maravilla a mi piel junto al color rojizo de mi pelo.

Nunca, jamás, desde que había empezado en la agencia, había dejado mi pelo al natural. Era un rasgo que siempre había querido ocultar, supongo que porque nunca me había agradado y, además, resultaba una característica mía demasiado evidente para evitar luego una posible identificación. Pero ese día tuve un subidón que me ayudó a creer que podría hacerlo. Y si podía hacerlo con el magistrado de los ojos azules, podría considerarlo un éxito total. Confié en mí;

más que nunca.

Daniel fue el segundo sorprendido cuando me vio aparecer.

—Joder. —Dio un silbido—. Estás para comerte de un bocado, preciosa. Recuerdo a un tipo, tal vez hermano tuyo, que un día te dijo que por ser pelirroja no eras menos atractiva.

—No me pelotees —le dije mientras preparaba el bolso—. Y otra cosa: en este encargo no vas a tener que trabajar hasta dentro de un tiempo.

—¿Cómo que no? ¿Y las fotografías que demuestren que le es infiel a su prometida?

—Recuerda el objetivo esta vez —repliqué seria—. No se trata de lanzarme a ligármelo, restregarme para excitarlo y pedir una habitación para echar un polvo. Tengo que currármelo un poquito más.

—Esta noche bastaría con un morreo...

—He dicho que no. Nos van a pagar dos millones y voy a hacerlo bien. Haré que me desee antes de dar ningún paso.

—Entonces, yo, ¿qué hago?

—De momento, nada. Estar atento al móvil por si te necesitara, nada más. Hoy será una primera toma de contacto, que me vea, que me conozca. Esta noche seré Rubí.

—Te pega.

—Gracias. —Me dirigí a la puerta—. Me voy. El taxi ya debe de estar abajo.

—Ten mucho cuidado, Gaby. No me quedo tranquilo. Estoy acostumbrado a estar cerca de ti cuando...

—No te preocupes —contesté. Le di un beso en la mejilla y me marché.

Cuando bajé del taxi frente a la entrada del hotel, mi transformación llegó al punto más álgido. Y no me refiero a la física, sino a la mental. Era Rubí, una devorahombres en toda regla, atractiva, segura, dispuesta a todo. Como si caminara sobre una alfombra roja, accedí al interior del hotel donde se celebraba la fiesta con un pase cortesía de Julián, quien era capaz de conseguirte hasta un biquini en Alaska. Un empleado me tomó el chal y me dirigí directamente a la barra a pedir una bebida. No hay mejor método para otear el horizonte que mirar por encima del borde de una copa.

Claro que un buen puñado de personas debieron de tener ese u otro motivo para desear beber en aquel preciso momento, pues, en cuanto le pedí al camarero

un vodka con limón, me vi rodeada por una multitud que, empujándome desde todos los ángulos, levantaba las manos en pos de su preciado botín.

Con la copa ya entre mis dedos, me sentí realmente asediada por todas partes y apenas me veía capaz de salir de aquel barullo. Como pude, me giré y emprendí mi camino por entre todas aquellas personas para dirigirme de nuevo al centro de la sala, pero no pude evitar un empujón por mi espalda que me hizo trastabillar hacia delante, con la consabida pérdida de equilibrio, copa en mano. Aquello hubiese sido suficiente para romperme los morros contra el suelo, pero no ocurrió.

Y no ocurrió porque algo me frenó: el cuerpo de un hombre. El mismo en el que aterrizó mi copa, enterita.

Cuando vi el estropicio sobre un traje claramente masculino, levanté la vista y quise morirme en aquel instante. Unos preciosos ojos azules me miraban totalmente alucinados, tan abiertos como la boca que los acompañaba en aquel rostro hermoso y perfecto.

Genial, un auténtico desastre. Horas preparando aquel encuentro y lo echaba a perder por un puñetero empujón.

—Yo... lo siento...

Quise gritar cuando me oí a mí misma disculparme. A la mierda mi imagen de mujer segura y rompecorazones.

—Luego diréis que las pelirrojas no dais mala suerte —soltó, una vez que nos apartamos un poco del tumulto. No me tomé a mal el comentario porque el brillo de sus ojos delataba su diversión.

—Perdona —le dije, restablecida ya mi dignidad—, yo no he tenido la culpa. Me han empujado.

—Ya lo he visto. Si no llega a ser por mí, te hubieran tenido que recoger del suelo. Aparte de disculparte, tendrás que darme las gracias.

¿Sólo estaba siendo amable y simpático o estaba intentando ligar conmigo?

—Creo que parar mi caída sólo ha sido una casualidad. —Poco a poco iba ganando confianza en mí misma y en mi papel—. Aunque lamento de veras que ahora lleves esa mancha. ¿Puedo hacer algo por tu ropa?

—No sé... ¿Quitármela?

Me volvía a coger por sorpresa. Todos mis posibles guiones quedaban anulados con aquellas respuestas que me daba, pues se suponía que debía ser yo

la ingeniosa, la interesante. Sin embargo, resulta que estaba siendo yo la que se estaba quedando sin réplicas. Y eso no me estaba gustando nada de nada. Para colmo, me miraba de una forma muy intensa y me sonreía como un niño travieso, un cóctel perfecto para que una mujer se quede descolocada. Y embelesada. No me quedó más remedio que sonreír. Fue algo instintivo.

—Qué bonita estás cuando sonríes.

—Menuda frase trillada —solté, cruzando los brazos, sin dejar de sonreír.

—Es lo que me ha surgido, te lo digo muy en serio. En sólo un minuto te he visto sorprendida, indignada, preocupada, enfadada y, por fin, risueña. Me quedo con esta última parte. Aunque la indignada es mi segunda favorita.

—Tú... tú...

¡Me quedé sin palabras, joder! Por inercia, lo único que me vino a la cabeza fue mandarlo a la mierda, pero no era ése el plan.

—Tranquila —me dijo pícaro—, no es necesario que digas algo más ingenioso. Con que pases la noche aquí, junto a mí, y no dejes de sonreír, me conformo.

—¿Me has tomado por un adorno?

—Uno precioso, me atrevo a resaltar.

—Pues si es eso lo que buscas, te animo a que sigas buscando, porque te advierto que esto que ves aquí —me señalé a mí misma— no sirve para adornar nada.

—Pues yo creo que, en mi cama, quedarías de fábula.

—Oh, claro. —Creo que mi corazón se detuvo un par de segundos—. Si me sugeriste antes quitarte la ropa, ahora es lo que toca, ¿no?

—¿Quitarte también la tuya, quieres decir?

Me resultó sumamente extraño aquel diálogo. No por su contenido absurdo, que también, sino porque no acababa de encontrarme incómoda. Hubiese seguido diciendo y escuchando chorradas con él durante el resto de la noche.

—¿Crees que me voy a indignar por alguna de esas preguntas? —le pregunté con tranquilidad.

—No lo sé. —Bajó un punto el volumen de su voz y se me acercó mucho más, dándome así la sensación de que no teníamos a toda aquella gente a nuestro alrededor—. Aunque tu propia lengua lamiendo tu labio inferior mientras me miras me dice que no, que no te has indignado un ápice, a pesar de saber que es

mi segunda emoción favorita en ti.

Vale. Tocada y hundida. La gruesa capa de acero que yo solía llevar en los primeros contactos con mis «víctimas» se acababa de convertir en mantequilla. Y, desprovista de mi capa, como le solía pasar a Gabriela, comencé a experimentar un sutil punto de mala leche.

—Creo que lo que te pasa a ti es que te crees guapo, ingenioso e irresistible, pero resulta que sólo eres un capullo. He conocido a muchos tipos como tú.

—Pues me parece que te falta edad para eso.

—¿Ahora me estás llamando niñaata?

—Por supuesto que no. Por cierto —dijo achicando sus bonitos ojos—, ¿te conozco? Desde que te has puesto en plan agraviada me ha parecido tener un *déjà vu*.

—Dudo mucho que...

Antes de acabar mi réplica, me interrumpió un camarero que, pidiendo permiso, se colocó en medio de los dos para dirigirse a mi oponente verbal.

—Perdone, señor. Si me acompaña, puedo ofrecerle una camisa nueva para estar más cómodo el resto de la noche.

Como para no reconocer esa voz. Disimulé como pude cuando capté que el camarero era mi hermano.

—Gracias —contestó el magistrado—. Tengo que tratar todavía con varias personas importantes y seguro que no dejarían de mirar la mancha de humedad que me acompaña. Dime que nos veremos más tarde, pelirroja.

—No tengo ni idea —le contesté.

—Vamos, dime que sí. —Volvió a acercarse aún más a mí en presencia del supuesto camarero que no parecía perderse detalle—. Pensaré que esta tediosa velada tendrá algún sentido si sé que después volveré a verte.

—¿Señor? —lo interrumpió Daniel, recordándole que lo estaba esperando.

Pero él también aguardaba mi respuesta y no parecía dispuesto a marcharse sin ella.

—Ya veremos —terminé por contestarle.

Se acabó yendo, pero no sin antes guiñarme un ojo. Y lo mismo hizo Daniel antes de acompañarlo. Puse los ojos en blanco al comprobar de primera mano que no entraba en los planes de mi hermano dejarme sola.

A partir de ahí, decidí que el tiempo hiciera el resto, pues ese encargo no era

como los demás; debía planificarlo bien y no precipitarme. Bebí, observé y hasta ligué con un par de tipos hasta que volví a ver a Christian. Apareció de nuevo en el salón y lo vi departir y conversar con varias personas y prestar atención a más de un discurso de algunos de los jueces y abogados que homenajearon a su compañero. Me entró un poco de bajón cuando comprendí que no le había resultado demasiado inolvidable, pues no me dedicó ni una mirada. El único que me brindó más de una fue Daniel, incluso se puso a mi lado mientras disimulaba recogiendo unas copas para poder preguntarme con mayor sigilo.

—Cuidado, Gaby —me advirtió—. Este tipo no es como los otros... y no sólo por ser joven y guapo, que también.

—Un punto a mi favor, ¿no crees? Ya que tengo que romperle el corazón a un desconocido, al menos que esté bueno y lo disfrute.

—Ése es el problema —continuó susurrando—, que lo disfrutes demasiado.

Decidí salir al exterior cuando comencé a sentirme fuera de lugar, algo que no solía pasarme nunca, pero supongo que fue porque las otras veces sólo tenía que provocar a un tipo para excitarlo, pasar por su lado, hacerle morritos... Lo justo y suficiente como para hacer que me deseara, mientras que, en aquella ocasión, debía ser un proceso cocinado a fuego lento.

Tras pasé una de las vidrieras que daban a una terraza rodeada de jardines. Ya era totalmente de noche y algunas personas habían salido al amparo de la oscuridad para fumar un pitillo, tomar el aire o conversar más íntimamente. Yo me hice a un lado, donde una balaustrada me separaba de un terraplén sembrado de cactus, lavandas y verbenas.

Observé el oscuro paisaje. Otorgaba una enorme paz estar allí, disfrutando de las vistas de la ciudad a la tenue luz de la luna en cuarto menguante. El olor de las flores ascendió y penetró en mi nariz, haciéndome cerrar los ojos para percibir mejor el aroma.

Un momento... aquel olor no era exactamente aroma de flores...

De pronto, una presencia a mi espalda me hizo estremecer. El roce de unos dedos en mi hombro y el calor de un aliento en mi oído provocaron un escalofrío que recorrió toda mi columna vertebral.

—Llevo rato buscándote —me susurró—. Desapareciste de la sala y creí que te habías marchado y que no volvería a verte.

Dios, llevaba siglos tratando con los más variados tipos que me importaban

un pimiento, y va aquél y, en un segundo, me desarma por completo.

Me di la vuelta para tenerlo de frente mientras trataba de coger aire y mostrarme lo más indiferente posible. Eso sí sabía hacerlo bien.

—¿Tienes miedo de no volver a verme después de que te haya tirado una copa encima? Pues si hubiésemos caído juntos al suelo, me hubieras jurado amor eterno.

—Lo de caer juntos al suelo ha disparado mi imaginación —dijo con una sonrisa, mezcla de arrogancia y picardía. Menuda mezcla explosiva.

¿Y por qué tenía que mirarme así, tan de cerca, tan intensamente, como si fuera a devorarme de un momento a otro...? No podía ni recordar cuándo había palpitado así de fuerte mi corazón en algún momento de mi vida. Mis piernas me parecieron de gelatina y tuve que cerrar las manos en sendos puños para tratar de disimular el temblor.

—Muy halagador de tu parte —le dije. Incluso, me permití el lujo de no mirarlo a los ojos, como si no me interesara en absoluto o me estuviese agobiando.

O quizá para evitar males mayores...

—Pero sólo ha sido una coincidencia el que hayamos tropezado —proseguí.

—No creo en las coincidencias. —Deslizó las yemas de sus dedos por mi mejilla, mi mandíbula y después por mi labio inferior—. Yo sólo creo en lo que veo y en lo que siento. Y ahora mismo te veo a ti. Y te siento a ti.

Dejó la mano sobre mi mejilla y colocó la otra al otro lado de mi rostro para abarcarlo entero. Unió sus pulgares para acariciar mis labios y ayudar a abrirlos, y sólo tuvo que inclinar la cabeza para acercar su boca a la mía, ya abierta. No hubo preámbulos, pasadas de lengua sobre mis labios ni pequeños besos como aviso. Directamente, su lengua aterrizó sobre mi lengua, para enredarse en ella, para lamerla y saborearla mientras sus dedos se deslizaban entre las raíces de mi pelo. Mantuve mis manos quietas, porque si las movía seguro que se hubiesen posado sobre sus hombros, su pecho o su espalda, y tocarlo tanto hubiese supuesto un peligro mortal.

Dios, aquello era más que un beso, era hacerle el amor a mi boca. Ni siquiera recordaba lo que era sentir ese deseo, esa sensualidad, ese anhelo con sólo besar a un hombre. Todo mi cuerpo se estremeció y temblé como una hoja, temerosa de que no pudiese parar de besarlo y él fuese consciente de mi deseo

desenfrenado. Cuando se retiró y me miró, esperé observar un rostro satisfecho y engreído, pero no fue así. Me miraba serio, incluso asombrado, respirando con dificultad.

Yo estaba al borde del colapso, pero, nuevamente, fui capaz de reponerme, separarme de él y dirigirme a la salida más cercana. Años de entreno.

—No te vayas —me pidió.

—Debo hacerlo —le contesté sin girarme.

—Dime al menos tu nombre —susurró a mi espalda—. Yo me llamo Christian.

Me detuve, me giré y le respondí.

—Gabriela —solté. Me salió así, natural. Ni Rubí, ni Casandra, ni ninguno de los nombres que yo guardaba en una lista. Y no me arrepentí en ningún momento de decírselo.

—Gabriela —susurró—, quiero volver a verte.

Yo sonreí, afortunadamente de forma misteriosa, y me largué de allí.

Llegué a casa una media hora antes que mi hermano. Ya me había duchado y cambiado cuando apareció despotricando por la puerta.

—¿No podías haberme avisado de que te ibas? ¡Me he pasado un buen rato buscándote!

—No necesito niñera, Daniel. Sé cuidarme solita.

—Oh, vamos, menuda mujer de mundo. ¿Y si ese tío es un psicópata a quien le gusta coleccionar cabelleras pelirrojas o algo así?

—Por favor —repliqué con los ojos en blanco—. Seguro que no te has despegado de mí ni me has perdido de vista, como siempre.

—Exacto. Hasta que te has largado sin hacerme un mísero gesto con la mirada o cualquiera de las otras mil formas que tienes de advertirme, como siempre has hecho.

—¿Algo más?

—Bueno, sí. Por suerte, la noche ha dado sus frutos.

Abrió su mochila para sacar la cámara y me la acercó para que viera cómo iba pasando las imágenes en la pantalla.

Éramos Christian y yo besándonos.

—Joder, hermanita, me quito el sombrero. Lo tienes comiendo de tu mano. Y sólo con haber tropezado con él. Deberíamos haber explotado antes ese

magnetismo que desprende tu cabellera roja.

A punto estuve de decirle que no estaba muy segura yo de eso, a menos que la atracción no fuera en ambos sentidos.

—Joder, Daniel, te indiqué que esperases. ¿Qué crees que podemos hacer con esto? Cualquier prometida de ese círculo de pijos se reiría en nuestros morros si nos limitáramos a mostrarle unas pocas fotografías.

—He decidido ir creando una pequeña reserva.

Miré las imágenes con disimulo. Daniel era todo un profesional y se veía claramente de quién se trataba el componente masculino de la pareja que conversaba a la luz de la luna, mientras que, de la parte femenina, o sea yo, apenas se dejaba entrever un cabello largo y un perfil difuso.

Algo caliente y denso se instaló en mi vientre cuando contemplé aquellas fotos, evocando el momento, recordando el susurro de su voz, el olor de su piel, el brillo de sus ojos azules. Y si pensaba en el beso... uf, me vi obligada a cerrar las piernas. El sexo no sólo era escaso en mi vida, sino que, incluso, había decidido tiempo atrás que ni siquiera estaría presente...

* * *

Doy un respingo ante el brusco movimiento de Teresa parando la grabación.

—¿Qué sucede? —le pregunto.

—No sé. He pensado que tal vez habrías olvidado que estabas siendo grabada cuando he visto que empezabas a hablar de sexo.

—Puede ser. No creo que a nadie le interese mi vida íntima, aunque a mí no me importa explicarlo.

—¿Por qué habías llegado a esa resolución? Me refiero a dejar de lado el sexo. ¿Fue por alguna mala experiencia? Recuerdo que en una de las anteriores grabaciones has mencionado a tu novio, un tal Toni...

—Me has prometido que vería a mi hermano. —Cambio de tema descaradamente.

—De acuerdo —suspira—. Veré lo que puedo hacer.

Se levanta de la silla y sale de la estancia. Yo me quedo como hipnotizada, mirando sin ver los objetos sobre la mesa: el móvil con la aplicación de la grabadora, la libreta de notas, el bolígrafo, el cenicero rebosante de colillas...

Pero no toco nada, no me interesa. Llevo horas aquí metida y todavía noto mi piel fría y mi estómago revuelto. Un agudo pitido sigue instalado en mi cabeza y actúo como una autómatas.

Levanto la vista al oír el ruido metálico de la puerta. Se abre y aparece mi hermano, esposado pero con buen aspecto. Tal vez algo cansado, pero eso es algo inevitable. Para él se me acaba toda la desidia y mis músculos cobran vida nada más verlo.

—¡Daniel! —exclamo. Me levanto de un salto y me echo en sus brazos, abrazándolo tan fuerte que temo hacerle daño. El guardia hace un leve intento por separarnos, pero mi abogada se lo impide. Al menos tendré que reconocerle a la mujer el que tenga corazón.

—Hola, hermanita —me corresponde él. No puede abrazarme porque se lo imposibilitan las esposas.

—¿No pueden quitarle esto? —grito a nuestros espectadores. Ni abrazarnos podemos ya en la intimidad, coño.

—De momento, no —contesta el policía.

—¡Se supone que soy yo la acusada de homicidio! —vuelvo a gritar—. ¿Por qué es él quien va esposado?

—Por favor, Gaby —me tranquiliza—, déjalo. La culpa es mía. Agredí a un policía.

—¿Tú? ¿Por qué?

—Debí haber entendido que sólo utilizan la técnica de tocarte los cojones para sonsacarte algo. Me lo tomé como algo personal e intenté pegarle.

—Y al final recibiste tú —le digo al contemplar el moratón que lo acompaña en el pómulo.

—Deja de preocuparte por mí. ¿Cómo estás tú? Veo que bastante bien.

—Estoy bien.

—Siento todo esto, Gaby, de veras que lo siento; yo te metí en este follón...

—Chist, no hables de eso ahora —le pido tras colocar un dedo sobre sus labios—. Tú no me obligaste a nada, yo quise hacerlo y los dos lo sabemos.

—No, no. Tú no te fiaste de aquella tipa desde el primer instante y debí haber hecho caso a tu instinto. No debí haber pensado únicamente en el dinero, fui un maldito egoísta de mierda.

—¡Basta, Daniel! —exijo—. Deja ya de culparte. Los dos nos metimos en la

agencia y en esto conociendo los riesgos. Hacíamos algo que estaba mal, por mucho que lo disfrazáramos de necesidad.

—Sólo eran unos cabrones con dinero, Gaby, que los jodan. Al fin y al cabo, aunque tú fueras un señuelo, ellos acababan llevándote a la cama. Eso es lo mismo que poner los cuernos a sus mujeres sin una chica contratada por ellas. No me siento mal por ellos, sino por ti.

—¿No era yo la que odiaba a los hombres al compararlos con papá? — Sonrío—. Vamos, hermanito, no te tortures más. Incluso Julián ha desaparecido del mapa. Seguro que el muy cabrito tenía todo el dinero en las Bahamas y debe de estar allí tomando una caipiriña bajo el sol.

—¡Se acabó la cháchara! —suelta el poli. Agarra a mi hermano del brazo y se lo lleva a rastras de mi lado. Él me mira con tristeza.

—¿Cuándo volveré a verlo? —grito sin poder evitar las lágrimas.

—Seguramente la próxima vez os lo pondrán incluso fácil para que os veáis —me comenta Teresa. La expresión de su cara me alerta.

—¿Qué... qué quieres decir?

—Que pedirán que hagáis un careo.

—¿Un careo?

—Sí, es la confrontación de dos testigos delante del juez para...

—¡Sé lo que es un careo! —exclamo indignada—. ¡Me refiero a qué pretenden averiguar con ello!

—La verdad, por ejemplo. En muchas ocasiones, dos testigos enfrentados han revelado más que largas sesiones de interrogatorio, sobre todo cuando sus declaraciones se contradicen.

—¡Daniel y yo no nos contradecimos!

—Sí, Gabriela. Hay detalles que no cuadran.

—Yo flipo, de verdad.

Esto es una mierda. Si mi ánimo ya estaba por los suelos, ahora está bajo tierra. Mi hermano está detenido, yo estoy detenida, Christian está muerto... No, eso no. No puedo soportar esa idea.

Quiero descansar. Quiero meterme en una cama y dormir y dormir, y no despertarme hasta que todo esto haya pasado.

—Será mejor que lo dejemos para mañana, ¿de acuerdo, Gabriela?

—Sí, por favor.

No he comido nada, sólo he tomado leche caliente para que me ayude a dormir, supongo que cortesía de mi abogada, pues dudo de que aquí traten tan bien a sus «inquilinos». Me he echado en el camastro y he empezado a notar cómo mis músculos se van relajando. Espero, sobre todo, poder dormir sin las pesadillas que me produce este lugar, la incertidumbre de qué sucederá con nosotros y el desasosiego que me inflige el pensamiento de la muerte de Christian.

De momento, sólo pienso en las siguientes confesiones que le haré a Teresa. Ya hemos quedado en que mañana por la mañana he de levantarme temprano para volver a las grabaciones.

Y mi inquietud no desaparece...

CAPÍTULO 6

Grabación n.º 6, realizada el día 3 de agosto de 2016 a las 6.31 horas

Tenía que remontarme al principio de mis tiempos en la agencia para recordar una ocasión en la que hubiese tenido que transformarme un día laborable. Habitualmente limitaba mis encuentros a los fines de semana, desde el viernes hasta el domingo tarde, pues me había costado mucho terminar mis estudios y conseguir un puesto como para arriesgar mi trabajo, y eso se lo dije a Julián desde el comienzo. No quería presentarme en la oficina con ojeras o con el miedo de quedarme dormida encima de la mesa.

Sí, ya sé, ganaba mucho más en la agencia que con aquel precario curro, pero, si bien es cierto que mi madre se merecía ese costoso cuidado, yo sólo pedía un poquito de normalidad en mi vida, pensar que no todo eran disfraces y engaños. Y creo que era pedir muy poco.

Aun así, este caso era especial. No podía limitarme a los sábados para enamorar a un hombre. Aunque debía hacerlo bien y que no me encontrara hasta en la sopa, si había algún lugar u ocasión donde pudiese hacerme la encontradiza, tenía que aprovechar la oportunidad. Y ese mismo lunes la había.

Se trataba de una cena de negocios en un restaurante. La mujer misteriosa se había hecho de alguna forma con la agenda personal de Christian y nos la iba actualizando mediante Julián. Esa noche tendría que volver a toparme con él sin que sospechara que lo estaba persiguiendo.

—A ver qué te parece, Gaby —me dijo Susana mientras yo no quitaba ojo de un informe estadístico en la pantalla del ordenador—. Esta noche no encargaremos pizzas para cenar. Hoy comida sana. Llevaré de mi casa lo

necesario para hacerte una ensalada César de chuparse los dedos. Hasta el capullo de tu hermano está invitado, que seguro que se pasa la vida comiendo hamburguesas y porquerías congeladas.

«Mierda», pensé. Había olvidado los lunes de peli junto a Susana.

El primer día de la semana cenábamos en mi casa, los miércoles, en la suya y, los fines de semana que yo no tenía víctimas a las que seducir, salíamos al cine o a tomar algo.

Sí, no es que fuese una vida muy emocionante de cara a la galería, pero bastantes emociones tenía yo ya. Cuando alguien me preguntaba cómo era posible que no tuviese tiempo para novios, me limitaba a poner cara de circunstancias, en plan «y yo qué quieres que te diga».

—Susana, tía, perdona, pero...

—Me estás asustando, Gaby. No me irás a decir que te has olvidado, que llevamos haciendo lo mismo hace siglos. ¡Y no me sueltes que tienes trabajo con Daniel un puto lunes cuando tu hermanito necesita hasta el martes para reponerse de sus excesos del fin de semana!

Ella misma me había dado la clave para montarme una excusa. Pedí mentalmente como tres millones de veces que me perdonara.

—¡No! ¡Claro que no lo he olvidado! Lo que he olvidado es decirte que mi hermano ha conseguido un trabajo algo más estable, pero necesitará mi ayuda de vez en cuando. Le van a pagar una pasta y sabes que el dinero nos viene muy bien. Lo siento de veras, Susana...

—No importa —respondió dolida—. Ahora ya sólo falta que adopte unos cuantos gatos más y me pase la vida comiendo helado frente a la tele. Me acabarán llamando la loca de los gatos, la loca gorda o algo peor.

—Vamos, no dramatices, hija. Conociendo a Daniel, cualquier día se pelea con el primero que se le ponga a tiro, nos mandan a la mierda y adiós curro. Te recompensaré, Susana, te lo juro.

—Claro.

Se pasó el día contestándome con frases de menos de tres palabras o con monosílabos. Y yo me lo pasé tratando de convencerme a mí misma de que mentir a mi amiga era una de las causas por las que estaba decidido que aquél sería mi último encargo para la agencia. Al final, Daniel tenía razón y nos merecíamos coger aquella pasta a cambio de poder llevar una vida normal, así

que debía ponerme manos a la obra.

Aquella noche volví a maquillarme sólo para disimular las pecas y reavivar mis ojos azules. Recogí mi llameante melena en un moño bajo y me puse un sencillo vestido estampado cuya falda me llegaba a las rodillas, para que se me viera discreta pero elegante.

—Estás perfecta, hermanita —me halagó Daniel mientras trajinaba con su mochila.

—No irás a decirme que vuelves a ser uno de los camareros. Alguien se acabará quedando con tu cara.

—No voy a ser un camarero —me confesó con una sonrisa y un beso—. Es mejor que no lo sepas. Es suficiente con que recuerdes que siempre estaré cerca.

En el que iba a ser nuestro segundo encuentro, yo no aparecería sola. Para otras ocasiones ya habíamos recurrido a Ernesto, un veterano actor de teatro caído en la desgracia y el olvido cuando la falta de trabajo y el alcohol lo dejaron casi en la indigencia. Daniel lo conoció por casualidad y le propuso que trabajara para nosotros de vez en cuando para darle más veracidad a mis apariciones. Era el rey del disfraz y lo mismo había hecho de mi padre que de mi novio, aunque, a sus escasos cincuenta años me trató siempre más como a una hija.

Esa noche en concreto sería mi pareja. Apareció vestido de forma elegante pero informal, con traje y camisa oscura sin corbata. Su cabello negro sembrado de canas le daba un perfecto aire de caballero con recursos. Me resulta escandaloso pensar lo que puede hacer un poco de dinero en el aspecto y en la vida de las personas.

—¿Preparada, zanahoria mía?

Creo que era a la única persona a la que le permitía que bromeara con mi color de pelo.

Entré en el restaurante cogida del brazo de Ernesto. Enseguida pudimos distinguir la separación que habían hecho en el local para que aquella reunión gozara de más privacidad. Habían colocado varios biombos y plantas alrededor de una mesa larga donde estaban cenando una veintena de comensales, Christian entre ellos. Volví a sentir aquel pálpito fuerte en el pecho y el temblor en mis piernas cuando lo vi. Departía con el hombre que estaba a su lado mientras sostenía una copa de vino en la mano. Fue como si todas las luces del escenario se hubiesen apagado y un único foco lo iluminara a él, pues mis ojos se posaron

automáticamente en su rostro y en sus movimientos, sin poder despegarlos ni un mero instante.

En cuanto pasamos por un hueco por donde nos podría observar, paramos con disimulo. Mi acompañante, que ya lo había divisado también, acercó su boca a mi oído como si me estuviese susurrando algo cariñoso.

—Ahora iré a comprobar nuestra reserva y mientras tanto te puedes quedar aquí como si me esperaras. ¡Ah!, ya nos está mirando. Aprovecha y riéte fuerte para asegurarnos de ello.

Y eso hice, soltar una carcajada mientras Ernesto me susurraba aparentemente algo gracioso. Él fue a hacer la comprobación y yo comencé a observar a mi alrededor, como aquella a la que le interesa algo de lo que está viendo. Deslicé mi mirada por la concurrida mesa e hice ver que tropezaba con sus ojos.

Los dos parecimos sorprendidos, claro. Él dejó inmediatamente de hablar con su interlocutor y me miró de forma tan intensa que un fuerte escalofrío me recorrió desde la nuca a los pies. Me sonrió y levantó su copa como si brindara, para luego llevársela a los labios. ¡Dios! ¿Cómo un gesto en apariencia tan nimio podía alterarme tanto?

Mi acompañante regresó y volvió a ofrecerme su brazo para que Christian pudiese observarnos bien. Fuimos derechos a la mesa que nos indicó el camarero, al final del local, donde la luz era más tenue y se podía disfrutar de una mayor privacidad.

No había empezado todavía a comer del primer plato cuando vi aparecer a Christian. Únicamente pasó por nuestro lado como si fuera al servicio, pero estaba claro que su movimiento había tenido la finalidad de localizarme. Por cierto, fue Ernesto quien me avisó. Yo continué con mi sopa de gambas como si nada. Ni siquiera lo miré.

—Creo que ha estado a punto de parar a decir algo, pero se lo ha pensado mejor al ver que le he lanzado una mirada ominosa.

—Por favor, Ernesto, se supone que hemos de darle facilidades para que podamos iniciar algo entre nosotros.

—Lo haremos sufrir un poquito —me susurró sonriente—. Así, luego te valorará más. Créeme, cielo, a los hombres nos gustan los retos. Por cierto, ya vuelve de donde quiera que haya ido.

Automáticamente, me tomó la mano y me la besó mientras yo sonreía satisfecha y batía mis pestañas como si fuesen abanicos.

Esa vez sí que lo miré. Mantuve mi mano en la de Ernesto como si quisiera informarlo de que estaba con otro y bajé los párpados como tantas y tantas veces había ensayado, lo que me otorgaba aquel deje de misterio.

—Lo tienes en el bote —volvió a susurrarme mi acompañante.

En aquel preciso instante, otra pareja era llevada a una mesa cercana a la nuestra. Por supuesto, era Daniel con una espectacular mujer. Me guiñó un ojo y después se dedicó a hacerle carantoñas a la chica.

—Ya había olvidado que mi hermano no pensaba quedarse en casita.

—Es normal, cariño, que quiera cuidar de ti.

—Soy mayorcita.

—Te puedo asegurar —me dijo Ernesto con retintín— que las mayores tonterías de mi vida las hice cuando era mayorcito.

Tal y como habíamos pactado, Ernesto recibió una supuesta llamada telefónica, se levantó de la mesa y se dirigió a la entrada del restaurante, donde Christian podía verlo desde su reunión. No tardó ni quince segundos en aparecer junto a mí.

—Gabriela.

—¿Qué tal, Christian?

—La verdad —respondió mientras tomaba asiento frente a mí—, no esperaba que la próxima vez que pudiera verte fuera en estas circunstancias.

—¿Te refieres a tu compañía o a la mía?

Tenerlo tan cerca volvía a trastornarme. Aquellos maravillosos ojos azulísimos me atravesaban de lado a lado y parecían penetrar mi mente. Pero, con la fuerza que me otorgaba la seguridad de que aquel hombre me deseaba, actué mucho más decidida que hasta entonces.

—A ambas —contestó—. Desearía que no hubiera nadie a nuestro alrededor.

—Ya... pero no puede ser. —Miré hacia mi hermano con disimulo, que hacía lo mismo hacia mí—. Hoy no estoy sola.

—¿No es un poco mayor para ti? ¿O vas a darme la alegría del día anunciándome que es tu padre?

—No es mi padre —me limité a contestar.

Me dio la impresión de que se cabreó durante unos cuantos segundos, pero,

antes de darme tiempo a reaccionar, atrapó mi mano y comenzó a acariciar mis dedos, uno por uno. Después colocó la yema de su pulgar en el centro de mi palma y empezó a rotarla, suavemente, poco a poco, con delicadeza...

¿Desde cuándo hay esa sensibilidad en la palma de la mano, por el amor de Dios?

Sentí que me disolvería sobre la silla en cuestión de instantes, aún más si no dejaba de mirarme.

—Y tu «no padre», ¿te hace sentir así?

No respondí. Me limité a seguir mirándome en sus ojos.

—¿O te hace esto...?

A continuación, levantó mi mano, se la acercó a su rostro y se introdujo en la boca mi dedo corazón. Hasta el fondo. Después deslizó sus labios hasta la parte de la uña, pero sin llegarlo a sacar del todo. Y vuelta a empezar. Era como si le follara la boca con el dedo.

¡Por poco se me para el corazón!

Para mí dejó de existir el restaurante, la gente, mi hermano o Ernesto. Sólo estábamos él y yo, solos, haciéndonos el amor con la mirada. Y con su boca, claro.

Conté hasta diez, pensé en el trabajo que me esperaba al día siguiente, en la cara de pena de Susana... Al final, me enfrié un poco... pero sólo un poco, lo suficiente como para volver a hablarle con serenidad.

—Un numerito muy sensual —le dije con desinterés mientras retiraba mi mano de entre las suyas—, pero sigo estando acompañada. ¿O pensabas que iba a marcharme corriendo contigo?

—Dime una cosa. —Parecía bastante molesto—. ¿Qué puede querer una chica como tú de un hombre como ése?

—¿De veras crees que voy a contestar a eso?

Le respondí con una sonrisa ladeada, como con desidia, dándole a entender que me tiraba a tíos mayores y ricos o a quien me daba la gana.

En aquel momento apareció Ernesto. Se plantó ante Christian y, con modales de caballero pero marcando territorio, lo miró con total animosidad.

—Perdone, pero está usted sentado en mi sitio y aún no he acabado de cenar.

Utilizó, como ya había hecho otras veces, acento inglés, pues, como me había dicho en otras ocasiones, siempre era más fácil esquivar alguna pregunta

indiscreta si te hacías pasar por extranjero.

Christian no dijo ni una palabra. Sin dejar de mirarme como si me pidiera explicaciones, se levantó de la silla y observó cómo Ernesto volvía a tomar asiento y yo le sonreía encantada. Se marchó a grandes zancadas.

—¡Guau! —exclamó el actor venido a menos lanzando un silbido—. Lo he cabreado bien. Ese tipo, la próxima vez que te vea, se te echará encima.

—Pero yo no lo dejaré —susurré esbozando una sonrisa diabólica—. Voy a esperar un poquito más.

—Pero ¿no se supone que debes darle facilidades?

—Lo sé, pero lo he pensado mejor. Me apetece jugar un poco más con él.

Era cierto. Al principio de orquestar aquel plan para desenmascarar al magistrado infiel, yo no tenía nada clara su reacción, si se fijaría en mí o ni me miraría. Sin embargo, todo estaba saliendo rodado. Me deseaba y eso me daba alas, me hacía sentir poderosa, así que estaba segura de que podría alargarlo un poco más y el resultado obtenido sería más satisfactorio.

Tragué saliva un instante cuando me imaginé en la cama con él. Después de años de sequía, me apetecía más que nunca practicar sexo con un hombre. Yo también lo deseaba a él.

Pillé a mi hermano haciéndome uno de los gestos que ambos habíamos acordado para entendernos. Me estaba indicando que iba a levantarse de la mesa y que yo debía seguirlo tras dejar pasar unos segundos.

—Ve pagando —le pedí a Ernesto—. Voy a ver qué quiere decirme Daniel.

—Perfecto, te esperaré fuera e iré llamando un taxi.

Con sigilo, entré en el lavabo de caballeros. En el interior, sólo estaba Daniel, quien, satisfecho, me hizo un gesto para que me acercara y me introdujera con él en uno de los retretes. De detrás de la cisterna sacó su mochila y extrajo una cámara de su interior. A continuación, extrajo una tarjeta de la esfera de su reloj y la acopló a la cámara.

—Vuelves a utilizar tecnología punta —le dije al verlo trajinar.

—Exacto. Y mira el resultado. No hace falta que me digas que soy el mejor. Sé que soy el mejor.

—Humildad ante todo —ironicé.

Eché un vistazo a la pantalla de la cámara. Daniel había captado perfectamente los momentos en los que el magistrado había tomado mi mano y

se había metido el dedo en la boca, de forma que sólo se veía su rostro con claridad mientras que de mí únicamente se apreciaba el brazo, un mechón de pelo y un trozo de mi vestido.

—Eres el mejor —corroboré—. Además, tenías razón, lo mejor es ir almacenando ya las pruebas.

—Yo siempre tengo razón, hermanita. —Me dio un beso en la frente y se dirigió a la puerta—. Volveré a sentarme con mi amiga. Tú espera unos segundos y márchate con Ernesto. Hasta mañana, preciosa.

Puse los ojos en blanco. Otra noche que volvería a pasar fuera de casa en brazos de una nueva mujer. En fin, al menos no tendría que toparme a ésa en bragas por mi salón.

Tal como él me dijo, esperé un instante y salí. Justo al pasar por delante de una especie de almacén, una fuerza tiró de mí y sentí que me estampaban contra una pared junto a botellas y latas de conserva. Un cuerpo alto y fuerte me aprisionó y casi me dejó sin aliento. Respiraba fuerte y sentí su espiración caliente en mi rostro.

—¿Sabe tu novio papaíto que te citas con amantes jóvenes en los servicios de caballeros?

—No sé de qué me estás hablando.

—Vamos, Gabriela, que no nací ayer. Ya desde la mesa he visto cómo le lanzabas miraditas al tío de la mesa de al lado, el mismo que acaba de salir de aquí.

—¿Y qué si es así? ¿Qué coño te importa a ti?

—Así que te follas al viejo inglés con pasta al mismo tiempo que no renuncias a tirarte al bollito ese.

—Como ya predije el otro día, no eres más que un capullo. Déjame en paz. —Hice el gesto de sacármelo de encima, pero sin utilizar toda mi fuerza.

—No sin antes demostrarte que me deseas tanto como yo a ti, que ni el viejo ni el niño ese te provocan lo mismo que yo.

Me tenía sujeta con fuerza a la pared con ambas manos, que mantenían mis brazos en alto, y con las piernas, que aprisionaban las mías. Primero exhaló su aliento en mi boca, invitándome a que abriera la mía, pero, en un rápido gesto, bajó su cabeza y depositó sus labios en mi cuello. Después sacó su lengua y trazó con ella un húmedo recorrido desde mi oreja, pasando por donde me latía

el pulso, errático y veloz, hasta llegar a mi hombro desnudo.

¡Dios! Ahí ya me fue imposible ahogar el gemido que emergió de mi boca. Continuó dibujando con su lengua senderos de humedad por mi garganta, mi clavícula, y siguió descendiendo hasta llegar al valle de mi escote.

—¿Ellos también te hacen temblar así?

Me lanzó esa pregunta mientras con una mano bajaba uno de los tirantes de mi vestido y dejaba a la vista parte de mi sujetador de encaje blanco. Me miró con un deseo que yo jamás había visto en un hombre, ni siquiera en todos aquellos a los que había engañado y liado para que me desearan en poco tiempo.

Sus ojos seguían clavados en los míos cuando posó una de sus manos sobre mi pecho y comenzó a acariciar mi pezón por encima de la tela. Sentí la fuerza de su deseo cuando presionó con su erección entre mis piernas.

—Pues no parece —comenzó a susurrarme, con su boca a un milímetro de la mía— que te hayan dejado muy satisfecha entre los dos. Lo digo por tu mirada perdida o por el movimiento de tus caderas. Me deseas —susurró una y otra vez—; me deseas.

Yo apenas le escuchaba, sólo sentía, sólo deseaba. Anhelaba que me besara, pero parecía estar recibiendo de mi propia medicina mientras él me hacía sufrir.

Por fin, él tampoco pareció tener más paciencia y lanzó su boca contra la mía. Apartó su mano de mi pecho y la enredó en mi pelo, aunque la dureza de su erección seguía golpeando mi pubis, al tiempo que me besaba de forma desesperada, ansiosa y casi ruda. Y yo decidí que mis manos no seguirían sin tocarlo. Me zafé de su agarre y rodeé su cuerpo con mis brazos, para atraerlo más hacia mí, para tocarlo, sentirlo. Dios... una auténtica locura.

—Yo también estaría dispuesto a hacerte el amor aquí y ahora —me susurró con sus labios casi pegados a mi mejilla—, pero no voy a permitir que sea aquí, en este cuarto.

Se separó de mí, me subió el tirante y trató de colocar un mechón suelto de mi moño en su sitio. No dejábamos de mirarnos ni de respirar a toda velocidad.

—Por eso —abrió su chaqueta y sacó su cartera de un bolsillo interior—, quiero que nos veamos aquí. —Extrajo una tarjeta y me la puso entre los dedos, a la vista de mi silencio. Era una tarjeta de hotel—. Te espero allí mañana a las siete y media.

Acarició con suavidad mis labios hinchados, me dio un breve beso en la

frente y se marchó.

Yo, primeramente, traté de recomponerme. Me sentía saturada de sensaciones que hacía mucho tiempo que no experimentaba. Tragué saliva un par de veces, alisé mi ropa y cogí un espejo de mi bolso, que había caído al suelo minutos antes. Observé mi imagen y sonreí, pues una vez más un hombre había caído en mi trampa y parecía dispuesto a cualquier cosa por acostarse conmigo.

Claro que, inmediatamente, dejé de sonreír. Esa vez no bastaría con drogarlo y hacerle unas fotos desnudo. Esa vez no habría teatro, sino una realidad que yo misma trataba de obviar para no pensar mucho en ella, puesto que, en esa ocasión, las fotografías captarían algo muy real y me trastornaba recordarlo.

«Ésta será la última vez. Mi madre estará bien atendida para siempre y nosotros podremos seguir con nuestras vidas sin temor al día siguiente, sin miedo a no disponer de dinero para ella, para nuestro futuro...»

Con esa verdad, o casi verdad, en mi pensamiento, me tranquilicé. Volví a mirar la tarjeta que aún conservaba entre mis dedos y, sin el mayor remordimiento, hice pequeños trozos y la tiré a un cubo de la basura antes de comenzar a caminar y dirigirme al taxi en el que me esperaba Ernesto.

—¿Todo bien, pelirroja?

—Todo perfecto. Me ha propuesto quedar mañana en un hotel que ya conozco; uno apartado y discreto.

—¿Y tú...?

—No me presentaré, por supuesto. Esperaré unos días al siguiente movimiento, cuando el pobrecito lleve tiempo pensando que no volverá a verme.

—Cualquiera diría, conociéndote —dijo Ernesto mientras lanzaba una carcajada—, que puedes llegar a ser tan taimada y maquiavélica.

—Eso es lo bueno, querido. —Enlacé mi mano con la suya y le di un cariñoso beso en el dorso—. Que él no me conoce.

* * *

—Haremos una pausa —oigo de pronto decir a mi abogada—. No has tomado nada al levantarte y deberías despejarte con un poco con café y algo de comer...

—Perdona, Teresa —la interrumpo—. ¿Cuánto tiempo me pueden retener

aquí, en el calabozo?

—Cuarenta y ocho horas.

No es capaz de disimular la cara de preocupación y yo lo advierto enseguida.

—¿Y después?

—Después deberás declarar delante de un juez y él decidirá si te otorga la libertad provisional o ingresas en prisión preventiva.

—Y está claro que yo voy de cabeza a prisión —afirmo con toda la firmeza de la que soy capaz, haciendo de tripas corazón.

—Son muchas pruebas en tu contra, Gabriela. Vi las fotografías del lugar del crimen. Había tanta sangre que apenas se distinguía el color del suelo. Tú estabas allí, con tus ropas también manchadas de sangre, de la sangre del magistrado Márquez. Para más inri, estabas fregando como una loca para hacer desaparecer cualquier rastro. El arma homicida se encontró en el escenario con tus huellas y, por otro lado —suspira—, varios testigos afirman haberos visto y oído discutir. Tenemos arma, sangre y móvil del crimen, pues ha salido a relucir tu forma de ganarte la vida en la agencia, y él era magistrado, y se supone que te descubrió. Blanco y en botella...

—Pero falta el cuerpo —le digo, todavía estremecida al recordar aquellas horas de las que, paradójicamente, yo no recordaba nada.

—Lo sé. Y voy a intentar sacarte de aquí con la premisa de «sin cuerpo, no hay delito». Aunque no sería la primera vez que, ante la evidencia de pruebas, se decidiera el ingreso en prisión. Luego está la importancia de la víctima, un respetado magistrado.

—Vamos, que lo tengo crudo. Entonces, ¿por qué confías en mí?

—Creo que, a pesar de todo, eres inocente, Gabriela, pero ante un juez o un tribunal no vale lo que crea el abogado, sino las pruebas y los hechos. Voy a tratar por todos los medios de que salgas en libertad bajo fianza o, al menos, intentaré averiguar la verdad, qué ocurrió, aunque tengas que esperar desde la cárcel.

—¿Y Daniel? ¿Qué sucederá con mi hermano?

—Él tiene más clara la libertad con fianza, porque se lo acusa de varios delitos, pero ninguno tan grave como el tuyo.

—No tenemos dinero —suspiro derrotada—. El primer pago que efectuó la zorra que nos contrató fue casi todo para la residencia de mi madre. El resto,

como comprenderás, nunca lo cobramos.

—No pienses en todo eso ahora —intenta tranquilizarme—. ¿Quieres tomar algo? Un café...

—No —la corto—. Después de la próxima grabación.

—De acuerdo.

Se enciende un cigarrillo y, envuelta en una nube de humo, vuelve a pulsar el «Rec» en su móvil.

CAPÍTULO 7

Grabación n.º 7, realizada el día 3 de agosto de 2016 a las 7.15 horas

Como bien dije y pensé, dejé pasar unos días antes de volver a encontrarme con el magistrado. Daniel me echó la bronca, pero en esa ocasión no tuvo más remedio que aguantarse, porque le repetí una y otra vez que era mejor hacerlo poco a poco y bien que cagarla de golpe por las prisas.

No sé si llegué a convencerlo, pero el caso es que no le quedaba otra.

Mientras tanto, nuestras vidas continuaban. Una de aquellas mañanas, corriendo como siempre y con la hora más justa que nunca, llegué al trabajo y lo primero que contemplé fue la cara agria de mi jefe. Susana ya estaba allí y me miraba con preocupación.

—Señoritas Vargas y Ballester, síganme inmediatamente al despacho del director.

Y eso hicimos, seguirlo, cagadas de miedo.

—Nos van a echar, tía —me susurraba Susana, nerviosa como un flan—. Que cobramos una mierda, pero en el paro se cobra aún menos, joder...

—Tranquilízate —le pedí entre dientes—. Seguro que sólo me echan a mí porque siempre llego tarde, pero a ti te cogerán con un contrato decente. No tienen nada que reprocharte, pero querrán que estés presente para que seas testigo de lo que puede pasarte si no cumples sus normas y sus horarios.

—No digas chorradas —me contestó, todavía caminando tras la figura enjuta del jefe de Administración—. Somos como un *pack*. Si hay bronca o despido es para las dos.

De repente, nos vimos dentro del despacho del director, pues nuestro jefe

inmediato nos abrió la doble puerta y nos instó a entrar. Era la primera vez que accedíamos a aquella estancia, amplia, elegante, algo lúgubre pero acogedora.

El director era un hombre grande, robusto, con barba canosa e incipiente alopecia, tan serio que en su presencia sólo te dedicabas a tragar saliva y a sudar.

—El señor Murillo me ha hablado de ustedes —nos soltó sin preámbulos, sin siquiera saludar.

El muy cabroncete realizó una pausa para hacernos sufrir un poquito más, sin aclararnos si lo que decía de nosotras el pardillo de Murillo era bueno o nefasto.

—Parece ser que ustedes dos son el mejor fichaje que ha hecho la empresa, por lo que, antes de que alguien de la competencia se percate de su valía y nos prive de sus eficaces servicios, hemos decidido hacerles un contrato, de momento de seis meses, con la posibilidad de convertirse en indefinido posteriormente.

Si nos pinchan en aquel momento, no sangramos.

—Por supuesto, el sueldo se adaptará al tipo de contrato, lo mismo que ciertas ventajas laborales y... —Paró un instante de hablar—. ¿Les ocurre algo? Parecen ustedes un poco pálidas.

Pálidas, no, un par de muertas debíamos de parecer. No sabíamos si reír o llorar. Nuestra mandíbula debía de estar rozando la brillante madera del parqué y nuestros cuerpos parecían haberse petrificado.

—Vargas y Ballester —nos alertó Murillo *el Pardillo*, haciendo chasquear sus dedos frente a nosotras—, ¿no tienen nada que decir?

—Pues... que muchas gracias, señor Murillo. Quiero decir, señor director —rectificó Susana.

—Eso, que muchas gracias, señor. Haremos que no se arrepienta usted de su decisión.

—Pues venga, pasen por Recursos Humanos a firmar el contrato y pónganse a lo suyo de inmediato. No piensen que van a tener menos trabajo a partir de ahora, sino todo lo contrario.

Y sí, firmamos el contrato y nos pusimos a currar, pero con una alegría que no nos cabía dentro.

Susana estaba tan harta como yo de tener que esconderse de su casero por no tener para el alquiler, así que se le acababan las miserias, además del reconocimiento a nuestro trabajo que representaba aquel cambio.

Y yo... pues no dejé de sonreír en todo el día. Pensaba que, después de las hostias que me había dado la vida, por fin ésta parecía sonreírme. En muy pocos días, varios acontecimientos estaban a punto de cambiar mi rumbo: el primer pago del trabajo de la agencia, que dejaba abonado el tratamiento de mi madre durante mucho tiempo; el llevar a cabo ese encargo, que estaba resultando más agradable de lo que imaginé en un principio, con el juego que me traía con Christian; saber que aquélla iba a ser la última colaboración con la agencia de Julián y que, de una vez por todas, mi hermano y yo podríamos, si no tener la vida que merecíamos, al menos la oportunidad de poder elegir. Y ahora se sumaba a todo eso que mi precario trabajo dejaba de serlo. Pasaba de ser una triste becaria que nadie se paraba ni a mirar a una profesional de las finanzas y el marketing.

Nunca pensamos, ni mi amiga ni yo, que la importante firma que asesoraba a bancos y grandes compañías, donde habíamos tenido la gran suerte de empezar como novatas, iba a convertirse en nuestro lugar de trabajo estable. No teníamos despacho propio ni nada parecido, pero sí un lugar más visible en el sector de Administración. Nos pareció que la gente, de pronto, reparaba en nosotras, e incluso creo que alguien nos trajo un café.

Para flipar.

A mí lo que me importaba era que tantos años de estudios y de trabajo daban por fin sus frutos.

También era el momento de concederle a mi amiga algo que le debía.

—¿Qué te parece si esta noche lo celebramos? —le pregunté—. Sin alargarlo mucho porque mañana hay que madrugar, pero podríamos brindar por nuestra buena suerte repentina.

—¡Menos mal! —contestó—. Pensaba que te habías convertido en una triste ermitaña que sólo sale para aguantarle la cámara a su hermano el ligón.

—El otro día te dije que te resarciría. —Le di un abrazo y un sonoro beso en la mejilla con todo el cariño que sentía por ella.

No sé qué habría sido de mí si no hubiese existido Susana. Ella me otorgaba el grado de cordura que le faltaba a mi vida.

—Entonces te cojo la palabra.

Esa noche volvimos a ir al Manhattan. Incluso me tomé la libertad de invitar a Daniel, porque quería que las personas que yo más amaba estuviesen a mi lado

en unos momentos tan felices. Para mi tranquilidad, acudió sin compañía y, para mi mayor regocijo, fue él el que esta vez se dedicó a estar solo mientras nos miraba a nosotras reír, beber y bailar rodeadas de chicos. En uno de los momentos que necesité refrescarme con una copa, me acerqué a la barra y me senté a su lado.

—¿Qué pasa? —le pregunté—. ¿No estás acostumbrado a no ser el centro de atención? —El camarero me sirvió un vodka con limón y me lo bebí de un trago.

—Deja de beber —gruñó—. He perdido la cuenta de los cubatas que llevas.

—Oh, ya salió el hermano protector. Te recuerdo que sólo eres unos minutos mayor que yo. Además, sabes perfectamente que sé beber. Nunca me has visto borracha.

—Ya —bufó—, pero la que no sabe beber es tu amiga. No para de restregársele un tío y ahí está, tan feliz.

Miré hacia el lugar donde bailaban una decena de personas. Susana, efectivamente, no dejaba de reír y sus mejillas arreboladas le daban una expresión de total felicidad. Vamos, que estaba bastante cargadita. No dejaba de abrazarse a un tipo que la sobaba por todas partes.

—¿Y qué? ¿Acaso crees que por que a ti no te guste no atrae a los demás hombres?

—Pero mírala —siguió rezongando—. Sólo falta que se baje las bragas para ese tipo aquí en medio.

—¡Y dale! Parece que quieras darnos una clase de moralidad, tú precisamente. La chica va caliente, lleva tiempo sin darle a las caderas. ¿Algún problema?

—Joder... —Se llevó su copa a los labios y continuó bebiendo sin dejar de mirar a Susana por encima del borde, cada vez más cabreado. Parecía que fuese a saltar del taburete en cualquier momento para pegarle dos hostias al tío que ya se estaba morreando con mi amiga.

—Parece mentira, Daniel. ¿Qué te pasa con Susana? En lo referente a ella, ni comes ni dejas comer. Déjala en paz, ¡qué disfrute, coño!

Instantes después, mi amiga se presentó ante nosotros cogida del brazo del tipo con el que no había dejado de darse el lote.

—Chicos —nos dijo—, ¿os importaría marcharos sin mí? Yo... esta noche mi amigo Rubén me acompañará a casa.

El tío seguía comiéndole la oreja y metiéndole mano. Creo que andaba tan cargado como ella. Aun así, y el discursito que yo le había soltado a mi hermano, agarré a Susana de un brazo y la arrastré hacia el otro extremo de la barra.

—Susana, tía, que me parece bien que disfrutes o que quieras darle celos a mi hermano, pero meter en tu casa a un completo desconocido... no lo veo.

—¡No quiero darle celos a tu hermano! —Me la quedé mirando con los brazos en jarras—. ¡Vale, sólo un poco! ¡Pero también me apetece un poco de sexo! ¿No tengo derecho?

—Claro que sí —le respondí comprensiva—, pero me preocupo porque acaban de contratarnos y no quiero que te presentes tarde el primer día. Y porque no sabemos de dónde ha salido ese tío.

—Si quieres saber un dato —se acercó para susurrarme—, no estoy tan borracha como aparento. No he bebido más que un par de cervezas, pero me ha ido bien fingir para que Rubén se me acerque. Por cierto, sí que lo conozco. Nos hemos liado dos o tres veces. No te preocupes, es un buen tipo.

—¿Ya te has acostado con él? —pregunté alucinada—. ¿Y por qué yo no sé nada de eso?

—¡Pues no sé! ¡Tal vez porque no siempre estás conmigo los fines de semana!

Me sonó a reproche y volví a sentirme mal.

—Perdona, Gaby —suspiró—. No quería recriminarte nada.

—Tranquila, Susana. Perdona tú.

—¿Y tu hermano? ¿Ha dicho algo?

—Pregúntale tú misma, porque por ahí viene. —Daniel se nos acercó con una expresión mezcla de cabreo e ironía.

—¿Qué pasa contigo? —le preguntó a Susana—. ¿Tan grande es tu desesperación que te tiras al primero que te entra?

—¿Y a ti qué cojones te importa? —le contestó ella muy mosqueada—. ¿Desde cuándo te interesa mi vida?

—No me interesa una mierda. Es porque eres amiga de Gaby. Por mí puedes follarte a un equipo entero de fútbol.

—Pero mira que eres desagradable —continuó mi amiga—. Debes de creer que, porque me gustas y un día follaste conmigo como muestra de tu caridad, voy a arrastrarme y besarte los pies para que vuelvas a echarme un polvo. Que te

den, capullo. A ver si te enteras de que el mundo no gira a tu alrededor.

Se separó de nosotros, agarró a su ligue de esa noche del brazo y se largaron del local. Sólo yo capté el esfuerzo titánico que empleó la pobre para mantenerse con el orgullo intacto.

—No sabía lo cabrón que podrías llegar a ser —le espeté a mi hermano una vez solos.

—Pues ahora ya lo sabes. —Ni me miraba. Únicamente se dedicaba a beber de su copa.

—Joder, Daniel, me paso la vida defendiéndote ante Susana —le recriminé —, creyendo que, simplemente, te gusta divertirte, no que disfrutas pisoteando a las mujeres.

—Yo nunca te he pedido que me defiendas —me soltó—. Sé cuidarme solito.

—¿Insultando a mis amigas?

—Tu amiga la gorda ya debe de estar acostumbrada.

—Vete a la mierda —le dije, tan cabreada que a punto estuve de soltarle una bofetada allí en medio.

Me sentí fatal. Por mi amiga, que no se merecía que un imbécil como Daniel la menospreciara de esa manera, y por mi hermano, porque no discutíamos nunca, más que por algún desacuerdo con los planes de la agencia. Enfadarme con él era algo que me entristecía enormemente, pero tampoco podía pasar por alto que insultara a mi amiga de esa forma.

Joder, qué mierda es estar en medio.

De todos modos, antes de irme de allí, observé de refilón la expresión de su rostro. No parecía para nada contento, más bien todo lo contrario, como si algo lo preocupara en exceso, frunciendo el ceño hasta juntar sus cejas. Por un lado, me alegré, por su cerdo comportamiento; pero, por otro, me preocupé al percibir cierta tristeza y por no verle la intención de compartirla conmigo.

Al día siguiente, mi amiga parecía haber olvidado las palabras hirientes de mi hermano, y se la veía bastante contenta después de haber pasado una noche junto a su *follamigo* eventual.

—Al menos he dormido calentita y abrazada a alguien —me comentó.

Ya no volví a sacar el tema, pues teníamos trabajo por delante. Nos dio mucha pena cuando nos dijeron que cada una de nosotras estaba destinada a una sección diferente de Administración. Mientras que yo formaría parte del grupo

de analistas de mercado, con el cometido de reunir datos de los clientes y realizar informes, Susana entraría en la sección de marketing, pues ella era una persona más extrovertida, creativa y con muchas más dotes que yo para trabajar en equipo. Aun así, aunque acabábamos de empezar, nos propusimos trabajar mucho y ser un día grandes ejecutivas, nuestra ilusión desde que nos pusimos a estudiar.

Cuántos sueños y aspiraciones... Lástima que los estropeará por culpa de mi ansia de dinero y de la doble vida que llevaba.

El trabajo me sirvió aquellos días, además, para olvidarme del magistrado y seguir con mi vida, aunque era consciente de que él, tal vez, se había presentado en un hotel para acostarse conmigo y debía de haberse ido, cansado de esperar. O tal vez tampoco había acudido a la cita y yo me estaba haciendo demasiadas cábalas.

Ese mismo viernes lo sabría.

Se suponía que contaba con dos horas para hacer una gestión de la empresa en la ciudad, así que debía hacerlo en una si quería dar un paso adelante en mi jugada con Christian. Esa misma mañana me había preparado una mochila para cambiarme, que mi hermano se encargó de acercarme a los lavabos de una estación. Me cambié y cogí un taxi hasta la Ciudad de la Justicia.

Accedí allí al edificio de los juzgados donde yo ya sabía que estaría él, pues su agenda personal se nos seguía actualizando día a día a través de Julián. Caminaba segura y decidida, como siempre que me transformaba. Aunque en esta ocasión no hubiese cambiado de nombre ni de color de pelo, seguía siendo mi alter ego, esa otra mujer mucho más mundana y sofisticada. Me había puesto un traje de falda estrecha y chaqueta corta de estilo Chanel y unos altos tacones. Me había recogido el pelo en un tirante moño en lo alto de la cabeza y había complementado el atuendo con unos pendientes de perlas y unas grandes gafas de sol, en plan Jackie Kennedy.

Aquél era el lugar, aquélla era la hora... Tenía que pasar precisamente por allí en aquel instante, sin quitarme las gafas, mirando al frente...

—¿Gabriela? —Oí a mi izquierda aquella voz inolvidable.

De repente lo tenía delante, tapándome la luz que provenía de las cristaleras del fondo. Iba todavía vestido con su toga reglamentaria de magistrado, bajo la que asomaba una camisa clara y una corbata azul. Contemplarlo me dejó sin

respiración, aunque también con un asomo de inquietud al descubrir la placa dorada que lucía en el lado izquierdo o los puños cubiertos de puntillas blancas. Todo ello no hizo más que recordarme que él representaba la ley y la justicia y que yo me dedicaba a transgredirlas.

Traté de no pensar en ello y centrarme en mi papel, a pesar de que el corazón volvía a latirme con fuerza, y no precisamente por que me inquietara su toga. Era él, su planta, el brillo dorado de su pelo, su mirada, que tenía el poder de cautivarme como si se tratase de un encantador de serpientes y yo la cobra que sucumbe a su melodía.

—¿Se puede saber qué haces aquí? —me preguntó.

—Oh, eres tú, Christian —dije desinteresada, mirando sobre su hombro como si tuviera intención de seguir mi camino—. Mis motivos para estar aquí son personales.

—Joder... —Miró a su alrededor y me tomó de un brazo con disimulo para apartarnos de mitad del corredor y poder hablar protegidos de miradas ajenas—. No apareciste en nuestra cita —me recriminó.

—¿Cita? —Me hice la despistada, me saqué las gafas y me llevé una patilla a la boca—. Oh, te refieres a la tarjeta que me diste de un hotel... La perdí.

Él cruzó sus brazos sobre la brillante tela negra y me miró con una cínica sonrisa.

—La perdiste, claro. Y no la leíste o tienes memoria de pez.

Era el momento de transformar la cara de tonta por la de avispada.

—Pues resulta —repliqué, mirándolo por primera vez a los ojos, sin dejar que me afectara demasiado su mirada afilada—, que mi memoria de pez me recuerda que no has dejado de insinuar cosas que yo no te he ofrecido. También me recuerda que te dije que no estaba sola y que no pensaba ir corriendo detrás de ti por que fueras joven, guapo y resulte que lleves toga.

—Pues no sé qué creer, Gabriela, cuando empiezo a toparme contigo en todas partes.

—La casualidad, que está jugando con nosotros.

—Ya te dije que yo no creo en las casualidades.

—¿Me permites irme ya? —Miré hacia mi brazo, aún sujeto por su mano.

—No —me contestó sin hacerme caso—, no voy a dejarte ir hasta que me digas que no me deseas y que no quieres hacer el amor conmigo.

Tragué saliva y lo miré a los ojos.

—No te deseo y no quiero hacer el amor contigo.

El resultado me convenció totalmente. Le susurré esas palabras como si me costara trabajo hacerlo, como si no me las creyera ni yo misma.

No estoy segura de si fue teatro o realidad.

—Qué mal mientes —afirmó. Dejó de sujetarme el brazo y levantó el suyo para acariciarme el rostro—. No sé qué me has hecho, cariño, pero, desde que tropezaste conmigo aquella noche, no soy capaz de sacarte de mi cabeza.

—¿Y crees que acabarías con esa obsesión si me acostara contigo?

—No lo sé. —Sus dedos, después de acariciar mi mejilla, bajaron por mi mandíbula y se posaron en mis labios—. Supongo que deberíamos comprobarlo.

—Claro. —Sonreí con ironía.

—¿Es por aquel tipo del restaurante? ¿Puedes tener problemas?

—Yo no soy de nadie.

—¿Entonces?

—Lo hago por ti —le dije. Puse yo también mis dedos sobre su áspera mandíbula—. No soy quien esperas que sea.

Muy teatral, lo sé, pero era una afirmación que solía utilizar para que los hombres todavía vieran más misterio en mí. Solía tener una gran eficacia, pues combinaba mi aura misteriosa y sofisticada con el instinto natural masculino de protección.

—Yo no espero nada, Gabriela. Sólo quiero que seas mía.

Eso también sonaba a frase dramática, pero demostraba que mi juego surtía efecto. Bajé la mirada, pues sabía que mis pestañas posadas en mis mejillas me daban un toque inocente.

—Tal vez ocurra, pero no hoy, ni mañana. —Me deshice de él y volví a colocarme mis gafas de sol con la intención de dejarlo de nuevo.

—Dime cuándo, Gabriela.

—Tú no crees en las casualidades, pero yo sí —concluí—. Nos volveremos a encontrar, Christian.

Y me marché.

Nunca me había costado trabajo alguno separar mis dos vidas. Mientras estaba en mi trabajo, en casa o con mi amiga, no solía pensar en aquellos tipos, en mis citas con ellos, en que les destrozaba la vida a cambio de que sus mujeres

obtuvieran unas buenas tajadas. Como tampoco solía pensar en mi vida común y corriente mientras me hacía pasar por otras mujeres y trataba de que tantos hombres me desearan.

Hasta que me tocó el Proyecto Christian.

A pesar de que mi trabajo en la empresa, a partir de entonces, lo consideré como algo primordial en mi vida, me descubrí varias veces pensando o imaginando cómo sería mi próxima cita con el magistrado. Lo mismo me pasaba cuando salía de fiesta con Susana. Si antes a los tíos que se me acercaban los mandaba a la mierda en veinte segundos, cuando empecé a compararlos con Christian no tardaba ni tres.

Lo cierto era que, por todo ello, la cosa debía prosperar y sacarme aquel proyecto de encima lo antes posible, antes de que me acabara colando por un tío que sólo estaba de paso en mi vida.

¿La mejor forma? Volviéndome a encontrar con él, aprovechando la información fresca de la que disponíamos por cortesía de Julián, que recibía informes constantes de parte de la clienta.

Ya no podía correr el riesgo de esperar varios días, no fuera a ser que el tipo perdiera la paciencia y pasara de mí. Sólo esperé un par de ellos, hasta el domingo por la tarde. Según nuestra fuente, Christian solía pasar esas últimas horas de la semana en un bar bastante tranquilo, cercano a su zona de residencia, tomando algo, normalmente solo.

Pero antes tenía que ultimar un detalle. No podía tener un encuentro íntimo con él en su casa, mucho menos en la mía, y un hotel me parecía demasiado frío, así que el sábado por la mañana fui al despacho de Julián.

—Necesito las llaves de la casa del alemán —le solté sin más explicación.

El alemán era un hombre de negocios que mantenía con Julián una especie de pacto simbiótico. No teníamos ni idea de a qué se dedicaba el tipo, pero supusimos que a nada legal si nuestro jefe lo ayudaba con sus contactos en la policía. A cambio, el alemán le dejaba las llaves de las varias casas que tenía repartidas por toda la geografía española, pues sólo pasaba la temporada veraniega en nuestro país. Yo nunca había utilizado ninguna, puesto que nunca había llegado más allá con nuestros clientes, pero sabía que alguna otra chica de la agencia sí las había llegado a usar.

Por cierto, como inciso diré que nunca tuvimos relación con otros

trabajadores de la agencia: con otras chicas, otros fotógrafos, otros detectives... con nadie. Se suponía que había más, pero nuestro jefe decidió, como medida de seguridad para evitar cualquier filtración, no hacernos coincidir nunca.

Julián abrió un cajón y sacó un manojo de llaves.

—Veo que la cosa va bien —me comentó mientras me las ofrecía.

—Todo va perfecto. —Aferré las llaves entre mis dedos y me sentí rara. El próximo paso que iba a dar no lo había dado nunca: acostarme con la víctima de uno de mis clientes.

No advertí el peligro, porque resultaba que para mí Christian no era una víctima, sino un objetivo. Y eso fue lo peor que pudo pasarme... o lo mejor. Todavía no lo sé...

—Por cierto, Julián, ¿has averiguado algo de nuestra misteriosa clienta? Sabes que hay algo en ella que no me gustó desde el principio.

—Por favor, Gabriela —colocó los codos sobre la mesa y apoyó la cabeza en las manos al tiempo que sonrió de forma taimada—, que no soy ningún novato. Fui policía muchos años, en una brigada especial. No te imaginas lo que he llegado a ver ni la de gente que es capaz de vender a su madre por drogas o un puñado de billetes.

Abrió otro de los cajones de la mesa y sacó una bolsa de plástico con un vaso en su interior.

—Le ofrecí a la señorita un café, pero lo rehusó. Comprendí que tampoco era una aficionada, así que volqué mi vaso a conciencia y, como yo supuse, lo levantó por instinto, para que no salpicara su abrigo. Así que... *voilà* —exclamó señalando la bolsa—. Mañana mismo estará en un laboratorio para analizar sus huellas.

—Otro favor de la policía, claro —le dije—. Y, dime, Julián, ¿por qué no seguiste siendo policía, en lugar de dedicarte a esta mierda?

—¿Y tú me lo preguntas, Gabriela? —Me miró con sus incisivos ojos negros de una forma tal que me provocó escalofríos. Pero no por él, sino por la respuesta que yo sabía que iba a darme—. Pues por lo mismo que tú te dedicas a esta mierda: por pasta.

Qué sucia me hizo sentir.

Ese mismo sábado por la tarde, invité a Susana a mi casa. Necesitaba tenerla a mi lado antes del día decisivo, olvidar por unas horas mi triste vida... al menos

la otra vida, la que apenas nadie conocía.

—¿Y a ti qué te pasa? —me preguntó cuando, nada más entrar en mi casa, la abracé con fuerza.

—Nada, que te quiero mucho.

—Yo también te quiero, tonta. Me huelo tarde de manta, sofá, pelis y chucherías.

—¿Te importa? —le pregunté.

—Claro que no.

Y el domingo llegó. Tenía tantas ganas de que así fuera como de que pasara de largo y no tuviera que enfrentarme a aquello...

* * *

—Un momento, Gabriela —me interrumpe mi abogada—. Lo próximo va a ser contarme cómo fue tu primer encuentro con Christian. ¿Crees que estás preparada?

—Sí, lo estoy. —Me encuentro en un plan que lo mismo me da todo ya—. Incluso creo que necesito explicarlo, Teresa. A ver si vas a resultar demasiado susceptible —le digo con una mueca.

—No digas chorradas —me suelta en tono bromista—. Tengo cuarenta y tres años, un exmarido y demasiadas relaciones fallidas. Yo no me asusto ya ni de un tío con tres pollas.

Qué bien me va reír un poco.

—Pero ahora no me vale ninguna excusa para que no tomes algo, Gabriela. Voy a pedir que te traigan un café con leche y algo de comer. Mientras te lo tomas, saldré fuera a hacer una llamada. ¿Te parece?

—No tengo hambre, pero ya empieza a rugirme el estómago —le aclaro—, así que me vendría bien algo caliente. ¿Podrían ser *brioques* con el café, por favor?

—Lo intentaré —me contesta con una sonrisa indulgente.

Tal y como ella me ha dicho, me hacen llegar el café y los bollos. A pesar de que me parece tener una especie de compuerta que me obstruye el paso al esófago, me empieza a salivar la boca al contemplar los brillantes panes cubiertos de azúcar. Me llevo uno de ellos a la boca y casi emito un gemido al

clavar los dientes en la masa dulce y esponjosa. Saboreo bien el bocado antes de tragarlo. Me trae tantos recuerdos este sabor...

Qué gran misterio es la memoria. Olores y sabores son capaces de transportarte a un momento determinado de la vida, a un lugar, a una persona...

A Christian...

CAPÍTULO 8

Grabación n.º 8, realizada el 3 de agosto de 2016 a las 7.49 horas

Ya estaba frente a la puerta del bar. Sabía que él estaba en el interior no sólo por los informes de Julián, sino porque ya había oscurecido y las luces del local me brindaron la oportunidad de vislumbrar la imagen de Christian sentado a la barra. Es una tontería, pero me lo había imaginado sentado a una mesa, vestido de forma elegante, como siempre lo había visto hasta ese momento. Me chocó por un instante descubrirlo en vaqueros y una camisa por fuera de color oscuro. Incluso miraba de reojo la pantalla del televisor que había situado a su izquierda, donde retransmitían un partido de fútbol, mientras sostenía una jarra de cerveza entre sus manos y charlaba amigablemente con el barman.

Sonreí. Esa imagen consiguió relajarme. Pensé que sí, era un magistrado, pero no tenía que estar siempre de juicios o vestido con la toga de las puntillas. También era un hombre. ¡Y qué hombre!

Afortunadamente, yo me había vestido esa tarde algo más informal que en nuestros anteriores encuentros. Llevaba también un pantalón vaquero con una blusa blanca cruzada en la cintura, y me había sujetado el pelo en un moño descuidado con algunos mechones sueltos que acariciaban mis mejillas.

Había llegado la hora de la verdad. Realicé un par de inspiraciones y entré en el local. En cuanto la puerta se cerró a mi espalda, varios pares de ojos se posaron en mí, aunque a mí sólo me importaban unos muy azules y ardientes que me miraron con una mezcla de regocijo y sorpresa.

—¿También vas a decirme hoy que es una casualidad? —me preguntó cuando me puse a su lado. Me senté en el taburete contiguo y apoyé el codo en la

barra.

—Por supuesto que sí —le dije traviesa.

—Oh, claro —respondió de igual forma—, había olvidado que la casualidad y el azar mueven nuestros encuentros.

—Somos como un par de dados —le aclaré. Deslicé la yema del dedo sobre su jarra de cerveza, que ya había depositado sobre la barra—, como una baraja de naipes, como la bola de una ruleta...

—Perdona, no te he preguntado qué quieres tomar.

—Vodka con limón, por favor. —Le hizo una seña al camarero y éste me sirvió la bebida.

—Así que... ¿qué te trae por aquí? —inquirió mientras me observaba beber.

—Tú —respondí.

No estoy segura del todo, pero creo que llegó a cerrar los ojos, y eso me conmovió profundamente. Era como si yo fuese un preciado regalo que él ansiase tener.

—Gabriela... —susurró, al tiempo que levantaba su brazo y comenzaba a recolocarme mechones sueltos del pelo sin orden ni concierto—. ¿Sabes una cosa?, he llegado a pensar que no eres real, que sólo formas parte de mi imaginación; que cada vez que te he visto, sólo te he imaginado; que cada vez que he hablado contigo, sólo ha sido una de mis fantasías; que cuando te besé, sólo fue un sueño.

—Soy real —le dije mientras posaba mi mano sobre la suya—. Estoy aquí, contigo.

—Ahora empiezo a creérmelo. —Continuó deslizando sus dedos entre mi pelo—. Tu color de pelo, ¿es natural?

—Ésa es una pregunta demasiado íntima —le contesté para darme importancia.

—Sí, lo es, porque es el mismo color de tus cejas y tus pestañas. Es tan bonito...

De pronto, su boca se curvó en una amplia sonrisa.

—Sé perfectamente lo que andas pensando —le dije molesta—. Tranquilo, es la misma pregunta que se hacen la mayoría de los tíos.

—Tal vez no pienso en lo que crees...

—Claro que sí. Piensas en que hay otra parte de mi cuerpo que podría

confirmar la naturalidad del color de mi pelo.

—No te enfades. —Me lo dijo de una forma tan seria y convincente que volvió a conmoverme. Qué tendría ese hombre que cada gesto y cada palabra suyos se metían muy dentro de mí, tanto que casi sentía cómo atravesaban mi piel. Esa vez, noté su miedo. Sí, miedo a que yo volviera a desaparecer.

—No me enfado —lo tranquilicé—. Supongo que, a pesar de ser un reputado magistrado muy serio y formal —añadí imitando una voz masculina—, sigues siendo un hombre.

—¿De veras? —Volvió a su expresión pícaro y se cruzó de brazos—. ¿Y cómo lo has notado? —Me susurró eso último tan cerca de mí que noté su aliento caliente en la boca.

—Intuición femenina. —Sonreí.

—¡Anda! ¡Pero si sabes sonreír!

Y yo reí.

Aquél fue un momento muy especial. La tensión sexual se palpaba, el erotismo implícito de nuestros movimientos, el misterio que nos envolvía como desconocidos que éramos... Pero, a la vez, había cierto grado de afinidad, por las sonrisas compartidas, las confesiones, su manera descuidada de estar allí, en un sencillo bar viendo un partido de fútbol...

¿Que si me enamoré de Christian en aquel instante?

Para qué mentir. Sí, me enamoré de él aquella noche. Y no me hizo falta hacer el amor con él para averiguarlo, aunque la expectativa de que aquello mismo iba a pasar en tan sólo unas horas hacía que mi corazón golpeará con fuerza contra mis pulmones y me quedara sin respiración.

—¿Crees que tengo alguna posibilidad esta noche? —me preguntó, pillándome desprevenida.

—¿De qué?

—De comprobar la naturalidad del color de tu pelo.

¡Dios! Casi me caigo del taburete. Empecé a dudar sobre si debía contestarle que sí o si era mejor decirle que no, o tal vez no decir nada claro...

Me limité a sonreír.

Debía dar tiempo a nuestra próxima jugada, que no era otra que una llamada telefónica. Sí, por supuesto, Julián tenía su número personal, y ya habíamos quedado en que a cierta hora concreta lo llamaría para distraerlo.

—Perdona —me dijo con el ceño fruncido al sentir la vibración de su móvil. Lo frunció aún más y me pidió excusas cuando se levantó—. No te vayas, ahora vuelvo. —Dicho esto, desapareció por una puerta del fondo.

Había llegado mi turno.

Con rapidez, saqué un lápiz de mi bolso, cogí una servilleta de papel y apunté en ella una dirección, antes de depositarla junto a su copa. A continuación, salí del bar en busca del taxi que ya me esperaba en la puerta y que salió a toda velocidad en cuanto se lo ordené.

—Calle del Sauce, ¡rápido!

Mi hermano me había propuesto con anterioridad estar ya en el taxi para acompañarme, pero le dije que no rotundamente. No sabía dónde iba a estar, si iba a estar escondido en la casa, si iba a hacer fotografías, y, la verdad, prefería no saberlo. No quería ni verlo, consciente como era de lo que iba a pasar.

—No voy a hacerle fotografías a mi hermana mientras folla con un tío —me tranquilizó esa misma tarde, antes de salir en busca de Christian.

—¿Entonces? —pregunté—. ¿Cómo...?

—Tú tranquila —me dijo con ternura—. Tu hermano sabe cómo hacerlo. Implicaré al magistrado en una infidelidad sin necesidad de estar presente en ciertos momentos.

No entendí muy bien qué quiso decirme, pero me convenció.

El taxi me dejó frente a la puerta de una casa espectacular, enorme, moderna, sofisticada, con un diseño muy lineal, de líneas rectas, como cubos superpuestos. Disponía de tantas vidrieras, paredes de cristal y claraboyas que parecía casi imposible que pudiese mantenerse en pie. Durante el día, se veía totalmente iluminada por los rayos de sol que entraban por todas partes y, durante la noche, era como permanecer en lo alto de una montaña, al raso, bajo un oscuro manto de estrellas. Lo normal, a pesar de estar deshabitada, era pasar por allí y ver varios puntos de luz repartidos por toda la casa, para aparentar vida en ella. Pero aquella noche, después de acceder por la blanca puerta principal y desconectar la alarma, yo misma los fui apagando uno a uno, hasta dejarla totalmente a oscuras, excepto por la tenue claridad que pudiese entrar de la luna y las estrellas o las farolas de la calle.

Rápidamente, subí la escalera hasta la tercera planta, donde se ubicaba el dormitorio principal. Necesitaba sólo aquella penumbra para poder controlar mis

movimientos. Me desprendí de toda mi ropa, me coloqué un camisón negro de raso que me llegaba hasta los pies y me solté el pelo. De tanto hacerme moños y coletas, no me había percatado de lo largo que lo tenía, como una cascada fulgurante hasta la cintura.

Poco después sentí el motor de un vehículo y me acerqué al gran ventanal del dormitorio, que daba a la fachada principal. Observé un coche oscuro y cómo se bajaba Christian de él. No había tardado ni quince minutos.

Empujó la puerta, que yo había dejado entreabierta, y lo vi acceder al vestíbulo.

—¿Gabriela? —lo oí gritar—. ¿Estás ahí?

Mordisqueando una de mis uñas, emití una sonrisa al pensar en algo. Corrí hacia una de las habitaciones del pasillo superior y me escondí tras la puerta. Christian ya subía por la escalera hasta aquella planta.

—¡Gabriela! ¿Dónde estás?

Cuando vi que entraba en el dormitorio principal, salí pitando de mi escondite y bajé la escalera hasta la planta central para hacer lo mismo, esconderme en otro cuarto.

—¿Quién anda ahí? —exclamó—. ¿Eres tú, Gabriela?

Bajó también y sentí sus pasos recorrer todas las estancias. Cuando lo divisé entrar en una de las habitaciones, volví a correr y vuelta de nuevo a la planta superior.

Nos pasamos así unos minutos, yo correteando y él detrás pronunciando mi nombre, hasta que decidí quedarme quieta, en el dormitorio principal. Me mantuve parada frente a la cristalera, dando la espalda a la puerta, por donde él acabó entrando.

—¿Dónde estabas? —inquirió. Percibí su voz con un tono suave, a pesar de llevar implícito un deje de exasperación.

—Aquí —respondí sin darme la vuelta, mirando por la ventana—. No me he movido en todo el rato.

Sospeché que sonrió, pero no dijo nada. Se limitó a acercarse a mí hasta que pude notar su presencia a mi espalda, cerca, muy cerca. Sus siguientes movimientos fueron apartarme el pelo hacia un lado, apoyar su frente en mi cabeza y posar una mano en mi hombro.

—Pensé que te había vuelto a perder esta noche —susurró—. Cuando he

vuelto a la barra del bar y no estabas... Luego he visto tu nota, he venido corriendo hacia aquí y no te encontraba. ¿Quién eres, Gabriela? ¿De dónde has salido?

—¿Importa eso? —le susurré.

—A veces tengo la sensación de conocerte desde hace tiempo —comentó mientras comenzaba a acariciarme el hombro. Yo cerré los ojos, subyugada por aquella leve caricia que me provocaba escalofríos—. Y otras, pienso que vas a desaparecer en cualquier momento y que sólo me quedará un leve recuerdo de ti.

—Ya no voy a desaparecer —le aclaré—, pero quédate conmigo esta noche, por favor.

Sentí que inspiraba con fuerza. Y después fui yo la que lo hizo, cuando su mano caliente deslizó el tirante de mi camión por mi hombro y posó sus labios en mi piel.

¡Dios! ¿Se puede temblar por una caricia tan sutil?

A partir de ahí no hubo casi palabras. Christian terminó de deslizar el camión por mi cuerpo para que cayera al suelo y me dejó desnuda frente al ventanal, todavía de espaldas a él. Colocó sus manos en mis caderas al tiempo que posaba su boca en mis cervicales y reseguía toda mi columna con sus labios, dejando un rastro húmedo que me estremeció visiblemente. Sentí que se agachaba y continuaba besando la curva de mi espalda, mis caderas, mis piernas, y volvía a ascender hasta mis glúteos, que comenzó a lamer y morder.

—Dios —gemí sin poder evitarlo. Mis manos se abrieron sobre el cristal de la ventana y posé las palmas sobre esa fría superficie al mismo tiempo que lo hacían mis pechos. Sentí el frío en mis pezones, que se pusieron duros y sensibles, acogedores de un intenso placer.

Abrí los ojos un instante y fijé la vista en la calle. ¿Podría verme alguien? Esa posibilidad me excitó y un flujo caliente comenzó a brotar de mi sexo.

¡Joder! ¿Por qué le había negado aquello a mi cuerpo durante tanto tiempo? ¡Años!

Tal vez porque no había aparecido Christian.

En aquel momento, volvió a incorporarse, me agarró de la cintura y me giró para ponerme de cara a él. Esa vez fueron mi culo y mi espalda los que se pegaron a la ventana. El frío que percibí no hizo más que excitarme un grado más.

Pero no tanto como ver a Christian mirar mi cuerpo desnudo con sus incisivos ojos azules, brillantes en la penumbra. Yo continué quieta, apoyada en el cristal, cuando él comenzó a desvestirse. Me arrepentí poco después de no haberlo hecho yo, pero en aquel momento mis músculos y mi mente permanecían algo inoperativos.

Se desprendió de la camisa, la camiseta, los pantalones, la ropa interior, los calcetines y los zapatos, todo ello sin dejar de mirarme. Cuando se desnudó del todo y se acercó a mí, rozando con el vello de su cuerpo cada centímetro de mi piel, temí que se me nublara la vista, me marease o algo parecido, tal fue el súbito agolpamiento de sensaciones. Mis pechos anidaron en su tórax, su miembro se posó en mi vientre, sus testículos rozaron mi sexo, sus piernas velludas aprisionaron las mías...

Con sus manos enredadas en mi pelo, me miró intensamente y creí que iba a decirme algo, pero ya sólo pude cerrar los ojos cuando tomó mi boca y comenzó a besarme de forma excitante y experta, lamiendo cada hueco y cada rincón. Jamás pensé que un beso fuese capaz de excitarme de esa manera, de calentar mi sangre, de provocar en mí ese deseo ardiente que me consumía.

Lancé un jadeo cuando soltó mi boca para besar mi cuello, lamer mi garganta y bajar hasta mis pechos. Los tomó con sus manos y empezó a golpear mis pezones con la punta de su lengua, primero uno, después el otro, con fuerza, alternando los envites con succiones de sus labios.

Todavía no me atrevía a tocarlo, pero el placer estaba empezando a tomar cotas insoportables, sobre todo cuando abandonó mis pechos para deslizar su lengua por mi estómago y parar arrodillado ante mi sexo.

—Decididamente —me susurró, como si fuese una voz de ultratumba que yo no atinaba a entender—, el color de tu pelo es natural.

Antes de que pudiera responder, aunque dudo de que lo hubiese hecho, aferró mis nalgas con sus manos y enterró su boca en mi sexo.

Imposible seguir soportando tanto placer. Me vi obligada a colocar mis manos sobre su cabeza, enredarlas en su pelo y tirar con fuerza. Mis ojos se cerraron y mi cabeza golpeó el cristal cuando me vi mermada de resistencia. Christian clavaba cada vez más fuerte sus dedos en mis glúteos y su lengua recorría sin piedad mis labios íntimos. Pensé que moriría de placer allí mismo cuando apresó mi clítoris entre sus labios y lo succionó, lamió y mordió,

haciéndome desbordar en un fulgurante orgasmo.

Por instinto sentí la necesidad de gritar, pero pensé que sería como mostrar una debilidad y falta de experiencia, por lo que opté por morderme el labio inferior. Pero no parecía suficiente, yo sólo quería gritar, y apreté con más y más fuerza para evitarlo, hasta que sentí la tibieza de la sangre bajar por mi barbilla.

Christian, después de beberse hasta la última gota de mi clímax, se puso de nuevo en pie frente a mí y me miró con un anhelo extraño. Entendí que me pedía que lo tocara yo a él, pero cuando levanté un brazo y me separé de la cristalera, mis piernas flaquearon y hubiese caído al suelo si él no me hubiera sujetado. Con rapidez, me cogió en brazos.

—No pasa nada, cariño —me susurró al ver mi expresión de impotencia. Desconcertada, escondí mi rostro en el hueco de su hombro y me dejé llevar hasta la cama.

Me depositó sobre las oscuras sábanas de satén y cubrió de nuevo mi cuerpo con el suyo, para besarme y acariciarme y volver otra vez a excitarme.

—Tal vez te sea más cómodo si te pones encima de mí. —Se tumbó de espaldas y me tomó de la cintura para colocarme a horcajadas sobre él.

De repente fue como si una alarma sonara en mi cabeza, alertándome de que Christian estaba allí, conmigo, en la cama. Estábamos haciendo el amor, algo que yo había soñado hacer con él desde el primer momento en que lo vi, y no era plan de quedarme medio alelada.

Sólo durante un diminuto instante, pensé que aquello iba a acabar mal, lo mirase por donde lo mirase. Mi corazón volvería a quedar roto por segunda vez en mi vida, pero poco podía hacer ya para impedirlo. Christian se había metido bajo mi piel y a mí sólo me quedaba la opción de aprovechar aquellos pequeños instantes de felicidad junto a él.

Al fin y al cabo, ¿qué importancia tiene un simple corazón roto a cambio de ofrecer una vida mejor a la mujer que te la dio?

Bastante más lúcida y complacida conmigo misma, comencé a reír y a reír, incluso Christian me miró y me sonrió, pero con un atisbo de duda en la mirada.

—¿De qué te ríes?

—De nada. Estoy feliz y te deseo. Te deseo mucho.

—Joder, Gabriela, ¿cómo me dices eso...?

Me lancé como una posesa sobre su pecho y lamí su vello y sus pezones,

incluso clavé mis dientes con fuerza en su piel, supongo que para soltar aquella energía que me había poseído. Besé y mordí su vientre, sus hombros, su garganta y acabé devorando su boca con ansia, con toda la que había acumulado desde hacía días.

En cierto momento, deslicé mi mano bajo la almohada y saqué uno de los preservativos que se habían colocado allí previamente. Era norma de la agencia: siempre preservativos bajo las almohadas.

Yo misma se lo coloqué a Christian y me encaramé sobre él para situar su miembro justo en la entrada de mi vagina.

Agradecí que no me follara de golpe, porque, únicamente con unos centímetros de su polla en mi interior, sentí una creciente incomodidad. Hacía tanto tiempo...

Afortunadamente, tuvo paciencia y fue levantando sus caderas poco a poco, introduciéndose cada vez más, hasta que dio un último envite y pudo colarse completamente en mi interior.

—Joder —gemí al sentirlo tan adentro.

Después, el placer venció a la incomodidad. El placer que me otorgaban sus caricias, el placer único de hacer el amor con él. Mientras empujaba las caderas hacia arriba, me besaba y acariciaba al tiempo que murmuraba mi nombre. Fue verdaderamente mágico. Al sentir los primeros espasmos de mi orgasmo, ya no quise disimular y grité, aunque él acabara bebiéndose ese grito de placer al besarme mientras experimentaba su propio clímax.

Me quedé unos instantes abrazada a su pecho, esperando que la respiración se volviese a normalizar. Después, él mismo salió de mi cuerpo, tiró el preservativo a una papelera situada junto a la cama y nos cubrió a los dos con la colcha.

—No recuerdo haberte invitado a dormir —le dije mientras se acomodaba a mi espalda.

—Pero pienso quedarme de todas formas, así que cállate, Gabriela —me contestó al tiempo que rodeaba con su brazo mi cintura—. Duérmete.

Pero apenas dormí. Tenía demasiados motivos para mantenerme despierta, como, por ejemplo, recordar que algo de todo aquello debía de estar grabándose o fotografiándose de alguna manera; que Christian, que dormía junto a mí, no era más que el peón de un proyecto que yo debía llevar a cabo a cambio de

dinero; pensar en mi hermano, en mi madre, en Susana y en lo que pensaría de mí si supiera la verdad; pensar en mí misma y en la bajeza que estaba cometiendo...

Decidí que era mejor dejar de pensar o acabaría mal de la cabeza, así que volví a la realidad y a mi empeño de disfrutar del momento. Comencé a sentirme traviesa, como cuando había jugado al escondite, y pillé el móvil de mi mesita. Levanté la colcha que nos tapaba, accioné la pequeña linterna y dirigí el diminuto haz de luz hacia el cuerpo de Christian. Tanto plan, tanto proyecto y tantos remordimientos no me estaban dejando disfrutar en condiciones de aquella maravilla de hombre. Contemplé con regocijo aquel cuerpo desnudo, sus largas piernas velludas, la piel suave de sus caderas, su vientre plano y el remolino de vello en el centro de su pecho.

Y su rostro... joder, qué pasada poder mirarlo a placer, mientras dormía relajado. Poder observar sus mejillas ya ásperas, las guedejas de su cabello claro sobre su frente, sus pestañas sobre sus pómulos, sus labios entreabiertos...

Con cuidado, sólo con la punta del dedo índice, comencé a acariciar su pantorrilla, su muslo y esa zona pálida de sus caderas que tanto me llamaba la atención. Después reseguí su costado, su brazo, su hombro... El caso es que, por mucho que deseara aquello, había otra zona de su cuerpo que me atraía mucho más. Entre la penumbra y lo nerviosa que había estado, apenas había disfrutado de aquella parte que todavía permanecía dispuesta para la acción.

Con la misma yema del dedo, comencé a reseguir las prominentes venas que surcaban aquella delicada piel, antes de terminar acariciando el suave y húmedo glande. Atraída como la polilla a la luz de una bombilla, bajé la cabeza y deposité la punta de la lengua en esa misma parte.

Enseguida supe que me estaba mirando.

—¿Gabriela?

—¿Esperabas a otra? —le pregunté, mientras, traviesa, volvía a propinarle otro lengüetazo.

—¿A otra? —murmuró todavía con voz ronca—. Debe de hacer sólo un par de horas que te he hecho el amor. Y, esas mismas dos horas, he estado soñando contigo, que volvía a hacértelo una y otra vez.

Lo maldije y lo maldigo. Por ser como era, como es. Por decirme aquellas cosas fantásticas. Si al menos hubiese sido un maldito cabrón...

Me quedaba el consuelo de que aquel proceso sería mucho más placentero de lo que nunca hubiese esperado.

—Humm... —susurré satisfecha mientras mis manos se paseaban por sus testículos y mi lengua seguía lamiendo juguetona—, pero ha sido tan rápido...

—¿Sabías que éste es el sueño de cualquier hombre? —me dijo también complacido—. Despertarse con este panorama...

Lo ignoré y continué con mi tarea. Abrí la boca y abarqué con mis labios su miembro ya grueso y excitado, sin dejar de acariciar sus muslos y su culo prieto.

—Joder, Gabriela, se acabó la broma. Para o...

—¿O qué? —pregunté riendo antes de seguir.

—Dios... —Lo sentí ponerse rígido y después percibí sus primeros temblores de intenso placer—. ¡Para, Gabriela!

Y yo, ni caso.

—¡Joder! —volvió a exclamar. Sin esperarlo para nada, sentí cómo se incorporaba y sus fuertes manos apresaban mi cintura para darme la vuelta sin que yo dejara de chuparlo—. Ven aquí, maldita bruja pelirroja.

¡Dios! Ahí estaba yo, con su miembro alojado en mi boca mientras mi sexo aterrizaba sobre su cara y a continuación era devorado por su boca.

Jamás había practicado aquella postura, tan excitante, tan erótica, tan sexual... Lo peor fue continuar con mi tarea mientras la lengua de Christian me penetraba y conseguía que alcanzara no uno, sino dos orgasmos en un santiamén. A continuación, percibí los espasmos de su cuerpo y, un segundo después, la primera descarga de semen en mi boca. Me aparté y me ayudé con una mano para que acabase de eyacular sobre mi cuello y mi pecho antes de caer sobre la cama.

Christian, después de respirar con rapidez durante unos segundos, se levantó de la cama y se fue directo al baño. Desde la cama lo vi trastear en un armario, encontrar una toalla y humedecerla bajo el grifo del lavabo. Se acercó y me la pasó por la cara, la garganta y los pechos con toda la delicadeza del mundo.

—¿Estás bien? —me preguntó con ternura.

—Pues claro que estoy bien. —Algo molesta, me incorporé en la cama y volví a mi lugar, tapándome después con la colcha, dispuesta a continuar durmiendo como si lo que acababa de hacer fuese el pan de cada día en mi vida.

—Me desconciertas, Gabriela. —Él me imitó y se situó a mi lado, pero se

colocó la almohada en la espalda para poder estar más erguido. Todavía continuábamos distinguiéndonos en el claroscuro que nos proporcionaba la luz de la luna y las farolas que entraba por el gran ventanal.

—No sé a qué te refieres. —Intenté hacerme la desinteresada.

—Pues a lo que acaba de pasar. Acabamos de disfrutar la postura del sesenta y nueve sin mayor problema para ti, pero, cuando estabas de pie frente a la ventana y has experimentado el primer orgasmo, casi te has caído al suelo. Y no te creas que me haya pasado desapercibido el mordisco que te has tenido que propinar para soportar el placer. Saboreé tu sangre cuando te besé después. —Instintivamente, me pasé la lengua por la pequeña herida que aún se adivinaba en mi labio inferior.

—No digas chorradas. Ni que hubiese sido virgen.

—Pues por un momento lo he llegado a creer, Gabriela. Cuando te has puesto sobre mí, he tenido que hacer el mayor esfuerzo de mi vida y no follarte de golpe en cuanto percibí tu estrechez.

—Reitero: no era virgen —afirmé entre asustada y molesta.

—Pero debe de hacer mucho tiempo, si has percibido molestias. ¿Cuánto hace que no practicas sexo? ¿Un año?

—¿Me está usted sometiendo a un interrogatorio, Su Señoría?

—No soy juez, soy magistrado, por lo que el tratamiento es de Señoría Ilustrísima. —No pareció decirlo de forma demasiado seria, pero, por un instante, percibí en su expresión un aura diferente, como de autoridad.

—Joder —solté exasperada y con los ojos en blanco.

—Gabriela —se me dirigió más tranquilo—, respóndeme a una pregunta. ¿De quién es esta casa?

—Y a ti qué te importa —le respondí con la barbilla alzada—. ¿Es que no puede ser mía?

—Apenas tiene muebles —contestó—. Además, mientras te buscaba abrí los armarios que encontré en algunos dormitorios. Todos están vacíos menos éste —añadió señalando el vestidor del dormitorio—, pero me da la impresión de que la ropa que hay ahí no es tuya, a menos que sólo uses ropa de hombre de la talla cincuenta y seis.

—No has mirado bien.

—No, claro que no. Tampoco he mirado bien en la cocina, donde, por

supuesto, la nevera y los armarios están completamente vacíos. Por no hablar del baño, donde no hay ni una sola crema ni potingue femenino.

—Es de un amigo —acabé respondiendo—. Está de viaje.

—¿Un amigo? —Volvió a alzar las cejas—. ¿Como el que te acompañaba en el restaurante? ¿Tu supuesto amante con el que no follas?

—Vete a la mierda. —Me levanté de la cama y me planté ante él sin importarme mi desnudez—. Vístete ahora mismo y lárgate de aquí. ¡Ahora!

—Perdona, Gabriela, por favor... —Se levantó también y vino derecho a abrazarme, pero lo rechacé de un empujón.

—¡Que te largues! —grité—. ¡Hasta las narices estoy de tu tercer grado!

—Lo siento —suspiró—. Debe de ser que estoy demasiado acostumbrado a investigar, a intentar averiguar todo lo que se me escapa, a preguntar e indagar. Perdóname...

Dejé que se acercara y posara sus manos alrededor de mi rostro. Aún hoy sigo sin entender cómo tenía ese poder sobre mí. El poder de apaciguarme, de relajarme, de hacerme sentir bien.

—Continúas siendo un misterio para mí, Gabriela. Me resultas tan... lejana, que me exaspera no saber nada de ti.

—Tal vez ese misterio es lo que te atrae hacia mí —le susurré—. Si me conocieras, ya no te resultaría tan interesante.

—¿Por qué no me dices quién eres y lo comprobamos? —me preguntó, todavía acariciando mi rostro.

—Qué más da quién sea. Por favor, Christian, deja de preguntar. ¡Qué importa!

—Está bien —concedió. Me dio un dulce beso en los labios y me tomó de la mano—. Nada de preguntas. Por ahora. Pero vayamos ya a dormir un poco.

Después de aquella conversación sí que dormí. No sé si sería el cansancio emocional o la sesión de sexo a la que tan poco acostumbrada estaba, pero el caso fue que caí fulminada sobre su pecho hasta que me despertó la claridad de la mañana. Sentí clavarse los rayos de sol en mis párpados, que comencé a abrir sin tener todavía muy clara mi ubicación. Una vez conseguí abrirlos, lo primero que vi fue a Christian contemplándome risueño. Yo todavía rodeaba su pecho con un brazo y apoyaba la cabeza en su hombro. Vi su cara tan cerca que, por un instante, sentí un arrebato de timidez.

—Me estás mirando —le dije con la voz aún pegajosa del sueño.

—Sí —afirmó con una sonrisa—. Le puedes decir a quien quiera que sea el dueño de esta casa que haga el favor de poner unas cortinas, pues, por muy bien que queden estos grandes ventanales, en cuanto amanece se te clavan los rayos de sol en los ojos y te derriten hasta la córnea.

—Tienes toda la razón —acepté también sonriente—. Muy bonito todo, pero para dormir es una mierda.

Los dos sonreímos y después él me pasó el dorso de sus dedos por mi pómulo.

—¿Por qué disimulas tus pecas con maquillaje? Me encanta cómo te quedan.

—Eso lo dices —repliqué mientras giraba la cara— porque no eres pelirrojo y pecoso. Si me hubieses conocido al natural, no creo ni que te hubieses acercado a mí.

—¿Sabes una cosa? —contestó en plan interesante—. Sí, me fijé en ti nada más verter tu copa sobre mi traje, pero desde el momento en que me miraste supe que te conocía de algo. —Ante mi asombro, rodeó mi pelo con una mano y me lo recogió simulando una coleta—. Temía que fuese una maldición que sólo unos días antes me hubiese topado con otra pelirroja con muy mala hostia, una que me dejó todo el día pensando en ella. Pero, en cuanto la claridad me ha despertado y te he mirado, un perfecto *flashback* ha tomado forma ante mis ojos: tú eres la chica con la que compartí el taxi.

—Había olvidado tus dotes de observador —le dije, algo incómoda, aunque, en cuanto observé el brillo de sus ojos azules al mirarme, sentí también una gran satisfacción, pues yo le había gustado a Christian no sólo tras una sesión de maquillaje, sino al natural, con mi eterna coleta y unos vaqueros y deportivas como atuendo.

—Te advierto que soy bueno —señaló—. ¿Dónde ibas a trabajar aquel día con tanta prisa?

—No disfraces el interrogatorio con una sonrisa, Christian, que te veo el plumero. Creo que será mejor que nos levantemos y que te vayas. Debe de ser tarde y tengo que irme.

—Sólo son las seis y media de la mañana. —Volvió a sonreír, disimulando al instante su constante acoso—. Todavía tenemos tiempo...

Bajó su cabeza y buscó mis labios para besarme, primero dulce y lentamente,

saboreando cada rincón de mi boca. Su lengua estaba caliente y consiguió con sus caricias que mi cuerpo despertara y reviviera en unos pocos segundos.

Cuando comprobó que no lo rechazaría, situó su cuerpo totalmente sobre el mío y continuó besándome, cada vez con más intensidad. Sus manos acariciaron mis hombros, mis pechos y mis costados, hasta que bajaron a mis caderas al mismo tiempo que me abría las piernas con ayuda de su rodilla. Tenerlo así, encima, sintiendo todo su peso, me resultaba desconcertante, porque creaba en mí una excitante mezcla de sensaciones. Por un lado, que mis pechos rozaran su tórax, que su miembro presionara mi sexo y su lengua cada vez ahondara más en mi boca, me excitaba en tal grado que ya sólo podía pensar en que me follara. Pero, por otro lado, el roce de su piel caliente, sentirme cobijada bajo su peso, la sensualidad que empleaba en sus caricias... era algo diferente, más embriagador si cabe, más íntimo, más cercano.

Estar enamorada puede ser lo más grande del mundo, a no ser que sea de la persona equivocada...

Demostró una vez más sus dotes de observación cuando deslizó su mano bajo la almohada y sacó un preservativo.

—Gabriela... —susurró antes de rasgar el envoltorio y colocárselo—... te deseo tanto...

Complacida por sus palabras, abrí las piernas, deseosa de acogerlo en mi interior. Inspiré fuerte cuando sentí su miembro comenzar a penetrarme y solté un largo gemido cuando entró en mí por completo.

—¡Christian! —grité.

—¿Te he hecho daño? —me preguntó preocupado. Su mirada era tan tierna...

—No, no. Sigue, por favor. No pares.

Me obedeció y bombeó sus caderas con fuerza. Yo enlacé mis piernas en su cintura para sentirlo más adentro y rodeé su espalda con mis brazos. Lo que empezó de forma lánguida acabó siendo un compendio de gemidos, de envites en la cama, de susurros y jadeos. Christian se movió cada vez más aprisa, provocando que su pene golpeará con fuerza en mi vagina y acabara desencadenando un orgasmo increíble que me hizo gemir desesperada de placer. Segundos después, él lanzó su propio gemido desgarrado tras convulsionarse dentro de mi cuerpo y acabó hundiendo su rostro en la curva sudorosa de mi cuello. Después de recuperarnos un poco, levantó la cabeza y me lanzó una

sonrisa traviesa.

—La mejor forma de empezar el día, ¿no te parece?

—Tienes que marcharte ya, Christian —fue mi respuesta, sin embargo—. Tengo que ducharme y vestirme para ir a trabajar.

—¡Perfecto! —exclamó encantado. Salió de la cama, se deshizo del preservativo y me ayudó a levantarme—. Nos ducharemos juntos y...

—¡No! —grité exasperada—. Vístete y vete, Christian, no me hagas repetírtelo otra vez.

—Pero...

—¡Que no, joder! ¡Que te largues!

—¡Está bien, ya me voy! —Con toda la mala leche del mundo, cogió su ropa y desapareció por la puerta.

Desanimada, me metí en la ducha y dejé que el agua caliente corriera por mi cuerpo. Aquel día no sentí la necesidad de frotarme fuerte o permanecer más de la cuenta bajo el agua para borrar ninguna de las caricias que me hubiese prodigado Christian. Hice una mueca. En todo caso, tendría que ser él quien se restregara la piel con estropajo y lejía para eliminar todo rastro de mi presencia.

Por suerte, sí que había toallas en el baño y un albornoz con el que me cubrí, lo mismo que un secador para el pelo. Me lo alisé con un peine que llevaba en el bolso y salí del baño sin mirarme en el espejo siquiera. No me apetecía para nada ver mi imagen, mi cara de... ¿de qué? Me vino a la mente la palabra «zorra», pero preferí quitármela de la cabeza.

Yo no era así. Yo era buena persona, ¿verdad?

Cuando salí del baño envuelta todavía en vapor, me encontré de nuevo a Christian en el dormitorio. Volvía a llevar el atuendo informal del día anterior y tenía el pelo húmedo. En sus manos, una bandeja con un par de vasos y algo más que no pude distinguir, tal era mi estupefacción.

—Me he dado una ducha en un baño de la planta baja —me comunicó antes de que yo hablara—. Después me he ido en busca de algún establecimiento por este barrio y he sido capaz de encontrar una cafetería. Le he pedido a la chica que me preparase un par de cafés para llevar y unos *brioche*s que tenían una pinta estupenda. Me encantan estos bollos dulces. Me recuerdan mi infancia. —Paró un instante su diatriba, pero me interrumpió antes de que le soltara alguna fresca—. Sólo pretendo que tomes un café antes de irte al trabajo, Gabriela.

Después me iré, te lo prometo.

Con un suspiro de exasperación, cogí uno de los vasos y me lo llevé a los labios. Era un café con leche bastante dulce y estaba muy bueno. Después me encontré con uno de esos bollos delante de la cara. Christian, con la mayor de las sonrisas, me lo colocó frente a la boca para que le pegase un bocado.

Si no llega a ser él, si hubiese sido cualquier otro tío, le hubiera dado tal hostia al puto *brioche* que hubiese salido volando por la ventana junto con la bandeja. Y el tío detrás. Sin embargo, abrí la boca y lo mordí. Un suave placer me inundó cuando paladeé aquella masa dulce y esponjosa cubierta de azúcar.

—¿Está bueno? —me preguntó esperanzado.

—Sí, mucho, Christian, pero...

—Lo sé, lo sé. Me voy. —Me dio un beso en la frente y se detuvo un instante cuando estaba a punto de salir por la puerta—. Dejaremos que la casualidad vuelva a unirnos, ¿no? —Sonrió de nuevo y se marchó.

Me asomé a la ventana para comprobar cómo salía a la calle, se montaba en su Volvo y éste desaparecía calle abajo. Sólo cinco minutos después, vi aparecer a mi hermano en su nueva moto. Fue uno de los pocos caprichos que nos concedimos a cambio del generoso primer pago de nuestra misteriosa clienta, pues hasta entonces no nos habíamos podido permitir ninguna clase de vehículo.

Y no, no me había dado ni cuenta de que esos cinco minutos me los había pasado mirando por la ventana y terminándome todos los *brioche*s que Christian me había ido a buscar para desayunar. Alcé la mirada al techo y sonreí.

Tuve que vestirme y peinarme con rapidez antes de que Daniel llegara hasta la puerta de mi habitación.

—¿Te has pasado la noche esperando a verlo marchar? —le pregunté algo molesta.

—Buenos días a ti también, hermanita. —Se dirigió hacia las puertas del vestidor, abrió una de las correderas de espejo y dejó a la vista el objetivo de una cámara.

Qué mal me sentí en aquel momento.

—Así que una cámara tras el espejo nos ha estado grabando...

—Necesitamos pruebas, Gaby —contestó mientras recuperaba la cámara y la guardaba en su mochila—. Pero no te preocupes, yo no veré nada. Mi amigo Johnny hará copias de la grabación y sacará fotografías que guardará a buen

recaudo.

Johnny era el amigo friki de Daniel, un tipo que sabía un montón de informática, imagen y sonido y toda clase de tecnología. Era capaz de hacer casi cualquier cosa con un ordenador.

Menudo consuelo para mí que fuese ese tío el que viera todo lo que había compartido con Christian. Mi hermano tuvo que captar mi cara de disgusto.

—Vamos, Gaby, mi amigo es un profesional. Además —añadió algo más tajante—, así te convencerás de que lo que estás haciendo es sólo un trabajo.

—¿Acaso te he dado a entender que sea otra cosa?

—Sé de lo que hablo, Gaby. —Se echó la mochila al hombro y sonrió. Era y es un experto en cambiar de tema—. ¿Te llevo a tu empresa?

—Pues claro —le contesté con otra sonrisa.

A pesar de todo, de lo mal que me había sentido, de los remordimientos, de recordar la puta cámara tras el espejo, fui capaz aquel día de concentrarme en mis responsabilidades laborales, de interactuar con mis compañeros cada vez más y de reír con Susana a la hora del almuerzo.

—Estás diferente, Gaby —me comentó mi amiga mientras veíamos girar el plato de macarrones en el microondas. Tal vez habíamos conseguido un contrato y estábamos encaminadas a ser unas buenas ejecutivas en el futuro, pero de momento no nos había llegado el nuevo sueldo, con lo que continuábamos comiendo en el comedor de la compañía nuestro táper de pasta con queso—. Te noto más contenta. Hasta los ojos te brillan más de lo normal.

Creo que me puse roja como un tomate maduro. ¡Qué pava!

—No sé —titubeé—. Debe de ser que he dormido bien.

Qué harta estaba de mentirle a Susana. Y qué ganas tenía de que todo aquello acabara.

O no... Tal vez no tenía tantas ganas de no volver a ver a Christian. Empezaba a pensar que, en muchos aspectos, el proyecto de enamorar al magistrado me estaba saliendo como el culo...

* * *

—¿Por qué paras la grabación? —le pregunto a Teresa.

—Está bien que me hables sobre tu vida cotidiana, pero me interesa más

saber en qué situación volviste a ver a Christian.

—Esperaba contártelo enseguida.

—No te enfades, Gabriela, pero sólo tenemos el día de hoy para que me expliques lo más primordial de tu historia. A partir de mañana a las siete se habrán cumplido las cuarenta y ocho horas en las que te pueden retener aquí, y no sabemos todavía cuál será la decisión del juez.

—Porque quizá vaya a la cárcel. Gracias por recordármelo.

—No quiero darte falsas esperanzas, Gabriela.

—No te preocupes, Teresa, no pasa nada. ¿Continuamos?

—¿Quieres tomar algo más?

—No. Todavía es temprano. Vuelve a darle a la grabadora del móvil. Yo también tengo ganas de contar cuándo fue el momento en el que pensé que Christian no era lo que aparentaba...

CAPÍTULO 9

Grabación n.º 9, realizada el día 3 de agosto de 2016 a las 9.25 horas

Cuando digo que el proyecto me estaba saliendo como el culo, lo digo con todas las letras, porque todavía quedaba un detalle, un «pequeño» detalle que se me había pasado por alto y que me iba a explotar en la cara de la forma más brusca.

Aquella noche volví a arreglarme poniendo el máximo empeño en ello. Un nuevo correo le había llegado a Julián, en el que se especificaba la hora en la que tendría lugar un evento al que Christian acudiría. Se trataba de una fiesta en casa de un empresario millonario donde estaría la flor y nata de las finanzas, la política y la banca.

Elegí para aquella ocasión un vestido largo de color marfil con un pronunciado escote en la espalda, por lo que decidí recogerme el pelo en un rodete sobre la coronilla. Seguía utilizando el mismo ritual de siempre: pulsar el resorte que hacía girar la pared de mi dormitorio, sentarme en lo que parecía mi camerino, escuchar *El lago de los cisnes*, maquillarme y elegir el mejor atuendo posible.

Como acompañante para aquella velada, volvimos a recurrir a Ernesto. Se sabía a la perfección un papel que ya había interpretado años atrás en el escenario y que emulaba a un rico hombre de negocios.

—Ya verás, mi zanahoria —me dijo en el taxi—, qué bien se me va a dar.

—No lo dudo —repliqué sonriente al tiempo que tomaba sus manos. Aquél era un gesto que me hacía sentir bien—. Sé que eras todo un artista. Bueno, lo sigues siendo.

—Gracias, mi florecilla. —Acto seguido, me dio un beso en el dorso de la

mano.

Desde luego, si la cosa se medía por galantería, él salía airoso, seguro.

Cuando el taxi paró ante nuestro destino, quedé totalmente alucinada. Es cierto que estaba acostumbrada a rodearme de lujo a causa de mis «proyectos», pero aquella casa... Joder, más bien era una mansión. Me recordó esas edificaciones inglesas en medio de la campiña, con enormes fachadas repletas de ventanas y rodeadas de árboles y arbustos, aunque, en aquella ocasión, lo que más abundaba en los exteriores eran los coches de la gente que iba llegando y que un par de empleados con pajarita ayudaban a aparcar.

—Más vale que cierres la boca —me dijo Ernesto al salir del coche cuando vio mi cara de asombro—, o no habrá quien se trague nuestra farsa.

—Perdona —le dije—, tienes razón. Es sólo que no esperaba que Christian se prodigara en estos ambientes.

—Recuerda que no es por él. Que yo sepa, tu magistrado proviene de una familia acomodada, pero no tan rica. Esta casa es de su futuro suegro, según me han informado. Es él quien organiza la fiesta.

—Veo que Julián también te ha instruido —contesté de forma seca e impersonal.

Porque ahí estaba. Había llegado el momento de la verdad. Si la mujer de la peluca nos había contratado era para joder a Christian, un tío que había plantado a su novia el día antes de la boda porque consideró que le resultaba más rentable emparentarse con un acaudalado empresario que con los dueños de una imprenta.

Un impresentable.

Un cerdo ambicioso.

Y, para colmo, esa noche iba a estar allí con su novia, la mujer que acabaría rompiendo con él cuando le llegaran ciertas fotos y vídeos... cuando se sintiera humillada.

Entonces, cuando él se quedara solo, llegaría el momento preciso de asestarle la última puñalada, diciéndole que todo había sido un elaborado montaje, que lo había hecho por dinero, que para mí no había significado nada...

Tuve que llevarme una mano a la boca para frenar la arcada. No es que me sintiera mal, sino una auténtica mierda.

—¿Te ocurre algo, cariño? —me preguntó Ernesto.

—No, no, tranquilo. Creo que últimamente duermo demasiado poco.

Me aferré a su brazo y nos dirigimos a la entrada principal, por donde, por supuesto, nos dejaron entrar tras comprobar nuestros nombres en la lista. Después de atravesar el vestíbulo, seguimos la estela de invitados y fuimos a parar a un gran salón, donde decenas de personas parecían llevar allí ya horas, todas ellas bebiendo, riendo y departiendo en pequeños grupos. Los hombres iban ataviados con esmoquin y las mujeres lucían largos vestidos que emitían brillantes destellos bajo las luces de las lámparas del techo.

Sonreí con tristeza. Estaba claro que Christian, tal y como nos había contado su exprometida, esperaba seguir ascendiendo en su carrera. Allí se podían encontrar personalidades muy influyentes que sin duda podrían ayudarlo en su empeño.

—Qué divertido va a ser esto —me susurró Ernesto—. Voy a jugar con todos estos ricachones y me lo voy a pasar en grande.

Reí con su comentario, pero al instante se me congeló la risa. Entre los invitados pude reconocer una cara que no habría pensado jamás que pudiese encontrarme allí. ¡Claro! Había personalidades del mundo de las finanzas, por ejemplo. Era el director de la empresa donde yo trabajaba, ese que hacía muy poco tiempo me había llamado a su despacho para proponerme el contrato de mis sueños. Los nervios consiguieron que me paralizara por unos instantes.

¿Se acordaría de mí?

—¿Qué pasa, Gabriela? —me preguntó Ernesto, preocupado.

—Ese de ahí, el calvo gordete con barba, es mi superior. Y no me refiero al pardillo de Murillo, como lo llamamos Susana y yo, sino al director de la compañía en la que trabajo.

—No te preocupes, preciosa, seguro que no te reconoce.

—¿Cómo puedes estar tan convencido de eso?

—Pues porque los directores de grandes compañías no se fijan en los empleados, cariño. Y mucho menos te reconocerá con el aspecto que tienes esta noche. Si quieres asegurarte de ello, nos acercaremos y me presentaré.

—¡No! —exclamé preocupada—. ¿Estás loco?

—Vamos —dijo tirando de mí—. Ya verás cómo, después de ver que no pasa nada, te quedas mucho más tranquila. ¿Cómo se llama?

—No sé el nombre de pila, pero se apellida Romero.

No tuve más remedio que dejarme arrastrar hasta llegar junto al director y el grupito de personas que había a su alrededor.

—Perdone, el señor Romero, ¿verdad? Mucho gusto en conocerlo.

Flipando totalmente me quedé cuando vi a Ernesto estrecharle la mano a mi superior con toda la tranquilidad del mundo, y no digamos cuando capté que hablaba de nuevo con acento inglés.

—Disculpe que no me haya presentado todavía. Soy Jason Anderson, y he viajado desde mi residencia de Londres para poder conocer a algunas personas con las que hacer algunos tratos interesantes.

—Encantado —respondió mi director. Por supuesto, se le abrieron unos ojos como platos. Conseguir clientes importantes era su prioridad y, si además se trataba del mercado anglosajón, no era de extrañar que los ojos le hicieran chiribitas—. Un placer, señor Anderson. Seguro que podremos concertar una cita en mi despacho para cuando usted guste. —Sin poder evitarlo, me lanzó una mirada de reojo al comprobar que yo iba agarrada al brazo de Ernesto.

—Oh, disculpe... —se excusó de forma galante—. Ella es mi acompañante, la señorita Roberts.

—Un placer, señorita. —Tomó mi mano y me besó el dorso sin dejar de observarme.

Conseguido. Ernesto tenía razón. No sólo no me reconoció, sino que me miró de una forma más que lasciva. Yo ya había aprendido, desde que entrara a trabajar en la agencia tiempo atrás, que para los hombres de las altas esferas llevar un bonito adorno femenino colgado del brazo otorgaba cierta categoría, sobre todo si quedaba patente que no era precisamente la esposa.

—¿Podría usted hacerme un favor? —aprovechó Ernesto para preguntarle—. Quisiera hablar con nuestro anfitrión, pero todavía no he podido localizarlo.

—Sí, cómo no —respondió muy ufano—. Lo encontrará al final del salón, junto a los ventanales, aunque le advierto de que, seguramente, estará rodeado de personas que buscan lo mismo que usted.

Le agradecemos su indicación y nos dirigimos a donde nos había señalado. Conforme nos fuimos acercando, mi corazón empezó a latir con fuerza. No tengo muy claro si por los nervios de lo que pudiera ocurrir o porque divisé a Christian antes incluso de llegar.

—Mira, ahí está tu magistrado —me susurró Ernesto—. Y muy bien

acompañado, por lo que veo.

—Es su novia —contesté todo lo neutro que pude—. Pobrecita... si supiese lo que le espera...

¡Y lo que me esperaba a mí!

Porque, a pesar de sospechar lo que iba a encontrarme, descubrir a Christian con su pareja cogida del brazo fue un *shock* con todas las letras. Para más inri, la muy petarda no dejaba de propinarle carantoñas y dedicarle sonrisitas estúpidas que provocaron que un fuego ardiente de indignación me recorriera entera.

Aun así, recurrí a mi memoria selectiva para revivir mis experiencias pasadas y mostrarme como la mujer fría que solía parecer en ese tipo de situaciones. Para el anfitrión no pasamos desapercibidos y rápidamente nos miró y nos hizo el gesto de que nos acercáramos.

—Perdón, ¿los conozco?

—El señor Santamaría, supongo —preguntó Ernesto con un acento inglés que destrozaba su supuesto pobre español.

—El mismo. ¿Y usted es...?

—Jason Anderson. —Le estrechó la mano en un firme apretón—. Es un placer conocerlo, señor Santamaría. Sé que usted dirige las constructoras más importantes de España, por lo que creo que le interesa oír mi propuesta. Soy el creador de un producto especial, del cual poseo la patente; se trata de un aislante revolucionario con el que se han acabado todos los problemas de frío, calor y humedad.

—¡Dios mío! —exclamó el anfitrión—. ¡He oído hablar de ello! Me interesaría muchísimo hablar de su producto, señor Anderson...

Mientras Ernesto seguía interpretando su papel a la perfección y me dejaba boquiabierta con su perorata, Christian se acercó a su suegro, todavía enganchado a su prometida. Justo en aquel instante, la chica lanzaba una estridente carcajada y le propinaba un pellizco en la mejilla a su novio.

—Ay, Christian, mira que eres gracioso. —Un besito en la comisura de la boca—. Me parto de la risa contigo. —Vuelta al besito.

Christian ya me había visto, pero fue al estar a un metro de distancia de nosotros, más o menos, cuando me miró directamente a los ojos. Y me sonrió.

¡Sí!, me sonrió, el muy desgraciado. Sentí unas enormes ganas de propinarle una patada en los huevos y ponerlo a parir allí en medio, pero tuve que recurrir

de nuevo a mi experiencia para sonreírle yo también, de una forma lo más neutra posible. La escandalosa de la novia, que, por cierto, era muy guapa, rubia y con moreno de UVA, cada vez se apretaba más contra él. Y para tenerle aún menos simpatía, llevaba un modelito precioso en color negro que seguro que le habían confeccionado en exclusiva.

—¡Christian! —exclamó el magnate—. Mira a quién acabo de conocer. Se trata del señor Anderson, el inventor y distribuidor de aquel producto tan innovador del que te he hablado alguna vez.

—Mucho gusto, señor Anderson. —Christian le estrechó la mano con una insolente sonrisa en los labios. En mi mente, me pareció oír mi propia voz diciendo: «Esos labios que yo tantas veces he besado».

Por supuesto, los dos se miraron con el mismo cinismo, recordando la forma peculiar en la que se habían conocido en el restaurante. Pero, como supuestas personas de pulcros modales, ninguno hizo la más mínima alusión al respecto.

—Y la señorita... —preguntó Santamaría.

—Oh, disculpe —dijo Ernesto—. Ella es la señorita Roberts, que ha venido a que se me haga más llevadera mi estancia lejos de casa.

—Encantado. —El empresario me estrechó la mano de forma bastante profesional, aunque no sé si porque su esposa andaba cerca o porque, a pesar de todo, todavía hay hombres en el mundo que no piensan con la polla.

—Un placer —se dirigió a mí por primera vez Christian.

También me dio la mano. Tenía la palma caliente y me traspasó un sinfín de sensaciones que me provocaron un latigazo hasta la misma médula.

¡Maldito fuera!

—*Nice to meet you* [1]—le contesté. Recurriendo a mi frialdad adquirida, fui capaz de mirarlo a los ojos totalmente inexpresiva.

—¿Habla español, señorita Roberts? —me preguntó sin renunciar a un punto de mordacidad.

—Por supuesto —respondí sin acento alguno.

—Christian —nos cortó la novia—, me prometiste un baile. Deja de hablar de negocios con papá, que luego me paso la velada aburrida como una ostra.

Lo que creo que le molestó fue que su novio brindara su atención a una pelirroja desconocida. Lo volvió a agarrar del brazo cual zarza pegajosa y se dirigió a su padre con un perfecto mohín.

—Papá, discúlpanos a Christian y a mí, pero llevamos días sin vernos y esta noche lo quiero para mí. Todo para mí. —Aprovechó para lanzarse a su cuello y darle un recatado beso en los labios.

—No te preocupes, hija. Divertíos.

Ella tiró de Christian entre risas, mientras que él continuó mirándome de reojo, dedicándome a mí la sonrisa más falsa de su boca.

Empecé a sentirme fatal. Ernesto, al parecer, estaba en su salsa llevando a cabo su interpretación, conversando con una buena cantidad de hombres y mujeres que se acercaban al extranjero desconocido. Yo, entretanto, permanecí unos minutos mirando como una idiota a la parejita, mientras ésta bailaba, reía, tonteaba...

Decidí separarme del grupo e ir en busca de algo de beber. El camarero me ofreció una burbujeante copa de cava, pero la rechacé en favor de un vodka con limón.

—Extra de vodka, por favor.

Me bebí dos copas en un santiamén antes de darme una vuelta por el salón y después volví a por una tercera. No suele afectarme la bebida, pero en aquel momento, entre unas cosas y otras, empecé a no encontrarme demasiado bien. Me sentía un poco mareada, de malhumor, y no soportaba que todas aquellas personas me mirasen como a la novedad de la noche.

Comencé a plantearme qué coño hacía yo allí. Se suponía que mi presencia en aquella fiesta debía poner nervioso a Christian o, al menos, desconcertarlo, pero resultó que fui yo la que se encontró totalmente desubicada. Sólo tenía ganas de largarme a mi casa y tumbarme en mi sofá para taparme con una manta mientras veía cualquier cosa en la tele.

Ernesto continuaba como pez en el agua y a Daniel todavía no había logrado verlo, así que decidí ir en busca de un baño, por lo que salí de la impresionante estancia con mi bolso al hombro y mi bebida aún en la mano. Con el malestar que llevaba encima, comencé a girar aquí y allá sin tener muy claro dónde debía desviarme, hasta que, al torcer justo una esquina que provocaba una escalera, me topé de golpe con la parejita de marras. Christian y la pánfila rubia conversaban y reían en la intimidad que les proporcionaba aquel rincón.

—Lo siento. —Aquel encuentro fortuito me causó un punzante dolor de cabeza—. No quería molestar.

—Vaya —exclamó Christian antes de que me marchara—, pero si es la señorita Roberts. ¿Qué hace por aquí? ¿Busca algo o a alguien?

Apreté los dientes y a punto estuvo mi vaso de explotar entre mis dedos por la fuerte presión que ejercí con ellos.

—Pues sí —contesté, girándome de nuevo hacia ellos—, la salida.

—¿Ya nos abandona? —volvió a increparme.

—Exactamente. Gracias por esta agradable reunión —dije mirándola a ella—. Si me disculpan...

—¿Quién la ha invitado a esta fiesta? —Sin duda insistía en joderme la noche—. ¿O ha sido una «casualidad» tenerla aquí esta noche?

Tuve que respirar hondo antes de contestar.

—Oh, seguro que sí. La casualidad rige al mundo.

—No lo creo —siguió fustigando—. Opino que, simplemente, cada uno se labra su propio destino. Dicho de otra forma, tenemos lo que nos merecemos.

La rubia parecía que estaba frente a un partido de tenis. Y yo... yo no sé cómo me contuve para no enviarlo a la mierda.

—Algunos, lo que hacen —repliqué con los dientes apretados—, es arrimarse al sol que más calienta para conseguir sus objetivos.

—Arrimarse... calentar... Interesantes términos. ¿Le suenan, señorita Roberts?

Maldito cabrón... ¿Qué quería?, ¿tocarme los ovarios? ¡Pues estaba yo para pocas gilipolleces!

Sin pensármelo más de un segundo, lancé con fuerza el contenido de mi vaso contra su cara. Sólo me dio tiempo a ver su mojado rostro de sorpresa durante un diminuto instante, pues, con rapidez, me di la vuelta y emprendí mi camino hacia la salida.

—¡Gabriela! —lo oí gritar, sin embargo.

—¿Gabriela? —preguntó su estúpida prometida—. Pero ¿no era inglesa? ¿Y cómo sabes tú su nombre? ¿Y por qué ha hecho esa grosería...?

Ya no oí nada más, porque comencé a dar largas zancadas para largarme de aquel horrible lugar. A malas penas contuve las lágrimas que clamaban por salir de mis ojos. Me sentía como una auténtica basura.

—¡Gabriela! —volví a oír detrás de mí.

El desgraciado de Christian me perseguía, con lo que me vi obligada a salir

al exterior por la puerta de la primera cristalera que encontré. Me hallé de pronto en un oscuro y solitario jardín y mi propia respiración comenzó a golpear en mis oídos mientras buscaba un lugar donde poder despistarlo.

—¡Gabriela! ¿Dónde estás?

Encontré un grueso tronco de árbol y me apoyé en él para tratar de esquivarlo. Miré hacia el cielo y comprobé que había luna llena aquella noche, pero en aquella parte del jardín no había ni la más mínima fuente lumínica, por lo que pude constatar que mi vestido color marfil refulgía entre la penumbra y el brillo argentino de la luna.

—¡Gabriela!

Pensé que si echaba a correr podría esconderme tras un arbusto que no pude identificar y esperar a que él pasara de largo y...

Pero ¡en qué coño estaba pensando! ¿Qué hacía allí, como una idiota, jugando al escondite?

¡Por el amor de Dios! ¡Había en juego un millón y medio de euros que quedaban del pago! ¿Cómo podía ser tan inconsciente?

¿Por unos absurdos celos tontos que no tenían razón de ser?

Para matarme...

—Éste será tu último trabajo para la agencia, Gabriela —me susurré a mí misma—. Tú, Daniel y mamá seréis libres por fin —me repetía una y otra vez, como una cantinela.

Respiré hondo, compuse una de mis sonrisas misteriosas favoritas y, en cuanto percibí la presencia cercana de Christian, rodeé el tronco del árbol de forma que pudiese verme, aunque seguí apoyada en él de manera indolente.

—¿Me buscabas, Christian? —Hablé para llamar su atención.

—Estás aquí —dijo, frunciendo el ceño después de frenar sus pasos—. ¿Por qué te has ido?

—Me apetecía tomar el fresco.

—¿Y tenías que venir corriendo? —Levantó una ceja y emitió una cínica sonrisa.

—¿Y tú? —repliqué—. ¿No deberías haberte quedado con tu novia en vez de salir detrás de mí?

—Te veo a la defensiva, Gabriela. ¿Estás celosa?

—¡Qué dices! —exclamé—. No digas gilipolces. Por mí como si te casas

mañana mismo.

—¿Por eso me has bañado en vodka con limón?, ¿para celebrarlo?

—Eso ha sido por idiota.

—Creo que sí —insistió, acercándose al mismo tiempo a mí—, que estás muy muy celosa de Jimena.

—No seas absurdo. Tú y yo sólo hemos echado un par de polvos, nada más. Ha vuelto a ser una casualidad encontrarnos esta noche aquí.

Joder, pero qué mal que lo estaba haciendo. Se suponía que tenía que volver a ganármelo, a provocarlo, a hacer de nuevo de *femme fatale*. No obstante, ahí volvía yo al ataque, a encararme con él, porque era Christian quien me provocaba a mí.

—Entonces, ¿es verdad que vives en Londres y que has venido a acompañar a ese tipo?

—¿Ahora eres tú el que está celoso? —me mofé.

—Por tanto, reconoces que tú lo estabas ahí dentro, cuando me has visto con ella. —Se acercó completamente hasta que percibí el calor y el peso de su cuerpo sobre mí, hasta sentir en mi espalda la dura corteza del árbol—. ¿Tanto te importa que tenga novia y folle contigo? —Posó sus manos sobre mis hombros y el calor de su piel me hizo estremecer. Su aliento tibio penetró en mis fosas nasales y tuve que hacer el mayor esfuerzo de la historia para no gemir de placer.

—Por favor, Christian...

—Vamos, Gabriela —me susurró—. Admite que no has dejado de pensar en mí... que, a pesar de saber que soy de otra, sigues deseándome igual.

Qué dolor y qué rabia me provocaron sus malignas palabras.

—Debo irme...

—Yo, al menos, tengo la valentía de admitirlo. —Ignoró mi comentario—. Porque, a pesar de tener a otra, sólo puedo pensar en ti, cada minuto del día. Ahora mismo me estoy volviendo loco por estar tan cerca de ti. Llevo tantos días viviendo del recuerdo de haber estado contigo...

Incrusté mis uñas en el tronco cuando se apretó tanto contra mí que su duro miembro se clavó en mi vientre y su boca aterrizó en mi cuello para dejar un camino húmedo sobre la piel de mi garganta.

—Te deseo, Gabriela —susurró—. Te deseo tanto en todo momento que has convertido mi vida en un infierno.

De forma casi brusca, posó su boca en mi boca y comenzó a devorármela. Su lengua caliente se paseó impunemente por mi lengua, mis dientes, mis labios, y yo... Dios, no deseaba que parase, tal era el grado de excitación que habían provocado sus palabras y sus caricias. Sus manos se aferraron a mi culo para apretarme con fuerza contra él y sentir su polla tiesa y palpitante contra mi sexo. La humedad brotó de inmediato de entre mis piernas y la sentí bajar por mis muslos...

En el fondo, muy en el fondo de mi mente, tuve el fugaz pensamiento de pararlo, mandarlo a la mierda y decirle que era un maldito hijo de puta por lo que estaba haciendo... por lo que nos estaba haciendo a las dos.

Y empecé a entender muchas cosas. Como que aquella mujer desconocida sintiera aquel odio visceral hacia él, que quisiera vengarse, que quisiese hacerle daño. Porque Christian había resultado ser un cabrón desgraciado y yo misma empecé a sentir el deseo de hacerlo sufrir por haberme resultado tan fácil quererlo.

Pero envié aquel pensamiento más al fondo aún y me descubrí rodeando su cuello y besándolo como si me fuera la vida en ello. Su vaivén de caderas contra mi pubis y su lengua recorriendo mi boca, mi cuello y de vuelta a mi boca me estaban trastornando.

—Dios —gimió—. ¿Cómo es posible que suceda esto entre nosotros? Jamás me había pasado de forma tan fuerte, tan súbita, tan dolorosa...

Protesté cuando se separó de mí, pues mi cuerpo ardiente clamaba por ser tocado y acariciado por él. Me cogió de la mano y pareció dudar un momento. Me miró y me pareció adivinar un infierno de incertidumbre en sus ojos.

—Ven conmigo. —Pareció resolver sus dudas y me arrastró con él hacia la casa. Buscó y probó cualquier puerta de vidriera que pudiese encontrarse abierta y dio con una entrada de servicio que daba a un pasillo. Nuestras respiraciones seguían aceleradas y podía palparse la tensión y la excitación en el aliento que expulsábamos al aire.

Probó después a abrir alguna puerta de las estancias de la casa que daban a aquel pasillo, comprobando a toda velocidad cada uno de los pomos, hasta que uno de ellos giró. Sin que ninguno de los dos hubiese dicho todavía una palabra, abrió la puerta, entramos y cerró detrás de mí, asegurando el cerrojo. Se adelantó unos pasos y encendió una pequeña lamparita que había sobre una mesa, con lo

que pudimos comprobar que aquello era un despacho, amplio y elegante. Aproveché para, antes de que se me nublara el juicio por lo que ya sabía que iba a pasar, dejar mi bolso sobre la mesa y pasar sutilmente la yema del dedo por el broche delantero y así poner en marcha la microcámara que había instalado allí el amigo friki de mi hermano.

Después miré a mi alrededor un instante y supuse que aquél debía de ser el despacho de su suegro. No quise ni pensar en si aquello que estábamos haciendo estaba mal, si él era la peor parte o bien era yo la que estaba llevando a cabo algo infame.

Tampoco me dio mucho tiempo a meditarlo, porque Christian volvió a abalanzarse sobre mí para continuar besándome con desesperación. Sentí sus labios y sus dientes en cada hueco de mi boca y le correspondí con cada movimiento de lengua. Sólo unos segundos después, ya estaba desatando la lazada que sujetaba mi vestido en mi nuca, haciendo que cayera la parte delantera para dejar mis pechos desnudos. Creí morir de placer cuando comenzó a chupar y morder mis pezones, a pellizcarlos y lamerlos. Devorada por el fuego que me recorría, yo misma tiré de mi vestido hacia abajo hasta que cayó al suelo, y lo mismo hice con el tanga. Me quedé desnuda ante él.

Christian me miró un solo instante antes de volver a besarme, a abrazarme y a tocarme por todas partes. Sin despegarse de mí, dio unos pasos hacia atrás y alargó un brazo para acercar una silla. Se sentó en ella y se abrió el pantalón para extraer su miembro, grueso y agitado. Yo lo entendí a la perfección y, con sólo los zapatos puestos en mi cuerpo, me coloqué delante de él mientras abría mis piernas. Fui bajando sobre su polla y, en esa ocasión, dio un golpe seco de cadera para incrustarse en mí de una estocada, tan alto era su nivel de excitación. Gemí pero no sentí dolor, sino un enorme placer. Placer que se acrecentó por el hecho de estar desnuda, y él, totalmente vestido. Cada centímetro de mi piel rozó una porción de la tela de su traje, y aquella fricción me volvió totalmente loca, por lo que comencé a cabalgarlo, arriba y abajo, sujetándome en sus hombros mientras él me guiaba con sus manos en mis caderas. En sólo unos segundos, ambos alcanzamos el orgasmo, que nos hizo temblar y estremecernos, por lo que tuve que aferrarme con fuerza a su cuello, y cada uno lanzamos nuestro último gemido en el pecho del otro.

Un mero instante después, levanté la cabeza y lo miré. Por un momento sentí

un latigazo en el pecho al percibir en sus ojos una especie de anhelo, de súplica, pero rápidamente me compuse y traté de mostrarme fría y distante.

—¿Tan a gusto te encuentras pegada a mí que no piensas levantarte? —Me lanzó una sonrisa tan traviesa y preciosa que casi me desarma, pero sólo casi.

—No me levanto porque, si lo hago, te mancharás el pantalón —le dije con tranquilidad.

—¡Joder... —gruñó al tiempo que posaba su frente en la mía—, mierda! ¡No hemos usado condón!

—Tranquilo, no pasa nada...

—¡Claro que pasa! Joder —se pasó la mano por el pelo—, te deseaba tanto que ni siquiera he pensado en ello. Sólo quería hacerte el amor. Te necesitaba... —Con delicadeza, acarició mi mejilla con la punta de sus dedos—. Te necesito.

Vale. De nuevo me desarmó, pero sólo un poco. Recordé de pronto que a escasos metros de distancia de nosotros se encontraban su prometida y sus suegros, y entonces se me pasó del todo. Christian volvía a ser para mí el mayor cabronazo del universo.

—¿Alguna sugerencia? —pregunté, tratando de ignorar sus palabras. Más que nada para que no me afectaran y la grieta de mi corazón se mantuviera sin abrirse ni un milímetro más.

—Creo que sí. —Con otra de sus luminosas sonrisas, se puso en pie con cuidado de mantener su miembro alojado en mi interior, agarrándome de las nalgas. Se dirigió conmigo de esa guisa, caminando de forma torpe, hasta la mesa escritorio y me depositó sobre ella. Incluso nos permitimos el descaro de reírnos cuando nos vimos en esa situación tan comprometida y a la vez tan divertida.

Después abrió uno de los cajones y sacó una caja de pañuelos de papel, con lo que dio a entender que conocía bien el lugar. Yo aproveché para volver a deslizar un dedo sobre el broche de mi bolso y parar así la cámara.

¿Cómo me sentí? Creo que no sentí nada.

Christian rodeó su bragueta de pañuelos y, con cuidado, se fue retirando y limpiando al tiempo que me ofrecía algunos a mí para poder asearme. Hizo una bola con ellos y los lanzó a una papelera... tan tranquilo.

Después se subió la cremallera del pantalón y se recolocó la chaqueta, como si echar un polvo en el despacho de su suegro formara parte de su día a día.

—Gabriela —suspiró—, vuelvo a decirte que lo siento. Por mucho que me justifique, no tengo excusa para haber obrado de forma tan irresponsable.

Yo, todavía desnuda, me bajé de la mesa y fui en busca de mi vestido y mis bragas.

—Y yo vuelvo a decirte que no pasa nada.

—Cualquier cosa que yo pueda hacer...

Ahí acabó de cabrearme su intento de quedar como buen samaritano.

—¡Deja ya de lamentarte, Christian! ¡Que yo también soy mayorcita y sé cuidarme! —Emití un suspiro—. Llevo puesto un DIU.

—¿Un DIU? —me preguntó con el ceño fruncido—. ¿Por qué?

—Menuda preguntita —le contesté mientras terminaba de colocarme el vestido. Desde luego, nada de explicarle que me lo habían colocado durante mi relación con Toni y todavía no me lo habían quitado.

—Sé que ese método es más utilizado con relaciones estables, Gabriela, y tú hace ya tiempo que no...

—¿Que no follo, quieres decir? —lo corté—. Perdona, pero eso lo has dicho tú, no yo. —Le hablaba mientras me anudaba el lazo del vestido en el cuello.

—Sigues potenciando tu aura de misterio, Gabriela. Me resultas tan... distante.

—Eso ya me lo has dicho.

—Tan... desconcertante.

—Eso también.

Emitió una sonrisa torcida y se dejó caer en el filo de la mesa, metió las manos en los bolsillos y cruzó una pierna sobre la otra. Realmente, una estampa impresionante, aquella postura indolente, su luminosa sonrisa, sus ojos azules clavados en mí, su elegante vestimenta, pues iba de esmoquin... Un dolorcillo maravilloso y a la vez funesto se instaló en la boca de mi estómago cuando lo observé. Pensé que aquella hermosa imagen quedaría capturada en mi retina durante mucho tiempo.

Me acerqué a la mesa para recoger mi bolso y él me atrapó por el brazo.

—Volveremos a vernos, supongo.

—Tal vez —contesté zafándome de él.

—Siempre evasivas, Gabriela. ¿Cuándo te oiré decirme alguna verdad?

—La verdad está sobrevalorada —le dije mientras me acercaba a la puerta y

abría el cerrojo.

—En mi profesión, no.

—Pues me parece paradójico que —repliqué antes de salir al pasillo—, precisamente tú, representes la imagen de la justicia y la verdad.

Recorrí de vuelta el camino que habíamos tomado para entrar y me vi de nuevo en la parte más oscura del jardín. Mis ojos esa vez ya no sintieron el impulso de llorar. Seguía en una especie de estado insensible, en el que las emociones no tenían lugar, como si la sangre hubiese dejado de correr por mis venas y mis músculos se movieran por inercia, obligando a avanzar un pie y después el otro...

—¡Gaby, estás aquí, por el amor de Dios!

Oí la voz de mi hermano cuando ya me había agarrado por los brazos y casi empezaba a zarandearme. Había llegado a la zona de aparcamiento y Daniel me buscaba por allí, temiendo que hubiese decidido largarme.

—¿Estás bien? —me preguntó.

—Sí, sí, estoy bien.

—Pareces... no sé —titubeé mirándome a la cara—, como ida.

—Sabes que es así como me encuentras cada vez que dejo a un tipo drogado en una cama después de hacerle creer que estoy loca por él.

—Pero esta vez el tipo en cuestión no está drogado —apuntó, sin dejar de estudiarme.

—Pero yo me siento igual, Daniel. —Con fuerza, coloqué mi bolso entre sus manos—. Aquí tienes la prueba de que he follado con él otra vez. Puedes enviársela a tu amigo Johnny. Estará entretenido un ratito.

—¿A qué viene ponerse tan melodramática? —me increpó—. Como si no tuvieses ni puta idea de lo que iba a suceder, joder. No te hagas la ingenua ahora.

—¿Dónde está Ernesto? —planteé para cambiar de tema.

—Ya se ha marchado. Parece que esta noche la tentación del alcohol estaba resultando demasiado fuerte para él y ha preferido quitarse de en medio.

—Lo siento —suspiré. Y al momento comencé a andar con rapidez.

—¿A dónde vas, Gaby?

—A casa. ¿A dónde, si no?

—Espera, te acompaño.

—No es necesario. Tomaré un taxi.

—¡Joder, Gaby! —En un par de zancadas se puso a mi lado—. Entiendo que quieras estar sola cada vez que volvemos a casa después de un trabajo, ¡pero no cuando estamos en mitad de un aparcamiento a kilómetros de la ciudad!

—Deja de tratarme como a una niña o como si tuviera algún problema mental —solté rabiosa.

¿Que por qué estaba tan cabreada? Ni puta idea. Pero sí sé que lo pagué con quien tenía más a mano.

—Haré como que no he oído nada —me dijo mientras utilizaba el móvil para pedir un taxi—, porque, en caso contrario, esta noche acabaríamos diciendo cosas de las que nos arrepentiríamos después.

Unos minutos más tarde, nos encontrábamos ya en el interior del vehículo que nos llevaba a casa. Yo estaba tan en mi mundo que ni siquiera me percaté de la dirección que le dio mi hermano al taxista, pero sí comprobé al cabo del rato que aquel paisaje nocturno no se avenía con el barrio donde vivíamos.

—¿Dónde estamos? ¿Qué maldita dirección le has dado al conductor?

Pregunta innecesaria, porque reconocí con facilidad el trayecto que estábamos realizando.

—¿No te parece que es una hora bastante extraña para hacer visitas? —inquirí.

—Sí, demasiado extraña —confirmó—, pero a veces las cosas deben hacerse en su momento.

Cuando llegamos a nuestro destino, después de bajar del coche, nos quedamos en medio de la calle y de la noche como dos almas solitarias y perdidas. Me estremecí cuando la humedad comenzó a posarse en mi piel.

—Estás temblando. —Rápidamente, se sacó su cazadora de cuero y me la puso por los hombros. Yo preferí introducir mis brazos en las mangas, a sabiendas de que, combinada con el vestido, debía de quedar un conjunto de lo más estafalario. Pero no me importó en absoluto. Percibí cómo su calor trepaba por mis brazos y me sentí reconfortada de inmediato.

—Sigues estando guapa. —Me agarró por los hombros con su brazo y comenzamos a caminar—. ¿Qué te parece si, hasta que abran la residencia, buscamos un lugar donde tomar un café?

—Es una idea estupenda.

No fue fácil, pero, al cabo de diez minutos, pudimos encontrar un bar que

abría a las cinco de la madrugada. Nos sentamos en una mesa del interior y pedimos dos cafés bien cargados. Afortunadamente, sólo estaba el dueño y un hombre en la barra que también bebía café para despejarse, con lo que nadie pareció asombrarse por la presencia de una pareja tan extraña.

Al principio no hablamos gran cosa, sólo nos dedicamos a beber el líquido fuerte y caliente, hasta que Daniel decidió romper el silencio.

—Perdona por lo que te dije antes, Gaby. A veces se me va la olla. Lo siento.

—¿Te refieres a lo del problema mental? —pregunté, relajada—. Tranquilo, guardaré algo del dinero de este trabajo por si un día tienes que ingresarme como a mamá.

—No bromees con eso, Gaby.

—No bromeo. A veces —hice una pausa junto a un suspiro—, pienso en ello. Hago cosas tan extrañas... Tal vez haya heredado el gen de la locura.

—Basta, Gaby. No estás desequilibrada. Y si haces cosas extrañas es porque las circunstancias han sido extrañas.

—Gracias por el apoyo, hermanito. Qué sería de mí sin ti y sin Susana.

—Está bien eso de que tengas a tu amiga —me dijo de una forma que no me gustó nada—, porque tal vez al pesado de tu hermano mellizo lo pierdas pronto de vista.

—¿Por qué dices eso? —le pregunté llena de pánico.

—Ya te lo dije. En cuanto tengamos el dinero, voy a largarme de aquí. No soporto más esta ciudad ni esta forma de vida. Quiero vagar libre, conocer el mundo, otras culturas...

Sí, me lo había comentado, pero que me lo reiterara de esa forma me provocó un nudo en el estómago.

—¿Y no puedes vivir bien aquí sin preocuparte por el dinero? Podrías ir a tu rollo, hacer fotografías de lo que te diera la gana, estar con todas las mujeres que quisieras...

Debió de captar la desesperación en mi voz.

—Gaby, por favor, no intentes convencerme ni presionarme. Tú eres la que deberías liberarte de lo que te esclaviza. Vive como una chica normal de tu edad, sin que tu hermano tenga que estar pegado a ti constantemente.

—Tal vez seas tú el que está harto de mí.

Cabreada, me levanté de la silla y salí del bar con los ojos escociéndome por

las lágrimas. Daniel dejó un billete sobre la mesa y salió disparado detrás de mí.

—¡Gaby! ¡Espera!

Comencé a caminar y, cuando vi que los tacones me limitaban, me los quité sin detener mis pasos. Fui derecha hasta la playa y me acerqué a la orilla del mar. Necesitaba sentir el frescor de la brisa en mi cara y el tacto suave de la arena en mis pies.

—¡Por Dios, Gaby, para de una vez!

Daniel me detuvo y me obligó a mirarlo. Comprobó que mis ojos ya estaban anegados en llanto. Habían pasado tantas cosas en los últimos días que estaba empezando a romperme. Sobre todo si mi hermano hablaba de dejarme.

—Gaby, cariño, no voy a abandonarte. Se trata de que necesito pasar un tiempo lejos de aquí. Sólo serán unos meses y...

—¡Mentira! —le solté—. ¡Tú lo único que quieres es alejarte de mí y de mamá porque te hacemos sentir un fracasado!

—¿De qué coño hablas?!

—¡Admítelo! ¡Tu madre está encerrada en una residencia psiquiátrica y tu hermana simula que folla con tíos mientras le sacas fotos para poder pagar este centro! Oh, perdona... ¡Ahora ya folla con ellos para poder pagarlo! ¡No se puede tener una vida más mierda!

—¡No lo hago por eso!

—¡Sí!

—¡Basta, Gaby! —Me zarandeó de nuevo, esa vez más fuerte—. ¡Te lo repito: no voy a abandonarte! ¡Deja de pensar de una vez que todos los hombres de tu vida son unos cabrones como papá y se largan!

—¿Es que acaso no es verdad?

—¡No! ¡Por el amor de Dios, Gaby! ¡Mamá se pasaba la vida drogada! ¡No le echas toda la culpa a él!

—¡Claro que es culpable! ¡Lo mismo que Toni, que se marchó y me dejó!

No sé cómo pude decir aquella atrocidad.

—¿Toni? —gritó perplejo—. ¡Joder, Toni murió, Gaby! ¿Cómo puedes culparlo por eso?

Mientras yo lloraba con desconsuelo, Daniel me miró con la vista algo perdida. Respiraba afanosamente y, tras unos instantes en los que pareció decidir algo, posó las manos en mis hombros y me obligó a sentarme sobre la arena para

hacer él lo mismo a mi lado. Las olas rompían suavemente a pocos metros de nosotros.

—Gaby, sé que papá nos dejó, y también lo odio por abandonar a mamá. Por lo menos debería haberse preocupado por la madre de sus hijos y no dejarla en la bancarrota. Aunque —prosiguió mordaz— sus hijos tampoco parecimos importarle mucho. A la vista está que no hemos vuelto a saber de él ni de su maldito dinero.

Las lágrimas continuaban manando de mis ojos y cayendo por mis mejillas.

—Pero, por favor, Gaby, no culpes también a Toni. Él no tuvo la culpa de morir y dejarte sola.

Hubo unos instantes de silencio antes de que continuara.

—También era mi amigo —comenzó a decir, con la voz algo quebrada—. Todavía recuerdo el día que fui a verlo a su casa porque habíamos quedado y no apareció porque me dijo que tenía la gripe. Algo me escamó cuando lo vi en la cama, rígido y tembloroso a la vez, diciendo incoherencias por la fiebre. Alertado por algo que había escuchado de otros casos, le levanté la camiseta y observé horrorizado las pequeñas manchas que cubrían la piel de su torso. Aquello no era gripe, era meningitis, tal y como certificaron en el hospital donde murió horas después.

Comencé a llorar e hipar como una niña pequeña. Aquel doloroso recuerdo seguía afectando a mis días, mis noches y mi vida entera. Porque, a pesar de saber que Toni no era culpable, cuando murió sentí que me había dejado sola y lo odié por ello.

—Puedes llorar, Gaby —me consoló Daniel al tiempo que me colocaba sobre su regazo y acariciaba mi pelo—. Nunca lloras y eso no es bueno.

Y así, acurrucados los dos, vimos un precioso amanecer en la playa, en silencio, esperando a que se hiciese la hora para poder visitar a nuestra madre.

* * *

—Descansa, Gabriela —oigo decir a Teresa—. Te veo muy afectada.

—Perdona —le pido mientras me paso el dorso de mi mano sobre la humedad de mis ojos—. Siento haberme puesto a llorar. Quiero que sepas que no es mi intención darte pena.

—No he pensado eso en ningún momento. Sólo he sentido tu dolor al hablar de Toni. Lo siento mucho, Gabriela. No sabía que había fallecido. Apenas he tenido tiempo de prepararme tu caso.

—Tranquila —le dije algo más calmada, tras realizar una larga inspiración—. No me ha venido mal hablar de ello. Se había convertido en un tema tabú para mí y creo que necesitaba recordarlo.

—¿Quieres hablarme algo de él? No voy a grabarte, te lo prometo.

—Empezamos a salir muy jóvenes. —Hace tanto tiempo que no hablo de él que, al evocar aquellos días, siento que la felicidad me invade por dentro, porque me estoy dando cuenta de que no lo he olvidado, como a veces temía. Su recuerdo sigue vivo en mí—. Toni era amigo de mi hermano en el instituto y comenzó a venir a casa muy a menudo. Creo que nos gustamos enseguida y, sobre todo, conectamos de una manera muy especial. Nos hicimos inseparables, por lo que, obviamente, estuvo a mi lado cuando nos dejó mi padre o cuando mi madre empezó a encontrarse cada vez peor. A pesar de provenir de familia acomodada, jamás le vi flaquear cuando nos vio sin nada, vendiéndolo todo para conseguir dinero. Fue mi pilar, mis cimientos, la fuerza que me sujetaba y apoyaba en todo... hasta que me dejó, cuando más lo necesitaba. Estoy segura de que, si él hubiera estado a mi lado, jamás hubiese aceptado la proposición de Julián, ni me encontraría ahora mismo en esta lamentable situación.

—Por eso transformaste tu pena en rencor, Gabriela. Tu padre te abandonó, tu novio también... y tal vez sea cierto lo que dijiste antes, eso de que por todo ello disfrutabas destrozando la vida de aquellos hombres. Por otro lado, también entiendo ese vínculo especial que tienes con tu hermano y que va más allá de ser mellizos: es el único que no te ha fallado, pero a la vez temes que te deje y acabes odiándolo también.

—Vaya, Teresa, ¿psicoanalista en tus ratos libres?

—No. —Sonríe—. Muchos años tratando con personas. Algunos clientes toman a sus abogados como si fuesen sus terapeutas. Si te parece —propone de forma despreocupada para distender el ambiente—, traigo un par de cafés y continuamos con las grabaciones, pero cambiaremos un poco de tercio. Háblame de otras cosas, de otras vivencias de aquellos días, y así te relajas un poco.

—Me parece perfecto.

CAPÍTULO 10

Grabación n.º 10, realizada el día 3 de agosto de 2016 a las 11:04 horas

Sólo añadiré de aquella noche que fuimos a ver a mi madre que se alegró mucho al vernos a los dos juntos. Daniel disimuló su angustia hablando lo menos posible, pero después reconoció que mamá tenía un aspecto inmejorable y que la medicación y los cuidados que recibía la ayudaban muchísimo a tener una buena calidad de vida.

Al día siguiente reinicié todo lo que pude mi mente con la ayuda del trabajo, y las horas me pasaron bastante rápidas a pesar de tener un cacao mental bastante espeso. El pardillo de Murillo no nos dejó ni respirar, por lo que Susana y yo tuvimos que quedar enviándonos un wasap.

Poco después de llegar a mi casa, sonó el timbre. Abrí la puerta y era ella.

—Te esperaba más tarde —le dije mientras la dejaba pasar.

—Lo sé —contestó muy decidida, mientras accedía al pequeño salón—, pero, por muy bien que hayas disimulado hoy, no te vayas a creer que se me ha pasado por alto tu expresión distraída. Por tanto, he decidido que te hace falta alguna de estas cosas: salir, beber o echar un buen polvo. Tú decides cuál de ellas piensas poner en práctica.

Reí. No podía decirle que llevaba días haciendo las tres cosas juntas.

—Creo que, para ser lunes, estaría bien, simplemente, salir.

—Sabía que me responderías eso —continuó, excitada—, por eso he venido más temprano. Vamos a salir de compras.

—¿De compras?

—¡Pues claro! Ya hemos cobrado, Gaby. Lo primero que he hecho ha sido

pagarle el alquiler a mi casero. Casi le da un orgasmo al ver los billetes. Por cierto —siguió sin descansar ni para respirar—, en cuanto pasen unos meses y ahorre para una fianza, me largaré de ese puto cuchitril. Y vosotros tendríais que hacer lo mismo. Podríamos buscar un estudio en el centro y...

—Vale, vale, para, Susana —exclamé riendo—. Aún no sé qué quieres que vayamos a comprar.

—¡Pues ropa! —gritó—. Ahora somos unas respetadas ejecutivas; al menos, más que antes. Aunque tampoco hace falta mucho esfuerzo para respetarnos más que antes...

—¡Susana, tía, coge aire!

—Sí... Lo que te decía, nos vamos a ir a comprar ropa. Se acabó eso de ir en vaqueros y camisetas. Vestiremos como toca, con faldas de tubo y blusas de esas que al agacharte se te ve el canalillo. Bueno, yo faldas no, mejor pantalones.

La diatriba de mi amiga fue interrumpida por el sonido de la puerta al abrirse. Era Daniel, que nada más vernos puso cara de disgusto.

—¿Ya estás aquí otra vez? —le soltó a Susana—. ¿Hoy no estás follando con tu amigo el fiestero?

—Vengo a casa de mi amiga cuando me da la gana —le respondió decidida—. Y no, no estoy follando con mi amigo porque también quedamos cuando nos da la gana, o sea, cuando nos apetece follar, que es muy a menudo.

Yo los miraba totalmente flipada.

—Me lo creo —continuó increpándola mi hermano—, porque cuando te gusta un tío te pegas a él y no hay forma de desengancharte.

—¿Sabes una cosa, Daniel? —Mi amiga se acercó tanto a él que tuvo que levantar la cabeza para mirarlo a los ojos—. Cada vez que te da por hablarme, me pongo mi capa impermeable, para que todo lo que me digas me resbale.

—Sí, ya veo que te has vuelto bastante resbaladiza.

—¡Joder, Daniel! —me vi obligada a exclamar—. ¿Eres idiota o qué te pasa?

—Tranquila, Gaby —intervino mi amiga mientras se dirigía a la puerta—, no te exaltes. He pasado página con tu hermano. He decidido que, memo por memo, mejor me quedo con el que la tenga más grande y en paz.

¡Dios! La cara que puso Daniel no tenía precio. Solté una fuerte carcajada y cerré la puerta antes de salir corriendo con mi amiga escaleras abajo.

Todavía entre risas, cogimos un autobús que nos llevó al centro comercial.

Allí, entre las tiendas de moda medianamente asequibles, nos movimos entre faldas, blusas, chaquetas y pantalones. Nos decidimos por un par de conjuntos y nos metimos juntas en un probador. Mientras yo opté por un entallado traje de falda y chaqueta en color gris con un top negro, ella escogió un traje de chaqueta y pantalón negro con una blusa blanca.

—Te queda genial, Susana —le dije.

—Calla, Gaby. Tú sí que estás guapísima con esa minifalda... ¡Quién pudiera!

—¿Quieres mirarte al espejo, tía? —la regañé—. ¡Mírate! ¡Estás supersexy!

—Bueno... El escote no está nada mal. Unas buenas tetas siempre les atraen. Pero soy realista, Gaby. Los tíos os prefieren a las delgadas y punto.

—¿Hacemos una prueba? —la reté, lanzada—. Vayamos ahora mismo al Manhattan, tal y como estamos vestidas, a ver quién liga primero.

—Claro —refunfuñó—. Si al primero que se acerque lo mandas a la mierda como siempre, pierdo yo seguro.

—Que no, tranquila. Haré un esfuerzo y le seguiré la corriente al que se arrime a mí.

—No sé... ¿Apostamos algo?

—Humm... A la que antes se le acerque un tío, tendrá que contarle un secreto a la otra.

—Una apuesta un tanto rara, pero trato hecho.

Y así lo hicimos. Nos presentamos en el Manhattan con nuestra vestimenta de ejecutivas dispuestas a comernos a cualquiera. Bueno, yo no pensaba comerme a nadie, pero sí me autoconvencí de que me lo pasaría bien.

Pedimos un par de bebidas, nos sentamos en la barra y, en sólo cinco minutos, dos tipos comenzaron a mirarnos.

—Deben de estar discutiendo quién se queda con la gorda —rezongó mi amiga.

—O quién carga con la pecosa —murmuré yo.

Al final, los dos se acercaron, nos invitaron a una ronda en una mesa y se sentaron cada uno junto a una de nosotras.

—¿Qué tal, chicas? Contadnos algo.

No eran muy guapos, sólo dos tipos normales, pero nos hicieron reír e intercambiamos los teléfonos antes de que se marcharan alegando que tenían que

levantarse muy temprano.

—Y entonces, ¿quién ha ganado? —pregunté mientras pedía mi último trago.

—No sé —contestó Susana haciendo lo mismo—. Lo dejaremos en tablas.

—O, tal vez —susurré cuando vi cómo se acercaba alguien—, pierda aquella a la que se le acerque un segundo tío.

—¿Cómo dices...? —Susana calló cuando contempló con asombro cómo Daniel se sentaba a su lado.

—Vaya, chicas —Emitió un silbido—. ¿Adónde vais tan buenorras?

—Desde aquí te apesta el aliento, Daniel —le dije—. ¿Otra vez borracho?

—¿Yo? ¡Qué va! Sólo he bebido para entonarme un poco.

Alucinadas nos quedamos cuando vimos cómo se arrimaba más a Susana y la miraba con ojillos brillantes y una sonrisa de bobo. Vamos, con lujuria.

—¿Te has emborrachado para ver si así eres capaz de acercarte a mí? —le espetó Susana.

—Quizá —contestó él con la lengua trabada por el alcohol—, pero no creo que a ti te importe, ¿verdad? —Colocó las manos sobre las mejillas de Susana e inclinó la cabeza para darle un beso en los labios. Seguro que ella no esperaba que él le abriera la boca y la besara con aquel ardor. Incluso yo podía ver las dos lenguas entrelazadas. El morreo duró como diez largos segundos.

—Espera —interrumpió el beso Susana—. ¿Qué has querido decir con eso?

Aquello estaba a punto de explotar. Yo había entendido a mi hermano a la primera y supe que volvía a menospreciarla, pero fue tan bonito verlos besarse así...

—Contéstame, Daniel —insistió ella. Él no paraba de besarla por todas partes.

—¿Quieres que vaya a tu casa? —le susurró él al tiempo que lamía su oreja—. Me apetece tanto hacerte el amor otra vez...

—¡Basta! —exclamó ella, apartándolo—. ¿Insinúas que, como eres tú, me da igual que estés borracho para soportar besarme y tocarme?

—¡Deja de hablar! —gruñó él—. ¿Acaso no te sientes halagada de que quiera follar contigo?, ¿de que te haya elegido a ti de entre tantas tías buenas? Podría escoger a cualquiera, ¿sabes? Pero te elijo a ti.

¡Qué pedazo de bofetada le soltó!

—Grandísimo hijo de puta... ¡Pues fóllate a todas esas mejores que yo!

Se levantó de la mesa y se fue corriendo hacia la puerta.

¡Ah!, por cierto, yo le arreé otra bofetada a mi hermano antes de salir a por mi amiga. Debieron arderle las dos mejillas, pues, contrariado, se llevó las manos a la cara y parpadeó confuso.

—Date una puta ducha fría, pedazo de gilipollas —le espeté.

Una vez en la calle, tuve que salir corriendo para detener a Susana.

—Lo siento, cariño —le dije mientras la abrazaba—. No entiendo por qué está tan imbécil contigo últimamente.

—¡Joder, Gaby! —balbució entre lágrimas—. ¿Qué le he hecho yo para que me trate así? ¡Con el trabajo que me cuesta ignorarlo!

—Lo siento, lo siento —seguí abrazándola.

—Y lo peor —gimoteó— ha sido cuando, por un diminuto instante, ha vuelto a mirarme como lo hizo la primera vez, como si de verdad le gustase.

—¿Y el beso? —le pregunté con una sonrisa para tratar de hacerla reír y olvidarse de semejante capullo.

—Eso ha sido lo mejor —contestó en una mezcla de risa y lágrimas—. Aún no sé cómo he sido capaz de pararlo. Debería haberle seguido el rollo y haberlo llevado a mi casa como me pidió.

—Tú vales mucho como para que te traten de esa forma —le recordé.

—Por eso no lo he hecho —suspiró—. Pero te juro que he estado tentada de volver a acostarme con él. Al menos volvería a experimentar lo que es sentirse besada y acariciada por el hombre al que quieres.

—¿Todavía lo quieres?

—Ése habría sido mi secreto de la apuesta —suspiró—. Decirte que siempre querré al enorme gilipollas de tu hermano.

—No se lo merece —declaré—. Además, deberías saber que tiene pensado largarse. A fotografiar el mundo o algo así.

—Quizá sea lo mejor. —Volvió a suspirar—. Para mí y para ti.

No le contesté. Preferí guardar mi propio secreto para otra ocasión.

Lo que sí hice fue acompañarla a su casa y después volver a la mía en espera de encontrarme al idiota de Daniel, pero no estaba, ni tampoco contestaba al teléfono. Tuvo la desfachatez de no dar señales de vida hasta el día siguiente, cuando entró en casa a primera hora de la mañana mientras yo desayunaba después de una noche en vela. Llevaba el cabello desaliñado, barba de dos días y

apestaba a alcohol, tabaco y perfume femenino.

—Gracias por preocuparme y hacer que vaya hoy a trabajar con estas horrendas ojeras.

—Me voy a dormir —se limitó a contestarme después de llevarse una magdalena a la boca.

—¿Se puede saber dónde has estado?

—No.

—Pues muy bien. —Me levanté de la mesa con rabia y tiré mi tostada con fuerza a la pica—. ¡Tal vez Susana tenga razón y lo mejor sea que te largues!

—Me parece genial. Por cierto, esta tarde tenemos reunión con Julián. —Y así zanjó el tema.

—¿Para qué?

—Ni puta idea.

Dicho esto, se metió en su habitación.

Me limité a pasar mi día de trabajo sumida en mis tareas, algo mosqueada por ignorar a qué se debía aquella reunión extraordinaria con Julián.

¿Qué querría? ¿Tal vez la mujer misteriosa se echaba para atrás y ya no deseaba destruir a Christian?

No estaba segura de si aquella opción me gustaba o no.

Todas mis dudas se despejaron cuando Daniel y yo nos encontramos en el despacho de Julián.

—Chicos, entiendo que este último encargo esté acaparando vuestro tiempo y vuestras fuerzas, pero seguro que se os ha pasado por alto que tenéis un caso a medias. Exactamente —echó un vistazo a sus notas— el de Somarriba, el banquero. Su mujer me acaba de dar un toque y no estoy acostumbrado a tener que disculparme. Les hubiese dado el trabajo a otros, pero el tipo ya conoció a... Roxana, creo recordar, por lo que tenéis que acabarlo vosotros.

—¡Hostia, es verdad! —exclamó Daniel—. ¡El banquero!

—Mierda —rezongué yo. Qué razón tenía Julián al pensar que el caso del magistrado nos robaba, sobre todo a mí, el pensamiento y las fuerzas.

—Pues ya sabéis, hermanos Vargas: antes de que acabe la semana, sin falta, manos a la obra.

—Por supuesto —afirmó Daniel—, no te preocupes, Julián. Esta misma semana lo zanjamos.

—Eso espero —contestó, satisfecho pero mosqueado. Sólo habíamos visto a Julián cabreado un par de veces, por lo que decidimos en su día que lo mejor sería no hacerlo enfadar nunca más, en la medida de lo posible.

—Por cierto, Julián —le dije antes de marcharnos—, ¿qué sabes de las huellas de la mujer? ¿Han podido analizarlas?

—Pues sí —respondió al tiempo que se dejaba caer en el respaldo de su sillón—; las han analizado, pero no hemos conseguido nada.

—¿Cómo que no tenemos nada? —intervino Daniel—. Unas huellas dactilares claras no dan lugar a ninguna duda.

—Sí, sí, tenemos las huellas y están claras, pero a la hora de que el programa las reconozca, éste muestra la etiqueta de «Confidencial».

—¿Y no hay manera de saltarse esa etiqueta? —preguntó mi hermano.

—Sí, pero ya no estaría en manos de la policía, sino del ministerio. Y obtener su ayuda puede llevar más tiempo.

—¡Joder! —exclamó Daniel—. Pero ¿quién coño es esa tía?

—No lo sé, chicos, pero si ya me había escamado antes, ahora ha superado mi nivel normal de curiosidad. Indagaré todo lo que pueda. No me gusta nada este secretismo.

A mí tampoco me gustaba nada. Aquella mujer misteriosa, que sabía cosas tan concretas de mi hermano, de mí y de nuestra madre... Ojalá le hubiésemos dicho que no desde el principio. Sobre todo yo, que tendría que haberme negado a esas extrañas pretensiones de enamorar a un hombre a cambio de una cantidad tan grande de dinero.

Pero qué fácil era decirlo a toro pasado...

La verdad fue que, por todo ello, me sentí más tranquila y relajada que nunca cuando, unas noches después, volví a sentarme frente a mi iluminado espejo. Porque volvía a algo conocido para mí, sin tantos secretos ocultos; parte de mi vida durante los tres últimos años. De fondo musical, aquella vez opté por volver a escuchar a Tchaikovsky, pero escogiendo esta vez algo más alegre, el ballet de *La bella durmiente*, que me gustaba tararear mientras aplicaba maquillaje y polvos sobre la piel de mi rostro, o sombras sobre mis párpados.

Antes de continuar, alargué la mano hasta el borde superior del espejo, cogí la pequeña llave y abrí un cajón con ella para sacar mi agenda. Hacía semanas que no miraba sus páginas, y más todavía que no apuntaba nada.

Comprobé que, como había dicho Julián, tenía a medias el Proyecto Somarriba y que para él había escogido a Roxana. Por ello, procedí a maquillarme con una base suave sobre la piel y rojo carmín en los labios, que me daba un sutil aire de inocencia. Apliqué en mis párpados sombras oscuras que otorgaban profundidad a mi mirada, y me coloqué unas lentillas color ámbar. A continuación, cogí una peluca rubia platino, totalmente lisa y de longitud hasta la mitad de mi espalda. Un vestido negro... *et voilà!* Convertida en la dulce Roxana.

—¿Lista? —me preguntó mi hermano al salir de mi habitación.

—Lista.

Daniel volvía a vestir de forma elegante, pero sin faltarle sus deportivas y su mochila al hombro.

Por suerte, todavía teníamos la opción de presentarnos en una reunión dirigida a banqueros y empresarios organizada en un selecto club para hablar de negocios y de... lo que surgiera. Se trataba de cierto tipo de reuniones masculinas donde el trabajo era el principal tema de conversación, por lo que no solían asistir sus mujeres; al menos, las oficiales.

Hablaban, llegaban a acuerdos, bebían coñac del más caro, fumaban puros y aprovechaban para mostrar cada uno a su último ligue, normalmente mucho más jóvenes que ellos, lo que daba lugar a una especie de competición, en plan «a ver quién la tiene más grande».

Yo misma le había enviado un mensaje a Somarriba, disculpándome por no haberle contestado la última vez que se puso en contacto conmigo. Por fortuna, aceptó mis disculpas y me ofreció ser su acompañante para aquella reunión.

Supongo que, simplemente, su problema era que no tenía a nadie a mano para acompañarlo y le vine de perlas.

Sin problema. Los dos salíamos ganando. Bueno, los tres, porque su mujer se frotó las manos en cuanto supo que la agencia había conseguido que su marido volviese a tener una cita con un señuelo. Estaba harta de que el banquero la humillase en público y la tratase como a una mierda, pero no le había pedido el divorcio porque el contrato matrimonial estipulaba que ella se quedaría sin nada si lo hacía. Sólo obtendría el cincuenta por ciento de los bienes si él le ponía los cuernos y ella podía demostrarlo.

Y ése era mi cometido.

¿Que si me sentía culpable? Pues bastante poco, la verdad. Siempre había pensado que ayudaba a aquellas mujeres porque los cabrones de sus maridos ricachones las menospreciaban con sus infidelidades y, encima, pretendían dejarlas sin nada si les pedían el divorcio.

—En un principio —me comentó Daniel antes de dejarme en el taxi—, esta noche será la precursora del final que ya conocemos, pero vas preparada por si acaso es la decisiva, ¿de acuerdo?

—Lo sé —contesté.

—Bien. Mucha suerte, hermanita. Sabes que andaré cerca.

Había quedado con Javier Somarriba en que me recogería con su chófer en la puerta de mi supuesto hotel. Discretamente, pararon en una esquina de esa misma calle y me monté en el vehículo.

—Hola, preciosa —me saludó con un beso en la mejilla—. Pensaba que no volvería a verte hasta que me has llamado.

—Gracias por aceptar de nuevo mi compañía, Javier —le dije—. Yo... no lo he tenido fácil para volver a quedar contigo. Lo siento.

Cada vez que les ofrecía a los hombres aquella explicación, les daba a entender que tenía alguna complicación, sin aclararla realmente, con lo que conseguía que pensarán que estaba casada, que era hija de algún tipo importante o que estaba encerrada en casa. Y así lograba mi objetivo, que no era otro que desprender misterio y, de esa forma, hacer que me desearan aún más.

Es algo intrínsecamente humano: mientras más difícil te lo ponen, más lo deseas.

—No te preocupes, Roxana. Si te digo la verdad, no suelo fiarme mucho de las mujeres bonitas que se me acercan, pero tú eres diferente. Tuve que ser yo el que me acercara a ti y, como colofón final, desapareciste durante días. Eres una buena chica.

Benditos días que nos descuidamos con el caso del magistrado.

—Gracias, Javier. Te confieso que disfruté con tu compañía en las ocasiones en las que coincidimos. Y me apetecía volver a repetir. —Solté esto último de manera melosa, desprendiendo un sutil punto de inocencia, pues, si Casandra era más *femme fatale* y Rubí más directa, en mi papel de Roxana debía comportarme de una forma ligeramente más candorosa, algo parecido a una chica consentida.

—Pues yo también tengo algo que confesarte. —El banquero me apartó un

mechón de pelo de la cara y pasó la yema de su dedo pulgar por mi labio inferior —. Me gustas mucho, Roxana, pero de una forma... cómo explicarte... Eres una mujer preciosa y me atraes.

—¿Te refieres a que quieres hacerme el amor? —le pregunté con un tierno mohín.

—Premio para mi chica.

¡Exacto! Premio para mí si todo quedaba zanjado esa misma noche.

—Ya sabes que tengo una reserva en el hotel donde me has recogido — continué diciendo, poniendo morritos—. Me encantaría pasar la noche contigo. Eres tan guapo...

Javier era de lo mejorcito con lo que pude encontrarme durante mi tiempo en la agencia. Tendría cincuenta y pocos años, era alto, delgado, con pelo entrecano y unos profundos ojos verdes. Lo único que me desconcertaba era su sonrisa, que le daba un aspecto lobuno. Parecía que fuese a saltar sobre ti en cualquier momento; un hombre poco de fiar.

—Tú sí que eres preciosa, y me encanta que hayamos llegado tan pronto a un acuerdo. Si te parece, me acompañas a la reunión, dejas que hable de negocios un rato y, en cuanto acabe, nos marchamos a tu hotel y pasamos una agradable noche los dos juntos.

—Estaré encantada de acompañarte. —Posé mi mano sobre su mandíbula y me acerqué para depositar un beso en sus labios. Traté de que fuese lo más rápido posible, porque su ardiente mirada me dio a entender que, si iba más allá, no esperaría a llegar al hotel.

Cuando llegamos a nuestro destino, bajamos del vehículo y nos dirigimos a aquel selecto lugar, que se encontraba en la planta baja de un bonito edificio modernista. Después de descender un tramo de escaleras y atravesar una robusta puerta doble y pasar entre dos gorilas de porteros, accedimos al club, cuyo interior estaba decorado con recargados muebles y diversos cuadros y obras de arte, aunque no podían disfrutarse demasiado debido a la poca intensidad de la luz. Todo el conjunto, unido a los murmullos de la gente, el humo del tabaco y el olor a perfume y a alcohol, te transportaba a otra época y daba la sensación de haber retrocedido en el tiempo para ir a dar directamente a principios del siglo XX.

Yo, como el resto de las chicas que allí se encontraban, me limité a cogerme

del brazo de mi pareja y a sonreír a todo el mundo como una boba. Varios saludos, unos cuantos apretones de manos, otras tantas presentaciones... Javier parecía muy complacido por tenerme allí con él.

—Roxana, cariño —me dijo como una hora después—. Debo hablar en privado con unos hombres muy importantes, por lo que me voy a ausentar un rato mientras conversamos en una de las salitas. Mientras tanto, bebe un poco, conversa con otras chicas de vuestras cosas y diviértete.

—No tardes —dije frunciendo los labios—, o me aburriré mucho mucho.

—Lo intentaré, cielo —me susurró—. Estoy impaciente por tenerte esta noche para mí. —Me dio un beso en los labios y me miró con lascivia antes de desaparecer por una puerta.

En fin, me tocaba esperar, pero con la satisfacción de saber que ese proyecto acabaría pronto. Le envié un mensaje a mi hermano en el que, con nuestro lenguaje en clave, le indiqué que ésa sería la noche decisiva. De ese modo él podría ir preparándose para acceder al hotel y tener a punto todo lo necesario.

Nunca me había apetecido entablar conversación con nadie en esas situaciones y solía limitarme a beber y deambular de acá para allá, así que me dirigí a un lateral de la sala principal, donde divisé un aparador con pequeños platillos con frutos secos y galletas, y tras el que un barman servía licores. Me hubiese apetecido en aquel momento más mi vodka con limón, pero siempre he sabido adaptarme.

—Un whisky, por favor —le pedí al hombre de chaqueta negra y pajarita.

—¿Alguna marca en especial, señorita?

—Sorpréndame —le contesté.

Fue justo antes de decir esa frase cuando ya sentí una presencia a mi lado, aunque continué en mi empeño de no relacionarme con nadie. Sin embargo, cuando esa persona habló, todo el vello de mi cuerpo se irguió. Una corriente nerviosa partió de la base de mi columna y explotó al llegar a mi nuca. No estuve segura de si el origen fue la impresión recibida o el simple y puro miedo a ser descubierta.

Los dados volvían a lanzarse y el azar intervenía en mi vida.

—Sírvale a la señorita un Macallan —dijo aquella voz profunda—, y otro para mí, por favor.

Me mantuve aparentemente inalterable, fijando todavía la vista al frente,

intentando con todas mis fuerzas que ningún temblor me delatara cuando alargué la mano y cogí la copa que el barman me ofreció, aunque todas mis células me pedían que me marchara corriendo de allí al saber a quién tenía a mi lado.

—Perdone por haberme tomado esa confianza. —Me desconcertó que bajara tanto su tono de voz—, pero necesitaba hablar con usted. Y, por favor, disimule y haga como que no hablamos. Bebamos y sonriamos a la gente sin mirarnos. Será mejor que no nos vean conversar.

Yo obedecí, porque me convenía precisamente eso, que no me mirara mucho mientras mi mente comenzaba a hacer girar sus engranajes para poder pensar en algo que me sacara de aquel atolladero. Me llevé la copa a los labios y bebí un buen trago de aquel whisky que me calentó por dentro y pareció reconfortarme.

—La veo un poco nerviosa —insistió—. No se asuste, por favor. Mi nombre es Christian Márquez y soy magistrado. Desde la Audiencia Provincial intentamos esclarecer hace tiempo un caso de malversación de fondos, fraude y cohecho en el que estarían implicados algunos presidentes de bancos. He intentado hablar en más de una ocasión con el señor Somarriba, pero me ha sido imposible acceder a él. Por eso necesito su ayuda, señorita...

Mierda, preguntaba mi nombre. Esperaba que achacara mi titubeo a mis nervios por lo que me acababa de explicar y no al hecho de no saber qué nombre decirle o qué voz poner para que no me reconociera. Intenté seguir con mi papel de aquella noche.

—Roxana —respondí. Creo que conseguí un tono de voz bastante diferente al mío, algo más infantil, porque no dio muestras de reconocerme.

—¿Me ayudará, Roxana?

—Pues... no sé... Javier es mi... amigo.

—No sé qué relación te une a Somarriba exactamente —continuó, al tiempo que pasaba al tuteo para ganarme—, pero supongo que no será muy... profunda. Además, sólo tienes que guiarme hasta la salita donde está reunido y, una vez allí, podrás marcharte. No te verás involucrada en nada, te lo prometo.

Joder, en menudo marrón me encontraba metida. ¿Qué podía hacer? La cuestión más importante era no llamar la atención. Mi instinto me decía que no me metiera en líos, que bastante tenía yo ya con lo mío. Pero, por otro lado, equilibraba un poco la cosa si hacía algo por la ley, para variar. Y me parecían totalmente creíbles todas aquellas acusaciones hacia el presidente del banco más

importante del país.

Christian debió de percibir mi tensión y mi indecisión.

—Escucha, Roxana —me pidió—; tú sólo tienes que caminar en la dirección de la sala que me interesa. Yo te seguiré a unos pasos de distancia y, cuando te des la vuelta y te pongas frente a mí, significará que estás junto a la puerta que me interesa, sólo eso. Después, desapareces de nuevo entre la gente.

—Está bien —contesté con un suspiro—. Sígueme.

—De todos modos —susurró cuando pasé por su lado—, es una pena que aún no hayas podido mirarme. Seguro que eres poseedora de unos bonitos ojos y una preciosa sonrisa.

«Casanova de pacotilla», pensé. Estaba claro que Christian no perdía ocasión de ponerse a ligar con la primera que se le pusiera a tiro.

¿Cómo podía, un hombre como él, pensar siquiera en casarse?

Ah, bueno, lo olvidaba: para ascender en su carrera judicial. Menudo cabrón codicioso y arribista.

Lo peor de aquella noche —que ya es decir— fue comprobar que, a pesar de todo, de lo despreciable que me parecía Christian y del odio que empezaba a sentir por él, me sentí feliz. Sí, una idiota rematada, lo sé. Pero me sentí feliz únicamente por el hecho de tenerlo cerca, de que me hablara, de percibir su presencia y su olor tan maravilloso y peculiar...

Son reacciones humanas que no se pueden explicar... como, por ejemplo, permitirme el placer de pasar demasiado cerca de él.

—Perdona, Roxana —sentí que me preguntaba, situado detrás de mí—, ¿te conozco? No sé, tengo la extraña sensación de que me resultas muy familiar...

—No, señor Márquez, no nos conocemos. Y ahora, si me hace el favor de seguirme...

Comencé a caminar intentando abrirme paso entre las personas que conversaban, reían o bebían en las diferentes estancias. El vello de mi nuca no acababa de volver a su estado original, alerta todavía por sentir la presencia tan cercana y comprometedora del magistrado a mi espalda.

Afortunadamente, en menos de un minuto divisé la puerta tras la que yo sabía que se encontraba Javier. Unos pasos más y podría escabullirme de allí.

Pero el destino, el azar o lo que coño fuera volvió a cruzarse en mi camino... y no para echarme una mano, precisamente.

A mi derecha, un tipo conversaba animadamente con una chica mientras le daba largas caladas a un puro. Tan placentera debía de ser la charla que no me vio pasar por su lado en el momento en el que bajó la mano con la que sostenía el cigarro y éste fue a posarse sin piedad sobre la fina piel de la parte interna de mi antebrazo. El dolor y el sobresalto me hicieron soltar un grito que alertó a Christian.

—Oh, perdón, señorita, no la había visto —se disculpó el hombre.

—¡Roxana! —exclamó Christian, que en dos segundos estuvo junto a mí—. ¿Te has quemado?

—Estoy bien, estoy bien —le dije para tranquilizarlo. La quemadura me dolía, sí, pero no tanto como la idea de que él me viera y descubriera.

—Déjame ver —insistió, tomándome del brazo—. Deberías poner la quemadura bajo un grifo de agua y...

—¡No es necesario! —Traté de quitármelo de encima mientras eludía su mirada. Gracias a que llevaba suelto el pelo de mi peluca rubia, hice que éste me tapara la cara sin dejar de mirar hacia el suelo—. Además, tenemos algo que hacer. —E hice amago de reemprender mi camino a pesar del escozor de la quemadura.

—Eso puede esperar, Roxana. Ha sido por mi culpa y no pasa nada si paras un momento en el servicio y te echas agua. Vamos, creo que están por aquí...

Volvió a tomarme del brazo para acompañarme y no pude más. Los nervios de aquella noche, debido a que Somarriba era un hueso duro y, además, me había encontrado de golpe con Christian e insistía en querer cuidar de mí... me estaban pasando factura.

—¡He dicho que no es necesario! —Al sentirme sujeta por él, me vi obligada a forcejear, con lo que, por primera vez esa noche, nos miramos cara a cara.

En un primer instante, los dos nos quedamos quietos, como congelados. Después, la mirada de Christian pasó de la sorpresa a la incredulidad.

—¿Gabriela?

* * *

—Joder, Gabriela —interrumpe la abogada mi relato, al tiempo que detiene la grabación—. ¿Cómo pudiste tener tan mala suerte? ¡Encontrarte con Márquez

en otro de tus proyectos!

—Debía de ser un castigo —contesto—, porque todo me salía del revés. Lo pasé muy mal, pero supongo que me lo merecía.

—¿Qué te parece si hacemos un alto esta vez? Deberías comer algo más consistente.

—Está bien —suspiro—. ¿Crees que sería posible tomar un poco de sopa?

—Claro que sí. —Me sonrío—. No será casera, pero te entonará un poco. Voy a conseguirte una de esas que se calientan en el microondas.

Una vez que Teresa se ha marchado, me envuelve una sensación de soledad. Mientras ella me escucha, mientras le cuento mi historia, mientras percibo que le importo a alguien, me siento menos sola. Pero ahora mi única compañía es la presencia impersonal de un guardia para el que soy exclusivamente un bulto más de la sala.

De nuevo, un escalofrío recorre mi espalda cuando rememoro el momento en el que tuve que encontrarme con Christian mientras iba caracterizada de Roxana. Recuerdo perfectamente que quise que me tragara la tierra, volatilizarme, desaparecer para siempre. Luego, al acabar esa noche, quedé convencida de que no merecía nada mejor. Sí, iba a ganar una pasta, mi madre estaría atendida hasta el fin de sus días y, tal vez, ni mi hermano ni yo nunca más tendríamos que ganarnos la vida de una forma tan ruin... pero iba a tener que pagar primero mi propio precio.

—Mira, Gabriela —me dice la abogada al entrar otra vez en la sala—. Una sopa instantánea recién hecha. —El comentario me hace reír—. Bueno, calentita sí que está.

—Gracias, Teresa.

Con una cuchara de plástico, voy acabando poco a poco el contenido del recipiente. El estómago se me asienta y logro entrar en calor después de muchas horas de frío. Aunque sólo acabo con el frío físico, no ese que hiela el alma.

—¿Continuamos? —pregunta ella—. Estoy deseando saber cómo conseguiste salir de aquel aprieto.

—En realidad, no logré hacerlo...

CAPÍTULO 11

Grabación n.º 11, realizada el día 3 de agosto de 2016 a las 12:31 horas

—¿Gabriela? ¿Eres tú?

—Se equivoca —solté de forma dura lo que me dijo mi instinto que contestara—. Mi nombre es Roxana.

—Pero —titubeó, ignorando mi respuesta—, ¿te has teñido el pelo? Y tus ojos... son de otro color...

—Suélteme —insistí—. Le digo que se equivoca.

—¿Equivocarme? —Alzó la voz y apretó su agarre en mis brazos—. ¿De qué estás hablando? ¡Puedes cambiar tu aspecto, pero te reconocería disfrazada de elfo!

—¿Me va a soltar? —seguí insistiendo.

—¡No! —gritó—. ¡No voy a soltarte hasta que me expliques qué haces aquí, con otra apariencia y colgada del brazo de Somarriba!

—¡Déjeme en paz! —vociferé cuando me vi acorralada. Nunca podría haber imaginado que mi salvación llegaría en forma del hombre del que no me fiaba ni un pelo.

—¿Se puede saber qué está ocurriendo aquí? —preguntó Javier de una forma totalmente seca y ominosa.

Ante aquella presencia, Christian me soltó y yo fui a refugiarme en los brazos del banquero.

—Pero si es usted —dijo Somarriba con la expresión más lobuna que yo le había visto hasta entonces—. ¿Cree que puede, por muy magistrado que sea, presentarse en un club privado y asaltar de tal forma a mi amiga? Si tiene algo de

qué acusarme, hágalo; si no, lárguese de aquí antes de que llame a la policía.

—Sería gracioso que llamase usted a la policía para defenderse de mí — replicó Christian sin dejar de mirarme. Yo permanecía abrazada a Javier como si fuese una niña asustada complacida por estar entre sus brazos, mirando al magistrado como si éste fuera un molesto insecto que mi defensor podía pisar en cualquier instante.

Qué mal me sentí en aquel momento, recurriendo a la protección de aquel sujeto.

—¿Me va a acusar de algo formalmente o no? —insistió.

Christian nos miró cada vez con mayor odio; sobre todo a mí, pues me lanzó una última mirada cargada de desprecio y se marchó.

—¿Está bien mi chica? —me preguntó Somarriba antes de darme un beso en la frente.

—Sí, Javier, estoy bien. No ha pasado nada, pero un hombre me ha quemado con su cigarro y ese juez o lo que sea sólo pretendía ayudarme. Me he puesto un poco nerviosa, lo siento.

—No pasa nada, cariño. Vámonos de aquí y relajémonos. Tú, por el susto, y yo, por tanta hostilidad.

Como si fuese un caballero salvando a su damisela, Javier me protegió con su cuerpo y nos marchamos en su coche al hotel donde yo tenía hecha mi reserva. No hizo falta acceder por ninguna puerta trasera o de servicio, puesto que se trataba de un establecimiento bastante coqueto situado muy lejos del centro. Tuve que elegir algo así de discreto porque, de otro modo, Javier jamás habría accedido a dejarse ver en público con una de sus amantes.

Al salir del vehículo, amparado por la oscuridad, Javier me rodeó con sus brazos y me besó. Me tomó por sorpresa y ya sólo pude dejarme llevar. Afortunadamente, no fue un beso profundo, pero sí lamió mis labios con deleite.

—Te deseé en nuestro primer encuentro —me susurró—. No imaginas el placer que sentí al saber que volvería a verte.

Sonreí, qué remedio.

—Yo también te deseo, Javier.

Me tomó de la cintura y, sin dejar de prodigarme besos, caricias y susurros eróticos, nos dirigimos al ascensor. Una vez en el reducido habitáculo, empecé a comprobar hasta dónde llegaba la lujuria de Javier Somarriba. Sobre todo al

estamparme de cara contra el espejo, colocar sus manos sobre mis pechos y clavarme el bulto de su polla erecta entre mis nalgas.

—Voy a follarte de mil maneras —volvió a susurrarme—. ¿Alguna vez te han adorado este delicioso culito?

Para colmo, no podía ni cerrar los ojos del asco porque mi rostro reflejado en el espejo era lo que él veía.

—No te preocupes, no te tenses —añadió—. Yo haré que te resulte agradable. Primero dejaré que me chupes la polla mucho rato. Eso sí que te gusta, ¿verdad? Te encanta chupar una buena polla...

En los años que llevaba en la agencia había pasado por muchos tipos difíciles: salidos, puteros, desagradables... pero el banquero era otro cantar. Creo que fue la primera vez que sentí temor por lo que pudiese pasar.

Se calmó los segundos que tardamos en abrir la puerta de la habitación y acceder a su interior, pero, en cuanto ésta se cerró, volvió a lanzarse sobre mí. Tuve que dejarle hacer mientras pensaba alguna buena alternativa.

—Roxana, cariño...

De un tirón, rasgó mi vestido, que cayó como un oscuro charco, hecho jirones a mis pies, y se deleitó admirando mi cuerpo cubierto sólo por un conjunto de lencería de encaje negro. Se aproximó despacio, como el animal salvaje que acaba de acorrallar a su presa, y extendió sus manos para posarlas sobre mis pechos y comenzar a masajear mis pezones con los dedos. Después, acercó su boca a la mía para abrirme los labios con su lengua y pasarla impunemente por el interior de mi boca, mientras sus manos vagaban por mis pechos, mis caderas, mi trasero y mi sexo.

Abrí los ojos mientras me besaba. Desesperada, le eché un vistazo a la cubitera donde nos aguardaba una botella de cava y dos copas. Me estaba bloqueando y no sabía cómo hacer para que el banquero parara y pudiese hacer lo de siempre. Imaginé a Daniel tras las cortinas, sin poder hacer nada. Era algo que estaba más que pactado: si yo no corría peligro, él nunca intervendría, pues echaría al traste todo el proyecto y se acabarían las oportunidades de volverlo a intentar cuando el tipo en cuestión averiguara la jugada de su mujer.

El beso de Javier se volvió cada vez más sexual e intenté seguirle el ritmo, pero lo que acabó de tensarme de verdad fue su mano apartando mi tanga para acariciar mis labios íntimos. Volví a mirar con ansia hacia la botella y apenas

pude contener las lágrimas que pugnaban por derramarse. Nunca jamás en mi vida me había sentido tan sucia, tan baja... tan inmoral a la vez que tan asustada.

—Dios, Roxana —murmuró Javier cuando dejó de besarme—. Es una delicia saborearte y tocarte. —Bajó una de las copas de mi sujetador y pellizcó mi pezón con tanta fuerza que tuve que clavar mis uñas en mis piernas para no gritar—, pero ya se han acabado los jueguecitos infantiles.

Ante mi desconcierto, se abrió la bragueta del pantalón y extrajo su grueso y excitado miembro. Él mismo comenzó a masajearlo arriba y abajo.

—Mira lo que tengo para ti, preciosa. Agáchate y descubrirás lo que es el auténtico placer.

De repente, fue como si saliera de mi cuerpo y observara la escena desde fuera. Yo debía tener un aspecto patético y desamparado, prácticamente desnuda, mirando aquella polla como si de un alien se tratara. Ni por todo el dinero del mundo iba a agacharme frente a aquel tipo para chupar nada. Ni siquiera pensaba dejarlo volver a tocarme. Los últimos acontecimientos, Christian o mi vida personal me habían llevado aquella noche a desconcentrarme, pero se había acabado. Era Roxana, una chica fácil, lo mismo que Casandra o cualquiera de las otras.

No era Gabriela. Gabriela tenía sentimientos, pero Roxana no. Sólo tenía que volver a interpretar un papel y cubrirme con una gruesa capa aislante.

—No, Javier —le dije con convicción—. Tú vas a ser quien descubra el verdadero placer esta noche. —Alargué mi mano y envolví con ella su excitada polla—. Voy a chupártela como nadie nunca te la ha chupado. Te vas a correr tan pronto en mi boca que tendré que seguir chupando hasta que vuelvas a estar duro otra vez.

—Joder —gruñó él, al tiempo que enredaba su mano en mi pelo y me daba un fuerte tirón—. Y después te follaré por el culo.

—Lo estoy deseando —le dije—. Sólo quiero beber un trago de cava y sentir explotar las burbujas en mi boca antes de saborearte.

Me miró con sus penetrantes ojos verdes durante lo que me pareció una eternidad. Me dio la impresión de que algo no le gustaba y supliqué mentalmente que no desconfiara.

—Claro —contestó al fin. Creo que mi corazón volvió a latir después de haber permanecido parado—. Nos refrescaremos un poco.

Descorchó la botella y llenó las dos copas, haciendo rebosar el líquido dorado y burbujeante.

—Eso de refrescarse ha sonado bien —dije con un mohín—. ¿Lo harías por mí, cariño?

—Está bien —suspiró, como si su paciencia estuviese a punto de agotarse—, me refrescaré un poco, pero ve bebiendo. Te quiero entonada ya.

Con el corazón a cien por hora, aproveché esos segundos para abrir la esfera de mi reloj y derramar su contenido en el interior de su copa. Cuando salió del baño, agarré la mía con rapidez y la elevé para simular un brindis.

—Por una noche inolvidable —le dije. A continuación, me la llevé a los labios y me bebí su contenido hasta que no quedó ni una gota.

—Por el placer —dijo él. Cogió también su copa y tragó el dorado líquido hasta el final.

Si hubiese podido suspirar de alivio, me habrían oído hasta en la Conchinchina.

—Y ahora —dije yo, ya envalentonada—, te quiero desnudo.

Fue lo único que se me ocurrió para hacer correr el tiempo. Le quité la chaqueta, le desabroché la camisa y se la deslicé por los hombros. Después, poco a poco, abrí sus pantalones y comencé a bajárselos.

Joder, ¡no parecía para nada adormilado! Por un instante comencé a exasperarme, pensando que, para un hombre como Somarriba, debería haber elegido una dosis de caballo.

—¿Qué me pasa? —dijo. ¡Por fin!—. ¿Por qué lo empiezo a ver todo borroso? ¿Qué me has hecho, zorra?

De pronto, su pesado y gran cuerpo cayó sobre mí y me vi obligada a emplear todas mis fuerzas para empujarlo hacia la cama y dejarlo caer a plomo.

—¡Joder! —exclamé—. ¡Pedazo de cabrón, lo que me ha costado!

—No recordaba haberme puesto tan nervioso desde que estamos en esto, Gabriela. —Daniel apareció en la estancia, cámara en ristre, después de abandonar su eterno escondite tras las cortinas de la terraza—. No imaginas lo poco que me ha faltado para esperar a que se pusiese de espaldas a mí y arrearle un botellazo en toda la cabeza.

—Pero todo ha salido bien —le tranquilicé mientras recolocaba bien a Javier sobre la cama—. No le des más vueltas.

—Te libras —me dijo bastante cabreado— porque éste ha sido el último caso. En cuanto acabemos con tu magistrado, adiós Julián. Nunca había estado tan harto de ver a mi hermana acosada por un cerdo salido.

—Vale, pero deja de quejarte y ayúdame a colocarlo boca arriba en la cama para hacerle unas cuantas fotos más.

—Esta vez no es necesario —dijo Daniel mientras guardaba su cámara y mi ropa y extraía la muda de recambio—. Creo que, con las fotografías pornográficas que os he hecho, tenemos más que suficiente.

—¿Es un reproche? —le pregunté al tiempo que me colocaba la ropa de camarera—. Porque, si lo es, te recuerdo que he sido yo la que he tenido que aguantar a este tipo y sus constantes magreos.

—Será mejor que nos demos prisa —cortó. Limpió las copas y todo lo que yo pudiese haber tocado. Me hice un moño y me limpié el maquillaje a toda velocidad antes de deslizarnos desde el balcón al contiguo y, de ahí, a otra habitación vacía, de donde salí ya con el carrito preparado. Daniel esperó unos minutos y nos encontramos en la parte posterior de la cocina, donde, en un oscuro callejón, nos esperaba su moto.

Al llegar a casa noté la crispación que nos envolvía. Esa vez había sido diferente a las demás, y los dos lo sabíamos. Se habían corrido demasiados riesgos.

—Suerte tiene Julián —Daniel rompió el silencio denso y pesado— de que ya ha sido avisado de que, en cuanto terminemos con el proyecto del magistrado, se acabó esta mierda. Porque, de otro modo, lo mandaría todo al carajo en este momento, a él incluido.

—Basta, Daniel. Date una ducha mientras yo hago lo mismo.

Me metí en el baño de mi habitación y, cuando llevaba ya varios minutos recibiendo el agua sobre mi cabeza, aumenté la temperatura hasta percibir el intenso calor sobre mi piel. Froté más fuerte que nunca, provocándome algunos cortes en la piel que comenzaron a sangrar de inmediato. Mientras más frotaba, más asco me daba recordar lo que había pasado. Supongo que por el caudal de agua que me caía encima, no fui consciente de mis lágrimas hasta que yo misma percibí la congoja que me invadía.

Tras una buena hora bajo la ducha, me envolví en mi albornoz y pasé frente al espejo, totalmente opacado por el vapor que inundaba el baño. Ni siquiera

miré hacia él. No me apetecía en absoluto mirar mi cara. Como las otras veces, me senté en mi butaca y coloqué bien la peluca rubia sobre su busto para poder cepillarla y dejarla impecable.

Mi hermano parecía calcular siempre el tiempo que yo necesitaba estar bajo el agua para aparecer después en la puerta de mi habitación.

—Has tardado más que otras veces —me dijo.

—Ha sido una noche difícil —comenté mientras centraba mi vista y mi pensamiento únicamente en el cepillo y la peluca.

—Lo sé y lo siento. Perdona por haberme puesto tan borde, Gabriela, pero estar ahí, mirando, sin poder hacer nada... Espero que mañana hablemos con Julián y nos ponga al corriente de nuestro próximo paso con el magistrado para poder zanjar ese proyecto cuanto antes.

—Esta noche me ha visto —le solté como si le hubiese dicho la hora.

—¿Quién te ha visto?

—Christian. Estaba en el club de los banqueros y me ha visto con Somarriba.

—¡Joder, Gabriela! ¿Y te ha reconocido? ¡Dime que no, por el amor de Dios!

—Sí, me ha reconocido.

—¡Me cago en la puta! —estalló, mientras se llevaba las manos a la cabeza—. ¿Y qué le has dicho?

—Nada, me he hecho la sueca. Le he dado a entender que se equivocaba. Pero dudo mucho de que se haya conformado.

—Mierda, mierda, mierda —siguió rezongando—. Hay que acabar con esto cuanto antes, Gabriela. Me empiezan a mosquear algunas cosas y no me gusta nada esta incertidumbre, pues no sabemos cómo puede reaccionar el puto magistrado. Tenemos material más que suficiente para joderlo vivo. Ya no hace falta que sigamos con esto.

Tenía razón. Con las fotos y los vídeos que teníamos en nuestro poder, podríamos acabar perfectamente con el Proyecto Christian. Aunque una vocecita insidiosa alojada desde hacía poco en mi cabeza no paraba de chincharme y fastidiarme. Se dedicaba a decirme que el caso del magistrado no era como los otros, que debía acabarse de otra forma. Necesitaba aclarar algunas cosas con él antes de proceder a fastidiarle la vida.

¿Por qué, a pesar de todo, me dolía el hecho de saber el daño que iba a hacerle, ser consciente de que iba a acabar con su pareja, con su trabajo, con su

buen nombre...?

Tuve que retroceder a momentos pasados que me habían dolido a mí, como verlo junto a su prometida o riéndose de mí delante de ella, como si no fuese más que un polvo de desahogo que le importara una mierda...

Vale, conseguido. Casi conseguido. Ya empezaba a odiarlo de nuevo...

* * *

Yo misma me impongo un descanso ante la mirada comprensiva de Teresa. Necesito aunque sólo sean unos minutos para cerrar los ojos, respirar hondo e intentar no pensar en nada. Algo francamente difícil, dado que, nada más cerrar los párpados, me aparecen las imágenes de la gente a la que quiero: mi madre, Daniel, Christian, Susana...

Por ella, precisamente, me pregunta mi abogada.

—Me sorprende que, teniendo como tenías tan sólo una amiga, no le contaras nada de tu doble vida.

—Y a mí me sorprende que me digas algo así, Teresa. Tú la primera deberías saber que, si le hubiese dicho algo a Susana, ahora mismo ella estaría en otra sala como ésta, siendo interrogada, acosada y vete tú a saber si acusada de algo.

—Tienes razón —suspira.

—Sólo quise apartarla de cualquier peligro. Si no sabía nada, nunca podrían relacionarla con todo esto.

Mi voz suena cansada. ¡Me gustaría tanto poder ver a mi amiga ahora mismo...!

—Sólo me has pedido ver a tu hermano, pero en ningún momento has solicitado verla a ella, a Susana.

—Porque supongo que ya se habrá enterado. No quiero ver su cara de decepción o de odio.

—Tal vez no esté enfadada. Está enamorada de tu hermano, y a ti te quiere mucho...

—Déjalo, Teresa. No quiero hablar de ella. Déjmosla que se aleje de mí, de Daniel y de nuestra vida corrompida que lo único que puede hacer es salpicarla a ella de inmundicia.

—¿No intentaste nunca decirle algo? Tal vez para sentirte mejor contigo

misma.

—Tal vez sí, alguna vez. Y vuelves a tener razón... únicamente para limpiar mi propia conciencia...

CAPÍTULO 12

Grabación n.º 12, realizada el 3 de agosto de 2016 a las 13:40 horas

Necesitaba que me diese el aire y el sol aquella mañana de primavera, por lo que, antes de ir con mi hermano a ver a Julián, llamé a Susana para tomar algo en la terraza de una cafetería. Sólo nos veíamos en lugares cerrados, como el trabajo, el Manhattan o nuestra propia casa, y ya era hora de que estuviéramos un poco al aire libre. Pedimos un batido de fresa y otro de chocolate y comenzamos a reírnos de las pintas de algunos de los que paseaban por la calle o de gente que conocíamos y que casualmente pasaba por allí.

—Mira, mira, tía —murmuró Susana, disimulando con la pajita en la boca—. ¿Ésa no es Míriam, la recepcionista del turno de tarde?

—Sí, tía, es ella. ¿No decían que se había echado un novio que estaba como un tren?

—Pues juzga tú misma, porque el tipo que lleva colgando del brazo parece haber salido de una película de terror.

—Desde luego no pasa nada si su novio no es guapo, pero ¿por qué enseña, entonces, esas fotografías de un tío bueno?

—Debe de sacarlas de Google: «Buscar imágenes de modelos guapos.» — Susana ya no pudo más y rio de repente, haciendo burbujear su batido a través del aire que expulsó por la pajita.

—A ver —intervine yo, riendo también—, que ya sabes que no nos gusta meternos con nadie. Si la pobre dice que su novio es modelo, sus razones tendrá.

—Sí —contestó Susana con voz burlona—, la razón de saber que nunca podrá aspirar a uno como ése.

—Susana...

—Joder, Gaby, que haga como yo, que conozco mis limitaciones. Tíos como tu hermano pasarán siempre de mí. Al final tendré que conformarme con Teo, de la sección de Compras. Me ha echado los tejos un par de veces, pero, hija, una es gorda pero no ciega.

No pude evitar ser yo la que se pusiera a reír esa vez como una posesa. El batido se me atragantó y acabé tosiendo como una fumadora de tres paquetes diarios.

—Por cierto —continué entre risas—, ¿de dónde viene el nombre de Teo?

—¡Y yo qué sé! ¿De Teodoro?, ¿Teófilo?, ¿Teodosio?

No soy una persona de llorar mucho, pero anda que de reír... Creo que aquel día rejuvenecí cinco años de golpe a base de reír y decir chorradas.

—Me alegro tanto de verte así —me comentó Susana—. Sé que tienes motivos para sentirte triste por ciertos palos que has tenido en la vida, pero, por favor, recuerda que la vida sólo es una y hay que vivirla.

Susana lo conocía casi todo de mí, excepto el tema de la agencia. Sabía que mi padre se había largado con su secretaria para desaparecer del mapa, lo de la muerte de mi novio y que mi madre permanecía encerrada en una residencia psiquiátrica, aunque no tenía ni idea de las altas facturas que nos cobraban. Únicamente suponía que andábamos mal de dinero porque teníamos que hacer frente, con nuestros mediocres sueldos, a unos pagos que creía algo más «normales».

—Y te lo dice —continuó— una que estuvo a punto de sumergirse en una bañera y hacerse un par de cortes en cada muñeca cuando era adolescente.

—Qué asco de *bullying* —solté, furiosa—. Parece mentira que no sólo siga produciéndose, sino que va a más y cada vez con niños más pequeños. Qué bueno que lo superaste.

—Mi trabajo me costó. Y mi pasta en psicólogo. Pero, bueno, he aprendido a gustarme, a respetarme tal y como soy y, sobre todo, a quererme mucho. Ahora mismo me gustaría tener aquí delante a todos aquellos que me hicieron daño y decirles: «¡Miradme ahora, panda de desgraciados! ¡Soy una mujer de éxito! ¡Pronto seré una gran ejecutiva que ganará una pasta mientras todos vosotros habéis fracasado en vuestras vidas!».

—¡Bien dicho!

—Supongo que faltaría añadir: «A la que no le hace ni puñetera falta un tío al lado que no se sienta orgulloso de ella».

—Y tendrías razón en decirlo, aunque supongo que te refieres a mi hermano. Por mucho que lo quiera, pienso que no es digno de ti. Te mereces a alguien que sepa ver más allá de un canon de belleza y una talla treinta y ocho.

—Olvidemos el tema de tu hermano y volvamos a ti. Quería decirte que me hace feliz verte más animada hoy, porque últimamente sé que hay algo que te preocupa.

—No me pasa nada...

—No repitas que no te pasa nada, porque te tiraré mi batido de chocolate sobre tu impecable camiseta y te llamaré mentirosa a grito pelado aquí en medio. —Suspiró—. De verdad, Gaby, somos amigas; yo te cuento hasta el color de bragas que llevo, pero tú sigues tan cerrada...

—Soy así, Susana. Lo sabes y lo siento.

—Claro, sin problema —aceptó antes de mirar al vacío y remover el batido con la pajita.

Lo dijo de una forma tan triste que leí claramente su decepción en sus grandes ojos oscuros. Fue entonces cuando, para consolarme a mí misma de alguna forma y creer que me comportaba un poco mejor como amiga, decidí contarle una ligerísima parte... una muy pequeña.

—Está bien —intervine—. Sí, me ocurre algo. Me he colgado de un tío que es un imposible, pero no puedo contarte nada más.

—¿Cómo que no puedes contarme nada más después de soltarme esa bomba?!

—Es... un tío importante, Susana. No puedo decirte quién.

—Pero... ¡por favor! ¡Cuéntame al menos cómo lo has conocido!

—De forma casual. Nos peleamos por coger el mismo taxi.

—Oh, qué romántico. ¿Cómo es? Seguro que guapísimo.

—Sí —contesté riendo—, lo es. Es... casi perfecto.

—¿No puedes decirme al menos su nombre de pila para cuando hablemos de él? *Plis...*

—Christian —confesé después de pensarlo unos segundos. Total, aquella historia tenía fecha de caducidad y no me importaba dar algunos detalles.

—Humm, Christian —repitió soñadora—. Hasta el nombre es de tío bueno.

¿Y de verdad es un imposible? ¿No estará casado...?

—No, pero está prometido con una pija rica.

—Vaya —compuso una mueca—. Va a resultar que no soy la única que tiene que competir con otras. En fin... de todos modos, estoy un poco cabreada. Tener un amante y no decirme ni pío...

—No quería que tuvieses problemas.

—Joder, ¿qué es ese tipo?, ¿un mafioso?

—Dejémoslo así, Susana —la corté.

Todas y cada una de mis respuestas fueron calculadas para no mentirle y, al mismo tiempo, para que nunca nadie pudiese sacarle ni un ápice de información.

Afortunadamente, ya no hubo más conversación sobre mí porque apareció Daniel, puesto que habíamos quedado en que me recogería en su moto para ir a la oficina de Julián. Mi amiga y yo levantamos la vista cuando lo vimos aparecer con unas oscuras gafas de sol y el casco colgando de un brazo. Vestía con ropa adecuada para ir en moto: pantalones vaqueros, camiseta blanca, chupa de cuero negra y botas.

Estaba hecho lo que se dice un bombón. Puse los ojos en blanco cuando contemplé la boca abierta de Susana.

—Límpiate esas babas, hija.

—Me cago en su padre —murmuró—. ¿Por qué coño tiene que estar tan bueno?

—Hola, chicas —saludó mi hermano. Al menos no ignoraba a Susana, como otras veces.

Aunque, dicho sea de paso, en ocasiones es mejor que te ignoren.

—Tenemos que irnos, Gaby —me comentó.

—¿Qué tenéis hoy? —preguntó Susana por decir algo—. ¿Una boda o una comunión? Ya sabéis —dijo guasona—, aquello de ser fotógrafo de la BBC: bodas, bautizos y comuniones.

A Daniel, sin embargo, no le hizo ni puta gracia la broma.

—¿Acaso desde que ya formas parte de la empresa y eres una superejecutiva te crees mejor?

—Pero ¿qué coño dices? —saltó ella—. ¡Sólo era una pregunta tonta para romper el hielo!

—Joder, Daniel —lo regañé—. ¿Por qué te picas tan pronto?

—Porque debe de tener algún tipo de complejo —intervino mi amiga—. ¿No has visto el pedazo de moto que se ha comprado? Recuerda lo que dicen sobre los tíos y los vehículos que se compran: que son para compensar ciertas carencias.

Olé por sus ovarios. Ridiculizar a mi hermano era lo mejor que podía hacer y algo en lo que yo la podía ayudar.

—Bueno —intervine, frunciendo el ceño—... yo también lo he visto desnudo y no sabría decirte... ¿Así, más o menos? —Le señalé a mi amiga una medida entre ambas manos.

—Qué exagerada eres. Quítale, al menos, dos centímetros.

—Tienes razón. Es que cuando lo he visto palote ha sido porque follaba con alguna tía y no me quedé mucho con la medida. Comprende que me da bastante asco encontrarme a mi hermano en pleno polvo.

—Bueno —pinchó ella de nuevo—, yo he follado con él y tampoco me dio tiempo a ver mucho. Fue un visto y no visto tan rápido que casi no me enteré.

Creo que a Daniel empezó a salirle humo de la nariz y los ojos.

—¿Os creéis muy graciosas? —refunfuñó. Se acercó a mí y tiró de mi brazo para que me levantase de la silla. Desde esa posición, pudo observar de reojo a Susana, sentada también todavía, y el escote de su blusa—. ¿El contrato de vuestra megaempresa incluye que vayáis enseñando las tetas o es que vas pidiendo guerra?

—¿Quieres acercarte y verlas más de cerca? —replicó mi amiga. Sus ojillos brillantes delataban algún tipo de plan taimado que estaba deseando que llevara a cabo.

—No me interesa —contestó Daniel.

—Vamos, Dani —lo pinchó de nuevo—. ¿Acaso temes que te gusten demasiado?

—Qué gilipollez —soltó muy ufano y fanfarrón—. He visto demasiadas como para dejarme impresionar.

Debo reconocer que mi hermano, a pesar de que la vida lo había curtido bastante, no dejaba de ser un niño de veinticinco años.

Susana, aún en su silla, observó con regocijo cómo se acercaba Daniel hasta ella. Tan embelesado estaría en su escote que no se percató del movimiento de mi amiga, que aprovechó su despiste para tirar de la cinturilla de su pantalón y

derramar en su interior todo lo que le quedaba de batido de chocolate.

—¡Joder! —gritó él, dando un salto hacia atrás—. ¡¿Qué coño haces?!

—Demostrarte que ya no puedes conmigo. —Susana dejó el vaso sobre la mesa y se levantó—. Adiós, Gaby. Ya te llamaré. —Y se fue.

—Me cago en la puta... —refunfuñó entre dientes para no dar el espectáculo—. Tu amiga es una puta loca.

Cogí varias servilletas y comencé a frotar su bragueta, pero poco se podía hacer.

—Parece que te hayas cagado. —Reí tanto, pero de forma tan disimulada, que los ojos se me llenaron de lágrimas por el esfuerzo de no ponerme a reír como una chiflada en medio de la concurrida terraza.

—Vete a la mierda tú también. —Eché a andar por la acera y corrí tras él hasta que me puse a su altura.

—Reconoce que te lo tienes merecido —le dije—. Te aconsejo que firmes un tratado de paz con Susana o la próxima vez puede que sea peor y el ridículo sea aún mayor.

—¿Tratado de paz? —preguntó cuando localizamos su moto—. ¿Para qué? Susana seguirá odiándome porque la dejé tirada.

—Exacto —contesté, cruzando los brazos—. La dejaste tirada. Y hoy voy a atreverme a hacerte una pregunta que no te he planteado nunca y que ya va siendo hora de que te formule: ¿la dejaste tirada porque fue un polvo más o por otra razón?

—¿Qué otra razón podría tener?

—No sé... que te avergonzaras de ella, por ejemplo; que te diese vergüenza que te vieran con ella tus amistades; que creyeras que tú podías aspirar a algo más; que pensaras que podía malograr tu imagen de conquistador nato el hecho de que te vieran con una chica gordita.

—¡¡No!! —exclamó—. ¡No se trata de nada de eso! ¡Me importa un carajo lo que piense la gente! ¡Yo voy a mi puta bola!

—¿Entonces? ¡Dime de una vez por qué la humillas de esa manera! Al principio pensé que era la típica manía que se le tiene a la amiga de tu hermana, pero la cosa ya pasa de castaño oscuro.

—No la humillo...

—¡¿Que no?! ¡La llamas gorda! ¡La menosprecias! ¡La odias!

—¡No!

—¡Sí! ¡La odias, la odias, la odias...!

—No, joder, Gaby. —Bajó el tono de su voz y compuso una expresión triste

—. No la odio. Sólo intento... defenderme.

—¿Defenderte? ¿De qué?

—De ella.

Acabáramos.

No estaba segura, pero lo hostigué de esa manera para llegar a una verdad que sólo intuía.

—Te gusta más de lo que esperabas, ¿verdad?

—Me parece la chica más preciosa que he conocido en mi vida, guapa, lista, divertida... pero acabaré marchándome de la ciudad, Gaby. No puedo liarme en serio con nadie. Es mejor que sólo eche un polvo de vez en cuando con tías olvidables y lo único que me haga volver un día seáis tú y mamá.

—¿Sólo es por eso? ¿Porque te vas a marchar? Ella lo entendería.

—Bueno —murmuró. Se pasó los dedos por el pelo y emitió un bufido—. Tampoco es que yo sea lo mejor a lo que ella puede aspirar. Mira lo que estáis consiguiendo... Seguro que dentro de unos años seréis jefas de algún departamento y se os rifarán las compañías más importantes. En cambio, yo... Yo no puedo atarme a ningún trabajo. Voy a salto de mata como un niño que no sabe ni lo que quiere.

—No me lo puedo creer —exclamé, alucinada—. ¡Resulta que eres tú el que te crees inferior a ella!

—¿Y qué te creías? ¿Que realmente pensaba las atrocidades que decía?

—Pues te aseguro que ella sí se las ha creído, todas y cada una de ellas. La has hecho llorar en más de una ocasión.

—Lo siento y me duele mucho, pero no puede ser de otra manera. Y, por Dios, Gaby, prométeme que no le dirás nada de lo que hemos hablado.

—Pero Daniel...

—¡Prométemelo! Prométemelo o te juro que me voy ahora mismo.

—Joder, qué injusto —le dije, compungida. Me lancé en sus brazos y lo abracé con fuerza—. Por un lado estoy muy triste —añadí sobre su hombro—, pero por otro estoy feliz, porque me dolía que fueses tan capullo con ella. Tú no eres así.

—No me defiendas tanto. —Sonrió mientras se deshacía de mi abrazo—. Sigo siendo un capullo, a pesar de que me guste Susana.

—Te gusta Susana... Joder, qué bien sienta oírtelo decir.

—Vamos, ponte el casco y sube a la moto. Julián nos espera.

Durante el trayecto, agarrada a la chaqueta de cuero de Daniel, le di unas cuantas vueltas a mi cabeza, intentando discurrir algo con lo que poder interferir y ayudar a mi hermano y a mi única amiga. No me lo habían puesto fácil, pero, con el paso de los días, seguro que se me ocurriría alguna idea.

De momento, la realidad chocaba contra mí. Ya nos encontrábamos en el polígono de las afueras, delante del edificio de obra vista que albergaba la oficina de Julián. Éste nos esperaba en pie, delante de la ventana que nunca permanecía abierta para evitar que fuese detectado cualquier movimiento desde el exterior y así mantener el anonimato. Sólo se podía permitir mirar a través de las rendijas de la persiana, que también cerró en cuanto encendió una pequeña lámpara.

—Julián —comenzó a decir Daniel sin preámbulos—, creemos que el caso del magistrado debe llegar a su fin. Tropezó con Gaby mientras nos encontrábamos en pleno Proyecto Somarriba y la reconoció. Tenemos suficiente material como para contentar a la clienta, por lo que creo que continuar sería correr unos riesgos innecesarios.

—Vaya —suspiró Julián, mirándome—, un gran contratiempo el que se topa contigo.

—Pude controlarlo —me defendí.

—En fin, hablaré con nuestra misteriosa clienta y le diré que el proyecto ha llegado a su parte crítica y que, a partir de ahora, sólo nos queda lanzar las pruebas y asegurarle que el magistrado quedará bien vapuleado, como ella nos pidió.

—¿Has recibido respuesta del ministerio? —se interesó Daniel.

—Todavía no. Incluso he puesto a trabajar a mi hacker para que averiguara la procedencia de los correos que me envía, pero la tía es buena y sabe protegerse, pues, después de rastrearlos, sólo conseguimos averiguar que cada uno fue enviado desde una parte distinta del planeta. Lo mismo seguimos el rastro hasta Manila que hasta Hong Kong.

—Joder —gruñó Daniel—. Sólo espero ya que nos pague la parte restante de

pasta.

—Eso no lo dudes —contestó Julián con cara de suficiencia—, de eso me encargo yo.

—Excelente —terció Daniel mientras se frotaba las manos—, pues, en ese caso, creo que ya hemos concluido nuestra parte y...

—¿Puedo decir algo? —intervine—. Estoy de acuerdo con vosotros en que este caso debería acabar ya, pero comprended que yo soy la parte más activa, sobre todo en este proyecto del magistrado, en el que me he involucrado más de la cuenta.

—¿Qué ocurre, Gabriela? —preguntó Julián, algo escamado.

—Sólo quiero una cita más con él.

—¿Para qué? —exclamó Daniel—. ¡Sólo te pondrías en riesgo! ¡Tú y los demás!

—Por favor, Julián. —Ignoré a mi hermano—. Sólo una cita más. Te prometo que mi intención es personal, pero mi forma de actuar será totalmente profesional. Jamás pondría en peligro ni un ápice de la agencia, pero necesito tener una última conversación con el magistrado.

Los dos hombres se miraron un instante y parecieron capitular ante mi extraña petición.

—Está bien —me concedió el jefe—. Supongo que, a estas alturas y por lo mucho que has hecho por la agencia, bien puedo concederte esa pequeña exigencia. Veamos... —Se puso frente al ordenador y empezó a teclear—. Aquí tengo todavía el último *planning* del magistrado enviado por su antigua prometida. Pero, por lo que puedo ver en él, para estas fechas no tiene muchos eventos importantes planificados.

—No importa, Julián. En realidad preferiría algo más discreto, si pudiese ser.

—Lo más próximo es un viaje a Madrid para reunirse con el fiscal general del Estado. Tiene ya reservados el billete de avión y una habitación en el hotel Intercontinental. ¿Quieres una reserva para ti?

—No, gracias, Julián, sólo el billete de avión. No creo que, después de hablar con él, permanezca más tiempo allí.

—Pues entonces —sentenció Julián—, quedamos así. Esta semana tendrás ese último encuentro con el magistrado, y contad que la semana que viene zanjaremos de una vez este proyecto, en cuanto nuestra amiga nos suelte el

dinero.

—Eso por descontado —terció mi hermano—. Si no hay pasta, no hay ni una puta foto.

Sin más que añadir, Daniel y yo bajamos hasta la solitaria calle para volver a casa.

—¿Estás segura de lo que vas a hacer? —me preguntó.

—Vamos, Daniel —le di un empujón amistoso—, que yo no me meto en tus cosas.

—No me hagas responderte a eso...

—¡Vale! Tal vez algunas veces, pero siempre he confiado en ti. Confía tú en mí.

—Confío, Gaby, pero tú sabes que a veces el corazón no percibe el verdadero peligro. Si te has colgado de ese tío, por favor, olvídale.

—Por eso quiero verlo —suspiré—... para poder olvidarlo definitivamente.

* * *

—¿Realmente pretendías eso, olvidarlo? —me pregunta Teresa, después de parar la grabación.

—Al menos, ésa era mi intención —murmuro—. El problema es que, a veces, no nos vale sólo con la intención. Como ya te he dicho en más de una ocasión desde que comencé a explicarte mi historia, somos unos simples dados que son lanzados por unas manos que no podemos controlar.

—Ya —suspira Teresa—. Si no te importa, tengo que salir. Haré unas gestiones y aprovecharé para comer. ¿Quieres tú algo?

—No, sólo me apetece descansar. Me ha dado un poco de bajón.

La abogada se va y el guardia ha de realizar su función, que es esposarme y escoltarme hasta mi celda provisional. A pesar del austero y deprimente escenario, el camastro me tienta enormemente y me parece el paraíso. Me tumbo, cierro los ojos y, antes de dormirme, sólo veo imágenes que me perturban. Veo sangre, un cuchillo afilado cuya hoja mortal reluce entre las sombras... y veo a Christian. Me mira con asombro e incredulidad, con unos ojos tan abiertos que parecen adivinar que la muerte se avecina.

«¿Por qué lo has hecho, Gabriela? ¿Por qué...?»

Sus manos se mueven hasta posarse sobre su estómago, de donde brota un torrente oscuro. Mis manos están manchadas de ese mismo líquido viscoso y caliente. Y el olor es tan fuerte... El efluvio metálico penetra en mis fosas nasales y me provoca una arcada. Y después otra, y otra...

Me despierto de golpe. Sin darme cuenta, me había dormido y he estado soñando, como cada vez que cierro los ojos.

Todas esas imágenes... ¿son sólo producto de la sugestión o son reales?

Ya no puedo distinguir las pesadillas de la realidad. Me duele la cabeza y tengo el estómago revuelto. A pesar de todo, deseo contarle a Teresa todo lo que puedo ir recordando. Me da la sensación de que, cuanto más hablo con ella de lo que ocurrió, más averiguo yo misma qué pudo suceder y por qué.

Vuelta a las esposas, vuelta a la fría sala, vuelta a despojarme de las esposas. Empiezo a pensar que mi único contacto con la realidad es la mujer que tengo delante, que me mira con un imperceptible velo de comprensión.

—¿Preparada de nuevo?

—Preparada.

CAPÍTULO 13

Grabación n.º 13, realizada el día 3 de agosto de 2016 a las 15:15 horas

El taxi que cogí en el aeropuerto de Barajas me llevó directamente al hotel Intercontinental. Una vez allí, y para no alertar a Christian, decidí pasar de largo por delante de la recepción para ir a sentarme en uno de los sillones del impresionante vestíbulo. Con mi traje de chaqueta en color crudo, mi cabello recogido y las gafas de sol, no desentonaba para nada en aquel ambiente distinguido. Mis zapatos repiquetearon sobre el rojizo suelo de mármol antes de que tomara asiento en un mullido sillón, cerca de un elegante piano, desde donde podía divisar perfectamente la puerta de entrada para poder ver la llegada de Christian.

A continuación, crucé las piernas, me coloqué las gafas de sol sobre la cabeza y saqué el móvil del bolso para simular que estaba pendiente de la pantalla.

Según Julián, el magistrado habría acudido a dos reuniones aquella mañana y después habría almorzado con el resto de fiscales. Su hora de retirada al hotel estaba prevista para las cinco de la tarde. Miré mi reloj: las 16.45 horas.

¿Que si estaba nerviosa? Yo diría que estaba cabreada, muy cabreada. Y sin razón, lo sé, porque, que Christian se hubiese reído de mí en la fiesta de su futuro suegro o me hubiese utilizado después sólo para echar un polvo, no debería afectarme. Él era un simple peón, un hombre más en la larga lista apuntada en mi agenda secreta. Y yo para él... pues eso, un polvo entretenido, una cana al aire antes de casarse.

Sin embargo, no lo podía evitar. Necesitaba soltarle una especie de bronca,

restregarle lo cerdo que era y lo absolutamente canalla que se había comportado con su prometida antes de volver a mi vida y olvidarme de él.

Seguí aparentemente concentrada en la pantalla de mi teléfono. De tanto en tanto levantaba la vista para observar a los clientes que entraban (la mayoría de ellos hombres trajeados que parecían hospedarse allí por negocios), Pero rápidamente bajaba la mirada, porque sabía que, en cuanto él atravesara la gran puerta acristalada y dorada, mi cuerpo lo notaría.

Y así fue. Justo a las cinco y tres minutos, Christian apareció. Sin poderlo evitar, me vi transportada de nuevo a la avenida Meridiana, a aquel día que lo vi por primera vez, cuando se lanzó en pos de mi taxi, tan decidido, tan elegante, tan atractivo. Mis piernas se descruzaron y el móvil se deslizó de mis manos, tan blandos y maleables se volvieron mis músculos. No estoy muy segura, pero creo que abrí la boca y me lamí el labio inferior mientras mi corazón se aceleraba.

¡Joder! ¿Cómo hacía todo eso conmigo la simple visión de un hombre?

Bueno, en realidad, la estampa de Christian podía ser de todo menos simple.

Recuperé la conciencia cuando lo vi dirigirse al recepcionista para saludarlo cortésmente. A continuación, observé cómo caminaba hacia el ascensor.

¡Mierda! Tenía que darme prisa o todo lo planeado se iría al garete.

Me levanté del sillón y caminé tan rápido como me permitieron los tacones hasta que, viendo cómo se cerraban ante mí las puertas del elevador, tuve el tiempo suficiente de introducir el pie y evitar que se cerraran del todo para poder colarme dentro.

Cuando ya estuve en el interior del reducido espacio junto a Christian, éste me miró con una expresión neutra. Imposible discernir qué estaba pensando. Sólo sé que sus ojos claros se mostraron más fríos y afilados que nunca.

—Hola, Christian —lo saludé, rompiendo el incisivo silencio.

—Vaya, Gabriela —contestó fríamente—. Empiezo a temer abrir un día mi nevera y encontrarte dentro. ¿Te resultaría demasiado impropio que te preguntara qué haces aquí?

—Quiero hablar contigo.

—Ya. ¿Y puedo saber cómo has averiguado dónde encontrarme?

—Pensaba que primero te interesaría preguntarme qué quiero decirte.

Sonrió, pero componiendo una expresión extraña, entre impasible y mordaz, como si quisiese decirme «pues resulta que me importa una mierda».

Las puertas se abrieron y salimos a la planta donde se ubicaba su habitación. Christian titubeó, pero pareció decidir que lo mejor sería acceder a ella.

Nada más entrar y encenderse las luces, me sentí bastante mal por un instante. No sólo conocía aquel hotel, utilizado como escenario para alguno de mis «proyectos», sino que había estado en una *suite* muy parecida para llevarlo a cabo. El magistrado no había escogido la más lujosa, pero sí una lo suficientemente grande y elegante. Se distinguían perfectamente la parte del dormitorio y la del salón, donde unos sofás y una mesa frente a una gran pantalla de televisión ofrecían un ambiente cálido y acogedor. Aparté la vista cuando mis ojos se posaron sobre la gran cama.

De momento, me quedé junto a la puerta, esperando el siguiente movimiento de Christian. Él, bastante más tranquilo, caminó hasta el mueble bar.

—Siéntate, Gabriela —dijo en un tono poco amable—. ¿Quieres tomar algo? No me respondas. —Hizo una mueca—. Vodka con limón, claro.

Yo no me senté. Simplemente, me acerqué a él y acepté el vaso que me ofreció. Él se preparó lo mismo y bebió un trago antes de mirarme. Me dolió que lo hiciera de una forma tan indiferente.

—¿Y bien? ¿Qué es eso tan importante que te ha traído a Madrid, concretamente a la *suite* del hotel de cuya reserva sólo mi ayudante tiene conocimiento?

Preferí ignorar su comentario sarcástico.

—Oh, espera —siguió pinchando—. ¡Claro! Qué despistado soy. Has venido a explicarme qué hacías en aquel selecto club en los brazos de un canalla como Somarriba.

—No sé de qué me estás hablando. —Intenté mostrar la expresión más ambigua posible.

—Eres su amante, Gabriela, deja de mentirme.

—No te estoy mintiendo. Y no soy amante de nadie.

—Entonces, reconoces que eras tú.

—Yo no he reconocido nada.

Sin esperar, me agarró un brazo con brusquedad, me subió la manga de la chaqueta y mostró la parte interna de mi antebrazo, donde un pequeño círculo oscuro delataba una reciente quemadura.

¡Joder, lo había olvidado!

Me miró arrogante, alzando una ceja, como el que se acaba de proclamar campeón mundial de algo. Soltó mi brazo con desdén y sonrió de forma cruel.

—¿Crees que una peluca y unas lentillas van a impedir que te reconozca?

—¡Sí, vale, de acuerdo! ¡Era yo! ¿Y qué?

—¿Cómo que y qué? ¿Eres prostituta?

—¡¿Qué?! ¡¡No!!

—Es la única explicación plausible, que seas una prostituta de lujo a la que se le da francamente bien parecer poco usada.

—Deja de decir esa palabra —le dije, con los dientes y los puños apretados hasta hacerme daño.

—¿Cuál? ¿Prostituta?

—¡No lo soy!

—¿Entonces? ¿Te ha pagado alguien para trastornarme? ¡Dime! ¿Alguien a quien enviara a la cárcel y me la tenga jurada?

—¡Joder, no!

—¡¿Y qué piensas hacer luego conmigo?! ¿Clavarme un puñal por la espalda y tirarme a un foso de serpientes?

—¡Basta! —exclamé visiblemente cansada ante tantas preguntas.

Por enésima vez desde que aceptara aquel encargo, volví a sentirme despreciable. «Prostituta» era una palabra que había invadido demasiadas veces mi mente, acusándome a mí misma de serlo, desde la primera vez que engatusé a un tipo para desnudarlo y fotografiarme junto a él.

«¡No! ¡Yo no soy prostituta!», me volví a gritar en aquel instante, como tantas y tantas veces había hecho, para convencerme.

No sé si logré mi cometido, pero sí que un fuerte escalofrío me sacudió entera al saber a Christian tan cerca de la verdad.

—Entonces, dime qué hacías allí, con él.

—No pienso hacerlo —contesté, muy digna—. ¿Qué te importa a ti?

—Oh, nada, por supuesto. No es de mi incumbencia que seas la amante del tipo que investiga toda la Fiscalía del país.

—Te he dicho que no soy su amante.

—Os vi, Gabriela. —Se acercó aún más a mí y me dedicó el gesto más beligerante—. Después de salir del club me quedé en el coche para seguir los movimientos de Somarriba. Os vi salir y montaros en su coche. Después os seguí

hasta el hotelito de las afueras, en cuya entrada pude ver cómo os besabais. Me tuve que ir al amanecer, aburrido de esperar, puesto que la noche debió de unirse con el día y de allí no salió ninguno de vosotros. Así que —sin que me lo esperara, lanzó su vaso contra el suelo en un golpe que quedó amortiguado, haciendo saltar su contenido por toda la alfombra, antes de pegar un grito—, ¡haz el favor de dejar de mentirme, joder! ¡O eres su amante o eres una puta!

—¡Y, tú —le respondí, harta de sus acusaciones—, deja ya de una vez de interrogarme, acusarme y condenarme, Su Señoría Ilustrísima! ¡¿Qué me dices tú de follarte a las desconocidas que tropiezan contigo estando prometido?! ¡Y en su propia casa!

—¿Prometido? ¿De qué estás hablando?

—¡No trates de mentirme tú ahora, que tienes mucho por lo que callar!

—¡No estoy prometido con nadie!

—¿Y qué me dices de tu adorada rubia de piel de UVA?

—¿Jimena? ¡Por el amor de Dios! ¡Jimena no es mi prometida! ¡Sólo es una amiga!

—¡Mentira!

—¿Crees que iba a estar con mi prometida en casa de sus padres y dejarla en el salón para ir a follarme a otra en un despacho? ¿Tan rastrero y miserable me consideras?

—Estás mintiendo, Christian. —Mi voz comenzó a no sonar tan segura—. Ella es tu prometida. ¿Por qué, si no, ibais a estar tan acaramelados?

—Porque es mi amiga, porque conozco a su padre desde hace muchos años. Porque se había peleado con su novio y me pidió que le diéramos celos. Es como una hermana para mí.

—Entonces, ¿por qué no me lo desmentiste la noche de la fiesta? Te dije que te fueras con tu prometida y me soltaste aquello de que si tanto me importaba follarme a un tío que fuera de otra. ¡¿O no lo recuerdas, joder?!

—¡No! —exclamó—. ¡No lo recuerdo! ¡Pero si te lo dije fue sólo por diversión!

—¿Por diversión? Por favor, Christian... no digas sandeces.

—¡Creí verte celosa al vernos juntos y me pareció divertido irritarte un poco! —Suspiró tras calmarse ligeramente—. Mi amiga le daba celos a su novio conmigo y pensé en aprovechar la ocasión para hacer lo mismo contigo. No

pensé que lo creyeras de verdad. ¿De dónde has sacado esa información?

—De una fuente fiable.

—Pues esa fuente te ha mentado, Gabriela. Jimena no es mi novia.

Por unos instantes, permanecí algo perdida. Mi mente se quedó sin más recursos y un pitido agudo interminable se instaló dentro de mi cabeza.

¿Quién decía la verdad y quién mentía?

—No puede ser, Christian. Tienes que estar mintiendo...

Yo misma deseaba autoconvencerme. Resultaba totalmente imposible que Christian dijera la verdad, porque el hecho de romper su compromiso y dejarlo en evidencia delante de su prometida y su influyente suegro era la base de aquel encargo.

Si el magistrado no tenía novia, ¿para qué montar todo aquel tinglado? Se suponía que destruiría su vida y su carrera, pero la opinión pública no tardaría mucho tiempo en olvidar una historia de sexo entre un magistrado y una pelirroja desconocida.

Dios, aquella incertidumbre, no saber cuál era la verdad... me dejó totalmente desorientada.

—¿No me crees, Gabriela?

—¿Me crees tú acaso cuando te digo que no soy prostituta ni la amante de Somarriba?

—Os vi juntos en un hotel.

—Y yo te vi toda la noche junto a una chica guapa de la que tú mismo dijiste que era tu prometida.

—Sí, parecen pruebas concluyentes, pero tengo experiencia en tener muchas pruebas ante mis ojos que condenarían sin remedio a un acusado que luego resulta ser inocente. No siempre hay que fiarse de las pruebas, por muy evidentes que parezcan.

Y volvió a dejarme sin una réplica adecuada. Sobre todo cuando se acercó aún más a mí, hasta que las puntas de sus zapatos rozaron mis sandalias y su aliento calentó mi frente.

Observé transformarse por completo su rostro. La hostilidad con la que me había recibido en el ascensor y el desprecio con el que me había hablado al entrar en la *suite* dieron paso a una mirada mucho más cálida y un gesto más amable.

Me retornaron al Christian que yo conocía.

Cuando levantó una mano y, lentamente, la acercó hasta mi rostro, como si temiera hacerlo, me ablandó el corazón.

—Apenas me atrevo a tocarte —susurró, mientras rozaba la piel de mi mejilla con la punta de sus dedos—, porque tengo miedo de que vuelvas a desaparecer.

—Estoy aquí —susurré también.

—Cuando te he visto aparecer de pronto en el ascensor, como una súbita visión, tampoco he querido tocarte. Me aterraba que, al rozarte, te desvanecieras en el aire como una voluta de humo.

—No parecías querer tocarme, precisamente. —Mi voz se iba apagando conforme sus dedos se iban deslizando hacia cada ángulo de mis facciones.

—Desde que te vi con Somarriba... Estaba muerto de celos.

—Lo mismo que yo al verte con tu prometida. —En ese instante cerré los ojos. Cada vez percibía más intensos su olor y su calor. Ya eran sus dos manos las que acariciaban mi cara y su voz sonaba directamente en mi oído.

Ahora pienso que nunca debí haberle dicho eso. Mi afirmación dio lugar a una declaración, a asegurarle que sentía algo por él.

¿Cómo se me ocurrió?

Pues no lo sé. Supongo que me olvidé de todo, de Julián, de la agencia y de la puñetera clienta. Me sentí total y plenamente Gabriela. La Gabriela que se había enamorado irremediabilmente de Christian Márquez.

—Si yo estaba celoso —continuó susurrando en mi oído, con sus manos ya posadas sobre mis hombros—, y tú estabas celosa, ¿por qué demonios nos estamos gritando?

En ese instante, sin dejar que contestara, se separó ligeramente de mí y clavó sus ardientes ojos azules en los míos. Sin dejar de hacerlo, retiró las gafas de sol que aún llevaba sujetas sobre la cabeza y las lanzó sobre la mesa. Después, tiró del pasador que sujetaba mi recogido y dejó que mi cabello se desparramara por mi espalda. A continuación, tomó un mechón entre sus dedos y lo acercó a su nariz para inspirar mi olor.

—Dios... Cómo había echado de menos tu fragancia a jazmín, tan suave y tan única. ¿Por qué llevas siempre el pelo recogido?

Yo me quedé como una estatua: quieta, sin poder moverme. Tan sólo lo

miraba e intentaba no perderme ni uno solo de sus movimientos o sus palabras.

—Porque es demasiado largo —respondí— y me molesta.

—Me encanta. No me canso de mirarlo y de tocarlo...

Volví a cerrar los ojos cuando siguió acariciando mi pelo y susurrándome palabras bonitas. Me hacía sentir relajada, tranquila, envuelta en una nube de paz. Confiada.

—No sé quién eres, Gabriela —me dijo tras apoyar su frente en la mía—, pero sí sé que, desde que entraste en mi vida, mis pensamientos y mis sueños son para ti. Si se lo tratara de explicar a alguien, pensaría que me he vuelto loco, sabiendo que apenas te conozco. Y llevaría parte de razón, porque has vuelto mi mundo del revés, porque temo llegar a la obsesión y a la locura. Y porque, ahora mismo, sólo deseo una cosa de ti.

Se alejó de mí lo justo para poder mirarme de nuevo y enmarcó mi rostro con sus manos.

—Me lo puedo imaginar —le dije, al ver su ardiente mirada.

—Si te refieres al sexo, también —replicó con una sonrisa—, pero me refería a otra cosa: quiero conocerte, Gabriela, saberlo todo de ti o, al menos, casi todo. No me conformo con que aparezcas de vez en cuando como por ensalmo. Te quiero a mi lado. Salir contigo, reír, hablar, comer... y hacer el amor muy a menudo, por supuesto.

—¿Te refieres a una... relación?

Christian, al ver mi expresión de pánico, frunció el ceño.

—¿Por qué no? ¿Tienes alguna relación con otra persona?

—No, pero...

—¿No te atraigo lo suficiente?

—Sabes que sí...

—Entonces, ¿cuál es el problema? No te estoy pidiendo en matrimonio, sólo quiero unas cuantas citas contigo.

—Es que... no puede ser, Christian —negué, derrotada.

—¿Por qué? Dime de una vez cuál es el problema.

«¿Por cuál empiezo?», pensé.

Dios, me estaba mirando con el corazón en la mano. Aquel hombre no podía estar mintiéndome ni jugando conmigo, a no ser que fuera un gran actor o el más vil y despreciable de los seres.

Yo lo creí y, sin pensar en un futuro ni un mañana cercano, sólo deseé estar con él, aunque fuera únicamente una noche más. Mi corazón ya era por completo suyo y ya no me importaba que se me rompiera en mil pedazos, pero intentaría que nadie le hiciera daño.

Sí, lo reconozco, por una milésima de segundo pensé en el dinero y en mi madre, pero me pareció injusto que, para salvar una vida, hubiera que destrozarse otra.

De lo que no tenía ni idea era de cómo iba a exponerlo en la agencia, ante Julián y ante mi hermano, pero sabía que algo tenía que hacer. En todo caso, averiguar más de su extraña exprometida, indagar sobre los motivos que la habían llevado a querer destruir al magistrado.

No iba a ser tarea fácil. En realidad, lo creía misión imposible, porque Julián nunca había fallado, porque se firmaba una especie de contrato, porque había mucho dinero en juego. Por eso, por si al final no había remedio y Christian debía desaparecer de mi vida, decidí que aquella noche sería exclusivamente para nosotros dos.

Después... después ya se vería.

—¿Por qué no dejamos de pensar en el futuro —le propuse— y pensamos más en el aquí y ahora? Déjame quedarme aquí contigo, lo que queda de día y esta noche.

—¿Y mañana? —me preguntó.

—Mañana es eso, mañana.

—¿Por qué tengo la sensación —me preguntó mientras volvía a acariciar mi pelo— de que con esa respuesta me adviertes de que volverás a desaparecer?

No le respondí, no hizo falta. Su deseo era tan intenso como el mío y ya sólo deseé que materializara ese beso que hacía rato me estaba prometiendo con la mirada.

—Dios —dijo a un milímetro de mi boca—, me vuelves loco, Gabriela. No importa lo que pase. Si te vas, te buscaré. Y te encontraré.

Se apoderó de mi boca con furia y me besó con la fuerza y el deseo que yo necesitaba. Me estrechó entre sus brazos con firmeza y dejé que devorara mi boca al tiempo que yo le correspondía. Lamió y mordió mis labios, mi lengua, mis mejillas, mi barbilla y mi mandíbula antes de volver a adueñarse de mi boca. El instinto del deseo llevó a nuestras manos a forcejear con nuestras ropas y,

mientras él se deshacía de mi chaqueta y mi blusa, yo trataba de quitarle su chaqueta y su camisa. Incluso reímos un instante cuando vimos el lío de brazos que estábamos organizando.

Qué maravilloso fue reír con él.

Al final, decidimos que nos sería más rentable quitarnos cada uno nuestra propia ropa mientras nos dejábamos arrastrar hasta la cama. Como pudo, Christian apartó la colcha y los cojines y tiró de mí para que cayera de espaldas sobre el colchón y él encima. Ya estábamos completamente desnudos y sentir su fuerte cuerpo sobre el mío casi me provocó el éxtasis. Después de haber correteado para desnudarnos y dejarnos caer sobre la cama, Christian ralentizó sus movimientos y se apoyó en sus codos para quedarse quieto y mirarme.

Decir que cada vez que había hecho el amor con él había sido especial, sería totalmente cierto. Pero aquella noche... aquella noche fue única y diferente. Y no sólo por que ya no hubiera cámaras que nos grabasen. Había sentimiento y se notó en cada gesto de él, en cada mirada, en cada palabra.

—El hacerte el amor esta noche —me dijo— es para hacerte más mía todavía de lo que ya eres. Quiero que lo recuerdes, que no olvides este momento. Que borres a cualquier otro hombre de tu memoria y que, cuando vuelvas a irte, sientas que hay algo muy fuerte que te une a mí.

Aquellas palabras tuvieron el poder de hacerme feliz y desdichada al mismo tiempo. Feliz porque me las dedicara un hombre como Christian. Desdichada porque, muy probablemente, no las volvería a oír.

Enlacé mis brazos en su cuello para atraerlo hacia mí y que me hiciese olvidar. Besó cada parte de mi cuerpo, deteniéndose en mis pechos, que devoró y adoró durante minutos, provocándome un placer lánguido y ardiente. Mi sangre corría acelerada por mis venas, deseando que me penetrara cuanto antes, aunque él decidió adorarme, lamiendo cada centímetro de mi piel. Besó mis piernas, mis caderas, mi vientre y, cada vez que se acercaba a mi sexo, volvía de nuevo a prodigar su atención a otras partes de mi cuerpo... Eso no era como para que me disgustase, pero necesitaba tenerlo dentro ya.

Abrí las piernas para decirle sin palabras lo que quería y ya no dudó. Se deslizó dentro de mi cuerpo, que lo acogió con plena facilidad, y volvió a apoyar sus codos a cada lado de mi cabeza para tener su rostro a la altura del mío. Sus caderas comenzaron a embestirme con fuerza, con ritmo, cada vez más rápido y

más fuerte, pero sus ojos permanecieron clavados en los míos, tan cerca que observé mi reflejo en sus iris azules.

Entendí su mensaje. A pesar del placer abrasador que proporcionaban sus rápidas acometidas, quería que nuestros ojos mantuvieran el contacto. Al principio creí que no conseguiría mantenerlos abiertos, pero después, movida por el deseo de los dos, no dejé de mirarlo en todo momento.

Mi cuerpo continuaba siendo sacudido y elevado a las más altas cotas de placer, pero reconozco que, mejor que aquel contacto físico, estaba siendo el visual. Nunca había contemplado el rostro de un hombre en cada una de las fases de su placer. Su expresión se fue endureciendo, cada vez más demudada, tensando los tendones de su cuello, dilatando sus pupilas, jadeando.

—Mírame, Gabriela —gimió—. Quiero que veas y entiendas lo que me haces sentir. El placer abrasador que me provocas. El deseo de no terminar nunca.

Lo obedecí. Incluso creo que retrasé mi orgasmo para poder contemplar su rostro en la mayor expresión de éxtasis sexual, durante la cúspide de su clímax. Cerró los ojos, apretó los dientes y dejó escapar un grito bronco y gutural mientras sus manos aferraban mi pelo y sus caderas no dejaban de embestir.

Y entonces fue cuando me dejé ir. También acabé cerrando los ojos, después de haber vivido aquella íntima experiencia. Jamás un instante tan pequeño me había unido tanto a otra persona.

Tras el orgasmo, Christian cayó a plomo sobre mí, pero tratando de que todo el peso no cayera sobre mi cuerpo. Sin salir de mi interior, permaneció así, sin moverse, durante unos minutos, hasta que levantó la cabeza y me miró.

El corazón me dolió por el simple hecho de recibir su prístina mirada azul. Si antes ya lo quería, en ese instante pensé que no volver a verlo iba a ser lo más duro que hiciera en mucho tiempo. Por segunda vez iba a quedar rota por dentro y dudaba de que volviera a tener esperanza para una próxima reparación.

—Siempre te hablo de tu pelo... —no sabía qué me relajaba más, si sus suaves susurros o sus dedos, que tomaban hebras de mi melena para volver a dejarlas caer—, pero tienes unos ojos preciosos, claros, profundos, misteriosos.

—Mira quién fue a hablar, ojos bonitos. Aun con el cabreo que llevaba por que me quitaras el taxi, me quedé flipada y embobada cuando te giraste y pude verte. Tus ojos destacaron en tu rostro, tan azules que relucían.

Nos quedamos largo rato así, dormitando, mirándonos, sonriendo, acariciándonos, como una pareja normal de enamorados que se están sobreponiendo al esfuerzo de la pasión compartida.

Ese momento fue lamentablemente roto por el sonido de un estómago que reclamaba su dosis de alimento.

—Lo siento —murmuré, sin despegar mi cabeza de la almohada. Me encontraba tan cómoda en su compañía que no me importó ni me dio vergüenza.

—No importa, yo también tengo hambre. Creo que ha llegado la hora de que nos despeguemos, nos demos una ducha y vayamos a comer algo.

—Qué raro ha sonado eso de despegarnos —dije, divertida.

—Así estamos ahora mismo tú y yo: pegados. ¿Vienes a la ducha?

—No —contesté en medio de un bostezo—. Ve tú, que se está muy a gusto aquí. Además, prefiero darme una ducha rápida sin tener que lavarme el pelo o tendré que estar luego una hora para secármelo.

Volvía a dar unas explicaciones cotidianas, como si estuviera acostumbrada a compartir mi vida con él.

—Como quieras.

Se levantó de la cama, tal y como dijo, despegándose de mí, y se marchó al baño. Por un instante sentí una punzada de decepción por que no insistiera, pero después comprendí que únicamente había respetado mi deseo.

Unos minutos después, salió de la ducha envuelto en una nube de vapor y cubierto únicamente por una toalla sujeta a sus caderas.

—Tu turno —me indicó mientras consultaba su teléfono móvil.

Me levanté con rapidez y me envolví con la sábana de la cama. Por mucha confianza que tengamos con una persona con la que hemos compartido un total grado de intimidad, nos suele pasar que luego nos avergüenza una tontería como mostrarnos desnudas. Creo que nos pasa a más de una.

Al pasar por su lado, no pude evitar mirarlo de reojo, como tampoco pude apaciguar los fuertes latidos de mi corazón al contemplarlo. Permanecía inclinado sobre la mesa, todavía sumido en la pantalla de su móvil. Su cabello, oscurecido por la humedad, dejaba caer pequeñas gotas de agua que se deslizaban por su espalda y que se desvanecían al contacto con la toalla. Mi vista siguió una de ellas y, después de verla desaparecer, me quedé embobada mirando el bulto perfecto de su trasero.

«Joder con mi magistrado —pensé—. Está para mojar pan y pillarse un empacho.»

—Como me sigas mirando —le oí decir de pronto sin que se diera la vuelta —, no respetaré para nada tu petición de ducharte sola y no mojarte el pelo... porque te arrastraré conmigo.

—¡Ya voy! —exclamé. Esta vez sí me dio vergüenza que me pillara in fraganti mirándole el culo.

Me recogí el pelo de nuevo con el pasador y me di una ducha rápida. A continuación, me coloqué la misma ropa que había llevado puesta —más que nada porque no tenía otra cosa—, pero obviando esa vez la chaqueta, pues me vi más sexy únicamente con la falda y la blusa azul marino sin mangas. Me retoqué el maquillaje con los utensilios que llevaba en el bolso, pero de manera discreta, a sabiendas de que a Christian no le gustaba demasiado que fuese recargada. Le agradaba mi piel pecosa natural.

Suspiré frente al espejo. Menuda chorrada acababa de pensar. Intentaba agradecerle a un tipo que, a pesar de lo que sentía al estar junto a él, apenas conocía de nada. Por un brevísimo instante, fruncí el ceño. ¿Le había creído en todo lo que me había dicho? ¿Confiaba plenamente en él? ¿Había dicho la verdad sobre su amiga la rubia?

Decidí terminar de arreglarme y dar por zanjadas aquellas dudas o, al menos, hacerlas a un lado hasta que pudiese averiguar algo con la ayuda de Julián.

Cuando salí a la habitación, él ya se había vestido con un traje oscuro y una camisa blanca con finas rayas y se estaba colocando la corbata frente al espejo de la cómoda. Clásico, elegante, espectacularmente guapo.

—¿Me dejas que te ayude? —Me coloqué frente a él y terminé de hacerle el nudo. Sentía sobre mí el peso de su mirada y casi podía sentir el calor—. Ahora eres tú el que me mira.

—Eres muy joven para saber hacer un nudo de corbata tan perfecto —me dijo, después de observar el resultado en el espejo.

—De pequeña pasaba más horas con mi padre que con mi madre, que solía guardar cama muchas veces —le expliqué, fingiendo indiferencia—. Así que, después de verlo tantas veces arreglarse la corbata, le pedí que me enseñara a hacerlo. Me encantaba ayudarlo cada día.

—¿Tu madre estaba enferma? ¿Y dónde están tus padres ahora?

—¿Has pedido la cena? —Rápidamente, me desentendí de la pregunta.

—No —contestó con el ceño fruncido—. Bajaremos a cenar al restaurante. ¿O es que acaso tienes algún problema en salir conmigo?

Me ofreció el brazo y yo, encantada, se lo tomé. Percibí el cosquilleo de las burbujitas que se removieron en mi estómago al comprender que iba a tener una primera cita con Christian. Una primera cita de verdad.

—Antes de nada —me dijo al llegar a la puerta—, deja que ultime un pequeño detalle. —Tiró del pasador de mi pelo y dejó que cayera por mi espalda la cascada de mis bucles rojos—. Ahora sí. Ya podemos irnos.

—Pero, Christian —le advertí, ya en el pasillo—. Estaba más elegante con el pelo recogido.

No me contestó. Se limitó a sonreírme, a cogermme de la mano y a arrastrarme al ascensor. Mientras éste bajaba, aprovechó para hacerme callar con un beso.

—Cuidado —le dije al abrirse las puertas—. Es usted un reputado hombre de la justicia. Si lo vieran correteando por ahí y besando a una pelirroja descocada...

—En cuanto me desprendo de la toga, se acabaron las constricciones.

A pesar de las veces que recordé durante la cena lo que significaba estar allí con el magistrado, departiendo como si hubiera algo real entre nosotros, disfruté enormemente de la velada. El ambiente y la comida me parecieron perfectos, aunque me podría haber montado un pícnic en medio del monte y yo hubiese estado igual de feliz.

Eso duró hasta que la conversación trivial y los silencios agradables entre bocados succulentos y sorbos de vino dieron lugar a las primeras preguntas.

Demasiado cómodo había resultado todo hasta ese momento, pero yo ya estaba convencida de que Christian no dejaría pasar ninguno de los temas que teníamos pendientes.

—¿A qué te dedicas, Gabriela?

Se pensaría que iba a pillarme desprevenida.

—Christian...

—Y aquel hombre, el inglés con el que te vi cenando la primera vez y después en la fiesta de Santamaría, ¿habéis sido pareja? ¿Es cierto que tu apellido es Roberts y eras su acompañante?

—Veo que interrogar es lo tuyo —solté, tensa.

—No te estoy interrogando. Sólo quiero saber algo de ti. Dime, al menos,

qué hacías en el club junto a Somarriba con tu aspecto cambiado. ¿Eres algún tipo de espía? ¿Trabajas para la policía o el Gobierno? ¿O simplemente te gusta jugar con los hombres?

—Basta, Christian. Sí está siendo un interrogatorio y lo sabes.

—Pues no parece que haya surtido efecto, porque no veo que contestes a una sola de mis preguntas.

—Escúchame. —Para tranquilizarlo, posé mi mano sobre una de las suyas, que descansaba encima de la mesa—. Hoy no puedo contestarte a ninguna de ellas, pero te prometo que, muy pronto, podré despejarte alguna duda. Quizá todas.

—Te encuentras cómoda en tu papel de mujer misteriosa, ¿verdad? —replicó bastante molesto.

—Soy muy normal —traté de convencerlo—. Además, tú tampoco es que me hayas contado mucho. Al buscarte en Google aparece una foto tuya, tu dedicación a la judicatura y poco más.

—Al menos puedes buscar porque sabes mi nombre completo.

Tampoco me pilló desprevenida en ese momento. Si le daba mi apellido no tardaría ni una hora en averiguar mi dirección, mi pasado y hasta mi número del carné de la biblioteca.

—Pero no sé nada de tu vida personal. Qué me dices de tu familia, tus novias... ¿Has estado casado o prometido?

Yo también sabía interrogar.

—Será mejor que pidamos el postre —concluyó.

Evidentemente, a mí tampoco me sirvió de nada saber hacerlo, y a cada minuto que pasaba deseaba más que llegara el lunes y poder averiguar algo mediante la agencia. En aquel instante sentí una total empatía por él, porque entendí a la perfección que se frustrara al no saber nada de mí, pues yo me encontraba en la misma situación. Deseaba descubrir más sobre él, para poder conocerlo y, sobre todo, para poder encontrar una salida a aquella situación y no tener que destrozarse su vida y su carrera.

No quise ni pensar en la posibilidad de que mintiera, aunque a veces un bicho llamado desconfianza me siguiera clavando su aguijón para inyectarme pequeñas dosis de dudas y sospechas, porque Christian me parecía demasiado perfecto para ser real.

—¿Te apetece que demos un paseo? —me propuso al acabarnos el trozo de pastel.

—Me encantaría.

Salimos a la calle. Ya era de noche y las luces de las farolas, colocadas entre los árboles, iluminaban la acera del paseo de la Castellana. Los vehículos se encargaban de dar luz a la ancha calzada, pues, todavía a esas horas, sus varios carriles presentaban un concurrido tráfico que circulaba alrededor de la plaza del Doctor Marañón. Fue justo al rodear dicha plaza y dejar atrás la figura ecuestre que la presidía cuando me froté los brazos por el fresco que estaba sintiendo.

—¿Tienes frío? —me preguntó al instante.

—Creo que ha sido una mala idea dejar mi chaqueta en la habitación. —La blusa oscura de gasa y sin mangas que llevaba puesta era insuficiente protección ante el relente de la noche.

No había acabado de terminar la frase cuando ya se estaba despojando de su americana del traje. A continuación, la posó sobre mis hombros. Me hizo gracia recordar que lo mismo había hecho mi hermano por mí hacía tan sólo unos días. Supongo que es un instinto protector muy masculino que a las mujeres nos sigue gustando.

—Gracias —le agradecí cuando sentí el calor de la tela sobre mi piel. Con la mano derecha sujeté las solapas de la prenda para cerrarla sobre mi pecho, con lo que la izquierda quedó libre a un lado de mi cuerpo. Intenté disimular mi desconcierto cuando sentí que enlazaba su mano con la mía... pero no dije nada.

Seguimos caminando de la mano en cómodo silencio, pero envueltos en el murmullo del tráfico y de la gente que deambulaba por la calle, que a esa hora sin duda iba o venía de los muchos lugares de oferta de ocio, como restaurantes o centros comerciales. Nosotros continuamos nuestro paseo, cruzando plazas con fuentes y dejando atrás altos edificios o palacetes.

Hubo un momento en el que una moto pasó demasiado cerca de nosotros al ir a cruzar una de las avenidas y, por instinto, Christian me protegió tomándome de la cintura para que yo no continuara avanzando. Después, decidió que bien estaba ahí su brazo, en mi cintura pero bajo su chaqueta, para que pudiese percibir aún más cerca el calor de su mano sobre mi fina blusa. A mí me pareció perfecto, pues la postura me obligaba a acercarme más a él, incluso a apoyar mi cabeza en su hombro.

Ojalá aquel paseo no hubiese acabado nunca, lejos de problemas o de pensamientos pesimistas.

—No quiero ser aguafiestas —me comentó al rato—, pero nos estamos alejando demasiado. Así que o volvemos ya o luego tendremos que pedir un taxi.

—Está bien, volvamos ahora —decidí al tiempo que dábamos la vuelta—. Mañana mi vuelo sale bastante temprano.

—Claro —aceptó. Al instante le noté la voz cargada de decepción.

¿Acaso creía que nos íbamos a quedar a vivir allí para siempre?

—¿Cuándo regresas tú? —le pregunté.

—Mañana tengo una reunión a media mañana, así que supongo que después de comer. ¿Por qué no te quedas tú también? Podrías dar una vuelta mientras estoy reunido y después podríamos almorzar juntos y luego...

—No insistas, Christian. No puedo, de verdad. Tengo que trabajar.

Es cierto que podría haberme pedido el día para asuntos propios, pero, en realidad, mi decisión de volver estaba ya tomada. No quería prolongar aquella agonía por más tiempo. Necesitaba volver al trabajo, a mi vida normal y, sobre todo, deseaba fervientemente arreglar el tema del magistrado con la agencia. A pesar de tenerlo todo en contra, pensaba intentarlo. Y si no era capaz de pararlo... no sé, no tenía muy claro cómo iba a proceder. No tenía ni idea de cómo iba a soportar ser espectadora de la caída mortal de Christian.

¿Y si nos volvíamos a encontrar después de destrozarle la vida?

Un escalofrío me recorrió de arriba abajo al imaginar esa posibilidad.

—Está bien, perdona —me dijo antes de darme un suave beso en la sien—. Aún no he conseguido saber nada de ti y ya empiezo a querer acapararte.

—¿Ya vuelves con tus indirectas? —le dije en tono burlón.

—Era por si picabas —me contestó en el mismo tono.

Y así deshicimos nuestros pasos, riendo y bromeando, besándonos... Bueno, realmente era él quien no cesaba de darme breves pero dulces besos a cada paso que dábamos. Al final, justo antes de torcer la última esquina del edificio del hotel, Christian me acorraló en un portal como haría un quinceañero con su novia antes de llegar a casa. Allí me tomó con fuerza entre sus brazos y me besó de forma sensual y profunda... uno de aquellos besos que te dejan sedienta de mucho más.

—¿Qué haces? —le pregunté con el corazón acelerado—. ¿No puedes

esperar a llegar al hotel?

—Sólo es para que vayas pensando en lo que está por llegar.

Atravesamos la recepción con rapidez y cogimos el ascensor, donde no paramos de prodigarnos miradas ardientes, mostrándonos así un deseo que no nos había abandonado desde que le tiré una copa sobre el traje y me miraron unos ojos azules que yo ya conocía y que nunca sería capaz de olvidar.

Una vez dentro de la *suite*, nos lanzamos el uno sobre el otro como dos amantes furtivos que se encuentran en secreto y sólo disponen de un breve lapso de tiempo. Nuestro caso no era tan drástico, porque contábamos con casi toda una noche por delante, aunque podía ser mucho si recordaba que, tal vez, sería la última.

Qué triste resultaba pensar que quizá había encontrado a mi alma gemela y no me serviría de nada.

Así, el deseo que brotaba entre nosotros, similar a una chispa que cae en hierba seca, la impotencia de saber que aquello podía ser el final y mi rabia por todo lo acontecido hasta entonces fueron ingredientes perfectos para que la furia que me embargaba tuviese que aflorar de alguna forma. En aquel caso, teniendo con Christian un desesperado encuentro sexual. Mi mente se obturó y ya sólo pude pensar en satisfacer su deseo y el mío propio.

Y parecía que él pasaba por el mismo estado, mezcla de lujuria y frustración.

Christian prácticamente me arrancó la ropa mientras me arrastraba hacia la mesa que presidía el pequeño salón de la *suite*. Con sólo las braguitas y los zapatos sobre mi cuerpo, me sentó encima de la mesa y atacó mi boca con voracidad a la vez que sus dedos asaltaron mis pechos, haciendo rodar mis duros pezones entre sus dedos. Un fuerte latigazo de placer me sacudió, recibiendo aquella furiosa lengua en mi boca y la presión de sus dedos, con lo que lancé un gemido y mis caderas comenzaron a contonearse sobre la brillante mesa. Abrí las piernas para suplicar su atención a aquella zona que se mojaba y palpitaba, pero él hizo que parara y tomó mis manos para obligarme a agarrarme con ellas a la mesa. No podía tocarlo, ni siquiera se había desnudado, pero yo estaba embriagada de placer y no podía pensar más que en alcanzar una cúspide que no tardaría en venir... a pesar de su tortura.

Dejó mi boca tras un beso interminable y profundo y, a continuación, puso una mano sobre mi tórax para hacer que me tumbara sobre la mesa, dejando que

mis piernas colgaran. El frío de la pulida superficie en mi espalda provocó que me arqueara, aunque no hizo más que aumentar mi placer. Christian sujetó de nuevo mis manos para que no me moviera tanto y se lanzó en pos de mis pechos, para lamerlos con fruición, chuparlos, morderlos y volverlos a lamer. Lloriqué de puro placer por estar a punto de alcanzar el clímax, pero él supo parar a tiempo.

—Christian, por favor...

Sin decir una palabra, arrancó mi tanga, abrió mis muslos y metió su cabeza entre ellos. Lancé un grito al sentir sus labios y dientes apresar mi clítoris, al tiempo que dos de sus dedos se introducían de golpe en mi vagina. El orgasmo me atravesó por completo y me hizo convulsionarme sobre la dura superficie de la mesa al tiempo que apalancaba mis zapatos sobre sus hombros. Christian terminó de lamer mi esencia hasta que cesaron mis temblores.

Lejos de quedar exhausta, me incorporé y me lancé a por la ropa del magistrado, arrancando botones y tirando de tejidos, hasta sacarle la camisa y los pantalones, mientras él se deshacía del calzado y la ropa interior.

—Ven aquí, guapito, que todavía me quedan muchas ganas de ti.

Me abalancé sobre su tórax y lo lamí y mordí con fruición, subiendo también hasta sus hombros y bajando hasta su duro abdomen. Después, lo obligué a darse la vuelta para que apoyara sus manos sobre la mesa donde yo ya había alcanzado el cielo.

—Humm, qué ganas tenía de este culito.

Yo misma sonreí, sorprendida por soltar una frase que jamás habría imaginado que me atrevería a decirle a un hombre. Al menos, de manera auténtica, sin disfrazarme primero.

Deslicé mi lengua desde uno de sus omoplatos hasta su columna, para reseguirla hasta llegar a sus prietos glúteos. Me arrodillé y me deleité en lamerlos y morderlos, extasiada por oír, además, sus jadeos. Envalentonada, deslicé una mano entre sus piernas para acariciar su escroto y sus testículos, con lo que conseguí que su gemido fuese acompañado por el temblor de su cuerpo. Satisfecha con el resultado de mis caricias, lo insté a darse la vuelta para tener su rígido miembro a la altura de la cara.

—Dios, Gabriela... —jadeó. Atrapé su erección entre mis manos para acercarla a mis labios y saboreé las primeras gotas que brotaron de su glande.

Después, la introduje por completo en el interior de mi boca—. Eres el placer hecho realidad —continuó gimiendo—, la personificación de todos mis sueños. Eres todo lo que deseo, Gabriela, ¡todo!

Tras la última exclamación, me agarró por el pelo y comenzó a dar rápidas embestidas, como si follara mi boca. A mí, a pesar de sentir los envites en mi garganta, no me molestó aquel arranque de lujuria, sino todo lo contrario. Su fuerza, su deseo, su desesperación por poseerme de cualquier forma no hizo más que acrecentar mi propio placer y acercarme mucho más a él en cuerpo y alma.

Cuando esperaba a que en cualquier momento inundara mi boca con su clímax, se apartó de mí, me cogió con fuerza por la cintura y me colocó de nuevo sobre la mesa. Me hizo tumbarme de espaldas, abrió mis piernas y me penetró de una certera estocada.

—¿Cómo es posible que me hagas esto? —exclamó entre gemidos y fuertes acometidas—. ¿Cómo es posible que me vuelvas loco después de follarte una y otra vez, que nunca tenga suficiente de ti?

Mi cabeza y mi espalda golpeaban contra la mesa, pero lo único que yo sentía eran los golpes de placer dentro de mi cuerpo. Coloqué las piernas alrededor de su cintura y dejé que el orgasmo explotara en mi interior, al mismo tiempo que él se sacudía en espasmos de placer y acababa cayendo sobre mi pecho.

Y en esa postura nos quedamos durante segundos hasta que él, sin salir todavía de mi interior, levantó la cabeza y clavó sus preciosos ojos en los míos. Su mirada fue tan deliciosamente tierna que no pude evitar apartar un húmedo mechón de pelo de su frente. Como respuesta, él volvió a bajar la cabeza para posar sus labios en los míos y darme el más dulce de los besos. Sabía a la sal de su sudor y el mío entremezclados.

Después, me cogió en brazos y me llevó con él a la ducha, donde dejamos que el agua tibia nos envolviera antes de irnos a la cama. Abrazados, nos quedamos dormidos, aunque yo ya había tenido la precaución de dejar mi bolso sobre la mesita con mi móvil en su interior, cuya vibración me despertó. Con el mayor de los sigilos, me levanté, me vestí y me marché de la habitación. Le había dicho que mi vuelo salía temprano, pero no especificué que tuviera que irme a las cuatro de la madrugada.

Cuando ya me encontraba en el taxi camino del aeropuerto, emití un sonoro

suspiro que hizo que el chófer levantara la vista de la calzada para mirar a través del retrovisor. Había tenido una cita con Christian, la primera cita real, que había sido maravillosa, pero tenía que sincerarme conmigo misma. Christian era el encargo de un cliente al que, además, tenía que engatusar y destruir; me había acostado con él más de una vez frente al objetivo de una cámara para tener grabados nuestros encuentros sexuales como prueba; lo había engañado y utilizado a cambio de dinero...

Sin duda se trataba de toda una lista de hechos horribles. Sin embargo, paradójicamente, lo que en realidad me estaba dando miedo en aquel momento era pensar que aquella noche no había habido nada de todo aquello: ni cámaras, ni dobles intenciones, ni encargos de la agencia, ni un recuerdo dedicado al dinero o a mi madre.

Lo que acababa de hacer resultaba lo más peligroso que había hecho jamás... al menos, para mi corazón y para mi propio raciocinio. Sólo esperaba que no me fallara mi instinto, aquel que me decía que Christian era sincero.

No tardaría mucho tiempo en averiguar lo contrario.

* * *

—Paremos otro rato, Gabriela —me interrumpe mi abogada—. Necesitas tomar algo más que un café y una sopa instantánea, que es todo lo que tienes en el cuerpo.

—Cada vez se me cierra más el estómago, Teresa.

—Eso es porque te vas acercando a uno de los momentos más difíciles, ¿verdad?

—Supongo, no lo sé. Llegado este punto, empiezo a dudar de si soy inocente o culpable, de si no recuerdo nada de lo que pasó el último día que nos vimos o bien no lo quiero recordar. Me resulta todo tan confuso... Siento que estoy dentro de una nube oscura que no me deja ver más allá, que me oprime y me impide pensar.

—Relájate, entonces. Mira —dice mientras señala a un policía que me trae un sándwich y un zumo—, parece que me han leído la mente y por fin el Estado recuerda que debes comer. —Aprovecha para lanzarle una mirada reprobatoria al agente, cosa que a él parece importarle un comino.

—De verdad, no tengo hambre...

—He dicho que comas. —Abre el envoltorio y me lo acerca a la boca, como si diese de comer a su hija pequeña.

No tengo más remedio que coger el alimento y comer sola si no quiero parecer una niña que rechaza su comida. Voy alternando bocados con tragos al zumo de melocotón, aunque, una vez pasan de la garganta, me parece tragar bolas de corcho.

—Si quisieras volver a descansar, lo entendería —me dice de forma sutil, mientras se enciende un cigarrillo—, pero te recuerdo que el tiempo apremia y todavía falta la parte más importante.

Habría intentado ser sutil, pero puedo detectar perfectamente la premura en su voz. Bonitas palabras de aliento, pero lo que le interesa es que siga hablando.

Claro que es a mí a la que más le interesa que esto acabe. Sólo unas horas antes me parecía muy fuerte el hecho de pensar que iba a entrar en la cárcel, pero ahora casi me digo que es lo más lógico, incluso una forma de acabar con todo. Ya no me apetece luchar más.

—Te propongo que comiences por alguno de tus días cotidianos y lo enlaces con el momento en que descubriste que Christian no era el santo varón que parecía ser.

—Gracias, Teresa. Así lo haré. Podemos continuar.

CAPÍTULO 14

Grabación n.º 14, realizada el día 3 de agosto de 2016 a las 16.58 horas

Eso prácticamente no me había pasado nunca hasta que conocí al magistrado, pero aquel día me costó horrores concentrarme en mi trabajo. Estaba a tan sólo unas pocas horas de hablar con Julián y, posiblemente, con la supuesta exprometida. A ésta era a quien más ganas tenía de ver, al tiempo que temía hacerle las preguntas que aguardaban en mi cabeza desde que, horas atrás, Christian me confesó que la hija del empresario no era su novia.

Ése sería el momento de la verdad, el momento de saber quién podía estar mintiendo y por qué.

Recibí con alivio la hora del final de la jornada laboral. Me dispuse a recoger mi mesa cuando una chica con la que compartía la sección se acercó para comentarme que esa tarde varios compañeros pensaban ir a tomar algo antes de volver para casa.

—Gracias, Núria —le dije—, pero no puedo.

—Va, guapa, nunca te reúnes con nosotros y ya va siendo hora. Además, es por mi cumpleaños.

—Tiene razón —intervino Susana, que apareció de repente en escena—. Joder, Gaby, era normal que nos sintiéramos un poco fuera cuando estábamos de prácticas, pero ya es momento de relacionarnos con la gente de nuestro entorno, ¿no crees?

Me miró con sus grandes ojos oscuros suplicantes y casi me convenció.

—Vamos, Gabriela. —A la petición colectiva se unió Marc, un compañero que parecía haber puesto sus ojos en mí, pobrecillo—. Anímate y ven a tomar

una cerveza. Hazlo al menos por Núria, que es su cumple.

Me miró con sus afables ojos castaños y me acabó de convencer. Al fin y al cabo, aún era temprano y tenía un margen de tiempo hasta que mi hermano pasara a buscarme.

—Está bien —claudiqu. Pens que no me iría mal evadirme de mis problemas durante un rato.

Fuimos a un bar sencillo pero agradable y nos dirigimos todos a una de las mesas del fondo. Cuando me disponía a sentarme junto a Susana, Teo casi me da un empujón para que le dejara el sitio libre a él y lograr así colocarse junto a mi amiga. Susana me lanzó una llamada de socorro con la mirada, pero me encog de hombros ante la imposibilidad de poder hacer nada. En el momento en que me gir en busca de otro lugar en la mesa, «casualmente» sólo quedaba vacante una silla junto a Marc.

En un principio buf ante aquella eventualidad, pero en cuanto me acab la primera cerveza y emití las primeras risas gracias a las anécdotas que contaban mis compañeros, comencé a sentirme cómoda. Mir a Marc y él también me mir. Reconocí que era muy atractivo, con espeso cabello oscuro, gafas y una cuidada barba que le daba un aire hpster.

—Me alegro de que hayas aceptado por fin salir con nosotros —me coment tras pegarle un trago a su jarra.

—Yo también —le respondí—. Seguro que alguna vez habréis pensado que soy un poco rara.

—No, no...

—Vamos, Marc —lo anim—. S sincero.

—Vale. —Sonrió—. La gente se refiere a ti como «la extraa pelirroja».

—Joder —buf—. Si lo s, no te pregunto.

—Sólo es para romper un poco la monotonía de la rutina diaria, no te enfades. Además, que yo sepa sólo lo dicen los tíos y seguro que es porque no encontramos el modo de acercarnos a ti.

—¿Tú te incluyes?

—Totalmente.

—Qué exagerados sois. ¿Cómo va a ser tan difícil acercarse a mí?

—Pues mira... —suspir—... en este último mes he intentado invitarte a un café de la máquina, te he ofrecido un paraguas un día de lluvia y me he brindado

a arreglarte el cajón de tu mesa el día que te empeñaste en abrirlo a golpes, pero has rechazado mi ayuda todas y cada una de las veces.

—Vaya —hice una mueca—, lo siento.

—No sabría decir si sólo yo te resulto invisible o eso se amplía a todos tus compañeros masculinos.

—Si estás insinuando que no me gustan los tíos...

—No —rio—, tranquila. Las chicas tampoco han notado que les concedas ningún interés especial.

—Me temo que lo de extraña se queda corto —musité, totalmente desanimada—. Creo que sería más correcto decir que soy una antipática y una borde.

Me sentí bastante mal al escuchar aquellas cosas. Marc me confirmaba que mi vida «normal» se había basado en estudiar y trabajar, dejando el resto de mi tiempo a mi «otra» vida, la cual me había transformado en aquel ser asocial que era.

Ésa fue una de las veces en que sentí pena de mí misma y valoré las palabras de mi hermano, que siempre insistía en que yo tuviera una existencia más propia de las chicas de mi edad, y no vivir en una especie de limbo, mitad fantasía y mitad realidad.

—Pues a mí me pareces una chica preciosa. Quiero decir... —carraspeó, azorado—... no sólo físicamente, sino en todos los aspectos. Eres lista y trabajadora, y creo que sólo te cuesta mostrarte tal y como eres hasta que no coges confianza con la gente, porque te he visto con Susana y con ella te transformas, hablas y ríes despreocupada. Sólo hay que darte un poco de tiempo.

Le sonreí por ser tan indulgente conmigo y, de pronto, me vi asaltada por una serie de imágenes en las que se me veía a mí con Marc, saliendo, riendo, disfrutando de una vida sin preocupaciones. Pensé que, si el proyecto del magistrado acababa pronto, podría intentar rehacer mi vida y tener esa existencia sencilla que anhelaba, junto a Susana, Marc y todo el resto de personas que quisiesen formar parte de ella. Con el dinero que ya habíamos recibido de la extraña clienta, sabíamos que mi madre estaría atendida durante mucho tiempo, y faltaba aún el resto, con el que mi hermano y yo seríamos libres por fin.

Pero, lamentablemente, no podía hacer aquello y quedarme tan tranquila. No podía dejar de pensar en Christian y en la posibilidad de destruirlo a cambio de

que yo tuviese una vida plácida.

Aun así, intenté disfrutar del momento y pasé una tarde genial con mis colegas de trabajo. Nos reímos de Susana y de Teo, de las caras de agobio que ponía ella, de lo pesado que se ponía él. Reí con los chistes y ocurrencias de los chicos y compartí con las chicas ideas sobre moda y maquillaje. Decidimos que del trabajo no se hablaría ni una sola palabra.

De pronto oí el sonido del WhatsApp de mi móvil.

—Tengo que irme —le comunicué a Marc.

—¿Ya? —exclamó, decepcionado—. ¿Seguro que no puedes quedarte un poco más?

—No, lo siento, Marc. Se me ha hecho tarde y me están esperando. —Me levanté de la mesa y cogí el bolso ante las quejas del grupo, que no cesaba de protestar porque, según ellos, me iba en el mejor momento.

—Si quieres dile a tu novio que puede entrar y tomarse algo con nosotros. —Supongo que el chico decidió tantear el terreno.

—No es mi novio, es mi hermano quien me espera. Y tengo que irme ya o llegaremos tarde a una cita importante.

—En fin —pareció respirar aliviado—, qué lástima. Espero que esto podamos repetirlo algún día.

—Cuando queráis.

—Este sábado por la tarde lo tengo libre. ¿Qué te parece si me acompañas y venimos aquí mismo y charlamos...?

Esa invitación no tenía pinta de ser del grupo, sino una cita a solas con él, y para eso... aún no estaba preparada. O, mejor dicho, no me consideraba todavía libre para meter en mi complicada vida a otra persona. Nadie merecía eso.

—Nos vemos mañana en el trabajo, Marc —lo interrumpí, dándole un par de besos para despedirme, más que nada porque no tenía ni idea de qué respuesta ofrecerle.

El caso es que no podía hablar de futuro en esos momentos, ni siquiera a corto plazo.

—¿Podéis acercarme a casa? —preguntó Susana. Tuve que aguantar la risa al contemplar su mirada, resuelta a escaparse de allí. Sin esperar respuesta por mi parte, se levantó y vino corriendo hasta mí.

Por supuesto, obvié decir en alto que en la moto no podíamos ir los tres.

—Sabes que tengo que irme con Daniel y ha venido en moto —le dije una vez en la calle.

—Me da igual. Me ha servido como excusa para largarme. Y ya hablaremos tú y yo sobre dejarme al lado de Teo. Si al menos hubiese sido Marc, que está bastante más bueno... Siempre te llevas los mejores, hija.

Tuve que morderme la lengua para no decirle que ella también había atraído a un chico muy guapo, que se llamaba Daniel y que era mi hermano.

Precisamente éste se dirigió a mí al llegar junto a él y su moto.

—Joder, Gaby, habíamos quedado hace media hora.

—Lo siento —me excusé con una mueca mientras me colocaba el casco—. ¿No eres tú el que me dice a veces que no me relaciono con nadie?

—Sí, pero podrás hacerlo después.

—Después, ¿de qué? —preguntó Susana—. Oh, perdona, que a veces me meto donde no me llaman.

La pobre ya estaba cansada de tanta pelea con mi hermano.

—Después de que me vaya —le contestó Daniel, sin embargo—. Cuando no tenga que ayudarme con mi trabajo, podrá seguir adelante y tener la vida que ahora no tiene. Y espero que tú la ayudes a conseguirlo.

Susana pareció sorprendida ante aquella explicación de Daniel. Incluso creí ver cruzar sus miradas por un instante, de una forma tan intensa que podrían haberse materializado en el aire.

—Entonces —preguntó ella—, ¿te irás al final?

—Sí, en cuanto acabe un reportaje muy importante en el que Gaby me está echando una mano. Después os dejaré tranquilas.

Menudas caras de tristeza tenían los dos.

—Claro —susurró Susana.

—¿No crees que se ha hecho tarde para irte sola? —le preguntó mi hermano.

—No te preocupes. La parada de metro está cerca.

Sin dar tiempo a una réplica, Daniel se bajó de la moto, se acercó al filo de la acera y paró el primer taxi que pasó.

—Toma —le dijo a Susana mientras le ofrecía un billete—, será mejor que cojas un taxi.

—Perdona, guapito, pero creo que el sueldo que gano me da como para pagarme yo sola mi propio taxi, así que no hace falta que me lo costee alguien a

quien no le dura un trabajo más allá de un mes.

Me dolió por mi hermano, pero se lo tenía merecido.

—¿Ahora resulta que mi dinero no vale una mierda? —explotó Daniel, que todavía sostenía el billete en la mano—. ¿Por qué? ¿Porque mi trabajo es inferior al tuyo? ¿Por eso no puedo ni pagarle el taxi a la amiga de mi hermana?

Supongo que ella vio lo mismo que yo: a Daniel rogando que no lo viéramos como un fracasado.

—Está bien, gracias —repuso por fin Susana mientras aceptaba el dinero—, pero no hacía falta que sacaras esa vena protectora conmigo para quedar bien. Hasta mañana, Gaby.

Vimos cómo nuestra amiga se montaba en el vehículo, que desapareció al instante entre el tráfico. Preferí no decirle nada a mi hermano y montarme en la parte trasera de la moto.

Nos dirigimos a continuación a ver a Julián. De noche, el aspecto del polígono era aún más deprimente y solitario que de día, que ya es decir. Subimos por el montacargas y accedimos al despacho, tenuemente iluminado por una sola lamparita que había sobre la mesa. De esa forma, el claroscuro formado por la luz amarillenta aún ayudó más a crear un ambiente misterioso alrededor de nuestro jefe y de la persona que lo acompañaba sentada en un sillón con las piernas cruzadas. El corazón se me aceleró al reconocer a la enigmática clienta. Volvía a llevar un aparatoso abrigo, la peluca morena y unas gafas, esta vez para la vista, de fina montura dorada.

—Chicos, nuestra clienta ha venido en busca de algún resultado concreto.

Por desgracia, los contactos de Julián seguían sin averiguar la identidad de la mujer. Esperaba ganar tiempo con mis preguntas.

—Y lo tendrá, por supuesto —aseveró Daniel—. Sólo que, antes de entregarle nuestro trabajo en bandeja de plata, tenemos alguna duda que resolver.

—¿Duda? —preguntó ella al tiempo que descruzaba las piernas.

—Sí —intervine yo—. Según el magistrado, la hija del empresario Santamaría sólo es una amiga, nada de prometida. En realidad, afirma no tener ningún tipo de relación en estos momentos.

—Y tú lo has creído, claro —replicó con desdén.

—Recuerde que no sólo me lo he tirado —le contesté con el mismo desprecio—, sino que he seguido sus instrucciones y me he ganado su confianza.

—¿Le has hablado de mí?

—¡Por supuesto que no! —exclamé—. Jamás revelaría su existencia.

—El magistrado miente —ratificó.

—Pues yo no lo veo tan claro —insistí—. Se siente atraído por mí, incluso creo que algo más, por lo que no veo factible que él tuviera que mentirme en ese sentido. Si dos personas se conocen y entre ellos surge una rápida atracción, es normal que uno de los dos, o incluso ambos, confiesen tener una relación anterior a conocerse. Sin embargo, Christian me ha asegurado que la chica no es su novia. ¿Por qué habría de engañarme?

—Repito —insistió—: Miente.

—Y yo creo que la que lo hace es usted, quien, por otra parte... A mí y a la agencia nos importa un comino que los clientes se inventen sus motivos, pero, cuando me piden exclusivamente un proyecto para inmiscuirme en la vida de alguien y la base de ese proyecto es dicho motivo, no me gusta nada que me engañen.

De pronto, y ante el asombro de todos, la mujer inclinó la cabeza hacia atrás y emitió una fuerte carcajada. No dejó de reír mientras se levantaba del sillón, se metía las manos en los bolsillos y se colocaba frente a mí.

—Ay, Dios mío, chiquilla. ¡Te has enamorado del magistrado!

—¡No! —respondí, desconcertada—. Pero ¿qué está diciendo?

—No te hagas la agraviada, bonita. Lo veo en tus ojos. Has caído en su trampa, como yo, como tantas otras. Christian tiene ese poder: su atractivo, sus bonitas palabras y esa mezcla con la que logra parecer un tipo duro a veces y tan dulce otras, el maravilloso amante que es... Con todo ello consigue que caigamos rendidas a sus pies. Si supieras las cosas que yo sé de él, sentirías el mismo deseo de destruirlo.

Si durante la última noche con Christian viví ciertos instantes de incertidumbre, en aquel momento no pude sentirme más desorientada. Todo eran dudas, dudas, dudas... Mi cabeza daba vueltas intentando lograr una réplica que pudiera desbaratar las afirmaciones de esa mujer, pero me fue totalmente imposible. ¿Qué sabía yo de Christian? Realmente, casi nada.

—El cazador cazado —soltó con ironía—. Atrapada en su propia trampa.

—¡Bueno, ya está bien! —intervino Daniel—. ¡Deje de increparla! ¿Qué coño le importa a usted si ella se ha prendado de su exnovio? ¿Acaso no le

ofrece eso mayor credibilidad?

—Siento pena por ella y odio por Christian —dijo, mirándome—... por el hecho de que siga destrozando a otras mujeres después de lo que me hizo a mí... alentándolas, engañándolas, seduciéndolas.

Aquel tinte de melodrama me mosqueó un poco.

—Por favor —le dije con desaire—, no me haga llorar. He conocido bastante a Christian durante estas semanas y puedo decirle que...

—¿Conocido?! —exclamó—. ¿Te crees que lo has conocido por haber echado un par de polvos con él? Ahora sí que me das pena.

—Basta —sentenció Julián—. He preferido ser un mero espectador hasta ahora, pero creo que este caso nos está trastornando un poco a todos. O tiene algo más que decir —le dijo a la clienta—, o lo damos por zanjado.

—Mi intención era zanzarlo hoy —contestó ella—, pero prefiero que la chica quede totalmente convencida de que lo que ha hecho ha sido por un motivo más que considerable y que le estoy diciendo la verdad.

Ante el interés de todos por sus movimientos, hurgó en su bolso y sacó un llavero con un pequeño osito de peluche del que colgaban un par de llaves que refulgieron ante el mortecino destello de la lámpara. Lo sujetó entre sus dedos mientras hacía oscilar las llaves frente a mi rostro.

—Toma, cógelo.

—¿Qué es? —le dije, alzando la barbilla.

—Son las llaves del apartamento de Christian.

—¿De su apartamento? —pregunté, alzando una ceja—. ¿Y para qué quiero yo esas llaves?

—Te aconsejo que vayas a su casa —me indicó—. Una vez allí, comprenderás muchas cosas.

—¿Me estás ofreciendo que hurgue en sus pertenencias? —le pregunté, asombrada.

—No te hará falta hurgar mucho. Por favor —insistió—, cógelas. Es la única forma de que te quites la venda y me creas.

—¿Por qué insiste tanto en que la chica la crea? —preguntó mi hermano—. ¿Qué más le da?

—Porque un trabajo se realiza mejor cuando crees en lo que estás haciendo. —Me miró a los ojos y volvió a ofrecerme el llavero, que seguía oscilando frente

a mí. Descubrí en aquel momento que el color de sus ojos no era natural. Como tantas veces me había pasado a mí, mostraban un color oscuro artificial debido a unas lentillas marrones sobre un iris de color claro.

—Está bien —le dije al tiempo que apretaba el osito entre mis dedos—. Iré al apartamento de Christian, pero si no encuentro nada relevante...

—Lo encontrarás. —La mujer sonrió y se acercó a la mesa de Julián. Cogió un lápiz y una libreta y anotó una dirección—. Christian sale de casa cada día a las ocho de la mañana —me informó al tiempo que arrancaba la hoja de la libreta y me la ofrecía—. Te aconsejo esa hora para presentarte allí. Ah —concluyó antes de salir por la puerta—, y les doy otros dos días para zanjar el asunto, ni uno más. Buenas noches.

No recuerdo quién de los tres se quedó con más cara de tonto en aquel instante.

—Termina con esto cuanto antes, Gabriela —sentenció Julián—. Te he concedido suficientes peticiones en este caso porque comprendo su dificultad y tu implicación en él, pero se acabó. Mañana mismo te presentas en casa del magistrado, le echas un vistazo y, si te convences como ha dicho ella, mejor; si no, pues peor para ti, pero no pienso dejar de cobrar el resto de la pasta que me toca porque a ti te hayan entrado ciertos escrúpulos de repente, algo que no te había sucedido con ningún otro caso.

Aquella noche prácticamente la pasé en vela. Por un lado, deseaba con todas mis fuerzas encontrar en su apartamento algo que lo revelara como el mayor hijo de puta del mundo y así poder acabar con aquello de forma satisfactoria. Sabiendo que me había engañado, disfrutaría destruyéndolo. Sin embargo, por otro lado rememoraba los momentos vividos junto a él y se me partía el corazón al considerar que aquella mujer quisiera destrozarlo sin un motivo válido y yo formara parte de aquella destrucción.

Tras unas pocas horas de duermevela y sueños extraños, decidí levantarme a las seis y media. Al contrario de lo que ocurría diariamente, tuve tiempo suficiente para ducharme, vestirme y desayunar con tranquilidad. Me asomé a la habitación de mi hermano e hice una mueca al verlo dormir solo. Eso pasaba únicamente en contadas ocasiones.

Por fin, vestida ya para mi trabajo, inspiré hondo y me decidí. Eran las siete y media cuando me monté en un taxi camino del apartamento de Christian.

* * *

—¿Qué ocurre, Gabriela? —me pregunta Teresa.

—Tengo la boca seca. Necesito un poco de agua, por favor.

—Por supuesto.

La abogada se levanta y habla unas palabras con el guardia que no logro captar. Tal y como me ha dicho, he intentado comenzar por un momento agradable de aquellos días, cuando por fin interactué con mis compañeros de trabajo y lo bien que me sentí, pero, inevitablemente, aquel día me lleva al siguiente, a la mañana en que entré en casa de Christian y mi alma entera cayó a mis pies.

—Perdona —se disculpa Teresa mientras coloca sobre la mesa un vaso de plástico y una botella de agua—. Ofrecerte agua, ya que no dejas de hablar todo el tiempo, debería haber salido de mí.

—No importa —le digo—. Lo he llevado bien hasta que me he puesto más nerviosa. —Agarró el vaso, lo lleno y me lo llevo a los labios. Casi emito un suspiro de placer al sentir el líquido refrescar mi boca y mi garganta.

—¿Estás bien? —me pregunta. Yo diría que su preocupación es real, aunque, por experiencia, debería dudar de mi instinto durante el resto de mi vida.

—Sí, sí, tranquila. Puedo continuar. Debo acabar con esto cuanto antes.

Teresa se enciende un cigarrillo y me mira. Su rostro me aparece difuso entre la nube de humo que expulsa.

—¿Seguro que no quieres uno? A veces puede ser un aliado contra los nervios.

—No, gracias. Me resecaría aún más la garganta. Iré tomando sorbos de agua.

—Como quieras. Puedes comenzar cuando desees.

CAPÍTULO 15

Grabación n.º 15, realizada el día 3 de agosto de 2016 a las 17.42 horas

Miré el reloj al bajar del taxi y comprobé que todavía faltaban diez minutos para las ocho en punto. Ése era el tiempo del que disponía para camuflarme de forma que pudiese ver a Christian sin ser visto. Observé que alguien salía del portal de un edificio ubicado frente al bloque de apartamentos del magistrado y corrí para entrar en él. Una vez en el interior, me dispuse a esperar mientras no perdía de vista el portal de enfrente a través de la vidriera de la puerta.

Mi corazón se aceleró cuando vi salir a Christian a la calle, caminar unos pasos por la acera y levantar el brazo para parar un taxi, montarse en él y desaparecer calle abajo.

Nada más ver mezclarse el coche con el tráfico, volví a respirar. Me di cuenta de que había dejado de hacerlo todo el tiempo, desde que lo vi salir hasta que se subió al coche.

Tras una última inspiración, salí del edificio, crucé la calle y atravesé el portal de donde había visto salir a Christian hacía apenas un minuto. Cuando pulsé el botón de llamada del ascensor, una vocecilla femenina a mi espalda casi me paralizó por completo.

—Perdone, señorita. ¿A qué piso va? ¿Puedo ayudarla?

¿Por qué nadie me había dicho que había portera en el edificio?

Me giré y observé a una mujer menuda de unos cuarenta y tantos años, con sonrisa afable, vestida con un chándal y ataviada con un trapo en una mano y un espray en la otra, dispuesta a limpiar los cristales de la puerta.

—Yo... —titubeé—, voy a casa del señor Márquez. Soy su... prima y vengo a

pasar unos días a la ciudad.

—Qué extraño —dijo, intentando ubicar mis ojos a través de mis oscuras gafas de sol—. Normalmente todos los propietarios me avisan de las visitas.

—Christian es un hombre muy ocupado —traté de decirle de forma natural—. No lo habrá recordado.

No dejó de mirarme, aún de forma más exhaustiva, de arriba abajo, repasando cada detalle, desde mi falda corta y los tacones hasta el top ajustado o mi cabello recogido, tal y como me había preparado para irme a trabajar después de aquella visita a la que casi me habían obligado. Me dio la sensación que lo de «prima» no había colado.

—No sé si dejarla pasar —me comentó con el ceño fruncido—. Nunca la había visto por aquí y el señor Márquez no me ha hablado de usted...

—¿Cree que una desconocida tendría llaves de su casa? —Mostré, triunfal, el llavero que me había entregado nuestra clienta la tarde anterior.

—Tiene usted razón. —Sonrió—. Perdone, señorita, pero toda precaución es poca.

—Claro —declaré mientras volvía a dirigirme al ascensor—. No se preocupe. Me alegra que cuide tan bien de nosotros y realice su trabajo de forma tan eficaz.

—Gracias, señorita. Si nos vamos a seguir viendo, llámeme Merche.

—¡Encantada, Merche! —exclamé mientras ya se cerraban ante mí las puertas del ascensor. Suspiré de alivio al verme sola subiendo al tercer piso.

Una vez en el rellano, frente a la puerta que era mi objetivo, el alivio se convirtió en desazón. Los dedos me temblaron mientras introducía una de las llaves en la cerradura y giraba dos vueltas antes de oír el «clic» final. Despacio, saqué la llave y entré.

Me sorprendió la cantidad de luz natural que me recibió al instante. Una pequeña entrada desembocaba en el salón, blanco, luminoso, con un gran ventanal cubierto por unas vaporosas cortinas blancas que se ondulaban por la brisa que entraba del exterior.

Tal vez gracias a aquel agradable entorno, mis nervios se templaron un poco, pero no tardaron mucho en tensarse de nuevo. Puede que no me encontrara en un lúgubre caserón con algún horrible instrumento de tortura como había llegado a fantasear, pero, a pesar de no ser así, cada vez que miraba hacia alguna puerta, la

imaginaba abrirse con un agudo chirrido, esperando desquiciada ver salir cualquier cosa del otro lado.

Qué mala aliada es la imaginación sugestionada por el miedo.

¿Por qué ese miedo? Pues no lo sé. Supongo que tenía pánico de encontrar lo que fuese que me había dicho la clienta que iba a hacerme cambiar de opinión respecto a Christian. Miedo a que tuviera razón, a que algo me hiciese odiar al magistrado tal como ella había vaticinado.

Mi corazón latió veloz cuando decidí asomarme por la primera de esas puertas que encontré. Era la cocina y me pareció muy normal, moderna y funcional, bastante mejor que la mía, que era un cuchitril. A continuación, caminé por un pasillo y abrí la primera puerta que hallé a mi derecha. Se puede decir que, literalmente, mi corazón golpeaba contra mis costillas y hasta sentía el bombeo de la sangre en mi cabeza, tales eran los nervios que estaban aflorando. Suspiré sólo un poco al descubrir un baño. Cerré la puerta y continué avanzando. No oía más que mis pasos y mi propia respiración.

La siguiente puerta permanecía entreabierta y desde el pasillo pude vislumbrar un dormitorio bastante grande. Empujé la superficie con cuidado y apareció lo que supuse que era el dormitorio de Christian, con una cama de matrimonio, un par de mesitas y un armario de puertas correderas, todo ello de elegante madera de roble y muy pocos adornos, muy masculino. Con la sensatez y la prudencia casi desaparecidas en mí, osé adentrarme en aquella estancia, también luminosa y espaciosa, y me atreví a echar un vistazo. Me acerqué primero al armario y recorrí ligeramente una de sus dos puertas correderas. Me impactó que al hacerlo se iluminaran varios focos dentro e hicieran brillar el espejo que forraba el interior, lo mismo que toda la ropa. Todo lo que había allí bien dispuesto y ordenado eran trajes, camisas, corbatas, cinturones y zapatos en la parte inferior. Deslicé la punta de mis dedos sobre las chaquetas, cuyo tejido, al instante, desprendió el olor de Christian y me deleité en inspirarlo.

Cuánto lo echaba de menos.

Cerré la puerta y repetí la operación con la otra para observar el segundo hueco, donde se encontraba, igualmente bien colocada y ordenada, toda la ropa de *sport*, como jerséis, camisetas, vaqueros y deportivas. Cerré y suspiré. Todavía quedaban algunos cajones y muebles que mirar, lo mismo que su baño privado, pero me pareció que aquello era invadir demasiado la intimidad de una

persona. A mí no me gustaría un pelo que alguien entrara en mi casa, fuera quien fuese, y se dedicara a hurgar en los cajones de mis bragas o en los de mis cremas y cepillos de dientes.

Hice una mueca al recordar el gran secreto que yo guardaba en mi casa, en la estancia prohibida que escondía en mi propia habitación.

¿Escondería Christian algo así?

Salí del dormitorio y me dirigí a la siguiente puerta de la izquierda, que permanecía cerrada. Tras una nueva inspiración, rodeé el pomo con la mano e hice que cediera para dar paso a un elegante despacho. Entré y observé la pulcritud, el orden y la limpieza que reinaba allí, tanto en la oscura y brillante mesa como en los armarios o estanterías. Abrí los cajones de la mesa, pero no encontré nada extraño entre los papeles, carpetas o material de oficina. Uno de ellos se abría con combinación, por lo que supuse que albergaría lo relacionado con su trabajo y ni siquiera intenté abrirlo. Allí ya no había nada más que ver.

Ya sólo me quedaba una puerta al final del pasillo. Los nervios seguían ahí, incordiando, aunque, quizá por la normalidad de lo que iba encontrando, ya no parecían hacerme temblar tanto las piernas.

De nuevo, intenté hacer girar el pomo, pero esa vez no cedió. Lo observé mejor de cerca y comprobé que aquella puerta tenía cerradura. Fruncí el ceño, pero, casi al mismo tiempo, recordé que el llavero que me había entregado la clienta tenía dos llaves que yo había creído de la puerta de entrada y del portal, pero éste me lo había encontrado ya abierto por la portera. Saqué el llavero del bolsillo de la chaqueta e introduje la segunda llave en aquella cerradura, que se abrió al girar una vuelta y media.

Cuando percibí el «clic» de apertura, volví a verme asediada por el miedo, pues no se me ocurrían razones válidas para pensar en una puerta con cerradura dentro de tu propia casa.

Abrí por completo la puerta, pero el interior estaba oscuro, pues no parecía haber ninguna ventana. Tanteé la pared y encontré un interruptor, el cual pulsé e hizo que se encendiera una barra fluorescente en el techo. La pequeña estancia se iluminó.

Si lo que había experimentado durante los minutos previos a aquel hallazgo se llamaba «miedo», lo que sentí en aquel instante fue el mayor pánico que hubiese sentido en toda mi vida. Si alguien lo ha sufrido, sabrá de lo que hablo:

el frío parece congelar tus huesos; se detiene la circulación de la sangre en las venas; el corazón golpea tan fuerte que crees que atravesará tu pecho; la vista se nubla; las piernas flaquean; la boca se seca...

La pared de enfrente se encontraba en su totalidad cubierta por un panel de corcho, sobre el cual se hallaban multitud de fotografías enganchadas con alfileres y chinchetas.

Fotografías con un solo y único tema: yo.

En todas y cada una de aquellas imágenes se me veía a mí, única y exclusivamente a mí, caminando por la calle, hablando por el móvil o en la parada del autobús; de cerca o de lejos; sólo mi rostro o todo el cuerpo; con coleta o con moño; con o sin gafas de sol... Para mayor estremecimiento, un pósit junto a cada fotografía indicaba una fecha y las ordenaba de menos a más recientes. Y lo peor: las más antiguas eran de antes de conocerlo, incluso anteriores a coincidir en el taxi.

¡Me conocía de antes!

—¡Joder! —exclamé—. Pero ¿qué coño es esto?

Lo único que me vino a la mente fue que era una especie de altar de sacrificio. ¡Dios! ¡Allí debía de haber docenas y docenas de fotografías mías!

Y ya sólo una retahíla comenzó a repetirse en mi cabeza... «¿Por qué?, ¿por qué?, ¿por qué? ¿Quién eres, Christian Márquez?, ¿Un psicópata?» Luego me planteé algo que sonaba incluso peor: ¿estaba compinchado con la clienta?

Lo mismo que aquellas imágenes eran atravesadas por alfileres, yo me sentí igual, atravesada de lado a lado. Y, como si fueran a hacerlo realmente, comencé a echar lentos pasos hacia atrás para alejarme, poco a poco, sin perderlas de vista, como si quisiera cerciorarme de que era real y no una pesadilla. Un paso, después otro, dispuesta a salir de aquella casa todo lo rápido que me permitieran mis pies. Sin embargo, cuando fui a girarme en medio del salón, topé con un cuerpo duro y fuerte que me impidió materializar el deseo de largarme de allí.

Me quedé paralizada. Frente a mí se encontraba Christian y el pánico volvió a apoderarse de mí. Por instinto, miré hacia sus manos, temiendo encontrar en ellas un cuchillo o un arma para acabar conmigo allí mismo.

—¿Qué estás haciendo aquí, Gabriela? —me preguntó con una voz ominosa que me resultó aterradora.

Yo no podía hablar. Mi propia respiración me taponaba los oídos y no me

permitía decir una palabra ni tampoco moverme. Lo único que hacía era mirar hacia la puerta de salida.

—Contesta, Gabriela. ¿Qué cojones haces en mi casa?

Lo vi mirar por encima de mi hombro hacia la habitación de las fotografías. Había deducido que las había visto. Imaginé su próximo movimiento, que sería pillar un objeto contundente y golpearme con él en la cabeza para eliminar cualquier prueba de su demencia o de su traición. Cerré los ojos esperando ese golpe de gracia que nunca llegó y volví a abrirlos para ver cómo me miraba, clavando en mí sus ojos azules, que me parecieron fríos y sin vida.

—¿Cómo has sabido...? —logré balbucir.

—¿Que te habías colado en mi casa sin mi permiso? Porque la portera me ha avisado. Tengo una profesión de demasiado riesgo como para dejar a cualquiera entrar en mi casa.

—Por favor, Christian, déjame marchar —pude susurrar.

—No —contestó con frialdad al tiempo que me sujetaba por el brazo— hasta que no me digas qué haces aquí y cómo has podido entrar.

—Por favor —seguí implorando—, deja que me vaya. Yo... no diré nada...

Debió de leer el terror en mis ojos, porque me soltó de repente y me miró con desprecio.

—¿En serio tienes miedo? ¿De mí?

—Todas... esas... fotografías... —tartamudeé—. Me... conocías, Christian...

Me miró durante varios segundos eternos y, a continuación, se frotó el rostro con las manos.

—¡Joder, Gabriela! ¡Estás temblando! ¡De verdad estás muerta de miedo!

Sus palabras sonaban como ecos lejanos en mis oídos. Yo no podía dejar de mirar hacia la puerta e intentar calcular el momento oportuno para largarme pitando de allí. Incluso miré a mi alrededor procurando no moverme para no alertarlo de mi búsqueda de algún objeto punzante, como unas tijeras, para poder clavárselas y que no pudiese perseguirme.

—¡Por el amor de Dios, Gabriela! ¿Me estás escuchando?

Me alegré de estar lo suficientemente lúcida como para poder pensar. Recordé que, en el interior de mi bolso, llevaba un pequeño bloc de notas que me había regalado un cliente y que se completaba con un lápiz. Me había llamado la atención que tuviera la punta tan afilada y pudiese hacerme daño.

Poco era, pero tenía que intentarlo, así que comencé a hablar para distraerlo.

—¿Por qué tienes tantas fotografías mías? ¿Y por qué tienes una habitación dedicada exclusivamente a exponerlas?

—Siéntate, tranquilízate y te lo explicaré.

¡Ja! ¡Si cada vez estaba más cerca y me miraba con más odio!

En medio de aquellas preguntas, introduje una mano en mi bolso y fui tanteando el contenido hasta dar con el lápiz. Lo afiancé entre mis dedos como si fuese mi única salvación y volví a sacar la mano con disimulo.

—Vamos, Gabriela, tranquila.

—¡Y una mierda! —grité.

Levanté la mano afianzando el lápiz, pero Christian fue rápido e intentó arrebatármelo, por lo que acabé clavando mi arma en el dorso de su mano con todas mis fuerzas. Percibí perfectamente cómo la punta de mi improvisada arma se introdujo en su carne y penetró hasta casi el hueso mientras brotaba la sangre. Christian soltó un alarido y la distracción me sirvió para lanzarme hacia la puerta y bajar la escalera a velocidad supersónica. No miré hacia atrás, ni una sola vez. Únicamente corrí y corrí y corrí...

Atravesé el portal, salí a la calle y continué corriendo. No podía hacer otra cosa, sólo correr y correr. Cuando mis pulmones amenazaron con estallarme, aproveché para meterme en una boca de metro, seguir bajando escaleras y colarme en uno de los vagones atestados de gente. Agarrada a una de las barras, mientras trataba de recuperar el aliento, miré hacia cada uno de los rostros de las personas presentes, aterrada con la posibilidad de encontrarme a Christian allí, persiguiéndome, acosándome. Pero intenté ser razonable. Todos ellos eran rostros desconocidos y ya no tenía nada que temer. Al menos, de momento.

Miré el panel luminoso de las estaciones y comprobé que, bajándome en la siguiente parada, me encontraría relativamente cerca de mi trabajo. Me apeé del vagón y, cuando atravesé las calles atestadas de transeúntes y me encontré por fin en el edificio de mi empresa, pude respirar tranquila. Aunque esa tranquilidad sólo me sirvió para dejar de tener miedo, porque la tensión me pasó factura y, cuando iba a sacarme un café de la máquina, no pude más y rompí a llorar.

—Tranquila, preciosa.

Ni siquiera había oído entrar a Marc en el área de descanso. Mi amable compañero no me hizo preguntas, únicamente sacó mi bebida y la colocó sobre

la mesa. Después, se puso frente a mí, ofreciéndome sin palabras su apoyo, y yo se lo acepté. Me lancé a sus brazos y lo abracé con fuerza mientras desahogaba mi llanto. No me dio ni tiempo a pensar cómo era posible que no me avergonzara de hacer aquello con alguien a quien apenas conocía cuando yo siempre procuraba que ni mi entorno más cercano me viese llorar.

—¿Estás mejor? —inquirió al rato, cuando dejé de hipar.

—Sí, gracias —le dije mientras me separaba de él—. Yo... lo siento mucho. Perdona.

—No importa —me contestó con una sonrisa afable—. Todos tenemos momentos bajos. Una vez me dije que, en esas situaciones, ojalá siempre hubiera alguien cerca que nos diera un abrazo para hacer el bajón más llevadero. Y he seguido mi propio consejo.

—Eres un cielo, Marc. —Cogí una servilleta de papel y, con cuidado, intenté limpiar el estropicio de mi cara—. Será mejor que empiece a trabajar.

—Sí, será lo mejor —me animó al tiempo que me ofrecía el vaso de café—. Bébetelo y espabila, o Murillo *el Pardillo* te echará la bronca.

—¿Cómo sabes que lo llamamos así? —Reí—. Vale, no me respondas. Susana, claro.

—Lo importante es que te he hecho reír. —Me miró con sus suaves ojos castaños y una ola de paz me invadió por dentro. Eso debía de ser tener la vida normal que yo no había tenido, a lo que se refería mi hermano que quería para mí, y no enredarme con magistrados de bellos ojos azules que acababan siendo un fraude.

Pasé el día como pude, intentando compaginar mis sentimientos alterados con todo el trabajo que tenía por delante. Marc no volvió a hablar del tema y con Susana apenas coincidí hasta la hora de la comida. Todavía llevábamos tápers de casa y los calentábamos en el microondas de la cocina de la empresa, pues, en estos tiempos de crisis, muchos de nuestros compañeros hacían lo mismo. Ese día, mientras miraba embelesada cómo giraba el plato de macarrones para calentarse, mi amiga se puso a mi lado y me dio un beso en la mejilla.

—No espero que me cuentes lo que te pasa, pero, si lo hicieras, me sentiría mucho mejor. Y tú también.

—Ahora comemos con todo el grupo —suspiré—. No puedo explicarte nada.

—Tranquila, esperaré a esta tarde, cuando estemos en mi casa. Sólo dime si

tiene algo que ver con tu misterioso enamorado.

—Tiene que ver con que soy tonta del culo y me creo todas las mentiras que quieran contarme.

—No eres tonta —replicó mientras sacaba mi plato del microondas y colocaba el suyo—. Lo que pasa es que te debes de haber enamorado de un impresentable que no te merece, lo mismo que yo.

Durante el almuerzo, Marc no cesó de lanzarme miradas y sonrisas que no le pasaron desapercibidas a Susana, quien, por supuesto, no dudó en preguntarme sobre ello a la hora de marcharnos a casa.

—¿Qué te traes entre manos con el barbitas buenorro?

—Pero ¿qué dices? Ya has visto que ahora hablamos más con la gente, y Marc es un buen compañero.

—Ya. —Rio—. Si quieres hablamos de otras cosas en las que tiene pinta de ser bueno. Humm, cuando esa barba te roce debe de dar un gustillo...

No pude hacer otra cosa que reír ante las bromas de mi amiga. Podría haberla llamado burra o decirle que siempre estaba con lo mismo, pero no lo hice. Me apetecía muchísimo reírme y olvidar. Sobre todo, olvidar.

A la hora de la salida, decidimos tomar el autobús para ir a su casa, pero ambas nos sorprendimos ante la aparición de Daniel, que me esperaba en la puerta del edificio y no con una cara muy amigable, precisamente.

Al instante, comprendí. Él sabía que esa mañana iría a casa del magistrado y no le había dicho nada en todo el día. Rápidamente, saqué el móvil del bolso y comprobé que todavía lo tenía apagado desde que esa misma mañana decidiese desconectarlo en casa de Christian. Lo encendí y me aparecieron las quince llamadas perdidas.

—Joder, Daniel, lo siento. Tendría que haberte llamado, pero...

—¿Que lo sientes? —me respondió, caminando hacia mí mientras se colocaba las gafas en la cabeza. Su vestimenta oscura de motorista aún le otorgaba un halo más peligroso. Por supuesto, yo no le tenía miedo, pero me sentí muy culpable porque yo también habría estado muy enfadada si él me hubiese hecho algo parecido—. ¿Crees que es suficiente con decir que lo sientes? —Me agarró de un brazo y me apartó de Susana para que ella no pudiera oír nuestra conversación—. Llevo todo el día intentando localizarte directamente, pues no quería llamar a la empresa por si los alertaba o decidían

llamar a la policía. ¡Te recuerdo que tú y yo no somos amigos de la policía!

—Lo sé, ¡y lo siento! No he recordado volver a conectar el teléfono porque ya había decidido no llamarte para explicarte lo que vi. Es algo que debemos hablar en persona y con Julián.

—¿Vamos ahora a su oficina?

—No —le dije—, ahora me voy con Susana. Hemos quedado.

—¿Y cuándo será, entonces? —me espetó en tono brusco—. Joder, Gaby, no puedes dejarme así...

—Queda con Julián para mañana y pídele que lo prepare todo, que nuestra clienta VIP va a tener su ansiada venganza en cuanto suelte la pasta.

—¿Y qué te ha hecho cambiar de opinión, si puede saberse? Porque está claro que el tipo te gustaba.

—Te he dicho que lo dejamos para mañana, Daniel, por favor. Ahora no quiero hablar de ello.

—Genial —bufó.

—¿A qué viene esta bronca, Daniel? —intervino Susana—. ¿Acaso me he perdido algo?

—Tú cállate y márchate a tu casa, que no tienes ni idea.

—¡Claro que voy a marcharme! —gritó ella. Se acercó a él, demostrándole más determinación que nunca—. ¿Y sabes para qué? ¡Para no verte más en mi puta vida! ¡Te odio!

Dios, si a mí me dolió que le dijese eso a Daniel, no quiero ni pensar en lo que debió de sentir él. La expresión de su rostro se volvió tan atormentada que hasta Susana pareció arrepentirse de lo que acababa de decir, pues la cara de ella se transformó en sorpresa y pesar.

—Seguro que Susana no ha querido decir eso, Daniel...

—Déjalo —sentenció éste—. Me lo merezco. No tardes esta noche, Gaby. Mañana tenemos trabajo.

—Pero Daniel... —Miré a mi hermano y la miré a ella, pero él me advirtió con la mirada de que ni se me ocurriera decir ni una palabra. Se volvió a colocar las gafas y el casco y se marchó en su moto, dejando la estela del atronador sonido.

—Me he pasado, ¿verdad? —preguntó alicaída cuando ya habíamos tomado asiento en el autobús.

—Tú no tienes la culpa —le respondí—. Mi hermano sigue siendo un capullo sin remedio.

—Pero —levantó las manos al cielo, como si exigiera una respuesta— ¿por qué me odia tanto? Si al menos se limitara a ignorarme...

—No te odia, Susana.

Mi amiga vive en un pequeño estudio, no demasiado lejos del centro, pero que es una antigualla. No es muy ordenada, porque, como suele decirse, se entiende en su desorden, a pesar de que allí daba la sensación de que ni ella sabría por dónde empezar. Nada más abrir aquel día, como siempre, nos recibió *Calabaza*, que pareció brotar de entre libros y cojines, con su suave maullido.

—Hola, bonita —le dije a la gata al cogerla en brazos. Me encantaba el tacto de su suave pelo anaranjado.

Me seducía la idea de tener mi propio minino, pero nunca me había decidido a hacerlo. Creo que me gustaba tan poco la vida que llevaba que pensaba que incluso un animal me juzgaría y me consideraría poco digna de cuidar de nadie.

—Siéntate mientras preparo algo de beber —me propuso Susana desde la barra de su cocina, que daba al pequeño salón—. Bueno, si encuentras un hueco entre la ropa que tengo por planchar. Ya verás —me dijo, contenta, mientras servía las bebidas—, pronto no tendrás que sentarte casi en el suelo. Le estoy echando un vistazo a otros apartamentos de alquiler. ¡Qué ganas tengo de mandar a la mierda al puto dueño de este cuchitril!

—Yo también debería ir mirando algo —suspiré—, pero, hasta que Daniel no acabe el trabajo que se trae entre manos, no puedo saber si al final se irá o decidirá quedarse...

Una manera sutil de decir que, hasta que no me desvinculara totalmente de la agencia de Julián, no podía hacer planes.

—No quiero hablar de tu hermano —bufó Susana mientras se acercaba con los vasos y se sentaba a mi lado—. Háblame de ese misterioso amante, que yo creía que tenías la vagina más reseca que la de una momia y resulta que la utilizas más que yo, guapa.

—No tengo mucho que explicar —contesté con cautela—. Te dije que me había colado por un tío que era un imposible y ya ha quedado zanjado. No volveremos a vernos más.

—Vaya —dijo ella provocando un brindis entre nuestros vasos—, hoy debe

de ser el día de no verlos más.

—No se lo tengas en cuenta a mi hermano —le pedí con tristeza—. No puedo evitar quererlo mucho, es todo lo que me queda.

—Pero es tu hermano, así que todo para ti. Vamos a tener que plantearnos un nuevo comienzo en nuestras vidas. Tú, por ejemplo, podrías intentarlo con Marc. Me ha dicho Sonia, de Marketing, que hace ya tiempo que se fijó en ti, pero siempre le pareciste demasiado esquiva y jamás le prestaste atención. Sin embargo, ahora sonríe todo el día, desde que le has hecho caso.

—No sé, Susana. —Por un instante pensé en la imagen de mi compañero laboral y volví a sentir aquella capa suave y confortable que me cubría cada vez que lo veía o me sonreía. Pero luego, sólo un segundo después, recordé a Christian, sus hermosos ojos azules, su pícara y a la vez sensual sonrisa, su cabello dorado y, por descontado, las sensaciones no fueron ni parecidas. El abrazo de Marc, sus sonrisas o el tacto de sus manos no eran capaces de provocar en mí ni el más leve aleteo.

—Ya sabes lo que se dice: un clavo saca otro clavo.

—No puedo hacerle eso a Marc, no se lo merece.

—A ver, hija, que tampoco te estoy diciendo que compartáis casa. Únicamente salir con él, un revolcón, lo que surja.

—Mira quién va a hablar —le dije—. Estás tan colada por mi hermano que ninguno te parece bien.

—Qué lista eres, guapa. Si se me hubiese puesto a tiro un tipo del estilo de Marc en lugar de Teo, otro gallo cantaría.

—¿Y tu amigo? ¿Aquel con derecho a roce?

—¿Rubén? Se ha echado novia, ya no me queda ni el plan B. —Me miró e hizo un triste mohín con la boca—. Tienes razón, estas cosas no se pueden forzar. Dejaremos que el tiempo transcurra, saldremos cada vez que queramos y con quien queramos y, sobre todo, nos haremos dos buenas ejecutivas, de esas con despacho propio y secretaria, muy bordes, a las que todo el mundo teme y a la vez admira. Chinchín —exclamó, haciendo chocar su copa con la mía.

Qué suerte tenía de tenerla a ella. Lo malo fue que, a pesar de encontrarme tan a gusto en su casa, no dejé de pensar en la visita del día siguiente a la agencia de Julián.

* * *

—¿Estás más tranquila? —pregunta Teresa mientras desconecta la grabadora de su móvil y apaga la enésima colilla en el cenicero—. Perdona por no haber detenido la grabación mientras explicabas aquel siniestro descubrimiento en casa del magistrado, pero he preferido dejar que siguieras para volver a enlazar con algún momento más agradable.

—Te lo agradezco —le digo—. La verdad es que fue un episodio horrible... encontrar aquellas fotografías, toparme con Christian momentos después, atacarle con un lápiz... No imaginas la confusión tan grande que me inundó durante horas. Me parecía mentira que aquello fuese obra del mismo hombre del que me había enamorado, del mismo que yo quería defender ante mi hermano y Julián, y por el que estaba dispuesta a enfrentarme a su exprometida para convencerla de que no le hiciera daño.

—Eso es lo que buscaba esa mujer, demostrarte que estabas ciega. Y lo consiguió.

—Sí —suspiro—, aunque seguía habiendo muchas cosas que no me cuadraban, o, al menos, lo pensé después de un tiempo. En aquel momento, únicamente pensaba en mi sed de venganza.

—¿Y lograste vengarte? —me pregunta, interesada—. ¿Llegasteis a darle a la clienta el material que se suponía que destruiría al magistrado?

—Pues... no exactamente...

CAPÍTULO 16

Grabación n.º 16, realizada el día 3 de agosto de 2016 a las 18:20 horas

En el despacho de Julián, al día siguiente, estaba nerviosa pero decidida. Los remordimientos se habían evaporado y sólo me quedaba el ansia de descubrir cómo transcurriría el proceso de destruir a Christian a partir del momento en el que le ofreciéramos a nuestra clienta todas las pruebas de las que disponíamos. Porque, a esas alturas, ya estaba segura de que me había mentido en todas y cada una de las ocasiones, sobre su compromiso, su novia y todo lo demás.

Lo que no esperábamos, ni Daniel ni yo, fue encontrarnos a Julián solo en su despacho, envuelto por las mismas sombras de siempre.

—¿Dónde está esa exprometida agraviada? —preguntó mi hermano.

—Ni puñetera idea —contestó Julián—. Se suponía que estaría hoy aquí a esta hora, pero no ha aparecido. ¿Se puede saber qué encontraste en el apartamento del magistrado, Gabriela?

—Francamente no entiendo su ausencia —bufé—. Al fin y al cabo, ella insistió en darme las llaves para que pudiera husmear en su casa y lo que encontré no hizo más que darle la razón.

—¿Nos vas a explicar ahora qué coño había allí? —exigió Daniel.

—Pues... a ver cómo lo explico... Nuestro querido señor Márquez, o es un puñetero psicópata, o está compinchado con su supuesta ex para algo que todavía se me escapa... porque resulta que —cogí aire— en su apartamento tiene toda una habitación dedicada únicamente a mí, empapelada con fotografías mías.

—¿Cómo dices?! —exclamó mi hermano.

—Lo que has oído. Docenas y docenas de fotos de mi puta cara obtenidas

incluso antes de que todo esto empezara.

—No me jodas —gruñó Julián—. ¿Qué coño está pasando aquí?

—Joder, Gabriela —volvió a quejarse Daniel—. ¿Y ahora me lo cuentas?

—Pues todavía no os he contado que, mientras estaba cagada de miedo observando aquella especie de altar, Christian apareció y me descubrió.

—¿Qué?! —gritaron los dos.

—No os preocupéis. Me defendí y me largué pitando al trabajo. Estaba muy nerviosa, pero al final he llegado a la conclusión de que fue la mejor forma de sacarme la venda de los ojos. Ese tipo me estaba trastornando demasiado.

—¿La mejor forma? —volvió a gritar Daniel—. ¡Joder, Gaby! ¡Ese tipo podría haberte atacado!

—¿Lo dejaste herido? —inquirió Julián, preocupado. No por mí, seguro, sino por no dejar pistas ni cabos sueltos.

—No —le respondí—. Únicamente le clavé un lápiz en la mano. Suficiente para darme tiempo a escapar.

—¿Un lápiz! —chilló mi hermano al tiempo que se llevaba las manos a la cabeza—. No me lo puedo creer. ¡Nunca, jamás, intentes convencerme de que te deje sola! ¿Me oyes? ¡Nunca!

—Todo esto no me gusta nada —nos interrumpió Julián—. Para colmo, la tipa no aparece. —Nuestro jefe no dejaba de balancearse en su silla y se llevaba las puntas de sus pulgares a la boca. Nunca lo habíamos visto tan preocupado.

—¿Y qué se supone que debemos hacer ahora? —pregunté.

—Creo que... —suspiró—... vosotros idos a vuestra casa a dormir o a lo que sea que dediquéis vuestra vida; yo meteré prisa a mi contacto para que me envíe los documentos extraoficiales que, muy probablemente, me explicarán quién coño es esa tía.

—Ahora seguro que te arrepientes de haber anulado tu cita con la morena bajita —bromeé con mi hermano.

—No te hagas la graciosa, hermanita. Ya hablaremos tú y yo.

—Oh, por favor —puse los ojos en blanco—, déjalo ya.

Por supuesto, él llevaba toda la razón, pero no era plan de decirle nada sobre el miedo que pasé o lo cerca que pude estar del peligro.

—¿Quieres que te ayude en algo? —le propuso a Julián.

—No —concluyó el jefe—, marchaos. Es algo demasiado confidencial como

para que sepáis nada más. Os avisaré en cuanto me entere de algo. Y si aparece nuestra amiga por aquí, más vale que se deje de sermones sobre el cabrón de su magistrado y suelte la pasta o bien se largue sin nada, pues el adelanto que nos soltó es en concepto de honorarios por nuestro trabajo y por nuestros riesgos. Pronto me pondré en contacto con vosotros, chicos.

—Qué extraño todo —me comentó Daniel antes de subirnos a su moto—. Pero no sólo ahora, sino desde el principio, como tú señalaste.

—Ya me da igual todo —suspiré—. Sólo me apetece acabar con esto lo más pronto posible.

Era totalmente cierto. Lo único que deseaba era terminar con aquel extraño proyecto y olvidar.

E igual de extraños fueron los días que sucedieron a aquella infructuosa visita. Y digo «extraños» porque durante las noches soñaba con Christian, con su mirada, con sus besos, con sus caricias. Continuaba escuchando en sueños su voz sensual y seguía anhelando sus manos en mi cuerpo. Sin embargo, durante el día no hacía otra cosa que despotricar contra él, odiarlo y desearle lo peor del mundo.

Aun así, intenté continuar con mi vida en espera de tener noticias de Julián. Una tarde, al acabar mi jornada laboral, Susana me comunicó que no podríamos irnos juntas a casa como hacíamos a diario.

—Lo siento, guapa —se lamentó—. Problemas en Marketing que tenemos que solucionar. No tengo ni idea de la hora a la que acabaremos.

—Tranquila, Susana —le dije, tras un beso—. Pero si sales tarde recuerda pedir un taxi. Nos vemos mañana.

—Puedo acercarte a tu casa —me propuso Marc, que había oído la conversación.

—Gracias, Marc, pero cogeré el autobús como cada día.

—Gabriela —insistió cogiéndome de las manos—, ¿sigues rechazando la ayuda de la gente? Vengo en coche cada día al trabajo y no me cuesta nada llevarte. Nunca intento convencerte porque sé que te vas con Susana, pero hoy podrías aceptar mi ofrecimiento, ¿no te parece?

El pobre ponía tanto empeño que sabía de antemano que me sentiría fatal si seguía negándome.

—Está bien, gracias. Puedes llevarme a mi casa —suspiré.

Marc condujo a través del tráfico de la ciudad mientras yo, algo incómoda, miraba por la ventanilla. Pocas veces habíamos estado a solas y todavía no era capaz de hacer que la conversación fluyera de forma natural. Al llegar a la puerta del portal del piso que compartía con mi hermano, me mantuve unos instantes más en el coche, pues no encontraba las palabras para agradecerle cada gesto de paciencia que tenía conmigo.

—Gracias, Marc, por todo lo que haces por mí. No sé cómo agradecerte que siempre...

—Yo sí sé cómo puedes agradecermelo —susurró. Me miró a los ojos de forma intensa y después bajo la vista a mi boca. El mensaje no podía ser más claro.

Por un breve instante, estuve tentada de decirle que no, que era muy pronto, que debía dejar que el tiempo transcurriera para decidir y todo ese montón de frases hechas inútiles, pero recapacité rápido y decidí que merecía probar qué sentiría si era besada por Marc. Al aproximar mi boca a la suya dio por hecho que le daba permiso, por lo que él fue el primero en posar sus labios sobre los míos. Recibí esa suave caricia en un beso dulce pero al mismo tiempo sensual. Me sorprendió el roce de su barba en mi piel, pues me sentí envuelta en ella como si fuese una nube, agradable y delicada.

Lo que no me sorprendió, porque ya me lo esperaba, fue la falta de invasión de alguna mariposa en mi estómago, de algún burbujeo o presión. Nada de nada.

Sé que las comparaciones son odiosas, pero no pude evitar comparar su beso con cualquiera de los de Christian, pues, después de Toni, habían sido los dos únicos hombres con los que me había besado de forma real, descartando al resto de tipos de la agencia a los que había tenido que engañar. Y no podían ser más distintos. El beso de Marc fue delicado y placentero; los besos de Toni siempre estuvieron rebosantes de amor; los de Christian... siempre fueron más que besos. Llevaban implícita la pasión, el deseo y el erotismo, o la ternura y el cariño. Unas veces eran puro sexo y otras eran capaces de elevarme hasta el cielo.

«Mierda —pensé—. No puede ser que la sombra de Christian me siga persiguiendo cada vez que bese a un hombre.»

Decidida y rabiosa, abrí mi boca para buscar su lengua con la mía, pero Marc paró mi ímpetu colocando sus manos en mis hombros y decidió dar el beso por terminado lamiendo cada uno de mis labios.

—Tranquila, Gabriela —susurró—. Será mejor ir despacio. Estoy dispuesto a ayudarte en lo que me pidas, pero no me hace ilusión ser una especie de *punching-ball* donde desquitarte.

—Yo... lo siento —me lamenté.

—Chist —me hizo callar colocando su dedo en mis labios—, no hace falta que des explicaciones. Hasta mañana, Gabriela. —Enmarcó mi rostro con sus manos y me dio un beso en la frente.

—Hasta mañana, Marc —murmuré antes de bajar del vehículo y subir los tres pisos hasta mi casa.

Pero esa noche volví a soñar con el magistrado. Odiaba ser tan débil como para no poder sacármelo de la cabeza y cada día le preguntaba a mi hermano si sabía algo de Julián que nos diese alguna pista de la mujer o que pudiese dar por zanjado el proyecto.

Por suerte, volví a estar concentrada aquel nuevo día en mi trabajo, puesto que una reunión con un importante cliente acaparó mi tiempo y mi pensamiento. Fue al salir de la misma cuando me encontré al señor Murillo esperándome en el pasillo con una extraña expresión en el rostro. Parecía preocupado a la vez que desconcertado.

—Señorita Vargas —me dijo—, hay dos policías en el edificio que preguntan por usted.

Y el alma se me cayó a los pies.

Aquella escena con mi jefe formaba parte del temor con el que llevaba conviviendo varios años, desde que comenzara a participar en las extorsiones de la singular agencia de detectives de Julián; años en los que temí que en cualquier momento me pasaría algo parecido: que la policía daría con nosotros.

—No se preocupe, señor Murillo —traté de suavizar su incomodidad—. Seguro que es cualquier tontería o malentendido.

Me acerqué con mi jefe hasta la recepción de la empresa. Allí, junto al mostrador, había dos hombres, vestidos con trajes y oscuras gafas de sol. Me acerqué a ellos con una sonrisa en los labios que nadie imagina lo que me costó mantener.

—Señores —les dije al llegar a su altura—. Soy Gabriela Vargas. Ustedes dirán.

—Señorita Vargas —habló uno de ellos. Le encontré un leve resquicio de

acento en su forma de hablar, pero los nervios del momento no me dejaron pensar en nada que no fuese en que me iban a detener—. División de Investigación Criminal —dijo, mostrando una placa—. Tendrá que acompañarnos a comisaría.

—¿Se me acusa de algo? —pregunté.

—Si lo desea —respondió el mismo hombre—, podemos recitarle unos cuantos delitos delante de su jefe y la recepcionista, o bien podemos resumirlo preguntándole si conoce a un tal Julián Sánchez, expolicía y titular ahora de una agencia de detectives.

—Está bien —disimulé mi estupor todo lo que pude—. Los acompañaré. Si me disculpan, recogeré mis cosas y avisaré a mis compañeros de mi marcha.

Huir por la entrada principal no era viable, dado que aquellos dos polis tamaño armario empotrado la custodiaban, así que no me quedó otro remedio que volver a mi mesa de trabajo para, tal como les había anunciado, coger mis cosas e informar a mis colegas de que debía irme. Lo malo fue que uno de los polis me siguió hasta la entrada de mi departamento y no me quitaba ojo, por lo que, de nuevo, consideré inviable la posibilidad de largarme corriendo por alguna otra salida.

«Joder, ¿qué hago?», pensé. Tantos malos momentos, tantas dudas y tantos remordimientos para acabar presa de una manera tan fácil. Aunque también era cierto que me había ganado aquella detención a pulso. ¿Habrían detenido también a mi hermano, a Julián y a algún otro miembro de la agencia? Tenía muy claro que no mencionaría a ninguno que ellos.

—¿Qué ocurre, Gabriela? —me preguntó Marc.

Antes de poder responderle, Susana apareció corriendo frente a mi mesa de trabajo.

—¡Gabriela! ¿Qué pasa? ¡Me han dicho que han venido unos polis a por ti!

Por supuesto, en pocos segundos se había formado un corrillo a nuestro alrededor. Compañeros de toda la sección me miraban con caras de lástima o simplemente por cotillear.

—Tranquilos —les dije—. Seguro que no pasa nada, pero, de todos modos, te llamaré para cualquier cosa, Susana. —Le di un beso en la mejilla y otro a Marc. Si querían chafardeo, ahí lo tenían. Así les ofrecí algo de lo que hablar en sus tertulias.

Una vez hube avisado y recogido mi mesa, procedí a salir del edificio junto a mis captores, que se limitaron a colocarse cada uno a un lado y no hicieron algo tan bochornoso como esposarme. Mientras bajábamos en el ascensor, mi cabeza intentó poner en orden algunos pensamientos, como que debería llamar a un abogado o que lo negaría todo hasta que no tuviese más remedio que claudicar. Los policías continuaron con sus gafas oscuras puestas y no volvieron a decir una palabra. Me dieron una sensación muy extraña.

Al salir a la calle decidieron que sería más prudente sujetarme cada uno de un brazo para llevarme hasta el coche, que permanecía aparcado junto a la acera. Pero los tres detuvimos nuestros pasos cuando otro vehículo se detuvo de golpe frente a nosotros y de él emergió un hombre que se nos acercó a toda prisa.

—¿Christian? —balbucí.

¿De dónde había salido?

—Perdonen, inspectores. —Sacó su cartera del interior de la chaqueta y se la mostró a los policías—. Soy magistrado de la Audiencia Provincial y el testimonio de esta mujer forma parte de una investigación en secreto de sumario. Tengo que llevármela.

No pude alucinar más. ¿Estaba intentando secuestrarme con aquella retahíla de palabras que acababa de soltar?

—Lo siento —replicó el único poli que hablaba—, pero ella está detenida.

—En ese caso, muéstreme la orden —insistió Christian.

—Está usted obstruyendo una investigación policial —reiteró el policía—. Apártese y vuelva a su juzgado.

Estuve a punto de mandar callar al magistrado para que me dejara en paz, pero eso habría sido inteligente si hubiese confiado en la pareja de polis, algo que no acababa de hacer. No sabía si era escapar del fuego para caer en las brasas y quise gritar para que alguien me ayudase, algo que rápidamente desestimé por inútil.

Casi me desmayo de la alegría cuando se nos acercó el guardia de seguridad que custodiaba el edificio de mi empresa.

—¿Sucede algo?

—Somos inspectores de policía —anunció el mismo de siempre mostrando su placa.

—Y yo, magistrado. Esto es un asunto de Estado.

El pobre hombre se quedó igual que yo, sin saber a quién creer. Empezaba a sentirme como el jamón de un sándwich, en medio y sin saber para dónde tirar.

—Probemos una cosa —intervino por fin Christian, dirigiéndose al vigilante pero sin dejar de mirar a la extraña pareja que me custodiaba—. Haga el favor de llamar usted a la policía y desles los números de placa de estos agentes. Cuando reciba la confirmación, la señorita podrá irse con ellos.

Bien jugado por parte del magistrado. Los polis se miraron el uno al otro y decidieron soltarme para dejarme al lado de Christian.

—Muchas gracias, señores —dijo éste con un deje de ironía—. El Estado se lo agradecerá.

Me agarró de un brazo con fuerza y me metió a trompicones en el coche antes de cerrar la puerta con el seguro para que no pudiese abrirla.

—¿Me estás secuestrando? —le pregunté cuando intenté escapar, sin conseguirlo.

—Yo que tú me pondría el cinturón —se limitó a decirme.

—Gracias por salvarme de la policía, Su Señoría Ilustrísima, pero puede usted limitarse a soltarme en la siguiente esquina.

—¡He dicho que te pongas el cinturón! —me gritó a la vez que arrancaba el coche y nos incorporábamos al tráfico entre chirridos de ruedas.

—¿Por qué corres tanto? —exclamé alarmada.

—¡Porque tus falsos policías no tardarán en subirse a su vehículo y seguirnos, no parecen dispuestos a darnos tregua!

—¡Joder! —chillé cuando, al mirar hacia atrás, observé cómo realmente se montaban en un coche y procedían a perseguirnos—. ¡¿Y por qué tengo que creerte?!

—¡¿Quieres que nos bajemos y se lo preguntas?! —continuó vociferando mientras trataba de esquivar el tráfico a toda velocidad.

—¡Tenían un acento raro! —admití.

—¡Rusos! —contestó—. ¡Son de la mafia rusa!

—¡¿De qué coño hablas?! —No parábamos de chillarnos el uno al otro sin dejar de mirar por los retrovisores. Nuestros perseguidores continuaban a sólo unos pocos coches detrás de nosotros.

—¡Hablo de que conozco a esos tipos! ¡Están fichados, joder!

—¡Y cómo pretendes que te crea una sola palabra después de lo que vi en tu

casa!

—¡Lo que viste en mi casa lo malinterpretaste! ¡Me atacaste sin preguntar!

Mi vista viajó hasta el dorso de su mano izquierda, donde todavía persistía la marca de una herida profunda. No sé por qué, me sentí fatal.

—¡Pues podrías explicármelo ahora!

—¡Tendrás que esperar a que me deshaga de esos tipos!

Costó un buen rato perderlos de vista, aparte de unos cuantos derrapes, otros tantos casi atropellos y más ocasiones aún de colisiones que por suerte resultaron fallidas. Incluso nos llevamos por delante un pequeño quiosco y me sentí parte de una mala película de policías y ladrones.

—Parece que los hemos despistado —comenté por fin, todavía nerviosa e inquieta por lo que estaba pasando.

—No podemos fiarnos. No pierdas de vista el retrovisor por si vuelves a verlos aparecer.

—¿Y ahora? ¿Piensas aclararme qué es eso de la mafia rusa? ¿O es que ha sido un cuento para secuestrarme después de seguirme y hacerme fotografías durante meses?

—Ojalá fuese un cuento, Gabriela —contestó algo más calmado, pero sin dejar de mirar al espejo—. Ahora iremos a un lugar más tranquilo y te explicaré lo de las fotografías.

—¡Ni hablar! —exclamé—. ¡Si quieres explicarme algo tendrá que ser aquí y ahora o en un lugar público! ¡Y si veo que haces algún intento de sacarme de la ciudad, me tiraré del coche en marcha y pediré auxilio! ¡Porque no me fío de ti!

—¡Está bien! —me concedió—. ¿Qué quieres saber?

—Quiénes eran esos tipos.

—Prefiero explicarte antes lo que viste en mi casa. Todavía veo en tus ojos el miedo y el rechazo que te provoqué y no puedo permitirlo más.

—Pues ya puedes empezar —sentencié, cruzando los brazos. Miré hacia la ventanilla y dejé que comenzase a hablar, porque sabía que podría flaquear si miraba su hermoso rostro—. E insisto: si veo algún intento raro por tu parte, me tiraré del coche en marcha.

Para mi sorpresa, Christian se desvió hacia la entrada de un centro comercial y estacionó en medio de un aparcamiento al aire libre, por donde una multitud de personas entraban y salían y pasaban por nuestro lado.

—¿Por qué aparcas aquí?

—Porque en medio de un montón de gente te sentirás más segura, por lo que veo. Además, si no te convengo, no tendrás que tirarte de un coche en marcha, podrás bajarte cuando quieras.

—Pues gracias —contesté, aunque continué observando el ir y venir de la gente a través de mi ventanilla.

Antes de nada, Christian cogió su móvil y comenzó a deslizar el dedo sobre la pantalla.

—Éste es mi correo electrónico personal —empezó a explicar—, que nada tiene que ver con el trabajo. Quiero que te fijes en el primero de una serie de correos recibidos y la fecha.

Tuve que girar la cabeza y desviar la mirada hacia su teléfono. En la pantalla pude observar la fecha: el 2 de octubre, o sea, antes de nuestro primer encuentro en el taxi. Como archivo adjunto, una fotografía mía.

—¿Recibiste esa foto sin más explicación?

—Exacto, nada. Sólo esta imagen adjunta. Y a partir de aquí, una a diario, sin fallar ni un solo día. Llevaba recibéndolas más de un mes cuando te vi por primera vez. Por eso, cuando levanté la vista en el taxi y te tuve delante, me quedé muy sorprendido, pero, por cautela, decidí no decir nada para ver cuál era tu reacción.

—¡Viste en mí la cara de unas fotografías que te enviaban anónimamente!

—Exacto. Luego volví a encontrarte en aquella fiesta, donde me tiraste la copa encima tras tropezar. Decidí de nuevo que los acontecimientos me guiaran a ver qué ocurría con aquella pelirroja desconocida.

—Así que —dije en tono mordaz— no es que hubieras sucumbido ante mí, sino que actuaste para ver qué ocurría, como un experimento.

Menudo bajón me dio. ¡Y yo que había creído que se sintió atraído por mí nada más verme!

—Actué así porque me intrigaba todo aquello, no lo puedo negar... pero quiero que sepas que la extraña chica pelirroja de las fotografías me cautivó día a día, sólo con verla, sin llegar a conocerla. Soñaba con tu imagen, tratando de analizar cómo y por qué me enviaban esas fotos o, simplemente, soñando contigo. Cuando te conocí, provocaste un impacto tan fuerte en mí que creo que me enamoré de ti nada más tenerte cerca.

—Muy bonito todo, Christian... de aquí a los Óscar. ¿Y nunca te preocupaste de averiguar el porqué de todo ese rollo de las fotografías anónimas?

—Por supuesto que sí. He tratado de localizar la procedencia de los correos, pero ni el mejor informático que conozco ha sido capaz de hacerlo. Y, ya lo sabes, he intentado muchas veces que me digas quién eres, pero tampoco he tenido éxito.

—Saber quién soy no va a sacarte de ninguna duda, porque yo misma no tengo ni idea de qué está pasando. —Todavía seguía sin mirarlo directamente a los ojos—. Dime ahora quiénes eran esos tipos.

—Los hermanos Vladimir y Alexey Nóvikov, esbirros de Dimitri Petrov, el famoso y mundialmente buscado jefe de la mafia rusa, afincado en España desde hace cinco años.

—¡Joder! ¿Y qué podría querer de mí esa gente?

—A mí.

—¿A ti?

—No encuentro otra explicación, Gabriela. Llegar hasta mí a través de ti, ya que yo dirijo la investigación contra él.

—Pero, aun entendiendo el motivo, no comprendo la forma. ¿Cómo ibas tú a saber que me estaban secuestrando?

—Ése es otro de los detalles extraños. Hoy he recibido una llamada de un confidente en la que me alertaba de la presencia de esos dos tipos. Me ha dado la dirección del lugar y, créeme, al verte con ellos, me he quedado tan sorprendido como tú de verme a mí.

—Dios —suspiré, al tiempo que hundía mi rostro entre mis manos—, ¿qué coño está pasando?

—Lamento mucho que te haya pillado en medio, Gabriela, pero esto tiene pinta de que alguien quiere joderme de alguna forma.

—¿Y por qué yo? ¿Y las fotografías?

—Si tuviese esas respuestas, no dudes de que te las daría.

Me quedé bloqueada y muy alucinada. Todo aquello no era extraño, sino lo siguiente, e intenté hacer un repaso mental de los acontecimientos.

Supuse que nuestra querida clienta odiaba a Christian por alguna razón de su trabajo como magistrado —por ejemplo, porque trabajaba para ese ruso—, pero ¿qué papel jugaba la agencia?, ¿por qué enviarle una fotografía cada día con mi

imagen?, ¿estaba unida yo a Christian por algún tipo de complot de venganza hacia él?

Demasiadas preguntas sin respuesta y demasiados cabos sueltos.

—Siento todo esto —murmuró Christian. No esperaba sentir el suave tacto de sus dedos en mi mejilla apartando un mechón suelto de mi moño, por lo que tuve que cerrar los ojos ante el escalofrío que recorrió cada tramo de mi piel. Al abrirlos unos segundos después, observé de cerca su mano, donde era patente la fea herida que yo le ocasioné.

No pude evitar tomar su mano y acariciarla con mi mejilla. Sentí en mi piel la rugosidad de la herida y de los puntos.

—Debió de dolerte mucho.

—Más me dolió que pensaras mal de mí. —Vi acercar su rostro al mío, pero me aparté cuando entendí su propósito. Besar lo hubiese resultado demasiado arriesgado... para mí, para mi corazón, para mi propia cordura.

Mi gesto pareció ensombrecer su rostro. Suspiró, se llevó la mano al pelo y abrió la puerta del coche.

—Será mejor que salga a que me dé el aire —anunció mientras se apeaba. Lo vi caminar hacia una zona en sombras apartada de los ojos de la gente que todavía deambulaba por allí. El sol ya se había puesto y había dejado el cielo teñido de color naranja.

Instantes después, salí también del vehículo y lo seguí. No tenía nada claro, no tenía explicación para nada de lo que estaba pasando y Christian seguía siendo un enigma para mí, puesto que nadie había podido convencerme aún de si tenía o no tenía novia, si la mujer disfrazada era realmente exprometida suya o no. Con todo, verlo así me partía el alma. Se había apoyado en una pared y, con las manos en los bolsillos del pantalón, miraba hacia ninguna parte. La brisa vespertina movió sus claros cabellos, que danzaron sobre su cara sin que él hiciera nada.

—Puedes marcharte, Gabriela. Para mí nada ha cambiado, sigo sintiendo lo mismo por ti, pero, si no es tu caso, será mejor que te vayas. No soporto que sigas sin confiar en mí.

Apenas lo dejé acabar y corrí para lanzarme en pos de su cuerpo. Rodeé su cintura con mis brazos y hundí mi rostro en su pecho. La paz envolvió mi alma cuando sentí los rápidos latidos de su corazón, su olor y su tibieza. Necesitaba

tanto su contacto... En aquel mar de dudas y resentimientos, su cuerpo y su cercanía resultaron para mí una balsa en medio del océano.

—Oh, Dios, Gabriela —susurró al tiempo que me estrechaba con fuerza y luego besaba mi pelo—. Cuánto te he echado de menos. Estos días han sido un infierno sin saber dónde encontrarte, sin poder hacer nada para aclarar el maldito malentendido de lo que viste en mi casa. Mi preciosa y huidiza pelirroja...

Continuó dándome rápidos besos en el pelo mientras yo permanecía apoyada en su pecho, pero, en cuanto levanté la cabeza, supe que moriría si no me besaba en la boca en ese instante. Y eso hizo nada más mirarlo a sus ojos azules. Bajó la cabeza y buscó mi boca con desesperación para besarme de forma apasionada y profunda, casi ruda. Yo le correspondí con el mismo desespero y el mismo anhelo, ansiosa por saborearlo y por sentir sus caricias. Sus manos bajaron por mis muslos y luego remangaron mi falda al ascender, para agarrar mis glúteos y apretarme contra su dura erección mientras besaba y mordía mis labios y mi lengua. Enredé mis manos en su pelo y me dejé llevar por aquellas sensaciones que sólo Christian era capaz de crear en mí.

—Ven conmigo a mi casa, Gabriela —me susurró entre besos—. Pasa la noche conmigo. Quiero tenerte durante horas y horas para mí.

Oír mencionar su casa pareció abrir una brecha entre los dos y me separé de él.

—Ya veo —dijo con la respiración aún acelerada—. Me sigues deseando, pero continúas sin confiar en mí.

El sonido de mi móvil, que aún permanecía en el bolsillo de mi chaqueta, evitó que tuviese que responderle. Me aparté de su lado para poder atender la llamada de mi hermano.

—Gaby, reunión urgente. Más o menos sé lo que ha pasado. Dime por dónde paso a buscarte.

—Estoy en el aparcamiento exterior del centro comercial de la calle de Potosí.

—Estaré ahí en cinco minutos.

Tras la habitual breve llamada de Daniel, me acerqué a Christian, que de nuevo volvía a mirar al vacío.

—Tengo que irme —le comuniqué.

—Claro —dijo molesto. Esa vez no ironizó sobre qué casualidad volvería a

unirnos.

A los pocos minutos apareció Daniel en su moto y, antes de ponerme el casco y subir detrás de él al vehículo, me despedí con brevedad del magistrado.

—Hasta pronto, Christian.

Él no me contestó.

Me aferré con fuerza a la cazadora de cuero de mi hermano y atravesamos la ciudad en pocos minutos gracias a la facilidad de la moto de colarse entre los coches. Una vez en el despacho de Julián, éste nos saludó con cierto aire triunfal.

—Chicos, noticias frescas para vosotros: tengo la identidad de nuestra querida y desaparecida clienta especial. Por cierto, Gabriela —se dirigió a mí mientras sacaba un sobre tamaño folio de un cajón bajo llave—, yo mismo puse en alerta al magistrado de tu situación de emergencia.

—¿Cómo?! —exclamé alucinada.

—Lo entenderás cuando os cuente quién es ella. —Abrió el sobre y extrajo una fotografía, algo borrosa pero que no dejaba lugar a dudas sobre la identidad de la persona de la imagen: era la mujer misteriosa, sólo que con su pelo rubio natural y los ojos claros—. Aquí tenéis a Olga Villegas, hija natural de Dimitri Petrov y de una camarera española, concebida hace veintinueve años, pero no reconocida como hija del ruso hasta hace cinco.

—¡Joder! —exclamé al mismo tiempo que Daniel emitía un largo silbido—. ¡¿Nuestra clienta es hija del mafioso ruso?!

—Exacto. Esta información confidencial me ha llegado esta mañana a primera hora e inmediatamente después he puesto a todos mis hombres en la calle. Uno de ellos me ha avisado de que sus dos esbirros de confianza andaban por los alrededores de tu empresa, por lo que lo más sensato era que te sacara de allí alguien con el suficiente poder como para hacerlo. El magistrado me pareció la mejor opción.

Nunca acababa de sorprenderme el alcance de los tentáculos de Julián.

—¿Márquez? —exclamó Daniel con el ceño fruncido—. ¿No se suponía que no se podía confiar en él después de lo que viste en su casa? —Su rostro pasó de preocupado a enfadado—. ¡Joder, Gaby! Estabas con él en el aparcamiento, ¿no es cierto?

—No creo que Christian sea un psicópata, Dani.

—Yo tampoco lo creo —intervino Julián—. Esto parece obra del señor

Petrov, dado que Márquez dirige su caso. ¿Has hablado con el magistrado del tema?

—Sí —respondí—. Él también me mencionó ese caso y achaca todo este barullo a un complot contra él. Lo que no cuadra es nuestro papel y el tema de las fotografías. Según él, lleva meses recibiendo una foto mía cada día a través de su correo personal.

—¿Y tú lo has creído? —intervino mi hermano.

—Tiene sentido que sea verdad —respondió Julián por mí—. La señorita Villegas, ahora Petrova, lidera un plan de venganza para quitar de en medio al magistrado que está empeñado en meter en prisión a su otrora desconocido padre. Como cebo, le envía fotografías de una guapa y misteriosa pelirroja que le haga bajar la guardia y caer en algún tipo de trampa.

—Pero ¿cuál? —demanda Daniel—. ¿Por qué a través de nosotros? Si Márquez no está realmente comprometido con la hija del empresario, ¿cómo coño vamos a joderle con unos cuantos vídeos porno?

—Eso es lo que estoy intentando averiguar —contestó nuestro jefe—. De momento, yo de vosotros evitaría seguir con vuestra rutina habitual, pues, sea cuál sea el motivo, esta gente no se anda con tonterías.

Julián había lidiado en los últimos años con los más ricos, peligrosos e importantes personajes y había sabido salir indemne, pero esa vez todo nos parecía tan enrevesado...

* * *

—Joder, Gabriela —dice Teresa mientras lanza un silbido y apaga uno de sus cigarrillos en el cenicero—. Petrov, la mafia rusa, el magistrado que dirigía el caso... Estabais metidos en un buen follón.

—Nunca fue nuestra intención ir más allá de unas cuantas pruebas para casos de divorcio. Aquello, simplemente, nos pilló desprevenidos a todos.

—Imagino —suspira—. Sabes que permanecerás aquí exactamente hasta las seis de la mañana. Después, un juez decidirá. ¿Crees que podrás aguantar esta noche para acabar de contarme toda la historia?

—Tendré que coger fuerzas. —Sonrío—. Si pudiesen traer algunos litros de café...

CAPÍTULO 17

Grabación n.º 17, realizada el día 3 de agosto de 2016 a las 19.55 horas

—Vamos, Gaby —me ordenó mi hermano cuando bajamos de la moto frente al portal de nuestra casa—. Cojamos lo indispensable y larguémonos pitando de aquí. No me fío ni un pelo de que no nos localicen.

—Joder, Daniel, necesito una ducha con urgencia.

—Déjate de duchas —refunfuñó mientras recogía cuatro cosas de su cuarto y las metía en una mochila—. Ya nos relajaremos en algún hotel.

Cuando bajamos con rapidez los tres pisos hasta la calle, tuvimos que parar antes de subirnos en la moto. La silueta de una persona muy conocida para ambos se acercaba en la penumbra de la noche a pasos rápidos y enérgicos.

—Hostia, Susana —murmuré—. Pensé que sería suficiente con no atender sus llamadas...

Durante todo el día, después de que ella viera cómo me sacaban del trabajo aquellos supuestos policías, decidí no coger el teléfono cada vez que me había llamado, ni tampoco responder a sus mensajes. ¿Qué le iba a decir? ¿Qué explicación podía darle del embrollo en el que andábamos metidos? Además, sigo insistiendo en que fue una forma más de protegerla. Si no le contábamos nada, ella no sabría nada y nunca nadie estaría interesado en ella.

—¿Dónde andabais metidos? —nos gritó al llegar a nuestra altura. Entre los dos la tomamos de un brazo y nos alejamos de la entrada principal hacia un pequeño y descuidado jardín que había tras la esquina de la calle—. ¿Qué hacéis?

—Chist, calla —le ordené—. No pasa nada, tranquila, pero es mejor que

vuelvas a casa. Y, por favor, no te preocupes por mí si falto unos días al trabajo. Digamos que oficialmente, estoy de baja.

—¿En serio? ¿Crees que puedes decirme algo así y que me voy a ir tan tranquila? ¡Tú estás muy mal!

—Es por tu bien, Susana —traté de calmarla—. Y no grites, por favor. —Abrió al máximo sus ojos cuando me vio mirar hacia todas partes mientras mi hermano parecía custodiar la calle.

—Me estáis dando miedo, joder —murmuró en un tono más bajo—. Sois mis amigos, los únicos, y estoy preocupada por vosotros. —Se me partió el alma al percibir su voz quebrada—. ¿Es por el tipo aquel? ¿Te ha metido en algo chungo? ¿O ha sido Daniel quien te la ha liado otra vez?

—No puedo contarte nada, mi niña —insistí—. De verdad, estaré bien, pero no te preocupes si no me pongo en contacto contigo durante unos días. Lo haré en cuanto pueda.

—¿Qué?! —volvió a exclamar—. ¿Ni llamarme podrás?

—¡Cállate! —exigió mi hermano ante sus continuas quejas—. ¡Hazle caso a alguien por una maldita vez y lárgate a tu casa!

—¡Vete a la mierda, gilipollas! —saltó Susana—. ¡Me preocupo por Gaby, no por ti!

—¡Pues, si te preocupas por Gaby, demuéstralo y hazle un poquito de caso, joder!

La pobre no pudo evitar estallar en lágrimas, aunque quisiera disimular delante de Daniel.

—¡Déjame en paz, siempre igual de desagradable conmigo! —soltó en medio del llanto—. ¡Te odio! ¡Eres un cabrón y un cerdo! —Y comenzó a pegarle puñetazos—. ¡Te odio, te odio, te odio!

Me quedé tan estupefacta que apenas reaccioné. Permanecí quieta y, cuando estaba a punto de saltar sobre ellos para hacerlos parar, frené de golpe y eché unos pasos hacia atrás. Mi hermano, por fin, reaccionaba.

—¡Basta, Susana! —le dijo mientras la zarandeaba por los hombros—. ¡Deja de llorar o me partirás el alma, por favor!

—¡Qué voy a partirte, si tú también me odias!

—¡No te odio!

—Sí... —murmuró entre sollozos—, me odias y no puedo soportarlo...

—¡Joder, Susana, no puedo odiarte! ¡No puedo odiarte si te quiero!

Mi amiga, con el rostro surcado de lágrimas, se limitó a mirarlo con sus grandes ojos oscuros y brillantes por el llanto.

—¡Deja de tomarme el pelo, por favor! —Furibunda, le dio un manotazo en el pecho que lo hizo tambalear.

—¡No estoy tomándote el pelo, por el amor de Dios! —Rabioso consigo mismo, Daniel agarró a Susana y la estampó contra un raquítico tronco de árbol para abalanzarse sobre su boca y besarla con rabia y con pasión. Ella dudó un par de segundos, pero, después, se aferró con fuerza a su espalda y le devolvió el beso con la misma vehemencia. Observé con pesar cómo resbalaban las lágrimas por los rostros de ambos y decidí apartarme un poco más.

—¿Qué... qué es esto, Daniel? —preguntó ella con sus labios aún casi pegados a los de él.

—Esto es que ya estoy harto de fingir, Susana —contestó mi hermano, después de apoyar su frente en la de mi amiga—. De fingir que no me gustas o no te soporto, de disimular mis sentimientos, de disfrazar mi amor por ti de odio y desprecio.

—Pe... pero ¿cómo es posible...? —siguió preguntando Susana. Miraba a mi hermano con una devoción infinita y no pude evitar derramar también una fina lágrima.

—Es posible porque eres maravillosa, Susana. Eres la mejor amiga que se puede tener, además de trabajadora, inteligente y responsable. Y, por supuesto, eres lo más bonito del mundo entero.

Derramé más lágrimas cuando ella rompió a llorar con fuerza.

—La noche que pasé contigo fue la mejor de mi vida —continuó declarando Daniel—, pero me cagué de miedo. Yo no estaba acostumbrado a sentir nada por nadie que no fuese mi familia y, por otro lado, tú eras una persona demasiado sensata y lista como para tener algo serio con un personaje como yo.

—¿Como tú? Por favor, Daniel, no digas eso...

—Ni siquiera aguanto en un trabajo más de un día sin pelearme hasta con el portero, joder. Soy un puto tarambana.

—Esto es... la leche —oí decir a Susana—. ¡Ahora resulta que eres tú el que se considera menos que yo, después de creerme durante siglos la mayor mierda al compararme con tus ligues!

—Todas juntas no te llegan ni a los talones.

—Por Dios, Daniel, escúchame... —colocó sus manos alrededor del rostro de mi hermano—... tú también eres increíble. Disfrutas con tu trabajo, pero eres un alma libre y eso me encanta. Eres el mejor hermano que podría tener mi amiga y, como colofón, eres tan guapo que mi corazón salta cada vez que te ve.

Mientras volvían a besarse, decidí que era el momento de ser práctica y llamé a un taxi para que viniese a recoger a Susana.

—Si tanto os admiráis el uno al otro —los interrumpí con una sonrisa—, no entiendo los malos ratos que me habéis hecho pasar, joder. ¡Siempre en medio aguantando los dramas de cada uno!

Los tres reímos, pero volvimos a la realidad cuando el taxi apareció y nos deslumbró con sus faros en medio de la oscuridad.

—Tienes que irte, Susana —le pidió mi hermano—. Es mejor así, ya lo entenderás.

—Joder —gimió al tiempo que nos enlazaba a los dos con sus brazos—. Me duele que no contéis conmigo, pero entiendo que sea por mí. Os quiero mucho a ambos.

Cuando la vimos alejarse en el coche, procedimos a ponernos los cascos y montarnos en la moto, pero, antes de que la velocidad no me dejara explicarme con claridad, decidí que era el momento de indicarle a mi hermano mi destino.

—Daniel —suspiré—, lo de ir a un hotel me parece la mejor de las ideas, pero tendrás que irte solo. Yo... tengo otro lugar donde pasar esta noche.

—No puedes estar hablando en serio...

—Déjame en la calle Muntaner, por favor.

—Gaby, cariño, aún no puedes confiar del todo en él, por muy magistrado que sea.

—Soy bastante peor persona que él —repliqué.

A regañadientes, me obedeció y me dejó frente al portal del edificio de Christian. No se marchó hasta que vio cómo la portera me abría la gran puerta de hierro y cristal.

—Buenas noches, señorita. Bienvenida —me saludó la mujer—. El señor Márquez ya me avisó de que, si volvía usted por aquí, no hacía falta que lo llamara, que podía usted entrar en su casa cuando gustara. Siento mucho el equívoco de la otra vez.

—No importa, Merche, hizo usted su trabajo.

Bastante bien me estaba recibiendo para saberme la autora del ataque con lápiz al magistrado.

—Gracias, señorita —me dijo cuando me dirigí al ascensor—. ¿Quiere que avise al señor Márquez?

—No, gracias, prefiero sorprenderlo.

—Perfecto. —Sonrió pícaro—. Y, por cierto, me alegro de volver a ver mujeres por aquí preguntando por él. El pobre está siempre tan ocupado que hacía ya bastante tiempo que no subían chicas a su casa.

—¿Hacía mucho? —inquirí haciéndome la desinteresada.

—Oh, sí. Calculo que han pasado ya unos tres meses desde la última. —Bajó su tono de voz como si fuera mi confidente de toda la vida—. Una rubia guapísima que parecía modelo o algo así.

Entre las cuentas que llevaba del tiempo y la descripción de la supuesta amante, la tal Merche me fastidió bastante la nochecita. Los temidos celos me carcomieron por dentro, pero sólo hasta que yo se lo permití.

—Pues ahora parece que le van las pelirrojas —repliqué con una sonrisa del tipo «porque yo lo valgo y ahora Christian es mío».

No dejé que volviera a estropearme el momento y subí con rapidez al ascensor. Una vez en el rellano, frente a la puerta de entrada, inspiré hondo y toqué el timbre, algo que tuve que volver a hacer debido a que los minutos pasaban y nadie me abría la puerta.

Me quedó claro que había pillado a Christian en la ducha por cómo salió a abrir. Sus cabellos aún rezumaban agua y parecía haberse puesto a toda prisa una camiseta blanca y unos tejanos que no se había llegado a abrochar. Sus pies estaban descalzos y su cara, al verme, no pudo parecer más sorprendida.

Seguro que a él la sorpresa no lo dejó hablar, lo mismo que hizo conmigo su imagen, que me dejó muda. Verlo de nuevo, tan de cerca, a medio vestir, en su casa... Todo un cúmulo de sentimientos rebrotó en mí y un ejército de mariposas aleteando sin piedad se instaló en mis entrañas. Inspiré fuerte para intentar paliar aquella presión y hasta mí llegó su aroma a limpio, a jabón, a loción, a pura delicia masculina.

—Gabriela... —murmuró tras unos segundos de incertidumbre.

—Yo... no tengo a dónde ir —titubeé.

A partir de ahí, todo pasó como un borrón. Cerró la puerta tras de mí, agarró mi bolso y mi mochila y los lanzó sin mirar donde caían, y luego me agarró de la cintura para apretarme contra él y empezar a besarme casi con rabia.

—Me dejaste otra vez esta tarde —murmuraba entre besos, entre las penetraciones de su lengua en mi boca—, y no sabía cuándo iba a volver a verte. —Con la misma furia, me quitó la chaqueta y me subió la falda hasta la cintura para atrapar mis glúteos entre sus manos.

—Espera, Christian —jadeé antes de sucumbir a sus caricias y dejarme arrastrar—, necesito ducharme...

—Luego, Gabriela. —Todavía en el arrebato de su delirio, me arrastró hasta la mesa del comedor para apoyarme en ella y me arrancó las bragas—. Primero necesito entrar dentro de ti. Hasta que no penetre tu cuerpo y te sienta, no podré estar seguro de que estás aquí, de que no volverás a irte, de que no volverás a desaparecer.

No me dio tiempo a reaccionar. En pocos segundos se abrió el pantalón, extrajo su miembro y abrió mis muslos para buscar mi entrada. Sin más preámbulos, me penetró hasta el fondo en medio de un gemido desgarrado. Yo no estaba preparada del todo para acogerlo, pero mi cuerpo reaccionó al instante y la primera molestia se convirtió en plenitud en cuanto me sentí llena de nuevo por él.

En un principio él no se movió, sólo me miró. Clavó en mí sus preciosos ojos azules y leí en ellos un atisbo de desesperación. A continuación, y sin previo aviso, abrió de golpe mi blusa, haciendo saltar todos los botones. Tiró de mi sujetador e hizo rebosar mis pechos por encima del encaje. Inmediatamente, posó sus manos sobre mis senos y cerró los ojos un instante, deleitándose en el tacto de mi piel caliente.

—Ahora empiezo a sentirte —susurró, volviéndome a mirar de nuevo. Fue entonces cuando comenzó a mover las caderas, primero poco a poco, sacando su pene casi totalmente de mi cuerpo para volverlo a introducir con fuerza—. Esto es lo que necesitaba —jadeó—, tenerte, sentirte, penetrarte hasta cerciorarme de que vuelves a estar conmigo.

Sus movimientos se tornaron más rápidos y secos, y me obligaron a sujetarme en el filo de la mesa para recibir sus envites. Era una forma ruda y básica de hacerme el amor, pero los golpes en mi pelvis hacían crecer en mí un

placer hondo y caliente que me transportaba poco a poco al éxtasis. Aunque lo más excitante y placentero eran sus miradas y sus palabras, duras pero apasionadas, como si su ira sólo pudiera aplacarse follándome así de fuerte.

—Te necesito, Gabriela, ¿me oyes? Te necesito —decía en medio de sus enérgicas embestidas—. Ya no puedo conformarme con soñarte o imaginarte. Te quiero conmigo, te quiero a mi lado. Quiero tenerte, saborearte, tocarte y follarte. Dios... —Rugió cuando el placer empezó a inundarlo.

Yo no tuve fuerzas para esperarlo. La sangre hervía en mis venas y me dejé arrastrar por el orgasmo, tan fuerte y salvaje que grité como nunca. A él le quedó claro que había llegado, así que arremetió todavía con más fuerza. Mis glúteos golpeaban contra la mesa y mis pechos botaban frente a su cara.

—Así me gusta —gruñó—, que te corras y grites por el placer que sientes conmigo.

Entonces se dejó ir, emitiendo un grito desgarrado mientras su cabeza caía hacia atrás. Sus manos se clavaron con potencia en mis caderas y sentí el dolor, pero no me importó. Después, apoyó su frente en la mía y abarcó mi rostro con sus manos. Sentí penetrar en mi boca el aliento caliente de sus rápidas bocanadas.

—¿Sigues deseando esa ducha? —murmuró.

—Más que antes. —Sonreí.

—Siento haber estado tan brusco.

—No importa —respondí—. ¿Has oído alguna queja?

Él también sonrió y buscó mi boca para besarme de una forma lánguida y profunda. Su lengua se paseó por cada rincón y acabó lamiendo mis labios, lenta y sensualmente.

—¿Crees ahora que estoy aquí? —le pregunté.

Él no contestó. Se limitó a sujetarme por los muslos y comenzar a caminar hasta el baño conmigo en brazos.

—Vamos, tendrás esa ducha.

Los dos nos introdujimos bajo el chorro del agua caliente una vez que él salió de mi interior. Cogió un poco de su champú y comenzó a masajear mi pelo con la blanca y abundante espuma. Después hizo lo mismo con el gel de baño, extendiéndolo por mi cuerpo y frotando con suavidad cada porción de piel.

Sus manos sobre la capa resbaladiza de mi cuerpo no hacían más que

volverme a excitar. Volvió a mirarme a los ojos intensamente cuando comenzó a pellizcar los pezones y a deslizar, después, su mano entre mis piernas. El jabón posibilitaba que la suave fricción fuera placentera y que, poco a poco, mi cuerpo volviera a sucumbir a la excitación.

—No creerías que he tenido suficiente de ti, ¿verdad? —me susurró al oído mientras sus manos seguían obrando su magia.

—Yo no he dicho nada semejante —contesté totalmente encendida.

Era mi turno. Vertí gel en mis manos y procedí a extenderlo por su pecho, sus hombros, sus brazos. Bajé hasta su vientre y reseguí con la espuma la línea oscura de vello que se unía al de su sexo. Froté con pericia aquel nido suave, su erecto miembro y las pesadas bolsas que tanto me atraían.

Y él continuaba mirándome. Los rayos de sus ojos penetraban hasta mi alma y aquello se convirtió en algo más que un encuentro sexual. Era pura y cruda necesidad.

—Yo también te necesito —le susurré—. Te necesito ahora y te he necesitado cada uno de los días que he pasado sin ti. Incluso cuando creía que querías hacerme daño pensaba en ti.

Lancé mi boca contra su pecho y lamí a conciencia la humedad de su piel, bajando después por su abdomen hasta dejarme caer de rodillas frente a él. Clavé mis manos en sus glúteos y me deleité en pasar la lengua por sus muslos para ir ascendiendo y llegar a sus testículos y su miembro, duro y erecto frente a mí. Con labios y lengua saboreé toda aquella piel excitada, hasta que me introduje su pene en la boca hasta el fondo. Él gruñó y atrapó mi pelo mojado para comenzar a embestirme la boca, pero salió de ella para tomarme por las axilas, ponerme en pie y colocarme de cara a la mampara de la ducha. Con mis manos sobre el cristal, sentí a Christian agacharse detrás de mí y abrir mis glúteos para deslizar su lengua por toda la hendidura, desde el ano a la vagina, una y otra vez. A continuación, se puso en pie de nuevo, me levantó la pierna izquierda y me penetró desde atrás.

—No, Gabriela —jadeó entre sus acometidas—, tú no sabes lo que es necesidad. Necesidad de ti fue no poder pensar en otra cosa que no fueras tú; no poder dormir por las noches porque el deseo me invadía y me endurecía durante horas; soñar contigo cada puto minuto del día; cerrar los ojos y poder saborearte porque la última vez dejaste tu sabor impregnado en mi boca. Necesitarte es

ahogarme en tu ausencia.

Sus desgarradoras palabras iban acompañadas de sus fuertes embestidas, que me hacían golpear los pechos y la frente contra la superficie acristalada, y que acabaron doblando mis piernas cuando el placer inundó mi cuerpo como una ola salvaje. Christian me sujetó con fuerza cuando el potente orgasmo nos alcanzó a los dos, con una mano en mi cintura y la otra apoyada junto a las mías en la mampara.

Creo que fuimos conscientes de la realidad pasados varios minutos. El agua seguía cayendo y nosotros aún éramos una madeja de cuerpos entrelazados.

—Dime que ya no me tienes miedo —susurró a mi espalda, después de darme un dulce beso en mi hombro mojado.

Me giré entre sus brazos y lo miré a los ojos. Aún no había desaparecido el velo de pesar que cubría sus llamativos iris azules. Comprobar mi deseo no había sido suficiente para él.

—No te tengo miedo, Christian. —Posé mi mano sobre su áspera mandíbula—. Perdóname por hacerte daño, por no haber creído en ti. Hubo alguien que me hizo dudar de ti, pero ya no podrá hacerlo más.

—¿Quién, Gabriela? ¿Quién te hizo dudar de mí para que llegaras a pensar que quería hacerte daño?

—Y qué más da —le dije. Los años de entrenamiento en la agencia me impedían revelar nada que pudiese sacarla a la luz—. Confío en ti y eso es lo que cuenta.

—Nunca dejarás de ser un misterio, ¿verdad, Gabriela?

Acarició mi mejilla con el dorso de sus dedos, todavía con un atisbo de pesadumbre en su mirada. Me ofreció un albornoz y enrolló mi cabello en una toalla antes de secarse con rapidez y volver a colocarse la camiseta y los vaqueros.

—Ven —dijo tendiéndome la mano—, quiero enseñarte algo.

Enlacé mi mano con la suya y dejé que me llevara hasta su despacho. Una vez en él, se sentó en su butaca y me colocó sobre sus piernas, para estar los dos de cara a la pantalla del ordenador. Comenzó a teclear y en un principio me tensé, pero su tono suave y comprensivo me relajó. Mi nombre y mi fotografía aparecían en la pantalla.

—Gabriela Vargas —me dijo—. Encantado de conocerte.

Volví a tensarme cuando se lo oí pronunciar.

—Tranquila, cariño —me sosegó, dándome luego un abrazo y un beso en la mejilla—. Como comprenderás, cuando supe el nombre de la empresa ubicada en aquel edificio donde te vi con los gorilas de Petrov, pude acceder a las fichas de los empleados. Encontrar a una guapa pelirroja me fue bastante fácil.

Me tranquilicé un poco, aunque viendo mis datos en el ordenador me sentí un poco extraña.

—Ahora, al menos, sé tu nombre, lugar de trabajo, domicilio... Estoy orgulloso del puesto que ocupas en esa compañía tan importante para ser tan joven. —Suspiró al verme algo aturullada—. Perdona si te sientes acosada. Sólo pretendía saber algo más de ti.

—Me alegra que me lo hayas mostrado —le dije—. Y gracias, he currado mucho para llegar ahí.

—Quiero que confíes en mí, Gabriela.

—Ya te he dicho que lo hago.

Acto seguido, me hizo levantar para hacerlo luego él también y, cogiéndome de nuevo de la mano, me llevó hasta el cuarto donde vi las fotografías aquel nefasto día.

—Mira, las he quitado —señaló al panel y únicamente permanecían colgados los pósts que señalaban las fechas de los correos—, porque entiendo que debían de dar mal rollo, pero quiero que sepas que sigo investigando, aunque no pueda contarte nada, de momento. Toda mi credibilidad como miembro de la judicatura se iría al garete si se supiera que ando compartiendo los entresijos de las investigaciones a guapas pelirrojas que me tienen obnubilado.

—Gracias —hice una mueca—, pues daban bastante yuyu, la verdad. Y no te preocupes, comprendo que no podamos hablar de todo esto, pero un día me gustaría saber qué pintaba mi cara en tantas imágenes.

—Serás la primera en saberlo cuando el tema de Petrov salte a la prensa y sea conocido por el público.

Me alegraron aquellas señales de confianza por parte de Christian: mostrarme mi ficha en el ordenador, el panel, ahora casi vacío, por el que lo creí un psicópata o darme algunos detalles...

Aunque yo deseaba que confiara en mí, también es cierto que era magistrado de la Audiencia Provincial y no podía hablar de sus casos con cualquiera. Y yo

era menos aún que cualquiera. Era la menos indicada para que me confiara demasiadas cosas.

—¿No piensas decirme todavía cómo entraste en mi casa? —me preguntó de forma inesperada.

Tan inesperada que no supe qué contestarle. Debí parecer una niña pequeña a la que han pillado con la mano en la bolsa de los caramelos. Tuve que agradecerle mentalmente que fuera tan comprensivo y no tratara de presionarme más.

—Está bien, ya te he acosado bastante por hoy a preguntas. ¿Tienes hambre?

—No he comido nada desde hace horas y horas. —Sonreí.

—Pues, si te parece bien —me propuso, también con una sonrisa—, te vas secando el pelo mientras voy a la cocina. Ya tenía algo a medio preparar para cenar al salir de la ducha, pero no suelo comer mucho por la noche. Espero poder complacerte.

Me miró con un brillo azul de lujuria y reí antes de dirigirme al cuarto de baño. Me sequé el pelo y hurgué en mi mochila para coger algo cómodo que ponerme. Con las prisas, aparte de algunas faldas y blusas por si tenía que salir, sólo había echado dentro una sudadera gris y unos vaqueros, así que decidí seguir con el albornoz.

Fui a la cocina tras recogerme el pelo en una coleta y divisé a Christian desde la puerta. Se movía como pez en el agua colocando salvamanteles en la mesa, un par de platos con ensalada, cubiertos, una jarra de agua y dos vasos. Me dejé caer sobre la jamba cuando una ola caliente pareció cubrir mi espalda y los consabidos aleteos brotaron en mi vientre. Era tan atractivo... Para colmo, me hacía reír, me susurraba palabras que provocaban saltos en mi corazón, me hacía el amor como nadie y era capaz de poner la mesa sin ayuda. ¿Se podía pedir más?

Reí mentalmente mi propia ocurrencia, pero, sólo un segundo después, la misma extraña sensación de siempre volvió a apoderarse de mí. Entre Christian y yo había una fina pero evidente grieta que nos separaba llamada «desconfianza». Consideraba normal que él no confiara en mí si ni siquiera le había explicado la forma en la que había podido entrar en su casa a traición, como un caco cualquiera.

Pero ¿y al revés? ¿Por qué yo tampoco acababa de confiar en él? No lo

entendía y me resultaba triste, aunque era incapaz de evitarlo. Todavía demasiadas cosas pendían de un hilo entre él y yo.

—¿Te resulto gracioso? —me planteó, haciéndome despertar de mis elucubraciones.

—Muy sexy, diría yo —contesté divertida mientras me sentaba en una de las sillas—. Si no fuera por el hambre que tengo de comida...

Él soltó una carcajada que se me clavó, precisa y afilada, en el centro del pecho. Mostró su blanca dentadura y se le marcaron algunas líneas de expresión en los ojos, pareciéndome mucho más joven y despreocupado.

—Puedo ser el postre —me susurró mientras se sentaba frente a mí.

—Soy muy golosa —murmuré pícaro—, y me gusta todo con nata. Si tuvieras un espray por ahí...

—Ponte a comer —gruñó—, o te juro que te follo ahora mismo sobre tu cena.

—¡No! —Reí—. Déjame comer un poco, por favor.

—Espero que te guste la ensalada —indicó—. He troceado de todo un poco en cada bol y puedes acompañarlo con lo que he puesto en el centro de la mesa. —Señaló un plato donde había queso, jamón, salmón, nueces... Empecé a salivar ante la visión de aquellas pequeñas exquisiteces. Hasta el moño estaba ya de pasta recalentada y sopas de sobre.

—¿Bromeas? —le dije antes de llevarme a la boca el tenedor lleno de crujientes hortalizas—. Esto es una cena y no pizzas descongeladas con patatas fritas de bolsa. Sólo ceno de forma sana cuando voy a casa de mi amiga, pero la mayoría de las veces sufre mal de amores y acabamos comiendo chocolatinas y palomitas.

—Me alegro de que te guste —comentó sin dejar de mirarme. Me observó todo el rato que duró la cena, pero apenas fui consciente de ello, tal como disfruté de cada bocado.

—¿Siempre te haces la comida tú? —le pregunté antes de beber de mi vaso de agua.

—Desayuno y cena sí, pero, desgraciadamente, no puedo comer en casa al mediodía. Merche se encarga de hacerme la limpieza del piso y me prepara succulentas comidas para llevar cuando no tengo que comer en restaurantes por reuniones y temas laborales.

—Pobre Merche —solté sin pensar—. ¿Fue ella la que te encontró con el lápiz clavado en la mano? Menudo susto debió de llevarse.

Más tonta no se puede ser. Menuda ocurrencia ir a mencionar de nuevo aquel episodio para recordar que me había colado en su casa. Para mi desgracia, decidió pasar sobre ese tema de puntillas, pero fue a dar con otro peor.

—Espero que algún día me cuentes cómo pudiste entrar, pero me interesa más saber cómo era posible que coincidieras conmigo en tantos lugares.

Y ahí estaba, otra vez, la barrera que nos separaba. No me hubiese importado contarle cualquier detalle de mi vida, pero, con seguridad, el más mínimo pormenor lo llevaría irremediablemente a mi otra vida y eso no podía consentirlo, pues ponía en riesgo a muchas personas, mi hermano incluido, y yo misma.

Ahora pienso que, de aquella manera, resultaba inimaginable mantener cualquier tipo de relación con él, porque era imposible basarla en secretos y mentiras.

—Casualidad —le dije—, azar, destino...

—Sí, claro —me interrumpió con una mezcla de sarcasmo y rabia—. Somos como unos dados que se lanzan sobre el tapete, como los naipes de la baraja o la bola de la ruleta. Muy poético, Gabriela. —Se levantó, metió los platos en el lavavajillas y se dirigió a la puerta—. Me voy a la cama, mañana tengo mucho trabajo.

Me sentí como una mierda. Incluso estuve a punto de coger mi mochila y marcharme, porque yo resultaba ser la trampa de aquel juego de azar, la carta marcada, y me creí un auténtico timo.

—¿Quieres que me acueste en el sofá? —le pregunté—. ¿O que me vaya directamente?

Christian frenó en seco en medio del salón. La camiseta blanca marcó sus músculos tensos y sus pies descalzos quedaron clavados en el suelo de parqué. Se dio la vuelta para poder hablarme.

—¿Es eso lo que quieres? —inquirió—. ¿Marcharte?

—Yo... no lo sé.

Era la verdad. No lo sabía. Quería quedarme con él, dormir con él, vivir con él... pero no podía. O no debía.

Sin decir una palabra, se aproximó y se quedó plantado frente a mí. Después

de mirarme sin expresión alguna, me soltó el pelo y me desató el cinturón del albornoz para deshacerme de él y dejarme desnuda. Me cogió en brazos y me llevó al dormitorio, donde abrió la cama, me depositó en ella y me tapó. A continuación, se desnudó, se metió en la cama y se colocó detrás de mí, protegiendo mi cuerpo con sus brazos. Percibí el vello de sus piernas en las mías y su suave erección clavada en mi espalda. Le sentí hundir su rostro en mi pelo, besarme en el hombro y suspirar.

—Hasta mañana, Gabriela.

—Hasta mañana, Christian.

* * *

—Realmente tenía que ser una situación difícil —me dice Teresa, aprovechando el instante que he dejado de hablar—. Y te lo dice una experta en enamorarse de tipos imposibles.

Qué bien me va reír un poco.

—¿Me crees enamorada de Christian? —me atrevo a preguntarle.

—Hasta las trancas. Por eso no creo que lo mataras tú.

—Es un consuelo —suspiro— que mi abogada me crea.

—Ahora sí —dice mientras se pone en pie y coge los objetos que hay sobre la mesa, el tabaco y el móvil—. Vas a descansar un rato mientras yo salgo. Te recuerdo que tengo una vida, aunque —me corta al ver que voy a hablar—, no te preocupes, que me contarás toda la historia antes de ver al juez. Traeré café para las dos.

—Gracias, Teresa.

De nuevo, el guardia me esposa y me lleva hasta mi celda. Una vez dentro, me tumbo sobre el camastro y me quedo mirando al techo. El silencio se rompe con el sonido de mi estómago, que me recuerda que no he comido desde hace horas y apenas nada sólido. Me pongo de lado y cierro los ojos, aunque he de procurar no dormirme para que Teresa grabe todo lo que tengo que decir. Tal vez no sirva para una mierda, pero me da la sensación de que me ayudará a recordar y a comprender.

Por fin, percibo el sonido metálico de la puerta. Habrá pasado una media hora, pero me ha ido genial para mantener la mente en blanco. Me sorprende no

haber pensado en nadie esta vez. Debe de ser que mi cerebro lo evita para no sentir dolor, para no sentir nada.

De nuevo en la sala gris, me siento y abro los ojos como platos cuando observo lo que hay encima de la mesa. No sé cómo se lo habrá montado Teresa para poder traer este arsenal de cafés, bebidas estimulantes y varios sándwiches variados, todo ideal para una noche en vela... pero ni se lo voy a preguntar ni me importa, realmente. Sólo quiero terminar y dejarme llevar por mi propia historia para averiguar qué sucedió con Christian, quién lo mató.

No, mejor no vuelvo ni a pensar en ese hecho. Christian está vivo, tiene que estarlo. ¿Su sangre? Porque estará herido. ¿El arma? Alguien la puso en mis manos, ¿verdad?

Tal vez he visto demasiadas películas. Esto es la vida real, donde las cosas no se arreglan tan fácilmente.

—Menuda cara has puesto —me comenta mi abogada. Por fortuna, esta mujer pone algo de sal a mis tediosas últimas horas de semilibertad.

—No veas, Teresa. Esto parece un arsenal antirresaca.

—Pero sin fiesta previa —suspira—. En fin —comienza a servir los cafés ya preparados y el olor impregna mi nariz y mi alma—, bebe, Gabriela, y recuerda... Sobre todo, recuerda...

CAPÍTULO 18

Grabación n.º 18, realizada el día 3 de agosto de 2016 a las 21:30 horas

Fue una auténtica gozada dormir toda la noche junto a Christian. Desde Toni no pasaba una noche entera junto a un hombre, y resultó algo estimulante, confortable, tranquilo, reparador. Y eso contando con que quien me acompañaba era Christian, con el que era bastante difícil echarse a dormir y ya está. Aun así, dormí plácidamente las primeras horas, hasta que me sacaron de mi sueño unas manos acariciando mis pechos y unos labios besando mi espalda. Hicimos el amor sin encender la luz, de forma lánguida y sensual, pero con el mismo resultado final de siempre, un estremecedor clímax compartido que nos ayudó a relajarnos y volver a nuestro profundo sueño inicial.

Pasadas las horas, sentí un vacío junto a mí. Me faltaba el cuerpo caliente que había dormido abrazado a mí durante toda la noche. Abrí los ojos y contemplé las primeras luces de la mañana. Estiré los brazos, satisfecha por sentirme tan descansada, pero me incorporé de golpe al pensar que Christian se hubiese ido ya. Y, por qué no decirlo, decepcionada. Esperaba su mirada azul saludándome nada más despertarme, su sonrisa perfecta, su rostro tan cerca del mío que viera mi propia imagen reflejada en sus pupilas. Y, sobre todo, esperaba despertarme con una sesión de sexo única... tan única como él.

—¿Hola? —grité mientras me ponía el albornoz, que descansaba en un perchero de la habitación—. ¿Christian?

—¡Estoy aquí!

Seguí el rastro de su voz hasta la cocina, donde estaba tomando un café, de pie junto a la encimera. Me vi sorprendida por un fuerte *déjà vu* al verlo trajeado

y de espaldas, pues fue la primera imagen que tuve de él el día que se interpuso entre mi taxi y yo... y volvió a dejarme sin aliento, con el cabello húmedo recién peinado, tan impecablemente vestido, tan elegante y con ese carisma que parecía acompañarlo siempre. Y su olor... hummm, ¡para comérselo!

—Buenos días, Gabriela —me saludó entre sorbo y sorbo de café, sin dejar de mirarse el reloj de pulsera—. Perdona, pero he de irme ya.

—Podría haberte acompañado a tomar café —comenté sin parecer demasiado molesta, aunque lo estaba.

—Estabas tan dormida que me ha dado pena despertarte.

—Pero no me habría importado —insistí.

Traté de aplacar sus prisas tirando de su mano para acercar su taza a mi boca y darle un trago a su café. Él pareció ser consciente de mi presencia por fin y me sonrió antes de terminarse lo poco que yo le había dejado de la negra bebida. Dejó la taza en el fregadero sin apartar sus ojos de mí y deslizó su mano por mi pelo.

—Eres todo un espectáculo recién levantada con el cabello suelto —susurró.

—Lo sé. —Sonreí—. Ahora mismo me haré una coleta.

Durante varios segundos no habló, se limitó a acariciar mi pelo y mis mejillas con la mayor de las ternuras.

—Me gusta que estés aquí —declaró, al fin—, en mi casa.

—Sólo serán unos días. —Tomé la mano con la que me acariciaba y posé mis labios en su palma.

—Puedes estar aquí el tiempo que quieras. Al menos —suspiró—, hasta que sepamos qué quiere esa gente en realidad y tú no corras peligro.

—¿No te ibas a trabajar? —le pregunté pícara, al ver que no se cansaba de mirarme.

—Eh... sí, claro, me voy. Puedes seguir durmiendo, o sentarte a ver la televisión o leer...

—Gracias, Christian. Y tranquilo, ya me las apañaré en un apartamento tan chulo como éste.

—Entonces, hasta luego, Gabriela. —Inclinó la cabeza y me dio un suave beso en los labios, cosa que desestimé rápidamente. Coloqué mis brazos alrededor de su cuello para atraerlo más hacia mí y abrí sus labios con los míos para introducir mi lengua y enredarla en la suya. Relamí el interior de su boca y

saboreé su gusto a café, lo que hizo que él emitiera un suave gemido antes de apretarme contra él e intensificar el beso.

Me hubiese quedado así todo el día. O mejor, lo hubiese arrastrado hacia la encimera y le hubiese echado un polvo mañanero allí mismo, pero comprendí que tenía que cumplir con sus obligaciones.

—Nos vemos luego —murmuró antes de salir por la puerta.

Suspiré y decidí hacerme un café para mí, para espabilarme. La cafetera situada sobre la encimera funcionaba con cápsulas, así que me dispuse a buscarlas abriendo los armarios. Emití un silbido de admiración al observar tanto surtido y todo tan bien ordenado, e hice una mueca al pensar en mi propia cocina. Daniel y yo apenas recordábamos comprar nada y, para colmo, resultaba de lo más difícil dar con algo en aquellas montañas de restos de galletas pasadas, latas de tomate frito y bolsas de patatas rancias.

Di con las cápsulas enseguida y cogí una para depositarla en la cafetera y hacerme el café. Con el vaso caliente ya entre las manos, me entretuve dando una vuelta por el piso para echar un vistazo. Sonreí con un mohín al recordar el día que hice lo mismo pero que nada tenía que ver con esa mañana. Me encontraba relajada, sólo algo inquieta cuando recordaba el tema del lío del mafioso y todo lo demás, y deambulé tranquila por las estancias. Me sorprendió no averiguar nada de Christian a través de aquel *tour*, pues no había objetos personales, como recuerdos de viajes o cosas así. Sólo hallé unas pocas fotografías en una estantería del comedor, donde se lo veía en sus graduaciones como abogado y juez, o con su toga de magistrado junto a otros que ya portaban la insignia del Tribunal Supremo. Ésa era, seguro, la ambición de Christian.

Fue cuando comprendí que aquel apartamento no era la vivienda de un magistrado. Primero, por el tema de la impersonalidad del ambiente, y segundo, porque su sueldo seguro que le daría para algo mejor, por mucho que fuera un bonito piso en la zona alta de Barcelona.

Después de beberme el café miré la hora en mi móvil y pensé en llamar a mi hermano, aunque no creía que se hubiese levantado tan pronto. Aun así, decidí hacerlo y me contestó, pero con una voz tan pastosa que apenas se entendía.

—Ya era hora de que me llamas —farfulló—. He dejado el teléfono junto a mi cara y, desde anoche, ni una palabra.

—No pensarías que iba a llamarte de madrugada.

—No sé, Gaby —refunfuñó—. Yo a estas horas no sé muy bien lo que digo. ¿Todo bien, entonces?

—Todo perfecto, hermanito. Pero no pienso pasarme aquí la vida. Sólo serán unos días, hasta que averigüemos algo más.

—Si necesitas cualquier cosa, me llamas —rezongó.

Colgué después de bufar. Sé ahora y sabía entonces perfectamente que mi hermano, ante cualquier palabra mía, se desviviría en buscarme y protegerme, pero necesita su dosis de sueño para ser persona.

Al mencionar el tema, me sentí algo más inquieta. Apoyada en el mármol de la cocina, comencé a buscar en mi móvil hasta que encontré la fotografía que le había hecho a la imagen real de Olga, nuestra misteriosa clienta. La observé detenidamente y fruncí el ceño. Creo que, a veces, el cerebro hace conexiones sin que nos demos cuenta y eso me ocurrió a mí. Se me pasó una sorprendente idea por la cabeza y mi estómago se cerró como un puño.

—No puede ser, ¿verdad? —murmuré.

No podía seguir con esa incertidumbre ni un minuto más. Con rapidez, fui en busca de mi mochila y extraje los vaqueros y la sudadera que había echado dentro el día anterior y me los puse a toda prisa. Me calcé las deportivas y me cepillé con diligencia el pelo para atármelo en una coleta. Cuando abrí la puerta y salí al rellano, recordé que no tendría llaves para entrar de nuevo, ya que la copia que usé en su momento se había quedado en casa. Pero luego asentí satisfecha. Eso mismo me valdría como excusa para hablar con la portera.

Una vez en la portería, la hallé barriendo el tramo de acera que le correspondía. La saludé y entró con celeridad.

—Buenos días, señorita. ¿Todo bien?

—Pues no mucho, Merche. Resulta que he tirado de la puerta sin acordarme de que no tengo llaves. ¿Podría ayudarme?

—Claro, tengo guardadas llaves de todos los vecinos. No se mueva de aquí y ahora mismo se la traigo.

Sólo tuve que esperar un minuto antes de que se presentara con la llave.

—Aquí la tiene, guapa, pero recuerde que me la tendrá que devolver pronto.

—Gracias, Merche. Por cierto, tengo una pequeña curiosidad. Espero que no me tache de cotilla...

A la mujer le brillaron los ojos. Debía de ser su entretenimiento, fijarse en los

detalles de las personas para poder comentarlos luego y, por supuesto, ser la receptora de todos los comentarios posibles.

—Pregunte lo que quiera. Estoy para ayudar.

—Ayer me dijo que la última chica en visitar a Christian fue una guapa rubia que parecía modelo. Pues resulta que tengo la fotografía de una chica que conozco que es modelo y creo que puede ser ella.

Planté ante ella la imagen de Olga Petrova y su sonrisa como respuesta me heló la sangre.

—¡Sí, es ella! —exclamó entusiasmada—. ¿Y dice que es modelo? ¿Sale en las revistas o la televisión?

—¿Está segura, Merche? —pregunté con un nudo en la garganta.

—Claro que estoy segura. Ya se lo dije, era muy rubia y llamativa, con pinta de extranjera, pero, cuando hablé y no le encontré acento, deduje que era española. Ahora que caigo, nunca me dijo su nombre. Seguro que fue para evitar a los *paparazzi*.

«¡No, no puede ser!», pensé.

Mientras la portera continuaba con su cháchara sobre los famosos, un frío helado pareció congelar la sangre en mis venas. Creo que incluso sentí los espasmos de los escalofríos en mi cuerpo.

Dejándola con la palabra en la boca, abrí el portal, escondí mi coleta bajo la capucha de la sudadera y me lancé a la calle con la cabeza gacha y las manos en los bolsillos mientras avanzaba a grandes zancadas.

Sólo había sido una idea, un efímero pensamiento que había atravesado mi cerebro durante un segundo, pero, al final, mi tenue pero terrible sospecha se había materializado. Después de haber dado por hecho que Christian no tenía ningún tipo de relación con la clienta, resultaba que no sólo se conocían, sino que habían sido amantes... o novios, o *follamigos*, o lo que fuera.

Dios, Dios, Dios, ¿otra vez había vuelto a engañarme?

No cesaba de hacerme toda clase de preguntas mientras caminaba calle arriba sin fijarme por dónde iba.

¿Qué coño estaba pasando? Olga Petrova manteniendo una relación con Christian, subiendo a su apartamento... y, luego, contratando a la agencia de Julián para que le destrozásemos la vida. Estaba claro que la historia que nos había contado sobre su compromiso con el magistrado y lo de su familia muerta

o destrozada era mentira. Entonces, ¿para qué? ¿Por qué? ¿Por qué? ¿Por qué?
¡Por todos los santos! ¡Christian y esa maldita mujer eran amantes!

¡Mierda! Iba a estallarme la cabeza e, instintivamente, me la cubrí con las manos y me dejé caer en la pared de un edificio. Ni ganas de llorar tenía.

Hice un par de inspiraciones y dejé escapar el aire con lentitud. Había que pensar con la cabeza fría y no dejarse llevar por las emociones. En primer lugar, tenía que largarme de esa casa. Desanduve el camino hasta la vivienda del magistrado y tomé el ascensor con premura antes de toparme con Merche y tener que darle una explicación sobre mi repentina marcha. Una vez dentro, fui en busca de mi mochila y comencé a recoger las prendas sucias del día anterior para introducirlas en su interior. Mi corazón se paró de pronto cuando oí el sonido de la puerta y unos pasos. Me puse en pie cuando Christian apareció ante mí con una bolsa en las manos y seguido de un tipo con pinta de guardaespaldas.

—Suponía que no llegarías hasta la tarde —le dije.

—He pensado en darte una sorpresa y traer el almuerzo. ¿Qué estás haciendo?

—¿Y este tipo? —le pregunté.

—Es mi nuevo escolta. Óscar, por favor —le dijo al sujeto serio que parecía una estatua—, ¿puedes esperar fuera?

El hombre, sin decir una palabra, giró ciento ochenta grados exactos y se dirigió hacia la entrada.

—Y ahora, Gabriela, ¿me explicarás qué estás haciendo con esa mochila?

—Me voy, Christian. Estoy cansada de tus mentiras. No paras de exigirme confianza, pero ya me es imposible darte un ápice más si no recibo un mínimo de sinceridad a cambio.

—¿De qué demonios estás hablando?

—Voy a hacerte una única pregunta, Christian. ¿Estuviste saliendo con Olga Petrova?

—¿Cómo sabes tú eso? —respondió, tan alterado que el suelo se hundió bajo mis pies al cerciorarme de la verdad—. ¿Y cómo conoces siquiera su existencia?

—Está claro que no me lo has negado. —Cerré la cremallera de mi mochila y me la eché al hombro.

—¡Espera! —me detuvo—. No sé qué está pasando por tu cabeza, pero creo que estás sacando las cosas de contexto. Sí, tuve una relación con Olga, pero no

supe su identidad hasta que se marchó.

—¿Te parece que saco las cosas de contexto? ¡Joder, Christian! ¡Te tirabas a la hija del tío que investigas! ¡A saber si no te la sigues tirando!

—¡No! Mierda, Gabriela. La conocí en una sala de fiestas. Era guapa, impresionante, y no dejó de insinuarse durante toda la noche. Nos liamos y la cosa duró unas pocas semanas. ¡Punto!

—Empiezo a preguntarme qué pinto yo aquí en medio —le dije—, entre tus mafiosos rusos y las zorras de sus hijas. ¡Dime! ¿Qué pasa con mis fotografías? ¿Quién te las envía? Y esa tía, ¿cómo coño se come que se folle al magistrado que puede encarcelar a su padre?

—¿Cómo conoces la existencia de Olga?

—¿Vas a contestarme con otra pregunta?

—Por el amor de Dios, Gabriela, la existencia de la hija de Petrov es material clasificado. ¿Cómo has podido saber...?

—Déjalo ya, Christian —lo interrumpí—. Me largo de aquí. Prefiero correr el riesgo de que me secuestre una banda de rusos cabreados a quedarme un segundo más contigo.

—Si sales por esa puerta —me amenazó al dirigirme a la salida—, no vuelvas más, Gabriela. Ni azares o casualidades del destino ni hostias en vinagre volverán a unirnos. Estoy cansado de suplicarte que no te vayas, que te quedes conmigo y confíes en mí. Si te vas, no quiero volver a verte.

Algo se me murió por dentro al oír sus palabras tan duras.

—Únicamente te he pedido un poco de confianza, Gabriela —prosiguió—, nada más, y a cambio sólo recibo mentiras o silencios por tu parte. ¿Y aun así te parece demasiado? ¡Un poco de confianza!

Yo continuaba dándole la espalda, con la mano extendida ya sobre el pomo de la puerta de salida. Estaba tan tensa que hasta los músculos comenzaron a dolerme.

Sí, tenía razón. Mientras yo no le había soltado más que engaños y falacias, él me había demostrado ser bastante más honesto y siguió a mi lado a pesar de tener claro que yo le mentía. Pero saberlo enredado con esa mujer... fue superior a mi afecto por él. No podía seguir confiando en una persona que podía estar involucrada en algo que pusiese en riesgo a muchas personas que yo quería.

—No puedo, Christian.

—Entonces —su voz sonó dura y autoritaria—, lo dicho. Jamás vuelvas a ponerte en mi camino.

A pesar de llevarme esas últimas palabras clavadas en la espalda, tuve fuerzas para abrir la puerta y llamar al ascensor ante la impasible presencia del guardaespaldas. Bajé y salí al exterior como una exhalación, respirando tan aprisa que temí hiperventilar en medio de la calle. En cuanto vi pasar un taxi, alcé el brazo para detenerlo con el fin de que me llevara al hotel donde se hospedaba mi hermano. A malas penas pude balbucir el nombre de mi destino.

Al entrar en el establecimiento, descubrí un lugar sencillo y poco elegante, pero parecía confortable y, lo que era mejor, discreto. Me ofrecieron en recepción una tarjeta magnética, pues Daniel había reservado a nombre de los dos, y accedí con ella a la habitación. Me encontré a mi hermano sentado sobre una de las camas trajinando con una de sus cámaras fotográficas. Aquella imagen, tan cotidiana y conocida para mí, pareció hacerme soltar toda la tensión que llevaba acumulada. A punto estuve de tirarme sobre la cama y abrazar a Daniel, lo mejor y más seguro que yo tenía en mi vida, pero me detuve para que no descubriera la angustia que yo guardaba.

—¿Qué haces aquí? —me preguntó—. ¿No iban a ser unos días?

—He descubierto algo que me ha hecho desconfiar de él —le dije de una forma que pareciera que no le daba importancia.

—Querrás decir algo más —me dijo alzando una ceja—. Porque yo de ese tipo no me he fiado en ningún momento, por mucha toga que lleve.

—Le he mostrado la fotografía de Olga Petrova a la portera y la ha reconocido como la amante del magistrado.

—¿Qué?! —exclamó saltando de la cama—. ¡Joder! ¡Su puta madre!

—Tranquilo —traté de apaciguarlo—. Al fin y al cabo, esa mujer vino a nosotros con la petición de destruirlo y a nosotros nos importa un carajo que sea por haber estado prometidos o por haber sido amantes. Lo malo es que nos estemos metiendo en alguna sucia trama de mafiosos que nos pueda perjudicar.

—Aquí no cuadra nada, Gabriela —bufó mientras caminaba arriba y abajo en la pequeña habitación—. Tendré que poner esta última noticia en conocimiento de Julián en cuanto pueda.

—Sí, será lo mejor.

—Por cierto, Gaby, pensaba que hoy no estarías aquí y he quedado con un

tipo por un tema laboral. Se trata de entregarle unas fotografías que hice hace un tiempo bastante buenas y que podrían ilustrar un reportaje. Tomé algunas escenas y paisajes de zonas rurales.

—¡Eso es fantástico! —exclamé antes de abrazarlo—. Siempre ha sido ése tu sueño, Dani. Lo próximo será fotografiar zonas lejanas del planeta para el *National Geographic*, aunque me dolerá mucho que te vayas.

—No vuelas tan alto, hermanita. Hay demasiada competencia para llegar hasta ahí.

—Pues no pierdas más el tiempo —lo animé—. Ve y demuéstrole a quien sea lo que vales.

—No quiero dejarte sola, Gaby, y menos después de lo que me has contado.

—Vamos, Daniel, no digas chorradas. Christian podrá ser lo que sea, pero no va a hacerme daño. Y dudo mucho que le interese un pimiento a esa panda de rusos.

—No sé, Gaby... Podría cancelar la cita e intentar dejarlo para otra ocasión.

—¿Y perder una oportunidad como ésta? Ni hablar. —Le colgué su mochila al hombro y lo empujé hacia la puerta—. Estaré bien, no te preocupes.

Me dio un abrazo y un beso y se marchó. No pasaron ni quince segundos cuando tocaron a la puerta.

—¿Ya te has olvidado algo? —pregunté mientras le abría.

Pero no era Daniel quien apareció ante mí, sino Olga Petrova. Fui a cerrarle la puerta en las narices, pero un esbirro que la acompañaba y que reconocí como uno de los falsos policías lo impidió abriendo con fuerza hasta golpear la superficie contra la pared.

—¿No vas a dejar pasar a la clienta que te paga? —soltó la muy zorra mientras accedía a la habitación. Su gorila cerró la puerta y se plantó de brazos cruzados delante de ella para impedir la salida.

—¿Qué haces tú aquí? —le pregunté, tratando de no parecer preocupada—. Nunca podemos vernos con los clientes fuera de la agencia, ni sin la presencia de Julián.

—Oh, pero yo soy una clienta muy especial, ¿no es cierto?

—¿Te refieres a que eres la hija de Dimitri Petrov, Olga? —solté alzando mi barbilla.

—No creerás que me sorprende tu hallazgo —señaló con una sonrisa

siniestra—. Sabía que era sólo cuestión de tiempo que descubrieseis mi identidad.

Intenté disimularlo, pero me chocó aquella frialdad y serenidad suya, como si no hubiese intentando en ningún momento encubrir su nombre ni su procedencia. Había aparecido por la puerta ataviada con unas grandes gafas de sol, pero se desprendió de ellas y, junto a su cabello rubio sin peluca, pude verla por primera vez al natural.

Es cierto lo impresionante que era, tan alta, rubia, de piel clara y unos llamativos y rasgados ojos grises. Me sentí intimidada por ella durante unos instantes, pero luego cambié mi pose y enderecé los hombros para no darle a entender que podía tenerle un ápice de miedo.

—Tranquila, Olga —le dije, sin dejar de mirarla a los ojos—, estamos acostumbrados a clientes muy importantes que se ocultan tras un disfraz y que no ofrecen más que una historia inverosímil para que jodamos a alguien y sacar una buena tajada. Tu caso tampoco nos ha conmovido.

—¿Seguro? —preguntó, de nuevo con una expresión perversa—. ¿Tampoco cuando te has enterado de que, en realidad, sí estuve liada con tu Christian?

Ahí fue cuando tuve que aparentar más serenidad que nunca.

—No es *mi* Christian —repliqué con desdén.

—Oh, no, claro que no —rio—, por eso ya duermes en su casa con él. Y dime —tornó de nuevo su rostro de lo más cruel—, ¿ya te ha follado sobre la mesa del comedor? ¿O ha sido en la cocina? ¡No! ¡Seguro que ha sido en la ducha! Qué bueno es Christian echando polvos bajo el agua.

Tuve que tragarme la arcada para no vomitar. Esa mención de los lugares donde yo había hecho el amor con Christian me produjo un gran dolor en el corazón. La muy guarra debió de percibirlo y se acercó aún más a mí para seguir con su exposición sobre sus encuentros sexuales.

—¿A ti también te susurra al oído mientras te folla? —murmuró—. Con esas lentas pero a la vez fuertes embestidas que te producen un placer inigualable...

—No me interesa para nada tu vida sexual —la corté.

—Oh, no vayas a molestarte —dijo risueña—. La verdad, a mí Christian no me interesa absolutamente nada, aunque esté para hacerle un buen favor. Sólo fue un paso más en mi plan. Si tenía que dar a entender que había sido mi prometido, primero debía conocer el terreno. Fue bastante fácil meterme en su

cama, en su casa, y averiguar unas cuantas cosas interesantes. Y de paso —sonrió ladina—, pasar unos días de lo más agradables. Me hubiese gustado seguir con él más tiempo, pero lo primero era lo primero.

—Sí —corroboré—, es normal que te tomaras todas esas molestias si querías destruir al magistrado que supuestamente te había abandonado ante el altar y que podía acabar encarcelando a tu padre.

La siguiente mirada que me lanzó Olga sí que me dio miedo. Extendió su mano hasta mi coleta y acarició mi pelo con suavidad. Sentí que brotaba el sudor de cada poro de mi piel.

—Pobrecita —murmuró—. Eres tan inocente a pesar de todo... Qué fácil ha sido que hayáis creído que ése era el motivo por el cual quería acabar con Christian.

—Fuiste tú —le pregunté para insinuarle que no era idiota— quien envió esas fotografías de mí a Christian, ¿no es cierto?

—¿Todavía no habéis averiguado eso? Vaya —emitió un chasquido con la lengua—, qué decepción.

—¿Qué quieres de mí, Olga? —la interrumpí—. Si lo que quieres son los vídeos que grabé mientras estuve con Christian, tómalos, páganos y desaparece de nuestras vidas.

—Por supuesto que los sigo queriendo —aseveró—, pero no todavía. Antes tengo otros planes para ti, Gabriela.

Sólo me bastó ese instante, esa mención de mi nombre, su expresión maligna, su voz diabólica, su mirada gris despiadada... Sólo un segundo fue suficiente para que la luz por fin se hiciera. Y entonces el miedo se convirtió en pavor.

—Dios —susurré—. Tu propósito no era destruir a Christian, ¿verdad? Él sólo ha sido un peón, un instrumento más de tu juego. Tu verdadero objetivo desde el principio he sido yo.

Emitió una espeluznante carcajada que me heló la sangre. Después, comenzó a aplaudir.

—Bravo, Gabriela, bravo. No eres tan simple como yo creía. Aunque un poco tarde para mi gusto, has descubierto, por fin, que es a ti a quien quiero ver revolcándose en el fango.

—Pero ¿por qué? ¿Qué quieres de mí? ¿Qué te he hecho yo?

—Eso —sentenció mientras volvía a colocarse las gafas de sol—, te toca descubrirlo a ti. Estoy ansiosa por ver cuándo sois capaces de averiguarlo. Esperemos que no sea demasiado tarde. *Do svidaniya*,[2] Gabriela.

Cuando la puerta se cerró ante mí, sentí que el suelo se abría bajo mis pies.

* * *

—A ver, que yo me entere. —Teresa detiene la grabación y se enciende un nuevo cigarrillo—. ¿Ahora resulta que todos esos rusos y nuestro querido mafioso afincado en España no iban a por Márquez?

—No, Teresa. Iban a por mí.

—¿Era por algo relacionado con tu trabajo en la agencia? ¿Tal vez por algún embrollo de Julián que os salpicó?

—Eso hubiese creído si Olga no me hubiese señalado concretamente a mí.

—¿Llegasteis a saber el motivo?

—Tardamos un poco, pero sí. Desgraciadamente, llegué a saberlo...

CAPÍTULO 19

Grabación n.º 19, realizada el día 3 de agosto de 2016 a las 22.09 horas

Nuestras caras de circunstancias adornaban el despacho de Julián. Tras hablarle a mi hermano de mi inesperada visita, me propuso ir inmediatamente a hablar con nuestro jefe.

—Voy a seguir investigando —nos informó—, no os quepa duda. Yo mismo, en coordinación con mi equipo, he revisado ya docenas de casos, suponiendo hace ya tiempo que aquí había gato encerrado. Pero todavía no hemos sido capaces de encontrar la conexión de Olga o su padre con algún proyecto donde hubiese intervenido Gabriela.

—Sigue siendo todo tan extraño... —comenté.

—Esto ya pasa de extraño, Gaby —expresó Daniel.

* * *

Pasé unos días muy raros y difíciles. No podía alargar por mucho más tiempo mi baja laboral y, además, ese tiempo me lo pasé encerrada entre las cuatro paredes de mi casa. A Daniel no le gustó la idea de que volviéramos a nuestro piso, pero, como le comenté, ¿qué más daba ya dónde viviéramos, si esa mujer había sido capaz de encontrarnos cada vez que había querido? Por todo ello, decidí, al menos, llamar a mi amiga por teléfono, aunque me llevara la bronca de mi hermano. Necesitaba algo de normalidad en mi vida, ya que, incluso, había tenido que restringir las visitas a mi madre.

—¡Gabriela! —me contestó feliz, nada más descolgar—. Qué bien que me

hayas llamado. Te echo tanto de menos...

—¿Cómo van las cosas en el curro? —le pregunté.

—Bien, esperando que vuelvas. Murillo *el Pardillo* está un poco mosca por tu ausencia, porque ha tenido que recurrir a otra persona de otra sección para cubrir tu puesto, pero todos sabemos que el único problema es que no llega a tu altura.

—¿Y los compañeros?

—Si te refieres a Marc —rio—, no deja de preguntar por ti. Le he tenido que decir que estás de baja, con el móvil desconectado, por lo que se ha creado una especie de alarma por si estás ingresada por algo grave. En fin, ya sabes cómo es la gente, que está ansiosa por chismorrear.

—Tengo tantas ganas de verte... —le confesé. A continuación, percibí un murmullo al otro lado de la línea. Además, los comentarios de mi amiga se habían entrecortado alguna vez y empecé a mosquearme. Una sospecha cruzó mi mente y me indigné antes incluso de corroborarla—. Susana, ¿con quién estás hablando?

—¿Yo? —chilló más de la cuenta—. ¡Con nadie! Estoy sola...

—Haz el favor —le ordené—, ahora mismo, de pasarle el teléfono a mi hermano.

—¿Qué te hace pensar que...?

—¡Ahora, Susana!

Vuelta a los murmullos.

—Hola, hermanita.

—Tú... ¡tú eres un cerdo cabrón! —le solté—. ¡¿Cómo has podido prohibirme cualquier contacto con Susana y presentarte tú en su casa?!

—Yo... ¡joder, Gaby! ¡Tenía que venir y retomar una conversación que teníamos pendiente!

—Fantástico... —le espeté.

Vuelta a los murmullos.

—Gaby, por favor —volvió a ponerse Susana—, no te enfades con Daniel. No sé qué está pasando, si tan importante es para mi seguridad que me mantengáis al margen, pero no creo que sea como para no poder siquiera contactar con vosotros. Además —suspiró—, sabes que entre Daniel y yo quedaba algo pendiente. No puedes pretender que, el hombre al que quiero y que

pensaba que me odiaba, me diga que él también me quiere y no volvamos a hablar.

No tuve argumentos para rebatir eso.

—Tú ya has estado enamorada —prosiguió— y sabes de qué te estoy hablando.

Susana, con seguridad, se estaba refiriendo a Toni, pero yo sólo pude formar en mi mente la imagen de Christian. No quiero decir que hubiese olvidado a mi difunto novio, ni mucho menos, pero él ya formaba parte del pasado, de mis recuerdos y de mi propia persona. Sin embargo, Christian, a pesar de todo, pertenecía a mi presente.

En fin, no me quedó otro remedio que aceptar que el amor vence la mayoría de los obstáculos, incluido el temor por tu propia vida. A Daniel no le importó arriesgarse con tal de ver a la mujer que amaba.

Aunque, a veces, como en mi caso, los obstáculos fueran un poco más insalvables.

¿O no? ¿O en mi caso esos obstáculos los había puesto yo?

Tal vez, el mayor obstáculo era yo misma y mi pasado.

En la siguiente reunión con Julián hubo máxima expectación. Nuestro jefe detective había contactado con Daniel de forma urgente y fuimos a su despacho nerviosos y a la vez esperanzados. Julián era un hombre con una capacidad de recursos casi ilimitada, aunque era humano, y lo demostró cuando lo vimos aquel día desparramado en su sillón frente a una mesa repleta de multitud de papeles desordenados, algo impensable en la pulcritud habitual de su entorno. Su aspecto personal era igual de caótico, pues su cabello alborotado, su barba y los círculos de transpiración en su camisa delataban horas y horas de trabajo sin descanso. Algo también inusual en él, que solía delegar en sus ayudantes las tareas relacionadas con el papeleo.

Estaba clarísimo que la cosa era delicada.

—Lo hemos conseguido —suspiró con aire cansado—. Tenemos, por fin, la respuesta.

Daniel y yo esperamos, expectantes.

—Nos ha costado mucho sudor y una buena cantidad de café, pero hemos dado con la clave.

Tiró sobre la mesa una carpeta y la abrió, dejando a la vista unas cuantas

fichas. Las reconocí como el único resquicio que solía quedar de cada caso, sólo unos pocos papeles, ya que todo rastro quedaba destruido en cuanto los proyectos finalizaban, tanto los documentos en formato digital como en papel, que acababan en la trituradora.

—Abril de 2015 —comenzó a explicar Julián—: Se presenta aquí una mujer supuestamente cabreada por las infidelidades continuadas de su marido, ofrece una buena pasta si se pueden demostrar y así llevarse su tajada en el divorcio; típico, lo más típico del mundo en nuestra lista de clientes. El sujeto al que hay que pillar es un tal Víctor Mur. ¿Lo recuerdas, Gabriela?

Observé la fotografía que ya me facilitaron en su momento. Fruncí un instante el ceño. Aquél era un tipo bastante normal, de unos cuarenta y tantos, que apenas recordaría de no ser por mis minuciosas anotaciones, que lo hacían posible la mayoría de las veces.

—Lo recuerdo —afirmé—. Me costó un poco más de la cuenta, pero, al final, acabamos en un hotel con el mismo resultado de siempre.

—Pues resulta —continuó Julián— que este hombre no estaba casado ni lo estuvo nunca. Únicamente estaba saliendo con una chica, a cuyo padre no le gustaba para nada la idea de que su hija quisiese casarse con un simple abogado.

—Entonces —dijo Daniel—, ¿fue cosa del padre de la joven el contactar con nosotros?

—Exacto —contestó Julián—. El padre, con seguridad, aspiraba a algo mejor para su hija y maquinó todo este montaje para que rompieran. Por descontado, cortaron la relación ante tales pruebas de infidelidad y ella cayó en una enorme depresión, sin llegar a saber qué había pasado realmente.

A pesar de que mi hermano y yo nos miramos porque empezábamos a atar cabos, Julián hizo un inciso para darle un aire más teatral al asunto.

—La mujer que nos vino a visitar en aquella ocasión —lanzó sobre la mesa la fotografía de la antigua cliente— y que dijo ser la esposa agraviada, trabaja para Petrov. Ya lo hemos podido verificar.

Un nuevo intervalo.

—Sólo hacía tres años que el mafioso había tenido conocimiento de la existencia de su hija y quiso colmarla de todo lo que no había podido darle con anterioridad. No imaginó que la chica, criada en un ambiente bastante más normal que el suyo, pudiera pensar en casarse con un tipo corriente que, a la

postre, era veinte años mayor que ella. Harto de recibir negativas y reproches por parte de su hija, contactó con nosotros de la forma que os he explicado. De más está decir que la joven era...

—Olga Petrova Villegas —interrumpí.

Podría parecer que contestaba muy tranquila porque veía venir toda la historia, pero no era así. Mis piernas temblaban y toda una capa de desasosiego me cubrió por entero.

—Joder —silbó Daniel—. Su padre arruinó su relación y su boda. ¿Por qué, entonces, no se venga de él y en paz?

—Si hay una sola verdad en todo esto —suspiró Julián— es que la chica acabó tan mal que pasó una buena temporada en tratamiento psicológico, casi aislada del mundo. Su exnovio no pudo ni acercarse a ella para contarle que le habían tendido una trampa, con lo cual, y ante el destierro de la joven, rehízo finalmente su vida. Y ya fue demasiado tarde para los dos.

Qué triste sonaba esa historia a pesar de todo.

—Durante los últimos años —prosiguió Julián—, su relación con su padre ha mejorado y, al final, éste ha optado por contarle lo que había pasado e indiscutiblemente, le ha dado todas las facilidades para que pueda vengarse de la mujer que se hizo pasar por la amante de su exnovio: tú, Gabriela.

No puedo expresar demasiado bien los sentimientos que se me agolparon en aquel momento. No tengo claro si se pueden entremezclar sensaciones de culpa, de frustración, de arrepentimiento, de rabia y hasta de pena.

—Gabriela y yo hemos hablado más de una vez —comentó Daniel unos segundos de silencio después— sobre la posibilidad de que pasase algo así, que alguien intentara algún plan de venganza contra nosotros debido a lo que hacíamos, pero no algo tan enrevesado y malévolo.

—Somos culpables —susurré, abstraída—. Culpables de todo.

—Pero, entonces —añadió Daniel—, no acabo de ver muy claro el tema del magistrado.

—Yo tampoco —respondió Julián—. Tal vez se trata de querer matar dos pájaros de un tiro...

—¿No me habéis oído?! —grité—. ¡He dicho que somos culpables! ¡Culpables de tanta mierda!

—Vamos, Gaby —intentó tranquilizarme mi hermano—. Los culpables son

ellos, Petrov y su hija, no nosotros.

—Hacemos daño —insistí—, destrozamos la vida de las personas... ¿En qué coño estábamos pensando para hacer algo así?

—En mamá —sentenció mi hermano—. Y sabes que lo volveríamos a hacer, Gaby. ¿O ya no recuerdas los días en los que nos quedamos sin dinero y hubo que recluirla en aquel horrible psiquiátrico?

Tenía razón. Lo sabía y lo sé... pero por eso estábamos empezando a recibir nuestro castigo, y por eso no supe realmente lo que era el miedo hasta ese momento. Por todo ello creo que es comprensible mi reacción. Estaba muerta de miedo y de frustración, me sentía como una mierda, todo me caía encima de golpe y, por primera vez desde que todo había comenzado, creí firmemente en la palabra de Christian. Él no era culpable de nada, únicamente yo y sólo yo lo era.

—¡No menciones a mamá ahora! —grité—. ¡Estamos hablando de una zorra vengativa que tiene a su alcance todo lo necesario para jodernos a todos!

—Tranquilízate, Gabriela —dijo Daniel, tenso y envarado.

—¡No! ¡No pienso tranquilizarme! Lo único que me apaciguará —repliqué, algo más calmada pero de forma tajante— será hablar con Christian.

—¿Con Christian?! —espetó—. ¿Cómo se te ocurre...?

—¡He dicho que quiero hablar con Christian! ¡¿O no te entra en la puta cabeza?! —

—Gabriela —intervino Julián—, no puedes sucumbir a los nervios. Todos estamos alterados, pero...

—Vosotros no lo entendéis —intenté explicarme antes de acabar desquiciada del todo—. Hasta ahora hemos jodido a unos cuantos tipos podridos de pasta que engañaban a sus esposas, unos que daban una imagen perfecta pero que en realidad eran unos cerdos. Pero esta vez no es así. ¡Esta vez vamos a joder a un hombre inocente, joder!

—Tampoco le hemos hecho nada malo...

—¡¿No?! —exploté—. Por nuestra culpa se verá metido en un escándalo si salen a la luz las fotografías y las grabaciones. Aunque no haya novia, prometida o esposa a quien agraviar, su carrera de magistrado que quiere ascender en la carrera judicial se iría bastante al carajo. Por no hablar de perseguirlo y acosarlo hasta meterme en su cama, hacer que se obsesionara conmigo, hacerle ver que estaba enamorada de él, que me importaba, que era lo mejor que me había

pasado en la vida...

Mi voz se quebró y mis hombros se sacudieron, presa del llanto, después de enumerar todo lo que en realidad me había pasado.

—Dios, Gaby —mi hermano se acercó a mí—... me mata verte así.

—Pues entonces —le dije anegada en lágrimas—, no actúes como si desear verlo fuera algo tan descabellado. Tú mismo fuiste a casa de Susana sin decirme nada porque necesitabas verla. Pues entiende que a mí me pase lo mismo, Dani, por favor. Tengo que ir a ver a Christian... ¡Tengo que verlo!

Decidida y harta de tener que dar explicaciones, cogí mi bolso y me dirigí a la salida del despacho para abrir la puerta con determinación. La misma determinación que empleó Julián para levantarse de su butaca y volar hasta mi lado para cerrar la puerta de golpe.

—¿Qué crees que estás haciendo, pequeña? —me dijo mientras apoyaba su brazo con fuerza sobre la superficie de madera para impedirme el paso. Su voz sonaba hostil, tanto que recordé que Julián cabreado era algo que debíamos evitar.

—Déjame pasar, Julián, por favor.

—Supongo que recordarás que a Julián Sánchez no se le tocan los cojones, Gabriela.

Me miró con sus incisivos ojos negros y tuve que hacer acopio de toda mi valentía para mostrarme segura y decidida. Aquel hombre podía ser tu amigo hasta la muerte si estabas de su parte, pero, si lo jodías, esa misma muerte podría sobrevenirte de una forma bastante más rápida de la cuenta.

—Sabes que jamás he mencionado tu nombre a nadie y que nunca voy a hacerlo, Julián. Sólo quiero que me dejes salir de aquí y buscar a Christian.

—No sé si me estás entendiendo —insistió, con una mirada todavía más cruel—. No me fío de ti, pelirroja. Me estás diciendo que vas a encontrarte con un puto magistrado porque quieres echarte en sus brazos para confesarle lo desgraciada que te sientes. No eres más que una cría de mierda y una inmadura, Gabriela.

—Pues, hasta ahora —contesté cabreada—, ¡qué bien te ha venido esta mierda de cría para hacerte con una buena pasta, mi querido Julián! Porque me parece que, gracias a mí, esta agencia de pacotilla tiene unos clientes que no habrías soñado en tu puta vida y tú, más dinero del que podrías gastar aunque

vivieses cien años.

—Sí, bueno —respondió, todavía con su brazo impidiéndome la salida—, parece ser que se puede ser inmadura y una zorra avariciosa a la vez.

Miré con rapidez hacia mi hermano, segura de su reacción ante las palabras de Julián. Temí que se lanzara sobre él a pegarlo y el castigo fuese demasiado duro.

—¡Ni te muevas! —le ordené a Daniel.

—Deja a mi hermana en paz —exigió, sin embargo—. Me parece que lleva toda la puta razón, Julián. Y me parece que te hemos demostrado que somos de fiar.

—Eso espero —insistió éste al tiempo que apartaba el brazo de la puerta y me dejaba el camino libre—. Recuerda, Gabriela: quien me toca los huevos o intenta joderme...

—Cállate ya, Julián. —Volví a envalentonarme—. Te encanta ir de matón cuando no te hace puñetera falta. Ya te hemos dicho que no tienes nada que temer.

Aproveché para, antes de esperar una nueva respuesta, largarme pitando del despacho y correr por el polígono hasta llegar a una parte más concurrida y parar un taxi. Sin aliento, le di la dirección de Christian al conductor y me presenté en su portal. Una vez que lo hube atravesado, Merche, que parecía formar parte del decorado, llamó mi atención nada más verme entrar corriendo.

—¡Gabriela! ¿A dónde va tan deprisa?

—¡A casa de Christian! —grité antes de entrar en el ascensor.

—Él ya no vive aquí —me anunció con expresión compungida—. Lo siento.

Mi dedo quedó suspendido en el aire sin llegar a pulsar el número de la planta.

—Es mentira —le espeté—. Me dice eso porque quiere alejarme de él, pero olvida que aún tengo su llave. —Y le mostré satisfecha el pequeño objeto que brillaba entre mis dedos.

—Se lo digo de verdad. —Se introdujo en el ascensor conmigo y pulsó el botón correspondiente—. Hace un par de días que se marchó y me comunicó que el apartamento quedaba de nuevo libre para ser alquilado por otro inquilino.

Una vez en el rellano, Merche esperó a que yo introdujera mi llave en la cerradura, pero ni siquiera entraba, así que no pude girar y abrir la puerta.

—Lo lamento, guapa. Creo que realmente sienten algo el uno por el otro, pero supongo que el trabajo del señor Márquez es muy complicado, ¿verdad?

—Sí —susurré sin mirarla—, muy complicado.

Bajamos de nuevo hasta el portal. Yo estaba como ida, no sabía qué hacer. Me encontraba perdida.

—Tal vez —me propuso ella con una leve sonrisa—, todavía pueda pillarlo en el trabajo. Creo que me dijo que hoy mismo salía de viaje. Si se da un poco de prisa...

Aquella información me hizo revivir un poco.

—¡Gracias, Merche! —La mujer sonrió feliz cuando le di un beso en la mejilla antes de salir corriendo hasta la calle y parar otro taxi.

Llegué a la Ciudad de la Justicia y bajé del coche a toda prisa dispuesta a entrar en cada despacho hasta que lo encontrara. Di vueltas por todas partes, subí y bajé y me recorrí muchos pasillos y estancias. Cuando estaba a punto de desesperarme, en la calle otra vez, vislumbré junto a la acera un coche oscuro cuya puerta abrió Christian para introducirse en su interior. Corrí hasta quedarme sin aliento, pero, al llegar a su altura, una mano de hierro se colocó en mi pecho y me obligó a parar y casi a echar el corazón por la boca.

—¿Qué hace? —le grité al guardaespaldas—. ¡Déjeme! ¡Tengo que hablar con Christian!

—Lo siento mucho —siguió apostado ante mí como un muro—, pero el señor Márquez no puede perder el vuelo. Si me hace el favor... —Me atrapó del brazo hasta cortarme el riego sanguíneo y me apartó hacia un lado. Habló algo por el pinganillo que le salía de detrás de la oreja y el vehículo de Christian salió disparado ante mis narices.

—¡Christian! —chillé—. ¡Christian, espera!

Impasible ante mis gritos y mis ruegos, el escolta se montó en otro coche, igualmente oscuro y de lunas tintadas, y se marchó tras el del magistrado.

Y yo me derrumbé sobre la acera como una madeja deshecha. No podía ser que se me escapara mi oportunidad por los pelos después de decidir que me sinceraría con él. Allí, en aquel lujoso vehículo, desaparecía entre el tráfico mi última posibilidad de hacer algo bueno de una maldita vez.

Desmotivada, me senté en el bordillo de la acera, sin mirar hacia ninguna parte ni percibir el ruido de los coches o la gente que me miraba al pasar.

Supongo que, sea cual sea la edad que se tenga, seas niño o adulto, o tu madre esté o no en sus cabales, una figura materna se necesita en ciertos momentos de desánimo y abatimiento.

Por eso, mi próximo movimiento no pudo ser otro que ir en busca de mi madre, que, como yo deseaba con todas mis fuerzas, se encontraba tranquila en el jardín de la residencia, dibujando en uno de los cuadernos que mi hermano y yo le habíamos regalado y que la mayoría de las veces se pasaba siglos en un cajón. Muy concentrada, con el cuaderno sobre sus piernas, agitaba la mano derecha para matizar las sombras del bonito dibujo que estaba creando.

Yo no le dije nada. Simplemente, me senté a su lado y apoyé la cabeza en su hombro mientras admiraba la escena que estaba realizando. Éramos mi hermano y yo, pero con muchos años menos. Era como si a mi madre se le hubiese congelado en su memoria nuestra imagen siendo críos.

—¿Qué te ocurre, Gabriela? —me preguntó sin soltar el lápiz.

—Nada, mamá. Mal de amores.

—Vaya —dijo sin dejar de admirar su obra—. ¿Te gusta algún chico?

—Sí. —Sonreí—. Me gusta un chico.

—¿Es guapo?

—Sí, mucho.

—¿Es de buena familia?

—Creo que sí. —Hice una mueca.

—¿Te trata bien?

—Sí —contesté tras un breve lapso de tiempo—, me trata bien.

Obvié decirle que era yo la que lo había tratado más que mal.

—Pues entonces —continuó—, ¿cuál es el problema?

—Que lo he dejado escapar como una idiota.

—No abandones nunca —siguió hablando—. ¿Te he contado alguna vez que tuve que perseguir a tu padre con el coche hasta chocar con él? —Emitió una dulce risa—. Se puso como loco cuando vio lo que le había hecho a su pedazo de Jaguar. Y míralo ahora, lo mucho que me quiere.

Tuve que parpadear con todas mis fuerzas para que las lágrimas no rebosaran de mis ojos.

—Claro, mamá. Papá te quiere mucho. ¿Me dejas ver tu dibujo? —pregunté para cambiar radicalmente de tema.

—Claro. Sois tu hermano y tú. ¿Qué te parece?

Cogí el cuaderno entre mis manos y lo alcé para verlo mejor, y entonces ya no pude parar las finas lágrimas que descendieron por las mejillas y cayeron sobre mi regazo. Era un dibujo maravilloso que representaba a la perfección una fotografía que mi padre tenía de nosotros sobre la mesita de noche, en la que Daniel y yo reíamos con ganas mientras mirábamos a la cámara, felices y despreocupados, como dos adolescentes cualquiera.

—Que estamos muy guapos —sonreí sin dejar de llorar—, y que eres una gran artista, mamá.

—Gracias, cariño. Ya verás cómo tú de mayor consigues ser una gran jefa, para mandar a un montón de hombres, como siempre has deseado.

Volví a dejarme caer en su hombro y me abracé a ella mientras seguía consolándome. Así pasaron los minutos hasta que los cuidadores me alertaron de que era la hora de la cena y debía marcharme.

—Lo siento, Gabriela —me dijeron—. Puedes venir cuando quieras, ya lo sabes, pero, además de la cena hay que darle la medicación y se pone un poco agresiva, por lo que es mejor que tú no estés presente.

—No os preocupéis. —Le di un beso a mi madre y me marché de allí.

Durante el trayecto en taxi de vuelta a la ciudad, la oscuridad cubrió el cielo y el día dejó paso a la noche, que trajo consigo una pizca más de melancolía, si cabe. Sin tener nada claro el motivo, le di al conductor la dirección del apartamento de Christian, como si me resistiera a creer que él ya no estaría allí nunca más. Aquello me hizo recordar los días en que seguí asomada a la ventana durante semanas para esperar el regreso de mi padre.

Y allí estaba yo, parada ante el edificio, como si al no dejar de mirarlo fuese a materializarse él allí en algún momento. No tenía muy claro cómo entrar, así que esperé con disimulo hasta que una persona salió del portal y pude alargar el pie para evitar que se cerrara la puerta. Merche ya no estaba limpiando a aquellas horas, pero me dio la sensación de que, a través de la mirilla o por algún poder extrasensorial que poseen las portereras de los edificios, ella sabía que yo estaba allí.

Subí en el ascensor hasta la cuarta planta y volví de nuevo a probar la llave en la cerradura, por si la vez anterior había estado demasiado nerviosa para atinar, pero no. La llave tampoco entraba, la puerta no se abría y yo, más sola de

lo que nunca me había sentido en la vida, me resbalé hasta el suelo, donde me hice un ovillo para dejar de pensar y de sentir. Supongo que me quedé dormida, porque lo próximo que oí fue una voz pronunciando mi nombre, acompañada de una mano que me zarandéó suavemente el hombro y me obligó a abrir los ojos. No pude dar crédito cuando lo primero que vi fueron los ojos azules y preocupados de Christian, quien, agachado frente a mí, me miraba con la mayor de las pesadumbres.

—Gabriela, por el amor de Dios, ¿qué haces aquí?

—¿Christian? —balbucí—. Supongo que estoy soñando.

—No estás soñando. —Con ternura, apartó un mechón de mi cabello que tapaba mis ojos y lo intentó recolocar tras mi oreja—. Dios mío, Gabriela, qué voy a hacer contigo... —suspiró—... y qué puedo hacer sin ti.

Una contradicción que entendí a la perfección.

—¿Por qué has venido aquí si sabías que yo no estaba?

—No lo sé —contesté. Mis grandes ojos claros no dejaban de mirarlo para no perder detalle, no fuese a ser que, si parpadeaba, él fuera a desaparecer de nuevo. A pesar de la preocupación que lo cubría, su hermoso rostro estaba ahí, tan cerca de mí que podía admirar la perfecta forma de sus cejas, sus succulentos labios y la incipiente barba que cubría su mandíbula—. ¿No te habías ido de viaje?

—Sí —compuso una mueca—, a estas horas debería estar dentro de un avión, pero no he podido hacerlo... después de verte desde el interior del coche, de oír cómo me llamabas... He dado orden de volver cuando estaba a punto de embarcar, cuando Merche me ha llamado para decirme que estabas aquí. Todavía oigo tus gritos en mi cabeza pronunciando mi nombre.

—Siento haber estropeado tu viaje —murmuré—. No era mi intención ser de nuevo un obstáculo para ti. Después de todo lo que he hecho...

—Chist, calla, Gabriela —me dijo al tiempo que colocaba su dedo índice en mis labios—. No has hecho nada que yo no me haya dejado hacer.

Cuando su dedo acarició mi boca, cerré los ojos y atrapé su muñeca para que no dejara de rozarme, para que no se alejara, para seguir sintiendo y oliendo su piel.

—Te quiero, Christian.

Entonces fue él quien cerró los ojos y dejó caer su frente sobre la mía. Sentí

a la perfección su brusca inspiración y después el aliento tibio de su espiración. Hundí mi rostro en su cuello y aspiré su fragancia varonil, tan personal y cautivadora que me provocaba fundirme con él.

Él no dijo una palabra. Aun así, no me hundí, porque, por primera vez en mucho tiempo, di sin esperar nada a cambio. No le abrí mi corazón esperando que él me correspondiera; únicamente lo hice porque sí, porque necesitaba hacerlo.

—Ven conmigo, Gabriela.

Me rodeó con sus fuertes brazos y se puso en pie cargando conmigo. Sacó unas llaves de su bolsillo y abrió la puerta.

—Le he pedido a Merche la llave de la nueva cerradura —me aclaró.

Entramos en el apartamento y, sin soltarme, encendió la luz del salón para guiarnos hasta el dormitorio. Todo seguía igual, excepto que habían desaparecido las pocas fotografías de Christian que adornaban el salón. Cuando me dejó con suavidad sobre la cama y perdí el contacto con su cuerpo, me sentí tan desprotegida que me dije que hubiese seguido toda la vida ahí, en sus brazos. Él, sin embargo, me sacó con cuidado el calzado y los pantalones, dejando únicamente mis bragas y la camiseta antes de taparme con la ropa de la cama.

—Descansa, Gabriela —me dijo al darse la vuelta.

—¿A dónde vas? —Di un salto en la cama y me incorporé, asustada al ver que se marchaba.

—Debes dormir —explicó—. Yo puedo quedarme en el sofá esta noche.

—No te vayas, Christian —supliqué—. Por favor, quédate conmigo. —Aparté la colcha y señalé el hueco que quedaba a mi lado—. No me dejes sola.

Algo rígido, pareció debatirse consigo mismo unos instantes, hasta que, tras un profundo suspiro, comenzó a deshacerse de su ropa. Se quitó cada una de las prendas excepto los calzoncillos y se metió en la cama junto a mí. Se tapó y no habló, ni apenas se movió.

No fue como la otra vez que dormimos juntos. Él no se giró hacia mí, ni me abrazó, ni me besó. Permaneció en aquella postura, quieto, mirando hacia el techo. Fui yo la que se dio la vuelta hacia él, colocó la cabeza sobre su hombro y la mano en su pecho. Ya tenía los ojos cerrados cuando lo oí hablar por primera vez en mucho rato.

—Yo también te quiero, Gabriela.

No abrí los ojos ante aquellas milagrosas palabras. Posiblemente me quedara dormida unos pocos segundos después. ¿Que cómo fui capaz? Porque, a pesar de la tormenta que se avecinaba, en aquel instante fui completamente feliz.

* * *

—Todavía estoy bastante flipada —me dice Teresa mientras apaga el enésimo cigarrillo entre la montaña de colillas— por la forma tan descabellada que tuvisteis de conoceros y, sobre todo, de enamoraros.

—Sí —sonrío después de dar un gran sorbo de agua—, bastante flipante, pero no por ello menos real ni sincero.

—Claro que no —suspira—. Aunque, como bien acabas de decir, la tormenta aún estaba por llegar. ¿Se lo contaste todo?

—Más o menos. Lo suficiente como para que cualquiera en su sano juicio me hubiera dado una patada en el culo y se hubiese marchado para no volver.

—Él también te quería.

—Inexplicablemente, sí —respondo con un mohín—. Me quería, a pesar de no merecerlo.

—Realmente —añade algo más seria—, lo que había pasado con Olga fue una auténtica putada. Por muy inocente que te crea, ahora pienso que lo que hacíais era bastante cruel.

—Lo sé. Y no es excusa pensar que sólo era sacarle un poco de pasta a tipos ricos sin escrúpulos. Deberíamos haber pensado en las posibles consecuencias, pero no lo hicimos. No pensamos en nadie, ésa es la verdad. Sólo pensamos en nosotros, en nuestra madre, en acabar con todo aquello cuanto antes pillando un buen pellizco... Lo siento de veras, pero ni siquiera se me ocurre a quién debo pedir perdón.

—Tal vez ya sea tarde para eso —murmura Teresa—. La justicia será la que se encargue, aunque en estos momentos sólo le preocupe encontrar al culpable de la muerte de Márquez. Y te advierto una cosa, Gabriela —me dice intranquila—: El caso del joven magistrado asesinado comienza a despertar tanta expectación que resulta más que necesario encontrar al culpable... y sólo tienen a un sospechoso.

—A mí —contesto.

—Exacto. Así que —se coloca un nuevo pitillo entre los labios para encenderlo con la pequeña llama del mechero— más vale que continúes y me cuentes el resto de la historia, a ver si somos capaces de hallar algún cabo suelto que nos lleve a poder demostrar que tú no lo mataste.

Pensar en la imagen de Christian como un frío cadáver sin vida me da fuerzas para continuar.

CAPÍTULO 20

Grabación n.º 20, realizada el día 3 de agosto de 2016 a las 23.15 horas

Dormí bastantes horas seguidas, pero no descansé del todo. Sin ser exactamente sueños, mi mente había proyectado durante la noche toda clase de imágenes y flashes que me habían tenido inquieta y agitada. Desperté sola en la cama, pero me tranquilicé al oír ruido en la cocina y comprobar que los zapatos, la chaqueta y la corbata de Christian aún permanecían en el dormitorio. Así que, aunque sólo eran las seis de la mañana, aproveché para meterme en la ducha y desprenderme del sudor y los malos momentos que me cubrieron el día anterior. Me coloqué el albornoz que aún colgaba de la percha de la puerta y me encaminé a la cocina. Como la última vez que había estado allí, se repitió la escena en la que yo observé cómo Christian tomaba café, sólo que esta vez no se había terminado de vestir. Ya no disponía de su ropa, por lo que se había colocado únicamente el pantalón y la camisa, pero ambos sin terminar de abrochar.

—Todos los armarios han sido vaciados —me informó—, pero todavía quedan cápsulas de café. ¿Quieres uno?

—Sí, gracias —respondí después de echar hacia un lado mi larga cabellera rojiza.

Christian me preparó uno, me ofreció la taza y ambos permanecimos callados, bebiendo mientras nos dejamos caer en la encimera, aunque separados por un par de metros. No era un silencio del todo incómodo, pero en el ambiente flotaba una nube compuesta de muchas palabras por decir, de mucho todavía por explicar. Nuestras confesiones de la noche anterior, en las que habíamos destapado nuestros sentimientos, quedaban a un lado, como aguardando, como si

manifestar unos sentimientos no estuviese reñido con esperar la verdad. Aquella verdad que podía unirnos del todo o separarnos para siempre.

Después de observar los dos durante unos segundos nuestras respectivas tazas vacías, como si anhelásemos encontrar la solución en los restos del café, nos dirigimos a dejar los recipientes en el interior del fregadero para enjuagarlos un poco, pero parecimos decidirlo al mismo tiempo y nuestros cuerpos chocaron nada más realizar el movimiento.

Mi rostro quedó a la altura de su pecho, visible por la camisa blanca desabrochada que apenas lo cubría. Su visión y su olor volvieron a subyugarme y no pude evitar hundir mi rostro en aquella piel caliente y pegar mis labios hasta sentir el vello masculino cosquillear en mi boca.

—Christian... —susurré ante aquel contacto. Su temperatura corporal subió de forma instantánea y sentí cómo su piel quemó mis labios—. Sé que debo explicarte muchas cosas, pero déjame antes estar contigo. Te necesito tanto que me duelen las manos por el deseo de tocarlo. Te deseo tanto que temo volverme loca.

En un principio, él se limitó a hacer una profunda inspiración mientras yo besaba su tórax y lamía sus pequeños y duros pezones. Sus brazos permanecían paralelos a su cuerpo, haciendo un esfuerzo por no moverse ni tocarme, a pesar de que mis manos ya se habían posado sobre su vientre y sus caderas. Continué deslizando mi lengua por su cuello hasta llegar a su oreja, que lamí antes de susurrarle:

—Hazme el amor, Christian. Ahora mismo.

Su respuesta, finalmente, fue brusca, lo que me hizo suspirar de alivio. Aquella rudeza sólo venía a corroborar el mismo deseo que lo atenazaba, y que, como el mío propio, no había hecho más que alimentarse y crecer desde la primera vez que tropecé con él.

—Maldita seas, Gabriela —rugió. Con brusquedad, apresó mis glúteos y me elevó en el aire para sentarme sobre la encimera de mármol—. Maldita seas una y mil veces.

Su boca apresó la mía con tanta fuerza que sentí magullarse mis labios al chocar con los suyos y con sus dientes. Nuestras lenguas se enredaron y se lamieron al tiempo que cada uno respiraba el aliento entrecortado del otro. Mientras tanto, abrió mi albornoz y lo deslizó por mis hombros hasta que cayó al

fregadero, dejándome desnuda ante él. Abandonó mi boca para lanzarse a por mis pechos, que acogieron con deleite su lengua, produciéndome tal placer que tuve que apoyarme en el filo de la encimera.

—¿Qué sabes tú de volverse loco de deseo, Gabriela? —gimió sin dejar de morder mis pezones. Sus manos volaban tan rápido sobre mi cuerpo que me sentí tocada por todas partes—. ¿Qué sabrás tú de necesidad, del dolor que produce querer y no poder; desear y no tener?

Como siempre, sus palabras tenían un enorme poder sobre mí. Abrí las piernas para atraerlo más hacia mi cuerpo y forcejeé con sus pantalones para poder extraer su miembro, pero él se retiró antes de que lo consiguiera.

—Sí, Gabriela, voy a follarte. Pero antes, déjame. Déjame...

Tiró de mis muslos hacia fuera, por lo que me vi obligada a echarme hacia atrás y apoyarme sobre la fría superficie, no sin antes oír el estrépito de vasos y platos que aún había colocados en el escurrerplatos. Christian abrió mis piernas, las colocó sobre sus hombros y lanzó su boca contra mi sexo. Grité al sentir su lengua lamer cada zona, cada punto, cada uno de mis labios íntimos, mi clítoris, hasta acabar introduciéndola en el interior de mi vagina.

Jamás había sentido nada igual. A pesar de la incomodidad de la postura, del lugar y de los cacharros que nos estorbaban, experimenté algo que fue más allá del placer. Cuando alcancé el clímax, caí desmadejada, gritando y resollando, intentando agarrarme a algo que no fue otra cosa que el escurrerplatos, que acabó en el suelo, con el consiguiente estruendo de los platos hechos añicos contra las baldosas.

—Madre mía —jadeé cuando Christian se incorporó.

Su rostro era la pura lujuria masculina cuando me miró. Con una mano extrajo del todo su grueso miembro, y con la otra rodeó mi cintura para atraerme aún más hacia él. Al mismo tiempo que me penetraba, me alzaba de la encimera para facilitar una más profunda penetración.

—¡Christian! —grité cuando me vi sobre él. Tuve que rodearlo con mis brazos y piernas para aguantar el equilibrio mientras él me sujetaba por las nalgas y me ayudaba a que lo cabalgara, sujetando mi peso en vilo en mitad de la cocina.

—Eso es, Gabriela —gimió—. Fóllame fuerte. No tengas miedo, que no me caeré.

Y yo obedecí. Me sujeté en sus hombros y apalanqué mis pies en sus muslos para impulsarme con fuerza. Sentí muy adentro la dureza de su miembro, las fuertes acometidas, hasta que, antes de alcanzar ambos un trepidante orgasmo, Christian clavó en mí sus profundos ojos azules y no dejamos de mirarnos hasta que nuestros espasmos cesaron. Después, dejó que resbalase de su cuerpo hasta dejar mis pies en el suelo y cogió el albornoz, que había quedado desperdigado sobre el fregadero, para colocármelo de nuevo. Los dos jadeábamos y el sudor nos pegó gran parte del cabello al cráneo.

Él se acomodó sus ropas y vuelta al silencio. Tuve que ser yo quien, tras recuperar un poco la calma, se sentase en una de las sillas metálicas que había junto a la mesa y comenzase a hablar. Christian, al escuchar mi primera frase, dejó de recoger los fragmentos de la porcelana que aún yacían en el suelo.

—Nuestros encuentros —comencé a decir— nunca fueron casuales. Siempre fueron premeditados.

—Nunca me creí que, realmente, el azar tuviera nada que ver con nosotros. —Tras tirar los pedazos de loza a una bolsa, se sentó en la otra silla, frente a mí.

—Bueno —intenté sonreír—, sí fue casual nuestro primer encuentro en el taxi. Aquello tuvo lugar antes de saber siquiera que existías. Para ese caso sí que actuó una mano invisible que lanzó los dados que decidieron aquel momento.

—Me alegro. —Emitió una sonrisa tan tierna y sincera que calentó mi corazón.

—Supe de antemano cada uno de tus pasos, precisamente para seguirte, para conocerte, para que me conocieras, para...

—Para que me enamorara de ti —me interrumpió.

—Ése era el plan —hice una mueca—, pero planificar las cosas, la mayoría de las veces, no sirve de mucho. Sólo tenías que enamorarte tú, Christian...

—¿Por qué, Gabriela? —susurró apesadumbrado. Me dolió tanto verlo así...

—Trabajo para un detective privado —le expliqué, con mucho tacto para no nombrar a nadie—. Tratamos casos de divorcio; digamos que conseguimos pruebas de infidelidad. Yo... soy el cebo.

—Joder —murmuró mientras se pasaba las manos por el rostro. Desde mi sitio pude captar el roce de sus palmas sobre la aspereza de su barba.

—Lo siento. —Fue lo único que atiné a decir.

—Pero, entonces —frunció el ceño—, ¿para qué contratarte en mi caso? Yo

no estoy casado ni tengo pareja.

—Me dijeron que estabas prometido con la hija de Florencio Santamaría.

—¿Quién te dijo eso?

—No puedo decírtelo.

—¿Quién te paga? ¿Para quién trabajas? ¿Quién te contrató para que me engatusaras?

¡Qué mal sonaba dicho así!

—Tampoco puedo decírtelo.

—Genial. —Se levantó de la silla y se atusó el cabello mientras se dejaba caer en el filo del fregadero—. ¿Qué piensas explicarme, si no puedes decirme nada?

—Sólo lo que te he dicho: que trabajo para una agencia de casos de divorcio, que yo era el cebo y que alguien nos contrató para que jodiéramos tu compromiso.

—¡Oh! —ironizó—, pues ya me dejas más tranquilo. Me he dejado embaucar por una... una...

—¿Prostituta? No lo soy, ya te lo dije.

—¿¡No?! —gritó, al tiempo que daba un puñetazo sobre la mesa—. Te follas tíos por dinero, ¿cómo se llama a eso?

—¡No! ¡Jamás me he acostado con uno de los objetivos de nuestros clientes!

—¿Y conmigo?

—Contigo fue... distinto.

—Oh, vamos, Gabriela —soltó mordaz—. Te enamoraste de mí nada más verme y quedaste tan impresionada que decidiste que yo sería el primero para romper la norma. ¡No me jodas!

—Tu caso fue diferente. —Ni siquiera me di cuenta de que estaba llorando hasta que sentí el sabor salado de las lágrimas que resbalaron hasta mi boca—. Me pidieron que hiciera lo posible para que te enamoraras de mí, que te hiciera sufrir, que destruyera tu carrera y tu vida.

—¿Y no era eso lo que debías hacerle a los demás?

—Sí, pero... —continuaba llorando—... con ellos bastaba con unas cuantas fotografías.

—¿Y cómo las conseguías?

—Los llevaba a un hotel. Los seducía y los drogaba cuando estábamos a

punto de... —Más lágrimas—. Otro compinche se encargaba de fotografiarnos.

Silencio. Otra mirada de reproche.

Jamás, durante los años que llevaba realizando aquel «trabajo», me había sentido tan sucia, tan rastrera, tan miserable y tan ruin. Al mismo tiempo que hablar de ello me provocaba asco hacia mí misma, me ayudó a sacar la suciedad que inundaba mi cuerpo, como una especie de exorcismo.

—Es incomprensible que ahora mismo me sienta así de frustrado y decepcionado, porque, ¿sabes?, siempre intuí algo así. Tantas «casualidades» no podían ser otra cosa. Pero sigo preguntándome por qué, Gabriela. Tienes un buen trabajo. ¿Tanto deseas el dinero?

—En realidad, hace poco que me han contratado. Trabajaba como becaria y cobraba una miseria, pero tampoco es ése el caso. Necesito el dinero para pagar el tratamiento de mi madre, que es demasiado caro si no quiero dejarla en cualquier residencia donde no sepan tratarla y que no sea más que un mero aparcamiento para viejos con problemas mentales.

—¿Y ésa fue tu única salida? Joder, Gabriela, podrías haber...

—¡Haber, ¿qué?! —le contesté airada—. Es muy fácil juzgar a la gente y decir que me podría haber puesto a fregar escaleras. Pero ¿sabes una cosa?, fregar tampoco da para nada. Ningún trabajo «normal» permite semejante gasto mensual. Como siempre, las cosas buenas sólo están al alcance de unos pocos.

—Tienes razón —suspiró—, es muy fácil ver ciertas cosas desde fuera. Lo siento. Y siento lo de tu madre.

—No digo que esté orgullosa de ello —suspiré también—, pero te tienes que ver en circunstancias semejantes para poder hacerte a la idea.

Christian pareció dubitativo unos instantes. Supuse que, en su condición de hombre de leyes, le chocaba conocer ciertos detalles pero no tener un argumento convincente para rebatirme. Puede que también pensara que, en ciertas ocasiones y bajo ciertas circunstancias, la ley no es suficiente para juzgar lo que está bien o lo que está mal.

Siguió dando vueltas por la cocina, emitiendo suspiros y algún que otro bufido, volviendo al tema que nos preocupaba a los dos, hasta que acabó apoyando las manos sobre la mesa para inclinarse hacia mí y poder hacerme la pregunta a la menor distancia posible. Un interrogatorio en toda regla, pero esa vez no podía hacerle ningún reproche.

—¿Te contrató Petrov o fue Olga?

—Yo...

—Vamos, Gabriela —dijo más serio y decidido—, se acabaron los acertijos. ¿Quién, si no, va a querer destruirme? Cualquier miembro del clan Petrov. Empecé a investigar a Dimitri y, de pronto, me aparece una noche una diosa nórdica de la belleza que no cesa en su empeño de llevarme a la cama. Poco después averigüé quién era Olga. Para más inri, llevaba ya semanas recibiendo en mi correo una serie de fotografías de una chica pelirroja, de claros ojos azules, mirada perdida y la sonrisa más bonita y triste que había visto en mi vida.

—Claro —digo con pesar—, había olvidado que eres magistrado y contigo no existen las cosas a medias. Pero, de todos modos, ha llegado el momento de decirte que hay algo en lo que te equivocas: Olga no iba a por ti, sino a por mí.

—¿Qué estás diciendo? —Preocupado e interesado, volvió a sentarse frente a mí.

—Te utilizó a ti como excusa, pero quería destruirme a mí. Su plan no fue que te enamoraras únicamente tú, sino los dos... que yo sufriera como había sufrido ella.

Christian alzó una ceja en espera de la explicación.

—Su prometido fue una de mis víctimas. Rompieron el compromiso por unas fotografías en las que se lo veía claramente en la cama con una desconocida, que era yo.

—Y Olga y el cabrón de su padre —continuó él— decidieron hacer algo tan enrevesado y cruel como ellos mismos han demostrado ser. ¡Por el amor de Dios, Gabriela! ¿Sabes con quién te la estás jugando? ¿Tienes idea de a quién has cabreado?

—¡Lo desconocía por completo! —me defendí—. Nunca había ocurrido nada. Los clientes, a pesar de su dinero y su poder, jamás escogieron la vía del escándalo y prefirieron indemnizar a sus mujeres en lugar de ser la comidilla de la sociedad. En eso nos escudábamos, en que siempre elegían pagar y no denunciar a nadie.

—Olga es una zorra taimada, lo sé perfectamente —me explicó.

—¿Por eso te la tiraste durante semanas en tu propia casa? —Suspiré—. Perdona, no debería haber dicho eso. Tienes razón. La muy bruja me envenenó describiéndome cómo y dónde lo hacíais.

—Era como follar con una estatua de mármol.

—Preferiría que no me dieras detalles.

—¿Celosa, Gabriela? —dijo en un tonillo que no me gustó nada—. Pues así tendrás una mínima idea de lo que siento yo ahora mismo.

Bajé la vista. No podía responder a eso, ni decir o hacer nada más. Había abierto mi corazón, le había suplicado su presencia y se lo había confesado todo. Ya no estaba en mis manos conseguir algo más.

Christian continuó frotándose el rostro, paseando por la cocina, bufando y despotricando. Fruncía el ceño cada vez que parecía pensar y meditar aquel caso que ya nos atañía a los dos por igual. Al final, aunque no expresaba haber resuelto nada, optó por sentarse otra vez, mirarme y coger una de mis manos. Realizó una fuerte inspiración antes de comenzar.

—Yo también tengo mi parte de culpa. Reconozco que las fotografías de una desconocida me impactaron y conocerte fue materializar lo que yo creía un sueño. Sabía que no eras sincera, sabía que, cada vez que nos encontrábamos, no era por casualidad. Estaba seguro de que tus apariciones formaban parte de algún tipo de trampa y que alguien estaba teniendo acceso a información restringida. Y, aun así, caí, Gabriela. Me obsesioné contigo y después empecé a sentir cosas que hacía siglos que no sentía. Me dije a mí mismo que no podías ser tan dañina como Olga, que tú eras diferente, que seguro que, a pesar de tus maquinaciones, eras sincera.

—Siempre lo fui —le confesé, presionando su mano—. En realidad —sonreí con una mueca—, creo que a los dos nos pasó lo mismo. Sin fiarnos del todo del otro, sólo pudimos ser testigos de cómo nuestro corazón sucumbía.

—Todo salió según el plan de Olga —gruñó—. Jugó con nosotros y le seguimos el juego a la perfección.

—Pero ¿tan malo es eso? —pregunté, confusa—. Sí, nos ha puesto cuarenta mil obstáculos, yo te he creído un psicópata y tú has pensado lo peor de mí, pero, con todo, nos hemos enamorado. Yo he acabado confesando y todavía no te he visto irte corriendo asqueado de mí.

—Te quiero, Gabriela —volvió a declarar. Mi corazón casi se desmaya de la alegría—. Y todo lo que me cuentes no lo va a cambiar. —Tomó mi rostro entre sus manos y me miró intensamente—. No soy quién para juzgarte, por mucho que ésa sea mi ocupación. —Rio—. Me siento afortunado de recibir tu confesión

y tu sinceridad. No hemos sido más que dos peones en un juego muy peligroso.

Ladeé la cabeza para poder besar su mano. ¿Habría una oportunidad para nosotros?

—Pero —añadió con un énfasis que me asustó— creo que aquí hay algo más. No me cuadra que Olga se haya dedicado a fabricar nuestra propia historia de amor sin más. Me da la sensación de que lo peor aún está por llegar.

—No digas eso, Christian.

—Ven aquí, Gabriela.

Sin soltar mi mano, tiró de mí y me instó a que me levantara de la silla y me sentara en su regazo. Sobre sus piernas, rodeando su cuello y admirando sus hermosos ojos azules, me sentí en la gloria.

—¿Crees que tenemos futuro tú y yo? —le pregunté—. ¿Tendremos nuestra oportunidad?

Christian me miró como sólo él sabía hacerlo. Y creo que en sólo una mirada había todo un mundo por decir, pero fácil para mí de adivinar. Acaricié suavemente mi mejilla y en ese único gesto hubo una ternura infinita.

—Lo lograremos, Gabriela. Pase lo que pase, lo lograremos. Ahora —suspiró—, he de irme. Retrasé ayer mi viaje, pero no puedo posponerlo más. —Me dio un dulce beso en los labios y nos pusimos a recoger un poco el estropicio de la cocina, aunque Merche tuviera que dar un último toque luego para adecentarlo del todo—. Puedes quedarte aquí, si quieres —me dijo después de vestirnos—. Le comunicaré a la agencia que no lo enseñe todavía.

—No, Christian, te lo agradezco, pero no. Voy a volver a mi casa y a mi trabajo. Se acabó ir con miedo por la vida. El único pánico que me atenazaba cada día era pensar que averiguaras la verdad y decidieras no volver a verme en la vida. Ahora ya nada me importa.

—Entonces —afirmó, mirándome con dulzura—, nos vemos a mi vuelta. ¿Te parece que nos intercambiamos los números de teléfono? Suena un poco raro, pero el tuyo no lo tengo todavía.

—Ni yo el tuyo. —Sonreí—. Hay cierta información a la que yo no tengo acceso.

—¿Y quién la tenía, entonces? ¿Olga o la persona que te contrató?

—De momento no puedo decir más, Christian, lo siento. Veremos qué sucede en los próximos días.

—Está bien. Ten cuidado, Gabriela. —Se inclinó para darme lo que yo supuse que sería un beso fugaz, pero abrió mi boca con sus labios e introdujo su lengua para lamer cada rincón. Apretó mi cuerpo contra el suyo y nos abrazamos con fuerza, besándonos con aquella pasión que se encendía con sólo tocarnos—. Volveré pronto, Gabriela —me dijo al separarse de mí—. Todo se solucionará, ya lo verás.

Cuando dejamos el apartamento, ya en el portal, lo detuve para decirle lo que necesitaba expresar en aquellos momentos. Me sentía feliz, sí, pero me gusta ser realista.

Merche limpiaba los cristales al otro lado, pero no me hubiese sorprendido que sus poderes le permitieran escuchar tras la gran puerta de hierro y cristal.

—Christian, espera. Sólo una cosa más. Estoy feliz porque, por fin, te lo he contado todo y no has pegado media vuelta, asqueado de mí. Incluso con tu profesión y con un caso tan importante como tienes entre manos, me has comprendido y apoyado todo lo que has podido. Me has dicho que me quieres y me lo has demostrado. Así que —le mostré mi teléfono móvil—, si pasa el tiempo y no veo tu número aquí reflejado, ni llamadas ni mensajes, no pasará nada. Comprenderé que, después de lo que te he explicado, por lealtad, por principios o por lo que sea, decidas no volver a verme ni a llamarme. No importará, de verdad. No te sientas mal por ello si decides que es mejor así.

—¿Has acabado ya? —me dijo, mirándome intensamente. ¿Qué tendrían aquellos profundos ojos azules que parecían clavarse directamente en mi pecho?

—Sí, bueno —titubeé—... sólo quería que lo supieras.

—Pues ahora tengo que irme —gruñó mientras abría la puerta y accedía al exterior, donde Óscar, el escolta, ya lo esperaba junto al coche—. Reitero: hasta pronto, Gabriela.

Se montó en el vehículo y desapareció en medio del tráfico de primera hora de la mañana.

Suspiré profundamente plantada allí en la acera, como si con aquel fresco aire matutino cargado de polución recargara mis baterías de golpe. Todavía tenía tiempo de ir a casa, ducharme y cambiarme antes de recuperar mi vida.

—¿Todo bien, Gabriela? —me preguntó Merche con una sonrisa cómplice.

—Todo perfecto, Merche. Gracias por todo. Ahora, me voy a casa.

En casa, precisamente, encontré a mi hermano. Todavía estaba dormido, pero

lo había hecho en el sofá. Aún mantenía el móvil aferrado entre los dedos de la mano.

—Por fin estás aquí —murmuró adormilado, incorporado ya mientras se frotaba el rostro y el pelo—. Últimamente le has cogido el gusto a esto de preocuparme —añadió.

—¿Qué tal con Julián? —pregunté mientras cogía algunas cosas de mi habitación para prepararme.

—Ahí está, cabreado como nunca porque sabe que no va a cobrar la pasta de nuestra encantadora y dulce Olga. Me temo que, entre él y Petrov, poco tienen que echarse en cara. ¿Qué ha pasado con tu magistrado?

—Le he contado hasta donde podía hacerlo. A partir de ahora, tengo que dejar que siga con su investigación. Sin más mentiras. Ya veremos hasta dónde nos lleva todo esto. Él cree que Olga nos tiene preparada alguna más, así que, cuidado, hermanito.

—Yo también lo creo —suspiró—. Lo que, irremediablemente, me lleva a pensar que no veremos un puto euro más de este trabajo. Todo mi esfuerzo y tu sufrimiento, para nada.

—Siento que te tomaras tantas molestias —le dije.

—Qué más da, Gaby —contestó, encogiéndose de hombros—. Total, todo esto es una auténtica mierda. Me huelo que éste ha sido nuestro último trabajo para Julián, que la agencia pronto desaparecerá o se trasladará, y que nos hemos quedado sin cobrar. Suerte que ingresamos el adelanto en la cuenta de la residencia y los cobros quedarán cubiertos para los próximos años.

—Lo tienes todo calculado. —Sonreí—. No sabía que fueses tan práctico.

Tenía toda la razón, yo también me sentía así. Se dice que las cosas suceden por algo, y estaba claro que aquel proyecto había sido el último para nosotros. Quizá fuese lo mejor. Julián no podría reprocharnos nada, puesto que era una clienta quien lo podía descubrir, y, con seguridad, en aquel momento ya estaba desmantelando su despacho para largarse a cualquier otro lugar del país o del planeta.

—Lo único que me fastidia —me dijo Daniel— es no haber aprovechado este último trabajo en la agencia para sacar algo de dinero para nosotros, para que tú pudieses estar tranquila, tener una vida mejor, y yo pudiera irme a recorrer una parte del mundo, tal y como habíamos planeado.

—Ya —suspiré—, una putada, hermanito. Vas a tener que replantearte la vida y trabajar un poquito. Podrías ir pensando en sentar la cabeza, madrugar cada día, currar y esas cosas banales que hacemos los mortales. Ahora tienes novia formal —le solté divertida.

—Susana me apoya en mi deseo de viajar, así que todavía no es tarde.

—Si ella te apoya, adelante. Aunque no sé cuánto te durarán tus ahorros por ahí. Oh, perdona. Tú no tienes de eso.

—No te cachondees —gruñó—. A estas horas aún estoy dormido y no puedo pensar.

—En fin, será mejor que me vaya a currar.

Me duché, me vestí y me tomé un rápido café con leche.

—Me voy, tú puedes seguir durmiendo —le dije—. Por cierto, ¿todo bien con Susana? —le pregunté antes de salir.

—Tengo sueño —rezongó camino a su dormitorio—. Que te lo explique ella.

Me encontré con mi amiga en la puerta del edificio de la compañía. Nos dimos un abrazo tan fuerte, con gritos y lloros incluidos, que todo el mundo se giró para ver qué sucedía.

—¡Por fin, Gaby! —lloriqueaba Susana contra mi hombro—. Te he echado tanto de menos... ¡No vuelvas a hacerme esto!

—Vamos, preciosa —la consolé mientras subíamos a nuestra planta—, no llores, que voy a llorar yo también. Además, me parece que, a falta de tu amiga, te has apañado bien con su hermano. —La miré con expresión divertida y de esa forma la hice reír.

¡Qué falta me hacía mi amiga!

—Se ve que la felicidad es lo más huidizo del mundo —refunfuñó mientras nos dirigíamos a la sala de la cafetera—, porque, para cuando consigo el amor de mi vida, me falta mi amiga para poder contarle tantas y tantas cosas.

—Tienes que ponerme al día y darme muchos detalles —le pedí en tono pícaro—. ¿Todo bien con Daniel?

—Sí, todo va genial... pero sigue habiendo algo que lo preocupa. Hay momentos en los que se ausenta mentalmente y su mirada se torna perdida. Me duele que no comparta sus preocupaciones conmigo. O tú, Gaby...

—Algún día, Susana, danos tiempo. Sólo puedo decirte que no debes temer nada. Todo está bien y se han acabado los silencios y las verdades a medias. Muy

pronto podremos contártelo.

Podría ser duro, y quizá Susana se decepcionara con nosotros, pero ya lo teníamos hablado Daniel y yo: se lo explicaríamos todo. Eso sí, en cuanto estuviésemos seguros de que no correría ningún tipo de peligro. Mientras nos pudiesen relacionar con Julián y su agencia, sería mejor mantener a Susana completamente al margen.

—Pues se agradece —dijo con una mueca—. Mira, por ahí viene tu admirador. No veas el pobre chico la de veces que me ha preguntado por ti. Es tan mono... En fin, me largo a mi puesto.

Como siempre, me dejaba sola cuando menos debía hacerlo.

—Gabriela, qué bueno tenerte aquí de nuevo. —Marc me abrazó y me dio un beso en la mejilla—. ¿Estás bien? Me tenías preocupado.

—Sí, gracias, Marc. Ya estoy mejor...

Aquella inyección de normalidad fue la dosis perfecta para mi retorno a mi vida. Volví a mi puesto de trabajo, con el permiso de Murillo *el Pardillo*, quien, a pesar de su cara hosca, pareció aliviado al verme. El curro y los compañeros volvieron a ser cruciales en mi vuelta a la rutina laboral y los días fueron pasando con rapidez. Repartía mis horas entre la oficina, tomar algo con los colegas alguna tarde y salir con mi amiga, aunque fuésemos una extraña pareja de tres. Es ley de vida. Ella y mi hermano salían juntos y debía ir acostumbrándome... Lo mismo que a mirar el móvil de vez en cuando, porque ya eran muchos días sin saber de Christian y mis esperanzas comenzaban a evaporarse. Me limitaba a pensar que había sido afortunada de conocerlo, de quererlo, de sentirme amada por él, a pesar de nuestra extraña y surrealista forma de conocernos.

—Entonces —me preguntó Susana una tarde en el Manhattan, mientras mi hermano pedía las copas—, ¿tienes o no tienes pareja? Hija, ya no sé si presentarte a algún tío para que ligués o dejar que los mandes a la mierda, como haces siempre.

—Pues no lo sé —contesté, al tiempo que Daniel colocaba los vasos sobre la mesa y se sentaba con nosotras.

—¿Cómo que no lo sabes? ¿Te refieres a aquel tipo que estaba prometido? ¿Al que conociste en un taxi? ¿Al Christian buenorro?

—¿Qué sabes tú de eso? —preguntó Daniel mientras daba un trago a su

vaso.

—Nada, tranquilo —contestó Susana—. Lo poco que me ha contado tu hermanita. ¿Qué sabes tú?

—Pues... —El pobre Daniel me miró y no supo a quién debía serle leal.

—Fantástico —bufó Susana—. «Los hermanos secretitos», os voy a llamar.

—Tranquila —traté de apaciguarla—. Muy pronto sabré algo, para bien o para mal.

Me refería a que, según se pusiera o no Christian en contacto conmigo, le hablaría de él a mi amiga o no.

—A este paso —rezongó—, me haré vieja esperando todas vuestras explicaciones. Dime, al menos, si el tío ese que no deja de mirarte desde la barra tiene alguna posibilidad.

—No lo creo —bromeó Daniel—. He visto al tal Christian y, a pesar de ser tío, sé que ha puesto el listón muy alto.

—Podríamos comprobarlo —dijo Susana con una expresión taimada que no me gustó un pelo—. Si en realidad está esperando pacientemente la llegada de su misterioso enamorado...

Cuchichearon entre los dos, emitieron un par de risitas que me pusieron nerviosa y después me miraron con interés.

—No te vayas, Gaby —me pidieron—. Volvemos enseguida. —Dicho esto, me dejaron sola en la mesa con la boca abierta.

Sólo un par de minutos después, apareció el tipo que había señalado mi amiga. No me gustaba nada físicamente, o tal vez era que, tal como había observado Daniel, el listón dejado por Christian estaba por las nubes.

—Hola, pelirroja —me saludó—. Te has quedado muy solita. ¿Qué necesitas?

—Nada —lo corté.

—Puedo ofrecerte una copa, compañía, una larga noche de sexo tórrido...

—Y yo puedo darte una hostia, una patada en los huevos, cagarme en tu puta madre...

—Luego —gruñó al levantarse— os quejáis las tías de los tíos, que deberíamos ser más agradables y esas mierdas. ¡Que te folle un pez, guapa!

Al instante, mi hermano y su novia volvían a tomar asiento donde estaban tan sólo unos minutos antes.

—Prueba superada —manifestó Susana la mar de contenta, chocando su palma contra la de mi hermano.

—¡Seréis capullos! —exclamé al verlos tomarme como objetivo de su broma.

—Lo que no está claro —señaló Daniel, que se quería hacer el gracioso delante de su novia— es si sigues colgada de tu Christian o bien si los tíos te siguen importando un pimiento.

Le eché una mirada que debería haberlo fulminado.

—No te enfades, hermanita —me consoló, colocando su mano sobre la mía amorosamente—. Sólo quería hacerte reír. Ya sé que no es un tema que te haga mucha gracia, pero...

—No pasa nada —suspiré—. Al fin y al cabo, los últimos días han sido más que tranquilos... y me gusta esta vida sosegada.

Una tranquilidad que tardaría poco en desaparecer.

* * *

A pesar de que el tiempo apremia, soy yo esta vez la que hace la pausa y obligo a Teresa a detener la grabación. Tomo un sorbo de agua y me disperso un instante, concentrada aparentemente en una grieta de la mesa que rasco con la uña.

—¿Qué te sucede, Gabriela? —me pregunta la abogada. Vuelvo a observar su rostro difuso entre la nube de humo de cigarrillos que la envuelve.

—Perdona, Teresa, pero queda ya poco que contar y todavía no tengo muy claro qué ocurrió. El final de todo se acerca...

—Vamos, Gabriela —me dice al tiempo que alarga su mano para cubrir la mía—, has llegado hasta aquí, no puedes desfallecer ahora. En sólo unas horas el juez decidirá si el delito es demasiado grave o hay riesgo de fuga para decidir encerrarte. Por favor, haz un último esfuerzo.

—Gracias por los ánimos, Teresa. Espero que la fe que has puesto en mí no desaparezca...

CAPÍTULO 21

Grabación n.º 21, realizada el día 4 de agosto de 2016 a las 00.23 horas

El verano se acercaba y las tardes empezaban a ser largas y cálidas, por lo que cada día se podían emplear más horas en salir, reír y disfrutar. Una de aquellas tardes que abandonábamos corriendo el trabajo como si fuera a acabarse el mundo para nosotros, Susana tomaba mi mano para tirar de mí, rodeadas del resto de compañeros, riendo exultantes ante la despreocupación que se nos presentaba con el fin de semana por delante.

De pronto, sin importarme nada de aquello, ni la algarabía de mi entorno, ni la certeza de una tarde genial, ni la alegría de un fin de jornada, mis pies se clavaron en el suelo ante la visión de un elegante coche oscuro que estacionaba junto al bordillo. Primero salió Óscar por la puerta del copiloto, con sus sempiternas gafas oscuras y su inconfundible aspecto de guardaespaldas. Miró hacia uno y otro lado y después abrió una de las puertas traseras del automóvil para que emergiera de él la persona a quien debía proteger.

En un principio, él no hizo nada, ni el más leve intento por acercarse, moverse o siquiera sonreír, únicamente salió del coche y se quedó allí plantado. Y yo me quedé embobada mirándolo, como si aquella visión no fuese real, a pesar de haberla recreado docenas de veces en mi mente y en mis sueños.

—¿Quién es, Gabriela? —preguntó Susana al comprobar la dirección de mi mirada—. ¿Es ése tu Christian?

—Sí —respondí sonriente—, ése es mi Christian.

—¿Y a qué esperas para acercarte a él? —soltó traviesa, dándome un golpe con un codo que por poco me desmonta—. Es más, tía: si ese hombre fuera mío

y viniera a buscarme, ya me habría puesto a correr y me habría lanzado a sus brazos como una loca.

—Eso es lo que pienso hacer —contesté.

Y eso hice, sin importarme la gente, que me estuviesen mirando, que al lunes siguiente todos me tuvieran como tema de conversación del día o me preguntaran sin cesar quién era ese hombre. Mi corazón me pedía hacerlo desde que, al verlo, hiciera un par de piruetas en mi pecho y acabara montando unos fuegos artificiales que me provocaron el calor que me recorrió todo el cuerpo.

Corrí hacia él, veloz como nunca, con el riesgo de tropezar o caerme por culpa de los tacones en mitad de la acera y ser el hazmerreír del público que ya me miraba interesado. Tampoco me importó. Sobre todo, al contemplar su sonrisa, tan radiante y sincera que por poco no me echo a llorar en el proceso. Cuando estuve a su altura, olvidando la estrechez de mi falda, pegué un salto en el aire y me encaramé a él, lo rodeé con brazos y piernas, y hundí mi cara en su cuello para aspirar su inconfundible aroma y el calor de su piel.

—Has vuelto —le dije—. Has vuelto, has vuelto, has vuelto...

—Sólo por este recibimiento, ya ha valido la pena —me susurró, al tiempo que acariciaba mi pelo con devoción y aspiraba también el olor de mi piel—. Gabriela...

—Christian... —contesté—. Pensé que no regresarías nunca, que te habrías arrepentido de lo que me dijiste, que ya no querías verme más...

—Chist —me interrumpió—. Te aseguré que volvería, te conté que tenía que irme debido a que tenía mucho trabajo por hacer, para continuar con la investigación... pero ¿arrepentirme? ¿De qué? —preguntó aún dentro del abrazo—. No me arrepiento de nada, Gabriela. Si acaso, de haber perdido el tiempo, de no haber pasado más horas contigo, de tantas verdades a medias.

—He temido tanto no volver a verte...

—Además, cariño —rio—, sólo han pasado dos semanas.

—A mí me han parecido dos años —repliqué, apretando el abrazo con fuerza para fundirme más con él. Pegué mis labios a su cuello y casi hicieron ventosa, tal era el ímpetu con el que lo abrazaba.

—Ha sido largo y tedioso —continuó hablándome sin despegarnos—, pero, en coordinación con la Policía y la Fiscalía, creo que ya tenemos algo para coger a Petrov.

—Me alegro por ti —declaré.

Aproveché para retirarme sólo un poco y poder mirarlo. Realmente, sus ojos mostraban un velo de cansancio y a su alrededor parecía haber unas cuantas arruguitas más, acompañadas de unas leves ojeras. Pasé las yemas de mis dedos sobre aquella zona y lo miré apesadumbrada.

—Lo siento —le dije—, seguro que te ha costado muchas horas de trabajo y de sueño.

—Sí —contestó, mirándome, por fin. Qué delicia volver a ser la receptora de aquella mirada azul—. Muchas horas, muchos cafés, muchas formas de intentar no pensar en ti... de pensar en lo que te quiero, Gabriela.

—Yo también te quiero —contesté con una mezcla de risa y llanto.

Y ya no pude esperar más. Enredé mis manos en los mechones de su pelo y lo atraje hacia mí para poder besarlo, volver a sentir el tacto de sus labios, la humedad de su lengua, su sabor inconfundible... Todo a mi alrededor se volvió blanco, impoluto y brillante, como si hubiese desaparecido cualquier rastro del mundo y sólo existiéramos Christian y yo, besándonos.

—Hay un montón de gente mirándonos —me susurró, con su boca aún casi pegada a la mía.

—Me importa un comino.

—Y hay una chica muy guapa detrás de ti, con los brazos cruzados, que parece muy enfadada.

—¡Susana! —grité mientras giraba entre los brazos de Christian.

—Dime por qué este tipo no me deja acercarme a ti —refunfuñó mientras señalaba con la cabeza a Óscar—. Y por qué tu novio necesita escolta. ¡Y por qué yo no sabía una mierda de nada de esto!

—Cariño —le dije, ignorando las quejas de mi amiga—, te presento a Susana, mi amiga, es como mi hermana. —Después me dirigí a ella—. Susana, éste es Christian.

—Encantado —la saludó él tendiéndole la mano; Susana, a pesar de aceptársela, se acercó y le plantó dos sonoros besos en las mejillas.

—Un placer —contestó al tiempo que le hacía un repaso visual de arriba abajo descaradamente—. Aunque, si nos disculpas, tengo un par de cosillas que decirle a mi amiga-hermana. —Me cogió del brazo y tiró de mí para alejarnos de Christian—. ¿Me puedes decir quién es este tipo para llevar guardaespaldas?

—No es lo que tú crees —le dije sonriente—. Es magistrado y ha tenido que pedir seguridad personal por el caso que lleva.

—¿Magistrado? —exclamó sorprendida.

—¿Qué te creías?, ¿que me había liado con un capo italiano?

—¡Y yo qué sé, hija! Con tanto secreto... Por cierto. Guapo es poco. Joder, eso es un hombre con todas las letras. ¿Es bueno en la cama? Tiene una pinta de dejarte muerta de cansancio...

—¡Tía! —reí mientras miraba de reojo a Christian, quien, afortunadamente, hablaba por el móvil—. ¡Menudo momento te has buscado para hacerme esa pregunta!

—Pero ¿lo es o no? —insistió, con sus ojillos brillantes. Cualquiera se negaba a contestar.

—Es perfecto en todo. Y hasta ahí puedo leer. —Las dos rompimos a reír ante la atenta mirada de media empresa, todavía pendiente de la escena.

—Me alegro, guapa —comentó tras un beso en la mejilla—. Y, ahora, lárgate con tu magistrado. Vaticino una deliciosa noche de sexo para las dos —añadió, riendo con ganas.

—Te quiero mucho, Susana —le declaré tras otro beso—. No lo olvides nunca, por favor.

La obedecí y me dirigí al coche, donde Christian ya me esperaba en el asiento trasero. Óscar me sujetó la puerta hasta que entré, después se acomodó junto al conductor y le indicó que se pusieran en marcha.

—¿Te parece que te invite a cenar? —me preguntó Christian.

—¿No es un poco pronto?

—Tranquila, después de haber hecho esta parada y antes de efectuar la siguiente, el conductor ha de dar unas cuantas vueltas para asegurarse de que todo está en orden, así que disfruta del paisaje.

—Ya lo hago —le dije traviesa, sin dejar de mirarlo.

Como respuesta, él me rodeó los hombros con el brazo y me besó en el pelo, acción que tenía como objetivo, además de la caricia, susurrarme al oído para dar privacidad a nuestra conversación.

—No habrá para mí más hermoso paisaje que contemplarte esta noche. Sin nada de ropa, por supuesto.

Palabras que, ahora que lo pienso, resultaron estar cargadas de romanticismo,

pero a mí, en aquel momento, me pusieron a cien.

—¿No podríamos saltarnos la cena —le pregunté también con discreción— y pasar directamente a la «observación del paisaje»?

—Es muy tentador —contestó. Pude sentir perfectamente su sonrisa cosquillar en mi oreja—, pero espero un par de llamadas y prefiero que interrumpan mi cena que esa «observación».

—Bien visto —respondí, riendo.

Tanta cercanía, tantos susurros... Imposible que nuestras bocas no se buscaran para besarnos, para saborear el encuentro y asegurarnos que estábamos juntos de nuevo. A Christian no parecía importarle que tuviésemos compañía, pero yo tuve que interrumpir el beso, no fuese a ser que me entusiasmara y me liara con él dentro del coche.

—Ya hemos llegado, señor Márquez —anunció Óscar con su voz monocorde.

Antes de bajarnos del vehículo, el escolta se adelantó y nos abrió la puerta. Estábamos frente a un bonito restaurante ubicado en un lugar céntrico y concurrido, algo necesario, según me explicó Christian, para no andar por zonas aisladas o despobladas.

—¿Y hasta cuándo tendrás que tener tanto cuidado? —le planteé al dirigirnos a la entrada.

—Espero que sólo sea por un tiempo.

Intencionadamente, nos buscaron una mesa apartada de las ventanas y alejada de miradas indiscretas en el salón del restaurante elegido, un lugar tranquilo, acogedor y muy elegante. Tomamos asiento y, en cuanto nos ofrecieron la carta, aproveché para retirarme un momento al baño.

—Pide lo que te parezca mejor —le pedí—. Enseguida vuelvo.

En el servicio, me observé en el gran espejo que ocupaba toda una pared. Iba bastante mona, pero parecía faltarme algo. Abrí el bolso y saqué un pequeño neceser que llevaba siempre encima, de donde extraje todo lo necesario para repasarme el maquillaje con un toque de polvos, máscara de pestañas, *eyeliner* y carmín rojo. Después tiré de las horquillas para deshacerme el moño y cogí un pequeño cepillo para cepillarme y ahuecarme mis largas y rojizas ondas del cabello.

En cuanto mi cara y mi pelo estuvieron listos, me dije que todavía faltaba

algo en mi ropa; mejor dicho, sobraba. Los tacones y la falda estaban bien, pero me deshice de la chaqueta y desabroché varios botones de mi blusa negra.

Observé detenidamente mi imagen y, con una sonrisa taimada, agarré la tela de una manga, tiré con fuerza y la arranqué de cuajo. Repetí la operación con la otra manga y asentí satisfecha cuando admiré el resultado de la nueva blusa, que dejaba a la vista la totalidad de mis brazos, mis hombros y un profundo escote con un leve asomo del encaje del sujetador.

Unas gotas de perfume y ¡perfecta!

Me encaminé de nuevo a la mesa, contenta y expectante, aunque, decepcionada al observar a Christian hablando por teléfono. Seguro que ya había recibido la primera de aquellas llamadas que esperaba, así que, algo chafada, me senté frente a él y tomé una de las copas de vino que ya habían llenado para dar un sorbo mientras esperaba a que acabase.

La conversación duró apenas unos segundos más. Tan pronto como alzó la vista y me contempló, los ojos azules de Christian se volvieron más oscuros y brillantes que nunca.

—Perfecto —murmuró a su interlocutor—. Ahora tengo que dejarte. Sí, mañana hablamos.

Cortó la llamada, se guardó el móvil en el bolsillo de la chaqueta y se puso en pie. Su mirada se tornó muy extraña, casi perversa diría yo. Sentí una mezcla de desasosiego y excitación.

—¿Qué sucede, Christian? ¿Por qué te levantas?

—Cambio de planes —gruñó mientras tomaba mi mano y me arrancaba literalmente de la silla—. Nos vamos.

—Pero... —titubeé al verme arrastrada por el local y ser la destinataria de tantas miradas y murmullos—, ¿no tenías más llamadas que atender?

—Pueden esperar a mañana —volvió a gruñir.

—¿A dónde vamos? —insistí.

—A algún lugar más privado. —Después, paró en seco hasta hacerme chocar con él, para girarse y hablarme con un semblante con el que me dio a entender que me comería de un bocado de un momento a otro—. ¿O tal vez prefieres los lugares públicos? Yo no tendría ningún problema en follarte ahora mismo.

—Humm... —hice ver que dudaba—, casi mejor un lugar discreto.

Y yo, pues encantada de la vida al ver en él aquella mirada depredadora, por

haberlo excitado de forma tan instantánea, por ser su mujer de nuevo.

Esa vez el trayecto en el coche fue bastante más largo, pues dejamos atrás la ciudad y fuimos adentrándonos en una zona residencial bastante alejada. Paramos frente a una edificación que, a pesar de la oscuridad reinante, pude percibir como grande y bonita, elegante y clásica, pues permanecían encendidos varios puntos de luz diseminados a lo largo del terreno que la rodeaba. Eso sí, pude contemplarla después de atravesar la alta verja que la separaba de la calle, junto a una espesa valla de arbustos.

—¿Es tu casa? —le pregunté al bajar del vehículo.

—Sí, es mía. Realmente vivo aquí, aunque, a causa del trabajo, a veces me veo obligado a alquilar un apartamento en la ciudad para perder menos tiempo.

Cogidos de la mano, nos dirigimos a la puerta de entrada. Christian sacó sus llaves y se giró hacia su guardaespaldas, que ya nos perseguía como una sombra.

—Óscar, gracias por todo. ¿Te toca quedarte esta noche o tienes relevo?

—El relevo ya nos espera en la puerta, señor Márquez. Me marchó y mañana a las nueve volveré a estar aquí.

—Hasta mañana, entonces.

—Señor Márquez...

Tras despedirse de nosotros con un saludo casi militar, Christian procedió a pulsar los dígitos que desconectaban la alarma de la vivienda y a cerrar la puerta.

—Dejémoslo pasar un rato con su mujer y su hija pequeña —comentó Christian.

—¿Óscar con familia? —planteé en broma—. Cualquiera diría que es capaz de tener emociones.

Apenas me dejó terminar la frase. Nada más acceder a la vivienda, sin molestarse en encender las luces, Christian se lanzó sobre mí y, sin más preámbulos, comenzó a besarme, de una forma casi fiera. Sentía en mi piel las laceraciones producidas por la aspereza de su barba, sus dientes, su furia, pero no me importó en absoluto. Enredó sus manos en mi pelo y me estampó con fuerza contra una pared para continuar besándome mientras sus caderas se encajaban entre mis piernas y embestía con ímpetu al mismo tiempo que su lengua penetraba en mi boca.

—Estas dos semanas han sido un puto infierno —gimió entre beso y beso—. Jamás me parecieron tan largas dieciséis malditas noches, sus horas, sus minutos

y sus segundos. Te necesito, Gabriela, como jamás he necesitado nunca a nadie. Quiero que te quedes conmigo, para siempre, joder...

No parecía muy claro si eran peticiones, exigencias o simples demostraciones de la necesidad que sentía, pues, además de la rudeza de sus besos, sus movimientos comenzaron a tornarse frenéticos cuando comenzó a arrancarme la ropa, prenda a prenda, fragmento a fragmento de tela desgarrada. Por supuesto, mi necesidad era la misma o mayor, así que lo imité y comencé a tirar de su corbata y a hacer saltar sus botones y cremallera, para que ambos estuviésemos desnudos lo antes posible.

—Yo también te necesito, Christian —jadeé en medio de aquella vorágine de besos y prendas arrancadas—. Estas dos largas semanas he tenido que cerrar mi mente y no pensar... no pensar en que podría no volver a verte, no volver a besarte, no volver a tocarte. Por favor —supliqué mientras él mordía mis labios con ferocidad—, hazme sentirte de nuevo. Haz que me asegure de que estás aquí, conmigo, en este instante.

Sin mediar palabra, me agarró de la cintura y me colocó sobre un mueble alto que no pude distinguir entre las siluetas que llenaban aquella oscura estancia. Oí caer algunos objetos al suelo que provocaron un fuerte estrépito metálico contra las baldosas e, inmediatamente, observé el rostro de Christian entre mis piernas.

—Por supuesto que vas a sentirme de nuevo —gimió—. Por supuesto que voy a asegurarte que estamos juntos otra vez. Voy a darte tanto placer y a hacer que te corras tantas veces que no te darás cuenta de cuándo termina un orgasmo y cuándo empieza el siguiente. Cuando acabe la noche, no podremos ni con nuestra alma, pero no por ello dejaremos de desearnos.

A continuación, hundió su cabeza en mi sexo y lo chupó con ansia, utilizando su lengua, sus dientes, sus labios. Sus manos acariciaron mis caderas y fueron ascendiendo hasta encontrar mis pechos, que pellizcaron con el mismo ímpetu con el que su boca devoraba el centro de mi placer. Grité al sobrevenirme el orgasmo, potente, ardiente, brillante, pero, apenas cesaron mis convulsiones, Christian me cogió por las piernas y me cargó sobre su hombro, desde donde pude observar el trayecto mientras me subía por una escalera y llegábamos a su dormitorio. Me dejó caer sobre su cama y sentí en la espalda el frescor de la colcha de raso mientras él permanecía de pie. Encendió una pequeña lamparita

que iluminó la estancia con una tenue y cálida luz.

Totalmente expectante y excitada, vi cómo tomaba en sus manos uno de mis pies para comenzar a chuparlo y seguir después con su lengua lamiendo toda la longitud de mis piernas, mis caderas, mi vientre y mis pechos, donde se dio un auténtico festín.

—Quiero tenerte dentro ya, por favor —gemí. Busqué con mi mano su miembro y lo afiancé entre mis dedos para acariciarlo y moverlo arriba y abajo, lo que hizo que él emitiera un profundo gemido y cayera sobre mi cuerpo.

—Todavía no —resolló—. Todavía no, espera...

Se apartó de mí y me dio la vuelta sobre la cama, de manera que quedara de rodillas sobre la colcha, e hizo que me agarrara al cabecal de la cama. Él se colocó detrás de mí... y por poco no arranco aquel enorme cabecero de madera, pues mis manos se aferraron con tanta fuerza que lo hice crujir en cuanto sentí una lengua deslizarse por toda la superficie de mis glúteos y unos dientes clavarse en aquel mismo recorrido. Unas fuertes manos me abrieron aún más y la lengua volvió al ataque, esa vez para penetrar mi vagina, salir y penetrar mi ano. Jamás pensé que llegaría a sollozar de placer.

—Dios, Christian... —sollocé—. Por favor, por favor...

—¿Qué deseas, Gabriela? —susurró, con su cabeza aún detrás de mí.

—¡A ti!

—¿Tal vez que te folle ahora mismo?

—¡Sí, ahora!

—Un momento, tengo que prepararte un poco más.

De nuevo, su lengua lamía y humedecía el fruncido orificio entre mis nalgas mientras sus dedos acariciaban y estimulaban mi clítoris.

—Un momento, Christian —jadeé durante un breve intervalo de cordura en medio del placer—. No irás a... Yo nunca lo he hecho por ahí...

—Confía en mí, Gabriela. Confía en mí, cariño.

Confiaba plenamente en él.

Tras varias pasadas más de su lengua, cuando creía que ya no podría soportar más placer, retiró su rostro, me tomó de las caderas y, de una certera y doble estocada, su miembro me penetró de golpe al mismo tiempo que su dedo corazón hacía lo mismo un poco más arriba. No me dio tiempo ni a preocuparme por la leve molestia que sentí. Jamás imaginé que la potencia de un orgasmo alcanzaría

tan alta cota de placer. Pensé que mis piernas no aguantarían una convulsión tras otra y que desfallecería en cualquier momento, pero Christian me sujetaba con fuerza, dejándose ir igualmente cuando el clímax se apoderó de él y su semen caliente me inundó por dentro. Cuando él dio el último gruñido, nos dejamos caer los dos sobre la cama, desmadejados, exhaustos, satisfechos. Christian apartó las ropas de la cama y nos tapó a ambos. Necesitábamos una ducha y comer, pero, de momento, teníamos que sobreponernos a aquel encuentro, a aquel caos de deseo y necesidad.

No estoy segura, pero creo que llegué a dormirme unos minutos, ralentizados por las suaves caricias que Christian le prodigaba a mi pelo y mi espalda... aunque esas mismas maravillosas sensaciones fueron las que me hicieron, al final, abrir los ojos.

—Yo voy a ducharme —me dijo—. Puedes acompañarme o seguir en la cama si prefieres descansar.

—Perdona, guapo, pero a ver si vas a creer que me has dejado para el arrastre y no puedo ni darme una ducha. Claro que voy contigo.

Entre risas, me sacó de la cama y me llevó al cuarto de baño, donde me condujo a la ducha, ubicada tras una puerta doble de cristal y provista de chorros de agua que brotaban por todas partes.

No sé si llegaría a decir preocupante, pero sí resultaba prodigioso, casi mágico, el hecho de que, nada más mirarnos, tocarnos y besarnos, ya no pudiéramos parar. Bajo el tibio torrente de agua, Christian me besó de nuevo con ansia y deslizó sus manos por cada hueco de mi cuerpo antes de sentarse sobre un pequeño asiento del que disponía aquella ducha y colocarme a mí encima. Me penetró con fuerza y yo me sostuve en sus hombros para poder subir y bajar sobre él mientras el agua golpeaba en mi espalda. Volvimos a alcanzar el clímax, esta vez de una forma muy intensa y profunda, abrazando nuestros resbaladizos cuerpos. Yo dejé caer mi frente sobre su hombro, satisfecha, pero una sombra tuvo que cruzar mi mente en aquel preciso instante y él me lo notó nada más mirarme. Me agarró de la barbilla y frunció el ceño al ver mi sonrisa forzada.

—¿Qué ocurre, Gabriela? —preguntó después de cortar el agua.

—Nada —contesté.

—Ahora ya no puedes mentirme —me dijo entre serio y risueño.

—Es que... es sólo una chorrada.

—Gabriela...

—¡Vale! —bufé, a pesar de saber que llevaba toda la razón. Se habían acabado las mentiras y las medias verdades—. Al volver a hacerlo contigo en la ducha no he podido evitar recordar la ocasión en la que Olga me dijo que se te da bien follar en la ducha.

—Cariño —me dijo, aún sujetando mi barbilla—, no he sido un santo, a pesar de que los estudios y el trabajo no me han dejado mucho tiempo para fiestas. He tenido mis aventuras y mis rollos con mujeres, Olga entre ellas.

—Lo sé, lo sé —lo interrumpí—. Ya te he dicho que es una tontería, pero me fastidia pensar que llegué a creer que ella no había tenido nada contigo, que todo era un invento suyo para contratarnos. Luego resultó que, al final, sí que había algo de verdad: había sido tu amante.

—¿Y quién se acuerda de eso? —contestó mientras apartaba de mi rostro un mechón empapado—. Ella sólo forma parte de una lista de mujeres con las que compartí ciertos momentos de mi vida. De ti me enamoré, Gabriela.

—Lo peor de todo —insistí— es que no puedo reprocharle nada, pues ella te utilizó, lo mismo que yo. Ambas fuimos a seducirte para obtener algo a cambio, para poder conocerte y entrar en tu vida. Te engañamos. E igualmente, las dos caímos rendidas ante ti, puesto que ella no tenía más que haber pasado una noche contigo y terminó liada más tiempo. Y en mi caso, algo parecido... o peor.

—Veamos una cosa. —Salimos de la ducha y Christian abrió la puerta de un armario y tiró de una toalla que había en un estante para pasarla por mi cuerpo vigorosamente y secarme. Después, buscó en otro armario y sacó un par de camisetas. Me colocó una a mí y para él encontró, además, un pantalón largo de algodón que le quedaba como un guante—. Quiero que sepas —continuó— que me importa un carajo que Olga se aprovechara o se colgara de mí. Únicamente me importas tú, ahora, en este momento, porque resulta que el pasado, pasado está. Te quiero, quiero que te quedes conmigo y no pienso tolerar que nada ni nadie vuelva a separarnos. Eres todo lo que deseo, Gabriela.

No me esperaba que fuese a estrecharme entre sus brazos, otorgándome en ese gesto aquella dosis de ternura y al mismo tiempo de fuerza. Hundí mi rostro en su pecho e inspiré su olor en la humedad de su camiseta.

—Yo también te quiero —fue lo único que atiné a decir.

—Ven conmigo —me pidió tras besarme en la frente con suavidad—. Será

mejor que comamos algo para poder pillar fuerzas.

—Te has tomado lo que has dicho antes al pie de la letra —le dije, refiriéndome a su idea de dejarnos exhaustos a ambos tras una intensa noche de sexo.

—Eso ni lo dudes —contestó, riendo.

Al entrar en la cocina me quedé maravillada. Era muy grande y estaba provista de una gran isla en el centro y una buena cantidad de armarios, vitrinas y alacenas, todos ellos iluminados en su interior por pequeños focos y luces led. Una perfecta combinación de estilo clásico y funcional.

—Menuda pasada de cocina —alabé y solté un silbido. Christian sonrió mientras se colocaba frente a la encimera de la isla y comenzaba a andar entre sartenes y cuchillos.

—¡Si es que todavía no has visto nada! —exclamó con una carcajada.

—¡Claro! ¡No me has dado tiempo!

—Menudo problema para ti —replicó con ironía—. Anda, ve a la despensa y trae una botella de vino para la cena mientras yo preparo algo.

La despensa estaba separada de la cocina por un hueco en forma de arco y en su interior había toda clase de alimentos y utensilios, aparte de una pequeña bodega. Para fastidiarlo, cogí la que me pareció la botella más cara de todas.

—Buena elección —soltó divertido—. Un Priorato de seiscientos euros.

—¡Joder! —me lamenté. Como yo nunca pagaba en mis encuentros con mis «víctimas»...

—No pasa nada. Trae, yo lo descorcharé. Qué mejor motivo para celebrar que tenerte en mi casa.

Volvió a transformar mis entrañas en pura mantequilla. No quise darme un pellizco por si todo aquello que estaba viviendo no estaba siendo real.

En un momento, y con absoluta destreza, Christian preparó unos espaguetis con verduras. Nunca había probado una pasta tan deliciosa. Nos sentamos a la mesa de la cocina y devoramos la comida en un santiamén. Después, brindamos con el vino y tomamos fruta en almíbar con galletas de postre. Lo ayudé a recoger y, por último, me cogió de la mano para llevarme al salón.

—También es muy bonito —le comenté cuando le dio a las luces y apareció ante nosotros un comfortable salón, con una chimenea de mármol, sofás en color beige y paredes que entremezclaban el blanco con el toque rústico de los

ladrillos. Christian puso música de fondo, se sentó en el sofá y me invitó a que hiciera lo mismo. Decidí tumbarme y apoyar mi cabeza en su regazo.

—Esta casa era de mis padres —comenzó a explicar. Sus dedos empezaron a arremolinarse entre mis cabellos, como siempre que me hablaba—. Me crie aquí, con ellos y con la única hermana que tengo.

—¿Dónde están ahora? —pregunté interesada.

—Mis padres se fueron a vivir a Galicia, su tierra de origen, y mi hermana se trasladó a Mallorca cuando conoció a su actual pareja. Tanto a unos como a la otra los visito cada vez que puedo.

—No sabía que tuvieses una hermana.

—Nos llevamos sólo dos años y siempre estuvimos muy unidos hasta que nuestros diferentes estudios nos llevaron por distintos caminos. Ella estudió filología inglesa y yo siempre quise estudiar derecho. Un amigo de la facultad me animó a presentarme a los exámenes para juez.

—¿Te gusta tu trabajo?

—Sí, me encanta. Con mi esfuerzo y un poquito de suerte, espero poder llegar aún más alto en la judicatura de este país. Mi sueño es pertenecer al Tribunal Supremo, aunque necesito quince años de experiencia como mínimo.

No creo que estuviese explicándome su vida con ningún interés especial. Me refiero a que no pensé que con ello me obligase a mí a contar la mía, pero sí entendí que aquél era un momento de relax, de tranquilidad, de confianza y de confidencias. No me presionaba, pero sí sentí la necesidad de hacerlo. En aquel instante, éramos una pareja normal, tumbada en el sofá disfrutando de nuestro momento de intimidad, pero que apenas sabía nada el uno del otro. Y eso era algo que sólo yo podía cambiar. Al fin y al cabo, la misteriosa o, mejor dicho, la mentirosa, había sido yo.

—Yo también tengo un hermano. Somos mellizos.

Hubo un instante de silencio. Incluso creo recordar que su mano paró un segundo de acariciar mi pelo, pero, como si no quisiese perturbarme y me alentase a seguir, continuó con su relajante movimiento sin apenas percibir que había cesado.

—¿Él también es pelirrojo?

—¡No! —Reí—. Para su suerte, él tiene el pelo castaño y ni una sola peca en su cuerpo.

—Pues entonces tú te llevaste la mejor parte —afirmó con ternura.

¡Dios! ¡Cuánto lo quise sólo por decirme eso!

—Nosotros también hemos estado muy unidos y lo seguimos estando. No hay día que no vea a mi hermano o hable con él. —Hice un pequeño inciso y continué—. En mi familia también vivíamos cómodamente. Residíamos en una casa tan grande como ésta, puesto que mi padre era dueño de una pequeña empresa química y tenía la patente de algunos productos que él mismo inventó. Mi hermano y yo fuimos a la universidad y no nos faltó de nada, pero mi madre no estaba bien de salud y eso a mi padre lo acabó cansando. Se largó un día con su secretaria, con el dinero y las escrituras de todas las propiedades. Nos dejó sin nada.

—Lo siento. —A pesar de sus palabras, sabía que Christian quería saber más cosas sobre mí—. ¿Y tu madre?

—Mi madre se puso muy mal... y cuando digo mal, me refiero a mentalmente. —Paré para observar su reacción, pero no hubo nada extraño en ella—. Tuvimos que llamar un día para que se la llevaran, pues pretendía tirarse por el balcón... y acabó en un psiquiátrico horrible, así que la sacamos de allí enseguida. Por suerte, una de las propias trabajadoras de ese centro nos recomendó un lugar perfecto, pero cuyo precio no podíamos costear, no nos lo podíamos permitir.

—¿Por eso aceptaste hacer de señuelo para un detective privado?

Hizo la pregunta con toda la naturalidad posible.

—Sí, por eso aceptamos, los dos. Mi hermano es fotógrafo, y muy bueno, por cierto.

—¿Y a partir de ahora? ¿Qué vais a hacer?

Por supuesto, daba por hecho que mi trabajo en la agencia había terminado.

—Tu «amiga» Olga nos adelantó quinientos mil en efectivo, con lo que pudimos abrir una cuenta de donde la residencia cobrará los gastos de las mensualidades. El resto que nos prometió, como es obvio, nunca lo cobraremos.

—Vaya —ironizó—, al final va a resultar útil y todo. Y no vuelvas a decir que es «mi amiga», por favor. Estoy terminando un proceso por el que su padre puede ser juzgado por diversos delitos.

—Vale, perdona —acepté. Sintiéndome relajada y tranquila como nunca me había sentido, despojada de un incómodo peso que llevaba acompañándome

desde que lo conocí, me estiré como una gata satisfecha al sol. Con el movimiento, se tensó mi camiseta y dejó patentes las marcas redondeadas de mis pezones, que a Christian no le pasaron desapercibidas. Sus pupilas se agrandaron y sus manos aterrizaron sobre mis pechos para pellizcar mis duras puntas por encima de la tela. Tuve que ahogar un gemido al sentir aquel incitante tirón.

Fue cuando aprovechó para apagar las luces con un mando y dejar tan sólo el resplandor azulado del equipo de música. Yo seguía con la cabeza apoyada en su regazo.

—Creo recordar —susurró con lascivia— que no llevas nada debajo de la camiseta. —Sin dejar de presionar mis pezones con una mano, la otra voló hasta el borde de la prenda y la levantó, dejándome desnuda de cintura para abajo.

Primero acarició y apretó con suavidad la fresca piel de mis nalgas para, después, deslizar su mano hasta la parte delantera y posar la palma abierta sobre mi sexo.

¡Dios! En sólo un instante conseguía calentar mi sangre, con sólo una caricia, con una de sus ardientes miradas. Levantó del todo mi camiseta hasta sacármela por la cabeza y, antes de actuar, me miró detenidamente. Tenerme así de expuesta, totalmente desnuda, bajo su atenta mirada... ha sido de las cosas más excitantes que me han pasado jamás.

Aunque, sólo unos segundos más tarde, decidió proceder. Su boca atrapó uno de mis pezones y comenzó a lamerlo lánguidamente con la lengua, mientras su mano aterrizaba de nuevo sobre mi sexo, que abrió con sus dedos para acariciar cada pliegue y cada hueco. Mis caderas comenzaron a balancearse mientras mis gemidos iban en aumento.

—Te lo dije, Gabriela —murmuró—. Acabarás agotada de las veces que te correrás hoy.

Yo apenas le escuché. Sólo sentía un enorme placer con sus caricias, acrecentado por el poder abrasador de su mirada azul. Abrí más las piernas, eché los brazos hacia atrás y cerré los ojos en espera de la cúspide que me esperaba.

—Vamos, Gabriela, córrete. Disfruta, déjate ir.

Paradójicamente, aquellas palabras me hicieron despertar. Con el orgasmo aún en camino, me incorporé ligeramente, lo justo para poder levantar su camiseta y lamer la piel de su pecho mientras él no dejaba de tocarme. Pero necesitaba algo más para que la búsqueda del placer fuese completa. Abrí la

cinturilla elástica de su pantalón e introduje la mano para afianzar su duro miembro entre mis dedos. Una pequeña contorsión más y... ¡por fin lo tuve en el interior de mi boca!

Y ahí estaba lo que faltaba: percibir sus gemidos de placer mientras yo emitía los míos propios. Sus dedos aceleraron sus movimientos sobre mi clítoris y yo embestí con fuerza contra su mano, lo que me hizo explotar en un abrasador orgasmo, aunque no se oyese mis gemidos, pues tenía mi boca ocupada con su miembro. Sólo unos minutos después, Christian emitió un bramido y eyaculó en el interior de mi boca. Fue la primera vez que me lo tragué en su totalidad. Después, ambos nos dejamos caer de nuevo, cada uno sobre el otro, milagrosamente todavía sobre el sofá.

—¿Te creías que únicamente iba a cansarme yo? —le dije divertida.

—¿Ya estás cansada? —Sonrió pícaro.

—¡Por supuesto que no!

Nos abrazamos, reímos, volvimos a la ducha y más tarde a la cama, donde dejamos pasar la noche, entre caricias y sueños, entre éxtasis y treguas, hasta que el sol del amanecer nos descubrió agotados entre las sábanas revueltas, con el eco de los gemidos y el aroma del sexo flotando en el ambiente.

Fui la primera en abrir los ojos. Y es a partir de ese instante cuando todo se me vuelve confuso...

* * *

—Gabriela... —me interrumpe Teresa—, estás temblando. ¿Estás bien?

—Sí, sí, tranquila —respondo—. Me he puesto un poco nerviosa, nada más.

—Bebe un poco de agua y tranquilízate. Podemos parar un poco, si lo deseas.

La obedezco y tomo un par de sorbos de agua. Inspiro con fuerza, espiro...

Está resultando un poco más difícil de lo que creía. Es cierto que yo soy la primera en querer llegar hasta el final de mi relato, puesto que necesito saber qué pasó o, en su defecto, cuál es mi último recuerdo. Empiezo a preocuparme al sentir mi corazón acelerado, el sudor que humedece mi frente y el frío que comienza a invadir mi cuerpo. No tengo claro si todo ello son síntomas del propio miedo por saber o por que al final toda esta gente tenga razón y yo sea la

culpable. Sé, o estoy casi segura, que es imposible que yo le haya hecho daño a Christian, pero tampoco puedo explicar qué ocurrió, por qué estaba yo allí, haciendo lo que estaba haciendo...

—Vamos a intentar una cosa, Gabriela —me propone mi abogada bastante seria, alentándome mientras cubre mis manos—. He visto varios interrogatorios llevados a cabo por especialistas en psiquiatría en los que el doctor relaja al paciente y éste retrocede al momento en que sus recuerdos se bloquean. Ven cosas en esos recuerdos que nunca hubiesen recordado estando nerviosos. ¿Quieres que lo intentemos?

—Claro —digo expectante.

Ella hace que me levante de la silla para poder acercarla a la pared y así poder tener la espalda y la cabeza apoyadas en ella. Me siento, me dejo caer y espero sus palabras, que suenan suaves y relajantes.

—Cierra los ojos, Gabriela. Relájate. Deja tu mente en blanco y tus músculos laxos. Estás cómoda, relajada, tranquila. Y ahora que tu mente y tu cuerpo están en calma, sitúate en el momento y el lugar mencionados. —Sus susurros parecen trasladarme allí, como si reviviera de nuevo cada paso—. Estás en casa de Christian y te acabas de despertar. ¿Qué haces? ¿Qué ves a tu alrededor?

—Estoy en su cama, pero ya no estoy durmiendo...

CAPÍTULO 22

Grabación n.º 22, realizada el día 4 de agosto a las 02.39 horas

Estoy casi segura de que algo me despertó. Pudo haber sido un sueño, una sensación... pero no, juraría que fue un ruido, un sonido extraño proveniente de la planta de abajo. Pero eso lo pienso ahora, porque en aquel momento, cuando abrí los ojos estando aún en la cama, me conformé pensando que me habría desvelado la sensación de encontrarme en un lugar desconocido. Además, mi cabeza estaba apoyada en la espalda de Christian, que todavía dormía, y aquello me tranquilizó.

Me incorporé y, con la ayuda del resplandor de las primeras luces del día que entraba a través de las persianas, me levanté de la cama y busqué algo que ponerme. Había soñado muchas veces con la fantasía de vestirme con una camisa de hombre y eso hice, después de coger la primera que encontré en el extenso vestidor de Christian, una blanca con rayas azules.

Descalza, intentando no hacer ruido, salí de la habitación y bajé la escalera que llevaba a la planta inferior mientras me abotonaba la camisa. Me sentí reconfortada cuando entré en el salón y el sol ya entraba a raudales por las ventanas. Me asomé a través de una de ellas y observé el precioso jardín que rodeaba la casa, cubierto de verde césped y salpicado de coloridos macizos de flores diversas. Incluso emití una silenciosa carcajada cuando me pareció apreciar una piscina al fondo del terreno. Me sentí eufórica y feliz, muy feliz. Recuerdo que en aquel instante pensé en mi hermano y en mi amiga, en lo pronto que los invitaría a visitarme. Incluso pensé en mi madre y me asoló la tristeza, pues la imaginé allí, en medio de aquella alfombra natural, junto a su

cuaderno y sus lápices, pintando al sol.

Justo en aquel instante fruncí el ceño. Había alguien en el jardín e, instintivamente, me abroché un par de botones más de la camisa. Eran jardineros y creo recordar que eran dos. Uno de ellos cortaba el césped y el otro podaba unos arbustos. Y creo que había alguien más... Sí, había también un vecino, cuya valla medianera separaba su terreno del de Christian. Me pareció que estaba subido en una escalera quitando hojas secas de la hiedra de la valla. Hizo un movimiento con la cabeza como saludo y continuó con su tarea. Me aparté de la ventana, pero no la cerré. Me gustaba que entrase el olor a hierba recién cortada, el sonido de las tijeras de podar y los trinos de los pájaros. Me recordó a lo mismo que yo oía de pequeña, cuando vivía en una casa con un jardín tan grande como aquél y abría la ventana de mi habitación por las mañanas.

Sonreí al encontrar todavía parte de nuestras ropas en la entrada y algunos objetos en el suelo que cayeron del aparador al que Christian me encaramó. Por suerte, localicé mi móvil y aproveché para mirar la hora. Eran las seis y media nada más, pero nunca había estado tan encantada de madrugar.

Así, con renovada energía a pesar de haber dormido tan poco, me dirigí a la cocina, donde me puse a tararear una canción mientras buscaba lo necesario para hacerme un café. Tardé un poco en hacerme con los muebles, pero conseguí averiguar el lugar donde se guardaban las tazas, los cubiertos, el azúcar o el propio café, que opté por prepararlo en cápsulas por rapidez, aunque también había una cafetera convencional. Justo cuando el líquido negro humeaba en la taza, unos fuertes brazos me agarraron por la cintura. En un principio me sobresalté, pero enseguida me giré para corresponder a Christian con un abrazo y pude contemplarlo todavía con los vestigios del sueño en su rostro. Su cabello estaba revuelto, su barba más espesa que de costumbre y sólo llevaba el pantalón de algodón sobre el cuerpo. Vamos, que saltó de la cama y prácticamente cayó en la cocina, aunque a mí me pareció de lo más apetecible. Por mi parte, yo debía de tener una pinta muy poco glamurosa, pues no me había ni mirado al espejo y seguro que mi pelo debía dar bastante miedo.

—Al ver el hueco en la cama he temido que te hubieses marchado — murmuró con voz ronca y su cara hundida en mi pecho.

—No pienso marcharme. —Sonreí, tras darle un beso en el pelo—. Pienso quedarme aquí, enganchada a ti cual zarza pegajosa.

—Humm... —susurró mientras pasaba su nariz por mi cuello—, llevas puesta una de mis camisas.

—Espero que no te moleste —contesté. Cerré los ojos en cuanto sus labios sustituyeron su nariz y comenzó a deslizarlos por mi cuello y mi mandíbula, hasta aterrizar en mi boca, donde su lengua penetró hasta toparse con la mía. Me tomó de la cintura y me sentó sobre la encimera mientras el beso se hacía más profundo y sus manos comenzaban a acariciar mis piernas e introducirse por debajo de la camisa para buscar mi piel desnuda—. Christian... —gemí al sentir de nuevo sus caricias. No me parecía que hubiese mejor forma de comenzar el día.

Sus manos encontraron mis pechos y casi me deshago de placer cuando los pellizcaron. Sin más preámbulos, abrió mis piernas, se bajó la cinturilla elástica y me penetró mientras emitía un largo y profundo quejido.

—Gabriela...

Me abracé a sus hombros desnudos, enredé mis manos en su pelo y busqué su boca para besarlo mientras sus caderas se movían lánguidamente, casi con pereza, haciendo que su miembro entrara y saliera de mi cuerpo en lentas y profundas embestidas. Alcanzamos juntos el orgasmo y después nos quedamos unos minutos todavía abrazados, yo sentada y él de pie.

—Perdona —dijo, apartándose de mí—. Pensaba tomarme primero un café, pero al verte aquí en medio, con sólo mi camisa sobre tu cuerpo, ya no me has dejado pensar.

—Perdonado —exclamé con una carcajada después de bajarme de la encimera—. Pero será mejor que antes de nada prepare un par de cafés, que el que me he hecho antes se habrá quedado frío.

—Te lo agradecería —contestó con una sonrisa maravillosa. Qué hermosa visión contemplarlo así, recién levantado y sonriente después de haberme hecho el amor.

—¿Quieres azúcar? —le pregunté después de echar dos cucharadas en mi taza.

—Sólo una, por favor. Y que esté bien cargado. Mi primer café del día ha de ser consistente.

De nuevo, me pareció vivir una escena de lo más cotidiana: ambos en la cocina, de pie, tomando café, charlando sobre detalles de su casa y su jardín.

Pero, como en toda relación normal y cotidiana, el teléfono también existía y el suyo sonó justo en aquel momento. Se marchó de la cocina para atender la llamada y, al mismo tiempo, percibí vibrar mi móvil, que descansaba sobre la mesa. Era un mensaje de mi hermano.

Anoche entraron a robar en casa de Johnny. Se han llevado los archivos con las fotografías y los vídeos donde salís tú y el magistrado. (07.10)

El teléfono se me cayó de las manos, incapacitada siquiera para sostenerlo. Toda la euforia y la felicidad que me habían acompañado nada más levantarme se vinieron abajo cuando fui al salón y vi a Christian. Estaba pálido y parecía estar muy concentrado en algo que había en la pantalla de su iPhone.

—¿Qué... qué sucede, Christian? —pregunté, intentando no ponerme nerviosa. Tenía que buscar el momento adecuado para hablarle de aquellas fotos y grabaciones, pero me pillaba casi en *shock*—. ¿Malas noticias? ¿Algo sobre Petrov?

—Era un amigo y compañero —dijo con voz ausente y monocorde sin dejar de mirar el teléfono—. Para avisarme.

—Avisarte, ¿de... qué?

«Dios mío, no. No puede ser que tenga que enterarse de esta forma...»

Pero si antes lo pienso, antes sucede. Me asomé muerta de pánico a la pantalla del móvil de Christian, donde podía contemplarse un vídeo subido a YouTube hacía tan sólo unas pocas horas. Y ahí estábamos, él y yo, follando en el despacho de Florencio Santamaría. Le habían puesto hasta título: «El magistrado follapelirrojas». Ya tenía miles de visualizaciones.

—Christian, yo...

—¿Cómo es posible? —preguntó, aún perplejo—. ¿Cómo puede ser que esto esté aquí?

—Pues... —Las palabras no me salían por más que me esforzaba.

—Voy a repetirte la pregunta, Gabriela, por si no la has entendido. ¡¿Qué coño hacemos nosotros follando en YouTube?!

—Estábamos siendo grabados —acabé diciendo ante aquellos primeros indicios de hostilidad.

—¡Ya lo imagino! ¡No soy imbécil! ¡La cuestión es ¿quién lo hizo?!

—Christian, por favor, tranquilízate...

—¡No! ¡¿Cómo voy a tranquilizarme?! ¡Esto tendrá consecuencias en mi vida profesional!

—Lo... siento —dije, comenzando a llorar—. Pensé que esas grabaciones estaban a buen recaudo, que nunca verían la luz...

—Espera un momento —me cortó—. ¿Me estás diciendo que tú sabías que esto existía?

—Sí. —Dejé que pasaran los segundos, esperando no sé qué, la verdad—. Lo sabía porque yo misma conecté la cámara en esa ocasión.

—¡Maldita sea! —No esperaba que su reacción fuese a ser estampar su teléfono contra el suelo. Los pedazos volaron por todas partes—. ¡Joder! ¡¿Hasta cuándo voy a encontrarme sorpresas como ésta?! ¡Dime, Gabriela! ¡¿Hasta cuándo?!

Miré de reojo hacia la ventana abierta por la que me había asomado a primera hora. Al menos uno de los jardineros miraba en nuestra dirección. Incluso el vecino continuaba allí, arrancando hojas secas.

Claro, seguro que todos ellos son los testigos que se mencionan en la investigación y que nos oyeron discutir.

—Deja ya de gritar, Christian, por favor —le pedí—. Podrías permitirme hablar...

—¡¿Para qué?! —me interrumpió—. ¿Para contarme otra de tus mentiras?

—¡No! —chillé, harta ya de que no me escuchara—. ¡No es mi intención contarte más mentiras! ¡Pero no te pongas histérico, entonces, cuando oigas la verdad!

Lo recuerdo. Fue justo al decir aquella frase cuando comencé a sentirme mal. La visión se me volvía borrosa por momentos y noté brotar el sudor sobre todo en mi rostro y mi espalda. Creí que se trataba de los nervios, del miedo, de saber que aquella vez nada podría salvarme del desprecio de Christian.

—¡¿Y qué verdad sería ésa?! ¿Que si llevabas una cámara el día de la fiesta quiere decir que también nos grabaste durante nuestra primera noche?

—¡Sí! —volví a gritar—. Pero ¡¿por qué tanto drama?! ¿Cómo coño creías que iba a probar tu supuesta infidelidad? ¿Cómo supones que iba a hacerte chantaje? ¿Con mi palabra? ¡Necesitaba pruebas, joder!

—Pues estupendo, Gabriela —dijo sardónico, aplaudiendo—. Ha sido un éxito clamoroso. Acabas de joderme la vida. Muchas gracias.

Me sentía cada vez peor. Cada vez sudaba más y cada vez oía menos a Christian.

—Yo no te la he jodido —imploré—. Ha sido Olga. Ella ha debido de robar los archivos. Olvidé destruirlos, lo siento...

Y a partir de ahí, se acabó. Todo se me volvió blanco, después negro y, por último, un terrible dolor de cabeza se apoderó de mí en el momento de sentir la luz del sol clavarse en mis ojos. Me encontraba de rodillas en el suelo de la cocina, con la frente apoyada en uno de los armarios. Mi mano se aferraba a algo que me costaba identificar, pero sólo tuve que parpadear un par de veces para ver que se trataba de un cuchillo, el más grande de los que yo había visto antes allí en un soporte de madera. Y estaba manchado de sangre, al igual que mi mano, mi brazo, la camisa que llevaba puesta... Todo era sangre a mi alrededor. Incluso mis rodillas descansaban en un charco espeso y oscuro. Algunos de los armarios presentaban salpicaduras rojas también, lo mismo que los azulejos de la pared. Sangre, sangre y más sangre... ¡Dios!

—¿Christian? —logré balbucir, a pesar del espesor de mi lengua—. ¡Christian! ¿Dónde estás?

Me puse en pie, tambaleándome, y, al oír el chapoteo de mis pies descalzos sobre el denso charco del suelo, mi mano se abrió y dejó caer el cuchillo, que rebotó y dejó un nuevo reguero de salpicaduras. Di una arcada. El olor era demasiado fuerte.

—Christian, por Dios —sollocé—. ¿Dónde estás?

Intenté moverme y salir de la cocina, pero me di cuenta de que, si daba un solo paso, dejaría un rastro de sangre por toda la casa y sentí una enorme aprensión al pensarlo. Por eso decidí abrir el armario destinado a productos de la limpieza y busqué trapos, mochos y un cubo, que llené de agua en el fregadero, donde también me lavé las manos, dejando que los restos sanguinolentos se fueran por el desagüe. ¡Cielo santo!, aquella sangre costaba tanto de limpiar...

Sí, lo sé, no debería haberlo hecho, no debería haber limpiado ni tocado nada, pero, joder, en esos momentos no podía pensar. Estaba muerta de miedo, no sabía dónde estaba Christian y, para colmo, toda aquella sangre...

Recuerdo también ser consciente del cuchillo que yo misma había dejado caer al suelo. Lo miré con horror, rememorando que aquello estaba en mi mano poco antes y no entendía por qué, aunque sólo había que sumar dos más dos para

imaginar que una cosa llevaba a la otra.

Cuando me dispuse a pasar el mocho por el suelo, oí voces y, a continuación, el estruendo provocado por alguien que echaba la puerta abajo.

—¡Joder! —gritó Óscar al aparecer en la cocina pistola en mano—. ¡¿Qué coño ha pasado aquí?! ¿Dónde está Márquez?

—Yo... —Fui consciente en aquel preciso instante de lo que estaba contemplando el escolta: a mí, con una camisa empapada de sangre, intentando deshacerme de las pruebas que inundaban aquella cocina.

—¡Estese quieta! —me gritó. Me apuntó con la pistola, cogió el móvil con la mano libre y llamó a la policía. El resto, puedes imaginártelo...

* * *

Teresa me mira y suspira. Ha apagado el que parece el último cigarrillo que se fumará conmigo en esta sala. Tiene el ceño muy fruncido, como si quisiese analizar mis últimas palabras o algo no estuviese claro. En realidad, todo sigue igual de brumoso.

—No entiendo que no se haya investigado el tema de Petrov y su hija.

—Dinero, supongo —le contesto—. Pudieron comprarse una coartada, eliminar pruebas, pagar testigos...

—Óscar, el escolta —continúa indagando en sus propias notas—, declaró que, al ir a realizar el relevo de su sustituto de la noche, éste no estaba. Según le declaró a la policía, oyó algo en la parte trasera de la casa, estuvo comprobando los alrededores, pero no vio nada extraño. Supuso que lo habían distraído para dejar el campo libre. Y creen que pudiste ser tú, claro.

—No tengo ni idea —bufo, exhausta, cansada de no haber podido averiguar nada más de lo que ya teníamos.

Un agente de policía se asoma por la puerta. Habla algo con mi abogada y compruebo cómo ésta me mira otra vez con un deje de lástima.

—Lo siento, Gabriela. El juez te espera.

Con las manos esposadas y Teresa observando, el agente me conduce hasta un coche, donde me introduce no muy amablemente. Siempre me ha parecido muy de película ir arrestada en la parte trasera de un vehículo policial y ahora me está tocando a mí.

Al llegar al juzgado, sin que el agente me suelte del brazo, me plantan delante de un juez que me mira por encima de sus gafas como quien mira un objeto inanimado con el que no sabe qué hacer. Teresa también está aquí, habla, expone, discute, y lo mismo hace después el fiscal. Ella utiliza la baza de la ausencia de cadáver; el fiscal argumenta que un magistrado es alguien representativo de la justicia, que la repercusión mediática puede ser máxima y que yo conllevo riesgo de fuga porque han descubierto mis actividades ilícitas. Mi abogada propone retirarme el pasaporte, fijar una fianza... pero, al final, el resultado es el esperado: voy a la cárcel en espera de un juicio.

—Lo siento —se lamenta Teresa mientras me conducen a prisión—, pero no te preocupes, Gabriela, descubriremos la verdad. Estoy segura de tu inocencia.

Entrego mis objetos personales, me dan algo de ropa y unas toallas, toman mis huellas y mis datos... Cuando las rejas se cierran ante mí, todo ha terminado.

CAPÍTULO 23

Christian

Intento abrir los ojos, pero sólo con tratar de mover un párpado me asalta un terrible dolor de cabeza. Sé que algo sucede, me noto extraño y soy consciente de que, si pudiese mirar a mi alrededor, se me despejarían algunas dudas.

Por fin, soy capaz de abrir los ojos tras una serie de intensos parpadeos. Puedo ver, pero no reconozco nada de lo que me rodea. Estoy en una especie de habitación rara, porque lo que vislumbro son cuatro paredes y un par de puertas, pero no encuentro ninguna ventana, y la única luz que me ayuda a distinguir algo proviene de una bombilla amarillenta que cuelga del techo. Estoy tumbado sobre una cama, o algo parecido, y visto la ropa que suelo llevar en casa: un pantalón gris de algodón y una camiseta negra.

Será mejor que me incorpore, a ver si soy capaz de levantarme y averiguar algo.

¡Joder! Sólo el hecho de sentarme en la cama me ha producido un enorme mareo, náuseas y me ha agravado el dolor de cabeza. ¿Y por qué me siento tan débil?

Poco a poco lo he conseguido. Sigo echado en la cama, pero mi espalda descansa en la pared del cabecero. La parte trasera de la cabeza parece que vaya a estallarme, así que llevo mi mano a esa zona y... ¿qué es ese ruido metálico?

No puede ser... Mi muñeca derecha está rodeada por un grillete, del que sale una larga cadena que, al seguirla con la vista, veo que acaba empotrada en la pared. Aun así, termino el movimiento y me toco la base del cráneo, que es la zona que tanto me palpita. Siento un agudo dolor al rozarme esa zona y, al

contemplarme la mano, observo que está manchada de sangre.

Genial. Alguien me ha dado un golpe en la cabeza, me ha encadenado y tirado a un camastro viejo y me ha encerrado en un cuchitril sin ventanas. Aunque lo que peor llevo es esta sensación de náuseas y debilidad. Apenas puedo moverme y mucho menos levantarme de la cama, pero tengo que intentarlo...

El sonido metálico de la cerradura de la puerta me impide continuar con mi objetivo, pues alguien entra en la habitación. Entre las sombras distingo una figura de mujer que lleva algo entre las manos, una bandeja o algo así. Un tipo del que sólo puedo percibir su silueta es el encargado de cerrar la puerta.

—Hola, Christian —me saluda—. Te traigo algo de comer.

—¿Olga? —exclamo sorprendido al verla aparecer bajo la luz—. ¿Qué coño está pasando? ¿Qué hago aquí y por qué?

—Tranquilo, cariño, todo a su debido tiempo. Lo primero de todo es que te alimentes para reponer fuerzas. —Deja la bandeja sobre una mesita con ruedas y me la acerca a la cama.

—¡Métete tu comida por el culo, joder! —Con las pocas fuerzas que me quedan, le doy una patada a la mesa y su contenido sale disparado hacia el suelo, produciendo un ruido sordo, pues todos los utensilios han sonado a plástico—. ¡Contesta a mis putas preguntas!

—Lo tenía todo previsto. —Sonríe—. No traía nada en la bandeja, sólo los platos y vasos vacíos. Por eso Alexey ahora sí traerá la bandeja definitiva con el alimento, y espero por tu bien que no la tires o no habrá más.

—A la mierda vuestra comida —insisto, dejándome caer de nuevo en la pared del cabecero.

—Será mejor que sepas una cosa, Christian. ¿Ves esa tirita pegada en tu antebrazo? Pues está ahí porque te hemos sacado un montón de sangre, por eso te encuentras debilitado. Así que, si no quieres quedarte aquí tirado, hecho una piltrafa, será mejor que comas y dejes de lamentarte. Ya te he dicho que después te lo explicaré todo.

No me queda otra salida que hacerle caso. El esbirro deposita la nueva bandeja sobre la mesita y se lleva la anterior después de recoger mi destrozo. Desaparece por la puerta y Olga me vuelve a acercar la comida.

—Vamos, come —me señala dulcemente, como si yo no supiera de qué pasta

está hecha esta mujer.

La verdad, estoy famélico y esta comida huele de maravilla. Aún no tengo ni idea de qué quiere de mí esta gentuza, pero adivino que matarme de hambre no, precisamente. Levanto las tapas y observo un plato de arroz con gambas, un entrecot, un panecillo, un par de plátanos, una botella de agua y un café. Poco a poco, ante la atenta mirada de Olga, comienzo a comer.

—Me molesta el grillete y la cadena —gruño—. Quítamela.

—Eso no va a poder ser —me contesta tranquila—. Tengo que asegurarme de que no te escapas, y ésta es la mejor forma. Lo siento, cielo —dice con un mohín—, pero, si te sirve de consuelo, la cadena tiene la longitud necesaria como para que puedas moverte por la estancia y puedas ir al servicio. —Señala la segunda puerta de la habitación—. Pórtate bien y no me veré obligada a atarte la muñeca directamente a la pared, con lo que no podrías lavarte y tendrías que hacerte pis encima. Qué desagradable, ¿verdad?

Lo que yo decía, un auténtico ángel.

Cuando termino toda la comida y me bebo el café, Olga desplaza la mesita hacia la puerta y se sienta a los pies de la cama como una madre amorosa. Es ironía, claro.

—Y ahora, explícame qué está pasando —le digo, tajante—. Qué hago aquí y... —De pronto me viene a la cabeza lo último que recuerdo: estoy con Gabriela, en mi casa. Estamos discutiendo y compruebo cómo parece tambalearse y caer al suelo—. ¡Por todos los santos, Olga! —exclamo, incorporándome de golpe—. ¿Dónde está Gabriela? ¿Qué le habéis hecho?

—Tranquilo, cariño. A nadie le ha pasado nada malo. Si te relajas y tienes un poco de paciencia, te lo contaré todo.

Qué poco me ha faltado para decirle que, como vuelva a llamarme «cariño», la estrangulo.

—Gabriela me explicó que ibais a por ella —le digo algo más calmado. Temo que esta loca se cabree y se largue sin aclararme nada—, pero es a mí a quien habéis secuestrado.

Olga sonrío. Una sonrisa que me recuerda a una de aquellas sirenas de *La Odisea*, que parecen preciosas pero que, al final, sacan sus afilados dientes y te devoran sin contemplaciones.

—Tu querida Gabriela, por fin, demostró ser la inteligente mujer que parece

y se dio cuenta de todo. Sí, iba a por ella, aunque tu aparición en escena me pareció de lo más... estimulante.

—Déjate de rodeos, Olga. Sabes que vamos a por tu padre y que acabará en la cárcel. No me niegues que eso ha sido clave para jugármela.

—Oh, sí, mi padre ya sabe que esta vez no escapará. Está viejo y cansado y no le quedan fuerzas para huir. Además, con todo a lo que tiene que enfrentarse, la cárcel no es tan mal sitio para él.

—Entonces, si tan claro lo tenéis...

—Ya sabrás que supe de su existencia hace tan sólo unos pocos años —me corta—. Nuestra relación ha estado cargada de altibajos y fue hace algo más de un año, precisamente, cuando me reconcilié con él. Supongo que ya estaba cansada de odiarlo.

—¿Por qué dices «precisamente»?

—Porque, justo en aquel momento, ya había averiguado el método utilizado por mi padre para separarme de mi prometido. Ya tenía en marcha en mi cabeza un plan para vengarme de la mujer que se prestó a hacerse pasar por su amante. Fue entonces cuando mi padre me contó que estaba acorralado y, entre otros, surgió tu nombre. Un día me presenté en tu juzgado, te vi y pensé que eras ideal para mi plan: joven, guapo, sin pareja estable. Si no llega a ser porque mi venganza era lo más importante, te juro que me habría enamorado de ti. Y ese pensamiento fue el que me llevó a la conclusión de que eras perfecto para que nuestra querida pelirroja sucumbiera igual que yo.

—Me enviaste tú las fotografías...

—Por supuesto —confirma—. Sabía que Gabriela tenía mucho éxito con los hombres en su inmoral «trabajo», pero no podía arriesgarme. Fui enviándote esas imágenes de ella antes y durante el tiempo que nos enrollamos. Una de aquellas noches de sexo salvaje, mientras dormías, accedí a la habitación donde habías ido colgando las fotos. No imaginas lo satisfecha que me sentí al saber que te habías tomado la molestia de imprimirlas y engancharlas en una pared.

Mi mente viaja a aquel instante, cuando recibí la primera fotografía. No tenía ni idea de lo que estaba pasando, ni quién podía ser aquella chica, pero contemplarla me impactó. No miraba a la cámara, lo hacía a ninguna parte, y aquella mirada perdida se clavó directamente en mi pecho. Su ondulada cabellera rojiza, su piel blanca y ojos azules dejaron huella en mí. Y cuando fui

recibiendo el resto de ellas, cada vez me obsesioné más con aquellas bellas imágenes, por eso las imprimí y extendí sobre un panel con las fechas de su recepción. Contemplarlas me inquietaba, pero, al mismo tiempo, llenaban un hueco en mí.

El día que la vi cabreada por quitarle el taxi, me quedé en *shock*. Pensé que no podía ser ella, convencido como estaba ya de que era alguien irreal, por eso no reaccioné. Sin embargo, la noche en que tropezamos y volcó su copa sobre mí, decidí que tenía que ir a por ella, aunque me inquietara su presencia constante, aquellos encuentros «casuales» que nunca creí tales.

—Y después de no volver a aparecer en mi vida —le contesto—, decidiste que era el momento para actuar y presentarte en esa supuesta agencia de detectives.

—Fue divertido —dice, quedándose tan ancha—. Hacerme pasar por una exprometida agraviada y vengativa no me costó mucho, pues formaba parte de la realidad, pero convencer a Gabriela de que debía enamorarte pasará a los anales de la historia de mi vida. Resultó tan... dramático...

—Te aprovechaste de su necesidad de dinero para el cuidado de su madre.

—Podré parecerte una loca —argumenta, posando en mí sus incisivos ojos grises—, pero no soy idiota. Era un plan bien constituido, no una tontería para pasar el rato, aunque sigo pensando que fue divertido. —Sonríe.

—Bueno —gruño—, ya me has contado tus motivos, tus argumentaciones y todo lo que te ha dado la gana, así que creo que ya va siendo hora de que me cuentes qué hago yo aquí o me sueltas.

—Uf —dice, mirando su reloj y saltando de la cama—, se me hace tarde. No puedo pasarme aquí todo el día. Tengo que irme.

—¡Maldita sea, Olga! —exclamo después de saltar también de la cama, pues ya me voy reponiendo un poco—. ¡No puedes marcharte y dejarme aquí!

—Sí que puedo —replica cuando le abren la puerta desde fuera—, porque he de dejar pasar un poco más de tiempo.

—¿Tiempo? ¿Para qué?

No responde. La puerta se cierra en mis narices y oigo el sonido de los cerrojos del otro lado.

¡Joder! ¡Aún me quedan muchas preguntas por hacer!

Intento hacerme una lista mental para la próxima vez que se digne visitarme

mientras me encamino al baño. No está mal, para ser un horrible lugar. Hay un inodoro, un plato de ducha y un lavabo con un pequeño espejo, hasta una repisa con jabón, cepillo de dientes y utensilios para afeitarme. Abro el grifo, me echo agua en la cara y observo mi imagen. Tengo demasiada barba, el pelo opaco y la tez amarillenta, pero, aparte de tumbarme de nuevo en la cama, poco más puedo hacer.

* * *

Me debo de haber dormido, a pesar de todo, del lugar, de lo que sé, de constatar que Olga me tiene retenido y encadenado y de ignorar qué ha pasado con Gabriela.

Gabriela... Siento tanto haberme cabreado con ella... Al fin y al cabo, tenía razón. Siempre supe que me estaba metiendo en algo sucio, en una burda trampa, y, aun así, me dejé llevar, por la polla primero, por el corazón después. Cuando la vi ahí tirada, en mitad del suelo del salón... Una horrible congoja se apoderó de mí cuando la llamé y zarandeeé y no se despertó. Fue entonces, justamente, cuando sentí un impacto en la cabeza y todo se volvió negro.

Vuelvo a oír los cerrojos de la puerta. No sé cuánto rato ha podido pasar desde que he hablado con Olga, pues ni siquiera llevo puesto el reloj y, obviamente, no tengo un móvil donde mirarlo. Creo que, con esta mujer, es mejor no mostrar ninguna clase de sentimientos ni desesperación por saber o me lo hará pasar peor. Seguiré tumbado, sin moverme, con los brazos bajo la cabeza, como si estar aquí echado mirando al techo fuese un *hobby* para mí.

—Hola, cariño —me saluda.

Esta tía es gilipollas.

—Hola, Olga.

—Veo que estás cómodo. —Se acerca y se sienta en el filo de la cama, un poco más cerca que la vez anterior.

—Y qué coño quieres que haga, ¿llorar?

Genial. No he podido aguantar las ganas de cabrearme, aunque me guardo para mí el llamarla «maldita zorra hija de puta», porque es muy capaz de cumplir su amenaza y atarme directamente a la pared.

—Me gustaría que me creyeras si te digo que no quiero ningún mal para ti.

—Aprovechando su cercanía, coloca su mano sobre mi brazo y comienza a acariciarme.

—No sé qué me hubieses hecho entonces si llegas a querer joderme —replico mordaz.

—No te preocupes, nadie va a salir herido. Sólo he querido —dice con un mohín travieso que no le pega nada— que Gabriela no olvide lo que me hizo.

—¿Cómo? —Me tenso y me incorporo—. ¿Qué le has hecho?

—Qué suerte tiene de que la quieras tanto. —Acaricia en esta ocasión mi pecho, mis hombros y después mi rostro. Creo que ha sido la única vez que he podido ver un indicio de humanidad en sus ojos.

—Me dijiste ayer —comienzo a decir, para ir al grano— que me sentía débil porque me habíais sacado un montón de sangre. ¿Me explicarás para qué o volverás a hacerte la interesante?

—Bueno —levanta la mano y detiene sus caricias, volviendo a su fría expresión habitual—, la necesitábamos para fingir un homicidio.

—¿Homicidio? ¿Qué homicidio?

—El tuyo, cariño.

—¿De qué coño hablas?

—Tranquilo, ya te he dicho que nadie saldría herido. Sólo siento haberme visto obligada a pedirle a Vladimir que te asestara un golpe en la cabeza. La droga tardaba en hacerte efecto y el tiempo apremiaba.

—Por eso Gabriela cayó al suelo —afirmo, más que pregunto.

—Exacto. Echamos la droga en el azúcar. Ella se puso dos cucharadas y el efecto fue más rápido. Tú sólo te echaste una y eres más grande. Perdona por no recordar que el primer café de la mañana te gusta más amargo.

—No hay nada que perdonar, porque tú no me conoces una mierda. Explícame qué pasó después.

—Pues que mis amigos te arrastraron hasta una furgoneta, donde te extrajimos la sangre, y yo misma me encargué de esparcirla alrededor de Gabriela, así como de ponerle un cuchillo en las manos.

Paradójicamente, si ahora mismo me pinchan, no sangro.

—¿Me estás diciendo —pregunto lo más calmado posible, lo necesario para no matarla ahora mismo— que Gabriela ha sido acusada de matarme?

—Brillante, ¿verdad? Nadie le ha hecho daño, únicamente pasará un tiempo

en la cárcel.

Se acabó, ya no puedo más. Con toda la rabia que he acumulado desde que ha empezado a hablar, me levanto de un salto y me lanzo sobre ella. Con una mano atrapo sus brazos y con la otra rodeo su cuello con la cadena que me ata a un grillete. Doy varias vueltas y sólo tengo ganas de apretar y apretar... Sus esbirros aparecen pistola en mano, pero ella les da una orden para que se detengan.

—No lo matéis —les ordena—. Él no me hará daño.

Me está mirando fijamente. A pesar de la presión que está recibiendo su cuello, diría que sonrío. Lo sabe. Sabe que no voy a matarla por muchas ganas que tenga de continuar apretando. Aflojo la presión, le quito la cadena del cuello y me aparto de ella, quien comienza a respirar más aprisa. Un segundo más tarde, sin mediar palabra y sin que yo lo espere, Olga se acerca a mí y, con todas sus fuerzas, me arrea una patada en los huevos que hace que me doble hasta caer al suelo.

—No vuelvas a hacerlo, Christian. —Dicho esto, se marcha, dejándome tirado, tosiendo por el horrible dolor, a punto de vomitar.

* * *

Cuando he sido capaz de volver a moverme, he aprovechado para darme una ducha, aunque haya tenido que ponerme la misma ropa. Empezaba a oler como un cadáver y no lo soportaba.

Un cadáver, qué apropiado.

No dejo de pensar en lo que habrá sentido Gabriela al verse rodeada de sangre y con un cuchillo en la mano. ¿Habrá sabido defender su inocencia? ¿Cómo puede alguien pensar que ella querría matarme?

¿Sufrirá por mí?

Interrumpe mis pensamientos uno de los hermanos Nóvikov, que entra en la estancia con agua y algo de fruta, lo mismo que las siguientes veces, durante lo que me parecen varios días si la orientación no me falla y no me he vuelto tarumba. Está claro que Olga pretende castigarme y empiezo a creer que el castigo da resultado, pues no hablar, ni siquiera con ella, me obliga a pensar más y más, a darle más vueltas a la relación atípica que mantengo con Gabriela. Y si

la cordura no me abandona, he llegado a la conclusión de que, en cuanto salga de aquí, nada me importará más que encontrarla y pedirle que se quede para siempre conmigo.

—Hola, Christian.

Debido al caos de pensamientos, no he oído el cerrojo. Olga se ha dignado traerme esta vez algo de comida ella misma, aunque ni ella ni sus esbirros me proporcionan nunca nada parecido a un desayuno para que no pueda calcular ni la hora ni el tiempo que llevo aquí. Aun así, intento sonsacarle.

—¿Qué hora es? —le pregunto—. ¿Cuánto tiempo llevo aquí?

—Chist, tranquilo, no te preocupes. —Coloca la bandeja sobre la mesita, pero la miro con aprensión. No me apetece comer nada—. No la mires así —me dice—, que no está envenenada. Si hubiese querido deshacerme de ti, ya lo habría hecho.

—No pienso en nada de eso, Olga —afirmo, hastiado—. Sólo quiero que me digas cuándo cojones voy a salir de aquí. ¿O es que piensas retenerme durante toda una condena por homicidio?

—Pues me lo estoy pensando. No estoy segura de si Gabriela es consciente de lo que me hizo.

Por una fracción de segundo, leo pesar en su expresión. Realmente, su historia es bastante triste.

—Gabriela está arrepentida de lo que te hizo —intento suavizarla—, a ti y al resto de personas a quienes engañó.

—Se casó con otra —explica, como ausente; entiendo que me habla de su antiguo prometido—, y tiene una hija. Me dijo que le había puesto Olga porque no había podido olvidarme, pero ya no podía dejarlas a ellas por mí.

Una fina lágrima baja por la satinada piel de su mejilla. Ahora mismo puedo contemplar lo hermosa que es, el exotismo de sus rasgos, la delicadeza de su piel, sus rasgados ojos grises. Y puedo sentir su dolor.

—Lo siento. —No puedo expresarle nada más—. Pero entonces, me comprenderás más si te digo que la amo y que debo salir de aquí y demostrar que estoy vivo. Ya no merece la pena hacer más daño. Por favor, Olga —apelo a su humanidad.

—Tal vez, si nos hubiésemos conocido en otras circunstancias —me dice, como si despertara de pronto—, podríamos haber llegado a algo tú y yo.

—Tal vez.

—Me refiero a algo más que a la aventura sexual que mantuvimos... aunque estuvo genial. —Sonríe—. Cuando follábamos me olvidaba de quién eras y de lo que pensaba hacer contigo.

—Muy halagador —digo, torciendo el gesto.

Ambos dejamos que pasen unos instantes de silencio. Parece que estemos sopesando ideas, esperando, al menos yo, que algo la haga cambiar de opinión, pero vuelvo a sentir que la sangre me hierve de indignación cuando la veo levantarse para marcharse.

—Olga —la llamo—, si me dejas marchar, te prometo que omitiré tu nombre en mi declaración.

—Lo sé, Christian. Sé que, entre otras cosas, podrías acusarme de secuestro, pero no tienes pruebas contra mí. Lo negaría todo. Ni tú ni Gabriela pudisteis ver nada. Y mucho menos temo a su jefe, el dueño de la agencia de detectives. Ése sólo se ha preocupado de salvar su culo.

—Lo has planeado todo bien —suspiro—. Por quien no puedo hacer nada es por tu padre. La policía dispone ya de todas las pruebas y lo próximo será detenerlo.

—Lo sé, y lo esperábamos. Has hecho lo que debías.

Su próximo movimiento es acercarse de nuevo a mí. Yo estoy de pie, en medio de la siniestra estancia, aún encadenado a la pared. Olga se aproxima, coloca sus manos en mis hombros y acerca su boca a la mía para besarme. Abre mis labios, introduce su lengua y la desliza por cada hueco de mi boca. Es un beso experto y sensual, pero que me deja tan frío como los que ya me diera durante nuestra efímera relación.

—Mucha suerte, Christian.

Contemplo cómo desaparece por la puerta después de despedirse, pero vuelvo a oír el cerrojo y el grillete sigue rodeando mi muñeca. Nada ha cambiado.

—¡Olga! ¡Vuelve! —Con furia, comienzo a dar tirones de la cadena. Tiro y tiro, sintiendo la presión en mi hombro y en mi clavícula. Cuando, además, siento escozor, observo que el grillete me está dejando una marca sanguinolenta en la muñeca—. ¡Maldita sea! ¡Sácame de aquí!

Llego a agotarme de gritar y de tirar de la argolla de la pared. Caigo rendido

en la cama, maldiciendo por la posibilidad de que me hayan abandonado allí o tenga que acabar cortándome el brazo para poder escapar. Cuando despierto de mis convulsos sueños, no estoy muy seguro de estar en mis cabales, pues la puerta de entrada está abierta, mi muñeca está libre del grillete y, a los pies de la cama, hay una muda de ropa completa para mí: un traje, una camisa, ropa interior y zapatos, todo cogido de mi propio armario.

Me ducho, me visto y procedo a largarme de aquí.

CAPÍTULO 24

Gabriela

Otro día igual, idéntico al de ayer, seguro que exacto al de mañana. Todos los malditos días me parecen fotocopias dentro de este lugar.

Por fortuna mi módulo no es uno de los conflictivos. Tengo la suerte de tener unas compañeras que se han ofrecido a ayudarme a adaptarme y que me parecen bastante majas, pero paso de involucrarme. No quiero cogerle aprecio a nadie.

Hoy mismo han intentado convencerme para que me apunte a cursos de pintura o manualidades, pero he rechazado su propuesta. Sé que me paso el día en un rincón sin hablar con nadie y seguro que ya mismo consigo que no me hable ninguna de ellas, pero no puedo evitarlo. No me interesa nada, nada me motiva y sólo deseo que los días pasen rápido y no sentir nada... porque, cuanto más pienso, más siento, y debo evitarlo a toda costa.

—¡Gabriela Vargas! —oigo la voz de una de las funcionarias—. ¡Tienes visita!

¿Una visita? ¡Dios!, esto es una excepción, claro. En este caso sí que puedo permitirme sentir, porque he saltado de mi retiro en un rincón del patio para acercarme con diligencia al edificio. Tiene que ser Daniel, no tengo a nadie más. Llevo tantos días pensando en él...

La funcionaria me conduce a la sala de visitas y mi corazón casi se me sale del pecho al contemplar a mi hermano. Está guapísimo, como siempre, aunque un velo de tristeza parece cubrir sus ojos claros. Tristeza que se convierte en alegría al verme aparecer. El abrazo que nos damos hace que me rompa por dentro.

—Daniel, estás aquí. —Rompo a llorar—. Estás aquí, estás aquí...

—Gaby, preciosa... —Él también llora mientras me abraza, tan fuerte que creo que me dejará sin respiración, pero no me importa.

Así nos pasamos minutos, llorando cada uno en el hombro del otro. Su abrazo me reconforta, me da calor, ánimos para seguir, aun a falta de motivación o de objetivos.

—Te veo bien —le digo al separarnos. Tengo que limpiarme los mocos con la manga del jersey para poder hablar—. ¿Cómo te va? ¿Cómo conseguiste salir?

—Toma, cariño. —Saca un pañuelo del bolsillo de su chaqueta y me lo ofrece—. Estoy bien, dentro de lo que cabe. Me impusieron una fianza y he podido salir hasta que se celebre el juicio y se dicte sentencia, aunque, según mi abogado, si nadie me denuncia, puede que me libre.

—¿Fianza? —le pregunto sorprendida—. ¿Quién te la ha pagado?

—Agárrate, no te vayas a caer. ¡Fue Julián! Antes de largarse del país, le dejó dicho a uno de sus hombres de confianza que depositara el dinero para mí. Al final no resultó ser tan cabrón.

—Supongo que no. —Sonrío.

—Gabriela —me dice con una de sus bonitas sonrisas—, he venido acompañado. —Me señala detrás de él a la persona con la que ha venido y que yo, con la emoción, no he advertido.

—Susana... —susurro. Creí que había derramado todas mis lágrimas al ver a mi hermano, pero no, compruebo que todavía me quedan.

—¿No piensas abrazarme a mí también? —Ella también está llorando. Dios, qué emoción tan honda siento al verla aquí, al tiempo que una profunda congoja por imaginar qué puede estar pensando de mí.

—¡Susana! —exclamo al echarme en sus brazos—. Perdóname, por favor, perdóname...

—Tu hermano me lo ha contado todo —confiesa entre lágrimas, abrazada a mí—. ¡Cómo no voy a perdonaros, Gabriela! Os quiero, os quiero mucho...

—Pero lo que hacíamos... —continúo con la voz cada vez más rota—. Dios, cuánto asco me he dado tantas veces...

—No tenía ni idea de lo que costaba el sanatorio de tu madre. ¡Podríais habérmelo dicho y, juntos, tal vez, hubiésemos hallado alguna solución!

—No queríamos involucrarte. —Me separo un poco de ella para poder

mirarla, aunque sigo un poco cabizbaja, avergonzada—. Mira cómo hemos acabado nosotros, sobre todo yo.

—Siempre queriendo protegerme. —Sonríe con tristeza.

—¿Estáis juntos todavía? —pregunto esperanzada, mirándolos a ambos.

—El imbécil de tu hermano quería volver a dejarme —dice rabiosa antes de permitir hablar a Daniel—, pero le he dicho que, si hace el más leve intento de largarse de mi lado, lo perseguiré y lo caparé.

—¡Joder, Susana! —rezonga mi hermano—. ¡Me detuvieron y me espera un juicio que quizá me lleve a prisión! ¡Si antes me creía indigno de ti, ahora mi presencia a tu lado sólo puede perjudicarte en todos los sentidos!

—Te quiero, Daniel —lo interrumpe—. No voy a justificar lo que hicisteis tú o tu hermana, pero sólo digo que, el que se crea con el derecho de juzgaros, que lo haga cuando se encuentre en una situación similar. Yo, desde luego, no pienso hacerlo.

—Gracias por tu comprensión, Susana.

—Anda que tú, Gabriela... Pero ¿quién coño puede creer que tú hayas matado a nadie?, por el amor de Dios!

—Da igual quién lo crea —suspiro—. El caso es que las pruebas apuntan en una sola dirección: la mía.

—Tú y yo sabemos quién está detrás de todo esto —interviene Daniel—. Toda esta mierda no es más que una sarta de mentiras y falsedades, un maldito teatro, para aprovecharse de nosotros. Maldigo una y mil veces a la zorra de Olga, a Julián y al puto dinero que no tenemos.

—Déjalo ya, Daniel, no te sulfures más. Me encanta que hayáis venido a verme, que estemos aquí los tres. Sois mi única motivación para seguir viviendo.

—¿Y Christian? —pregunta Susana—. ¿Crees que está muerto?

—No lo sé —digo, derrotada—. Había tanta sangre y era suya...

—¿Tal vez lo mató Olga?

Antes de que responda que Olga a quien odiaba era a mí, percibo alboroto junto a la puerta de la sala. La funcionaria que me vigila pone los ojos en blanco al ver a la persona que llega corriendo en medio de la confusión.

—¡Gabriela! —me grita Teresa—. ¡Tienes que acompañarme al juzgado! ¡Parece ser que hay nuevas pruebas! —Le muestra a la funcionaria el documento con el permiso para mi traslado que ya tiene que haber visto la directora.

—Está bien —confirma ésta—. Enseguida aviso a un par de agentes.

—¿Qué nuevas pruebas serán? —pregunta Daniel.

—No tengo ni idea —contesto—. Lo único que puede aparecer ahora será para empeorarlo todo aún más.

—Pero tu abogada parece contenta —replica Susana.

—¡Te acompañamos para averiguarlo! —exclama Dani—. Os seguiremos con la moto.

—¡Perfecto! —añade Susana llena de entusiasmo.

De nuevo, me veo esposada en la parte trasera de un coche de policía. Nos sigue Teresa en su vehículo, y mi hermano con Susana en su moto. Al llegar, me apeo y, custodiada por dos agentes, y tras los ágiles pasos de mi abogada, nos encaminamos al juzgado donde nos espera el juez. Es el mismo de la vista preliminar, que ya me mira por encima de la montura de sus gafas con la misma indiferencia. Susana y Daniel se han quedado al fondo de la sala.

—¿Puede explicarnos, letrada —pregunta el juez a Teresa, igualmente observándola por encima de la montura—, a qué se debe esta vista extraordinaria? ¿A qué nuevas pruebas se refiere?

—A que mi clienta ya no puede ser condenada por homicidio, Señoría.

—¿Y cómo es eso? —pregunta el juez.

—Porque no estoy muerto, Señoría.

¿Eso que acabo de oír al fondo de la sala ha sido la voz de Christian? ¿O es que estoy desvariando?

No me queda más remedio que girarme para averiguarlo y comprobar si en la realidad sigo igual de obsesionada con él como en mis sueños.

Pero no, no es mi imaginación. Ahí está, es él, Christian, parado en la puerta, y lo sé porque esta vez es distinto a mis sueños. Lo percibo, lo siento, incluso huelo la fragancia de su colonia. Por no hablar del silencio que acaba de instalarse en la sala.

Va vestido de forma elegante, con uno de sus mejores trajes, y peinado pulcramente, pero a mí no me pasa inadvertida la palidez que cubre la piel de su rostro. Sus ojos azules brillan y, a pesar del resto de las personas de la sala, sólo me miran a mí, clavándose tan hondo que siento cómo atraviesan hasta mi alma.

Para mí también ha desaparecido el resto del mundo. Oigo de forma lejana a Teresa explicándole ciertos hechos al juez, como que, si ya no hay víctima, no

puede haber caso. El juez le da la razón y declara que puedo quedar libre antes de soltar su golpe de martillo. Los agentes me quitan las esposas y mi abogada me mira expectante mientras mi hermano y mi amiga están emocionados.

O creo que es todo esto lo que está pasando, porque la imagen de Christian acapara todo mi campo de visión y mi pensamiento.

De pronto, experimento un completo caos dentro de mi cuerpo; si alguien ha vivido algo semejante, sabrá de lo que hablo. Es como percibir que un montón de pedazos que ocupaban mi interior, desperdigados e inertes, comienzan a reunirse, a encajar, a volver a unirse y funcionar. Mi corazón estaba así, roto, lo que hacía que hubiese dejado de sentir, pero ahora, poco a poco, vuelvo a oír sus fuertes latidos, anteriormente aletargados, al tiempo que el torrente de sangre vuelve a fluir por mis venas. Mis músculos y mis huesos, antes laxos y sin fuerzas, toman conciencia de mi cuerpo y se vuelven sólidos y firmes.

Y mi mente... A pesar de mi renacer físico, las emociones no me dejan moverme, pero sí consiguen desbordarse en forma de llanto. Ni mucho menos pude acabar con mis lágrimas después de reencontrarme con Daniel y Susana, puesto que, tantas veces que debería haber llorado desde aquel aciago día que me desperté envuelta en sangre y que no lo conseguí, ahora me pasan factura.

—Christian... —consigo balbucir—, estás vivo.

Por fin, él se acerca a grandes zancadas y me rodea con sus brazos con descomunal fuerza. Hundo mi cabeza en su pecho y apenas logro hacer algo más que llorar.

—Gabriela, Gabriela... —repito una y otra vez, mientras me presiona cada vez con más fuerza, como si quisiese fundirme con él—. Sí, estoy vivo, y estoy aquí, contigo.

—Perdóname —consigo decir—, por favor. Perdóname por todo el daño que te he hecho...

—Chist —me hace callar suavemente, al tiempo que posa sus labios una y otra vez sobre mis revueltos cabellos—, deja de pedir perdón. Te quiero, Gabriela, y ahora mismo sólo una cosa me importa de verdad: tú. Quiero estar contigo para siempre, el resto de mi vida, y al diablo con todo lo demás. —A malas penas logra desengancharme de él para poder mirarme. Con las yemas de sus dedos trata de enjugar el torrente de lágrimas que aún baja por mi rostro y me mira con una sonrisa tan tierna que consigue que le entregue mi corazón para

siempre—. No llores más, cariño. Todo ha pasado ya y tenemos una vida por delante.

—Una vida que no me importaba si no estabas tú. Pero ahora sí, porque estás aquí. Te quiero, Christian.

No sé cuánto tiempo más durará este abrazo, no me importa. En él hay demasiadas emociones, sentimientos y algo no menos importante que todos deberíamos practicar más: perdón.

EPÍLOGO

Un año después

Tras una intensa jornada laboral, sienta de maravilla tumbarse al sol, más si es en una hamaca de tu propio jardín, en tu casa. Me he deshecho de mi traje y mis tacones, me he puesto un bikini y, aquí estoy, tumbada bajo los rayos vespertinos. Eso sí, alternando el sol y la sombra que me ofrece parte de un toldo instalado junto al porche, y después de ponerme un kilo de crema protectora factor cincuenta, porque, con una piel tan blanca como la mía y llena de pecas, no puedo arriesgarme.

Desde el fondo del jardín, en la piscina, me llegan los chapoteos que me hacen compañía. Son Daniel y Susana, que aprovechan estos días de calor para visitarme en mi casa y hacer uso, sobre todo, de la piscina. Me encanta que vengan, pues, a pesar de que nos vemos con toda la asiduidad que podemos, no siempre es posible hacerlo en casa.

Me hace feliz verlos felices a ellos. Susana continúa trabajando en la misma gran compañía, allí donde comenzamos como becarias. Ya tiene su propio despacho y secretaria, como siempre habíamos soñado, pero no es para nada una jefa borde. Alguna vez, incluso, hemos vuelto a quedar con mis antiguos compañeros y me he reencontrado con Marc. Está saliendo con una chica que entró para sustituirme; paradójico, ¿verdad? También es cierto que conmigo nunca se hizo demasiadas ilusiones.

Daniel ha tenido que centrarse un poco y decidirse a trabajar para un par de publicaciones de viajes nacionales y aceptar algún que otro reportaje de moda y joyería. De todos modos, sigue trabajando como *freelance* y continúa con el

sueño de que un día sus fotografías se publicarían en importantes revistas de geografía, ciencia, historia y cultura de ámbito mundial. De momento, ha llegado con Susana al acuerdo de marcharse unos días cada cierto tiempo a cualquier lejano rincón del planeta. De esa forma, él todavía puede seguir intentándolo, y ella es más feliz si él también lo es.

En realidad, luego se echan tanto de menos que sus reencuentros son la envidia de cualquier pareja.

¡Por cierto! Mi hermano tiene, incluso, un ayudante, o una especie de representante, por decirlo de una forma que suene lo más profesional posible, que le consigue trabajos, le busca contactos y lo acompaña en sus desplazamientos. Se trata de Ernesto, un poco decepcionado por no poder seguir adoptando diversas personalidades para poder demostrar sus dotes interpretativas, pero feliz por que hayamos seguido contando con él. Es un buen hombre y se merece esta segunda oportunidad que le ha dado la vida.

Por supuesto, yo no continué trabajando en la misma empresa que Susana, y eso que Murillo *el Pardillo* demostró estar interesado en mi valía sin importarle lo que la gente dijera. Hizo todo lo posible para que volvieran a contratarme, pero no fue posible, aunque se lo agradeceré siempre. Y mucho más que tengo que agradecerle.

Tras mi salida de la cárcel, pensé que me iba a ser imposible volver a trabajar en nada relacionado con mis conocimientos, a pesar de quedar demostrada mi inocencia por el homicidio de Christian y aunque no hubiera denuncia de ninguno de los afectados por Julián y su agencia. El director de la empresa decidió que le restaba seriedad el hecho de que una «celebridad» como yo trabajara allí. Corría el riesgo de transformar la compañía en un circo con mi presencia y se negó a cualquier intento de readmisión.

Pero, precisamente, mi amigo Murillo utilizó sus contactos para que me contrataran en una pequeña empresa auditora, donde, a pesar de no contar con clientes tan importantes ni cobrar un sueldo tan bueno, he logrado que me acepten sin condiciones. También tengo mi propio despacho, unos compañeros que pasaron por alto mi historia anterior y un trabajo que me apasiona.

Aunque, la verdad, llegar a mi casa y olvidarme de tanto informe y cálculo, sobre todo el viernes por la tarde, es lo que más me apasiona.

Bueno, eso y la persona que en este momento aparece por un extremo del

jardín.

Christian avanza hacia mí, con su caminar elegante, vestido, como siempre, de forma impecable. Disimulo y hago ver que no lo he visto, ocultándome tras las gafas de sol, pero sin dejar de admirar a través de ellas el brillo dorado que un destello de sol le arranca a su pelo, la sonrisa ladeada que adorna su boca y la intensa mirada azul que desprenden sus ojos, fijos ya en mí.

Él siempre pensó, tras lo ocurrido, que su carrera estaba acabada, a pesar de lo cual demostró que le dolía menos que perderme. Pero, aunque ciertas noticias y medios siguen haciendo mucho daño, la gente se olvida de ellos cuando otra noticia más escabrosa ocupa la prensa o las pantallas de televisión. Además, su nombre siempre había estado relacionado con éxitos judiciales, por lo que todo el mundo pasó página.

Su sueño de pertenecer algún día al Tribunal Supremo continúa siendo posible. Se lo merece.

De Olga nunca más hemos sabido nada y su nombre no ha vuelto a mencionarse entre nosotros. Supongo que ella sigue siendo el recuerdo de lo que nos pasó, pero lo peor es recordar lo que yo le hice a ella y que me pesará mientras viva.

Christian ya está a mi lado. Se ha sentado en otra de las tumbonas sin hacer ruido y ha tomado, con cuidado, el vaso con restos de mi bebida y de cubitos de hielo. Observo cómo se dispone a volcarlo sobre mi estómago, pero, con rapidez, se lo arrebato de la mano y lo vuelvo a dejar en la mesa.

—Tramposa —me recrimina—. Sabía que me habías visto ya.

—Muy gracioso —le digo—. Ya te enseñaré yo más tarde qué hacer con un cubito de hielo.

—Cuando quieras —me susurra mientras posa su mano abierta sobre mi vientre. El mero tacto de Christian en mi piel hace que me acelere, me acalore y mi sangre comience a fluir a toda velocidad—. Por cierto, ¿sabes de dónde vengo? He ido a hacerle una visita a tu madre.

—¿De verdad? —planteo emocionada.

Fue de las primeras cosas que hicimos juntos, visitarla. Los dos se cayeron bien desde el principio y resultó muy emocionante poder presentarlos.

—Pues sí. Aunque sé que vosotros vais muy a menudo, quería ver su reacción al verme sólo a mí... y, la verdad, ha estado encantada.

—Mi madre está encantada contigo —digo poniendo los ojos en blanco—. Eres irresistible para las mujeres de cualquier edad.

—Me conformo con parecerle irresistible a una joven pelirroja. —Sus dedos, todavía sobre mi vientre, se desplazan hacia arriba hasta llegar a mis pechos, que comienza a pellizcar a través de la tela del biquini. Suelto un suspiro tan hondo que giro la cabeza hacia la piscina en busca de testigos, pero la pareja feliz sigue con sus juegos de enamorados en el agua y pasan de nosotros.

—Christian... —gimo—, aquí no...

—Lo sé —bufa tras apartar la mano—, pero la culpa es tuya. Recibirme con algo que apenas tapa una mínima parte de tu cuerpo ha hecho que lo que venía a decirte se me haya ido de la cabeza. Y es algo muy importante y... delicado.

—¿Qué ocurre, Christian?

Me incorporo de golpe y me coloco las gafas de sol sobre la cabeza. Me alarma ver en él ese velo de preocupación en sus preciosos ojos azules.

—Como sabes —me explica, bastante serio—, nadie ha dudado de mi integridad profesional y podré aspirar a ascender en mi carrera gracias al éxito de la operación y a aceptar ciertas condiciones.

—Lo recuerdo —contesto expectante. Me pone nerviosa y me enerva pensar que todavía duden de la honestidad y la profesionalidad de Christian.

—Pero —añade con énfasis—, como también sabrás, vivimos en un país todavía un poco anticuado, donde aún prevalecen algunas tradiciones y, en ciertos ámbitos, se siguen teniendo muy en cuenta.

—Ya —le digo con una mueca—, una forma sutil de decir lo retrógrados que son algunos... pero no entiendo dónde quieres ir a parar y me estás asustando.

—No pretendía asustarte. —Hace una pausa teatral—. El caso es que no me queda más remedio que comunicarte que, aunque no me obliguen, me han hecho saber que, si cumplo un requisito más, aún estaré mejor considerado y me será más fácil ascender en mi carrera.

—A saber...

—Que sea un hombre casado.

No sé qué se me ha abierto más, si los ojos o la boca. Intento leer en la expresión de Christian algo que me oriente a saber si le ilusiona o le incomoda hacerme esta petición, pero no acierto a ver más que un brillo travieso en sus iris azules.

—¿Me estás diciendo —le pregunto despacio— que le haría bien a tu futuro profesional casarte conmigo?

—Más o menos, sí.

—Ya sabes que yo haría cualquier cosa por ayudarte, Christian.

—¿Incluso casarte conmigo?

—Bueno... —contesto como si no me interesara mucho—, supongo que también. El problema es...

—¿Problema? —exclama, alarmado—. ¿Qué problema?

—Pues que soy una romántica, Christian —contesto con una sonrisilla—, y una petición de matrimonio tan fría, escudándote en una obligación... pues no acaba de hacerme mucha gracia.

Su respuesta a mi comentario ha sido una sonrisa y una mueca de alivio. Adorable. Cuando me da la sensación de que va a hacerme una petición más formal, mi hermano y Susana nos interrumpen, apareciendo de pronto junto a nosotros, todavía mojados por sus juegos en el agua.

—Mi hermana tiene razón —dice Daniel—. Vaya mierda de petición de matrimonio.

—Pues yo la encuentro apasionante, por lo inesperada —contribuye Susana.

—Os agradezco vuestro interés —gruñe Christian—, pero creo que es algo que debemos comentar en privado. —Me toma de la mano, me levanta de la hamaca, me arrastra hasta el interior de la casa y subimos la escalera hasta el dormitorio. Yo, todavía en biquini, me siento en el filo de la cama en espera de su próximo paso.

—Gabriela —comienza—, ¿quieres...?

Alucino cuando coloca una rodilla en el suelo, introduce una mano en el interior de su chaqueta y extrae una pequeña caja negra. La abre y me muestra un anillo de brillantes que reluce como un pequeño sol.

Hay que ver lo que siempre me ha costado llorar y lo fácil que me resulta ahora. Desde que lo conocí, y, sobre todo, desde que vivimos juntos, tanto mi vida como mis emociones han cambiado de una forma que no esperaba. Ahora mismo, al contemplarlo ahí, expectante por mi respuesta, sacando el anillo de la caja para colocármelo en el dedo anular... me es imposible no derramar un par de lágrimas. ¡A ver quién se resiste!

—¿Quieres casarte conmigo? —termina la pregunta.

—Sólo porque le irá bien a tu carrera —le digo pícara, tratando de enjugar mis lágrimas con la mano sin perder la sonrisa.

—Claro, claro —responde igualmente sonriente.

—Y por las tradiciones.

—Por supuesto.

—Está bien, acepto casarme contigo porque he de devolverte el favor, después de todo lo que tú has hecho por mí...

—Como un favor, no me cabe duda.

Nos miramos fijamente y, de pronto, los dos nos echamos a reír. Tiro de su chaqueta para que suba a la cama y acabamos los dos tumbados en ella, él sobre mí.

—¡¡Sí!! —exclamo, gritando como una loca—. ¡Quiero casarme contigo!

—Eso pensaba —dice con una mueca—, pero tenía que proponértelo de una forma decente.

—¿Cuándo has comprado el anillo? —le pregunto, mirando entusiasmada hacia mi mano derecha.

—Esta misma tarde. A tu madre le ha encantado.

—¿Se lo has enseñado a ella antes que a mí?

—Por supuesto. La opinión de una suegra es muy importante.

—Gracias —le digo, mientras poso una mano en su mejilla. Él me la besa antes de lanzarme una mirada mucho más íntima—. Te quiero.

—Yo también te quiero, cariño. Por cierto, por si no te has dado cuenta —me indica al tiempo que desata los lazos de la parte de arriba de mi biquini—, estamos en la cama, y tú apenas llevas ropa.

—Sobre todo ahora que me la estás quitando. —Lanzo un gemido cuando sus manos calientes acarician mis pechos. En respuesta, comienzo a quitarle la chaqueta y a desabrochar su camisa para poder deslizar mis manos por su pecho y sus costados. Su tacto me proporciona paz a la vez que un excitante placer, pero detengo mis movimientos al observar que él cesa los suyos y me mira detenidamente.

—¿Qué ocurre? —le pregunto.

—Nada —comenta. Me suelta el pelo y lo acaricia con reverencia—. Pensaba en nuestra manera tan extraña de conocernos y de enamorarnos.

—Todo fue una casualidad —digo medio en broma, medio en serio.

—Sabes que yo no creo en las casualidades.

—Lo sé —acepto con ternura—. Tú crees en lo que ves y en lo que sientes.

—Y lo que veo y lo que siento eras y sigues siendo tú.

—Nosotros —contesto. Sin darnos cuenta, ya no queda una sola prenda de ropa sobre nuestros cuerpos y la pasión vuelve a envolvernos, como desde el principio... desde aquel día que nos encontramos por azar, como un par de dados que se lanzan sobre el tapete. Y ambos sacamos la máxima puntuación.

REFERENCIAS DE LAS CANCIONES

El lago de los cisnes, ©2013 Piros Comercial Digital, interpretada por Tchaikovsky. (N. de la e.)

La bella durmiente, ©2014 Piros Comercial Digital, interpretada por Tchaikovsky. (N. de la e.)

BIOGRAFÍA



Vivo en Lliçà d'Amunt, un pueblo cercano a Barcelona, junto a mi marido, mis dos hijos adolescentes y dos gatos.

Después de años alejada de los estudios, porque nunca es tarde, obtuve hace poco el título de Educadora Infantil, algo vocacional que llevaba demasiado tiempo deseando hacer, aunque ejercer hoy por hoy haya resultado demasiado complicado.

Y como yo parezco hacerlo todo un poco tarde, hace unos años decidí autopublicar mi primera novela, a la que ya han seguido algunas más. De esta experiencia maravillosa sólo puedo tener palabras de agradecimiento para mi familia, la auténtica sufridora de mis horas frente al ordenador, y para tantas y

tantas personas que me han apoyado, animado y felicitado, tanto cercanas como en la distancia. Y sobre todo para esos lectores que disfrutaban con mis historias, sin los que toda esta locura, a estas alturas de mi vida, no hubiese podido ser una realidad.

Encontrarás más información sobre mí y mi obra en:

Facebook: <https://www.facebook.com/lina.galangarcia?fref=ts>

Instagram: [@linagalangarcia](#)

NOTAS

[1]. Encantada de conocerlo. (*N. de la e.*)

[2]. Hasta la vista, en ruso. (*N. de la e.*)

Sólo tenías que enamorarte tú
Lina Galán

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Diseño de la cubierta: Zafiro Ediciones / Área Editorial Grupo Planeta
© de la imagen de la cubierta: Shutterstock
© de la fotografía de la autora: archivo de la autora

© Lina Galán, 2018
© Editorial Planeta, S. A., 2018
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.edicioneszafiro.com
www.planetadelibros.com

Los personajes, eventos y sucesos presentados en esta obra son ficticios. Cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.

Primera edición en libro electrónico (epub): junio de 2018

ISBN: 978-84-08-19155-1 (epub)

Conversión a libro electrónico: El Taller del Llibre, S. L.
www.eltalldellibre.com

**¡Encuentra aquí tu próxima
lectura!**

NOVELA
ROMÁNTICA



¡Síguenos en redes sociales!

